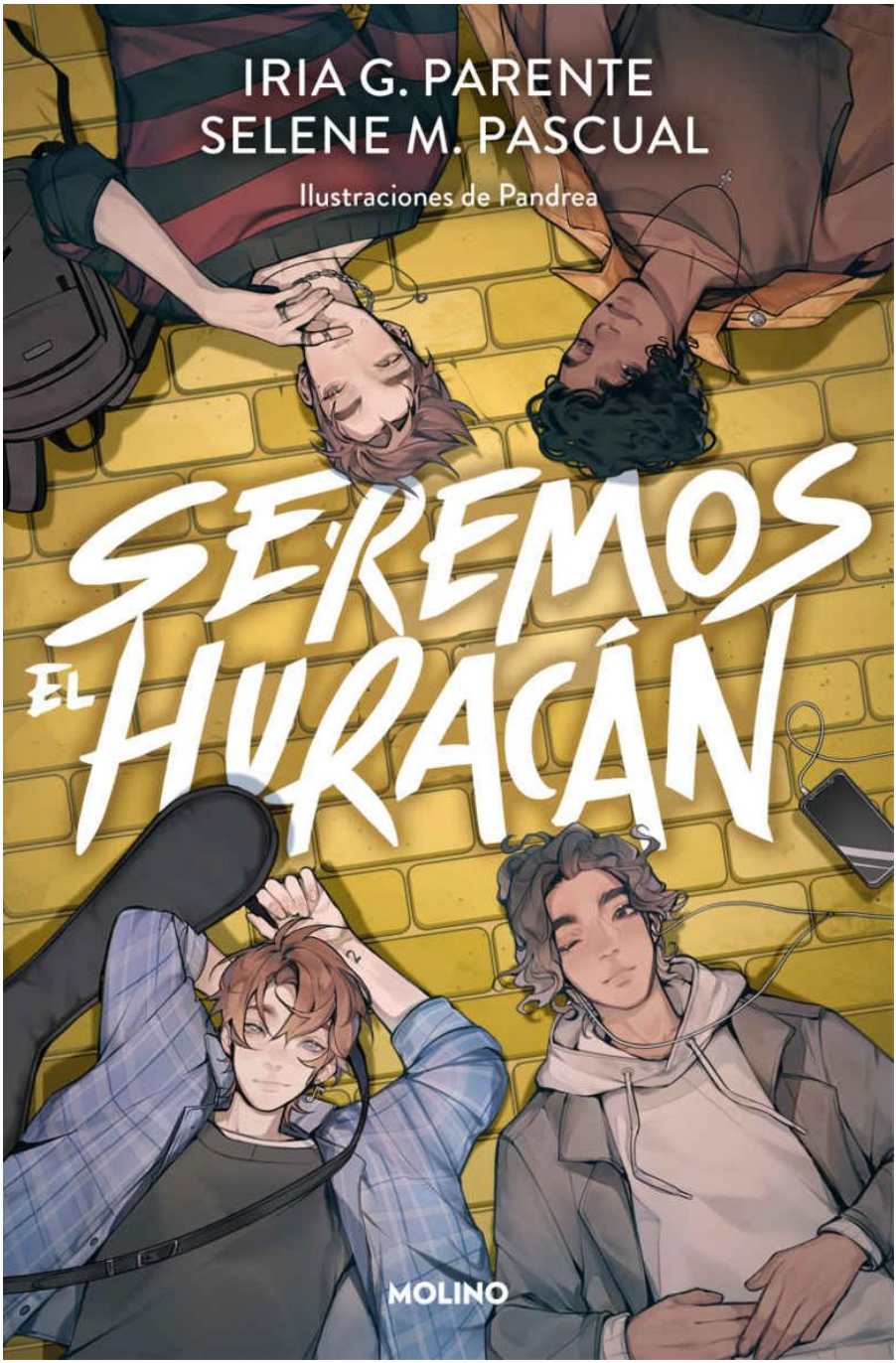
Seremos el huracán (Spanish Edition)

Iria G. Parente
Selene M. Pascual


IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL
Ilustraciones de Pandrea
SEREMOS EL HURACÁN
MOLINO

SEREMOS EL HURACÁN

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

Ilustraciones de Pandrea

MOLINO

Para todas las personas que a veces se sienten perdidas: pase lo que pase, encontraréis el camino de vuelta a casa.

INTRO

The hurricane found me.

And I can't find a light.

1

Dottie

Theo solía decir que algún día nos convertiríamos en un huracán. Estaba convencido de que en algún momento alguien se fijaría en nuestro talento y nos daría una oportunidad, y nosotros la aprovecharíamos y lo arrasaríamos todo a nuestro paso. Decía que cambiaríamos nuestras vidas y cambiaríamos el mundo.

Theo es era mi hermano.

Y es era un mentiroso, porque ya no está.

Antes de que pudiéramos empezar nuestro propio desastre natural, él se convirtió por sí mismo en el huracán, pero el único mundo que ha arrasado es el mío. El resto, el que aguarda más allá de esta casa y que sin él parece en ruinas, sigue exactamente igual.

«Theo era demasiado bueno para este mundo», me dijo la tía Em después de que lo convirtieran en cenizas. Y él, si hubiera estado allí, habría puesto los ojos en blanco, porque amaba todo lo que lo rodeaba. Amaba ir a conciertos y cantar hasta quedarse afónico o sentarse en el puf deshilachado que tenemos en una esquina del salón-comedor-cocina y tocar la guitarra hasta que le dolían los dedos. Nadie es demasiado bueno para este mundo.

Desde luego, no él, que era torpe, despistado y desorganizado; que podía

tener un carácter de mierda cuando algo no salía como él quería y no reparaba demasiado en la gente porque las notas musicales le importaban mucho más.

Theo no era perfecto, pero cuando alguien muere siempre fingimos que lo fue, que todos esos defectos que lo convertían en quien era no estaban ahí. A lo mejor lo hacemos para que la presencia de quienes nos dejan no sea tan real. A lo mejor así el dolor desaparece antes.

Si es un truco, a mí no me sirve. Yo recuerdo todos sus defectos tan bien como recuerdo todo lo demás. Theo sigue en nuestra casa, en cada rincón.

Recuerdo su ruido. Su caos. Su vida. Sin nada de eso, me siento justo en el ojo de ese huracán que se supone que estábamos destinados a ser, aislada de todo, bajo el sol, en un silencio casi ensordecedor.

Creo que eso es lo peor, el silencio. Estoy segura de que si lo que le pasó me hubiera ocurrido a mí, Theo habría montado un escándalo y compuesto mil canciones sobre ello y se las habría escupido al universo con la rabia que a veces acumulaba en las cuerdas de la guitarra. Pero yo siempre fui la más tranquila de los dos. Yo era quien reparaba sus desastres, así que aquí estoy, esperando hasta que averigüe cómo reparar este.

O quizá solo estoy esperando a que la puerta se abra en cualquier momento, a que él entre y me diga que lo siente, que vaya susto. Pero sé que no va a pasar. Su guitarra se ha quedado sobre el puf, abandonada junto a su cuaderno abierto, con algo nuevo a medio escribir. No me he atrevido a cerrarlo. No me he atrevido a guardar en el armario la ropa limpia que tiene sobre la cama ni a tocar la que tiene abandonada sobre la silla de su escritorio. Eso sería empezar a recoger el mayor de sus desastres, y no quiero (no sé cómo) hacerlo.

Escucho el sonido de una llave en la cerradura y por un momento siento la esperanza. Por un momento hasta veo su sonrisa y sus ojos azules. El viento deja de azotar la casa y hay calma.

—¿Cómo estás, cielo?

El hechizo se rompe con la voz de Tonya. El azul de los iris de Theo se convierte en gris tras los cristales de unas gafas y los ángulos de sus pómulos se pierden en las mejillas redondeadas de mi amiga. Me hundo en el sofá y bajo la vista a la mancha de chocolate que dejamos en la alfombra en nuestro primer día en el piso, cuando a Theo se le cayó nuestra tarta de cumpleaños.

—Bien.

Mentir se ha convertido en algo muy fácil en los últimos días. Al teléfono, cuando llama tía Em. A la cara de Tonya, cuando viene a verme.

No he tenido contacto con mucha más gente desde que Theo se fue. Apenas he salido de casa desde entonces. Tengo algunos mensajes de pésame de gente de Arcadia que no voy a responder, porque no lo soporto, no soporto saber que muchas de esas personas no sabían quién o cómo era Theo.

A la única a la que le permito estar cerca es a Tonya, quizá porque ella sí lo conocía, aunque solo fuera de unos meses. Ella ha llorado lo que yo misma no he podido llorar todavía y, desde que supo lo que había ocurrido, se ha negado a separarse de mí.

—Suena tan convincente como ayer —dice mientras deja las bolsas sobre la mesa de la cocina.

No tendría por qué estar haciendo esto. Ir a la compra por mí, doblar turnos para sustituirme en el trabajo y que pueda regresar cuanto antes sin consecuencias, venir a verme todos los días y obligarme a vestirme con algo más que con el pijama. Pero esa es Tonya. Fue la primera y la última persona ante la que pude pronunciar en alto la noticia cuando la recibí.

Theo ha tenido un accidente.

Fue la que me hizo reaccionar mientras yo sentía el viento levantarse.

Decía: «¿Está bien? ¿Dónde está? Vamos ahora mismo. Vamos a…». Y yo respondí:

Está muerto.

Y los cimientos de mi mundo saltaron por los aires.

Tonya sigue en casa cuando recibo la llamada. Creo que es la única razón por la que me planteo descolgar, porque sus ojos me animan. Es difícil. No solo porque no quiera hablar con nadie, sino porque el tono de llamada es la voz de Theo en la última canción que compuso, la que me grabó en un audio y me envió una noche en la que me tocaba trabajar porque no podía esperar a que yo llegase a casa para enseñármela.

Si no cogiera el teléfono, su voz seguiría sonando y yo podría fingir que él está aquí.

Mi amiga me pasa el móvil. En la pantalla encendida aparece un número que no reconozco. La voz de Theo se pierde (otra vez) cuando acepto la llamada.

—¿Sí?

—¿Dorothy Gale?

—¿Quién es?

—¡Buenos días! Mi nombre es Linda Grant. Trabajo para Emerald Music Entertainment, quizá has escuchado hablar de nosotros.

Tardo un segundo de más en reaccionar. Hasta mis tíos en su pequeña granja en medio de la nada de Kansas han escuchado hablar del Grupo Emerald. Lanzo un vistazo a la nevera, donde pegada con un imán está la lista de discográficas a las que Theo enviaba nuestras maquetas. Emerald está ahí, la primera, rodeada con tantos círculos que parece que mi hermano quisiera empezar nuestro huracán justo con aquel trazo.

Linda Grant sigue hablando al otro lado de la línea. Tiene una voz alegre y cantarina:

—Hace un par de meses estuve en un casting de nuevos talentos y os escuché cantar a ti y a tu hermano. Quería felicitarte, sois maravillosos, aunque con quien me interesa contactar es con Theodore. Tengo una oferta que quizá le interese, pero su teléfono siempre está apagado. Tampoco he recibido respuesta a los correos, así que he decidido hacer un último intento llamándote a ti. ¿Por casualidad está ahí o sabes cómo puedo contactar con

él?

Quiero decir algo, pero las palabras se me escapan por la herida abierta.

Quiero decirle que no va a volver. Que hubo un accidente. Que no pude despedirme de él. Quiero decirle que la música siempre fue su sueño. Que es muy injusto que le ofrezca algo que ahora no va a poder aceptar.

Sin embargo, lo único que consigo decir es:

—¿Una oferta?

—Quiero hacerle una audición. ¿Crees que estaría interesado?

No. Sin mí, no. Siempre lo decía: «Juntos, Dottie. Seremos el huracán juntos».

Pero yo nunca habría dejado que pasara de una oportunidad por mí, del mismo modo que estoy convencida de que él no me lo habría permitido a mí.

La mirada de Tonya me arde sobre el rostro. Sé que puede escucharlo

todo; el volumen del teléfono está lo suficientemente alto. Me tiende la mano y supongo que espera que le ceda el móvil para decir las palabras por mí.

—Theo… —La voz me sale ronca—. Él no… está.

No está en casa. No está conmigo. No va a volver.

—Oh, qué lástima. ¿Podrías decirle que me llame a este número? Linda Grant, recuerda. Que sea cuanto antes, por favor. La audición sería la semana que viene y este mundo no espera a nadie, ya sabes. ¡Bueno, tengo que colgar! ¡Ha sido un placer, querida!

La llamada se corta y yo me quedo mirando a la pantalla, a la imagen que aparece cuando el móvil se bloquea: Theo y yo haciendo muecas a la cámara, con las mejillas muy juntas y dos pares de ojos azules idénticos.

Con el pelo del mismo color castaño e igual de rebelde. Con la risa mezclada, aunque no pueda oírse, y los mismos sueños guardados cerca del corazón. Nuestras voces tampoco forman parte de la imagen, pero están en el fondo de mi cabeza.

«Los hermanos Gale seremos una fuerza de la naturaleza, ya lo verás», dice él.

«Todo el mundo cantará tus letras», respondo yo. «Todo el mundo coreará tu nombre: ¡Theo! ¡Theo! ¡Theo!».

Es como si pudiera escuchar ese coro de desconocidos. El coro que él se merecía. Tendría que haberlo vivido. Tendría que haber tenido la oportunidad de convertirse en una estrella.

La pantalla del móvil se apaga en mi mano.

Si la vida fuera justa, tendría que haber recibido esta llamada tres semanas atrás. Tendría que haber ido a esa audición. Tendría que haber conseguido lo que sea que fueran a ofrecerle.

—Theo habría pasado de hacer nada sin ti —dice Tonya, tras un suspiro.

Asiento, pero no respondo. En mi cabeza, ese coro imaginario continúa.

Sigue ahí cuando mi amiga se marcha. Sigue ahí mientras coloco la

compra en su sitio, con cuidado de no tocar las cosas que él dejó detrás. Sigue ahí por encima del sonido del agua de la ducha o cuando cierro los ojos, preparada para otra noche de dormir poco y mal.

Es el primer ruido que llena el silencio después de todos estos días.

«Theo, Theo, Theo».

2

Dottie

Su voz es una de las cosas que más echo de menos. Su voz en las canciones, pero también en los demás momentos. En los susurros cuando se repetía rimas que no le terminaban de convencer; en las conversaciones aceleradas cuando algo le emocionaba; en los días menos buenos en los que su tono era más grave porque a él el peso sobre los hombros se le iba a las cuerdas vocales.

La voz era una de las pocas cosas en las que no éramos casi idénticos.

Pero tampoco éramos tan distintos. O quizá tan solo nos conocíamos lo suficiente como para, si era necesario, poder ser iguales incluso en eso.

Y lo hicimos muchas veces. Hacernos pasar por el otro, quiero decir. Un examen en una materia en la que el otro era experto, un castigo del que puedes escaquearte con el otro ocupando tu lugar en el cuarto, las tareas en la granja que nos apostábamos entre nosotros. La mayoría de las veces cuando nos sustituíamos ni siquiera hacía falta hablar, pero cuando era necesario podíamos hacerlo con matrícula de honor.

Por eso, cuando Linda Grant descuelga el teléfono y pregunta con su tono cantarín:

—¿Sí, dígame?

Yo respondo:

—Soy Theodore Gale, mi hermana me ha dicho que me ha llamado.

Mi voz me hace un hueco en el estómago porque es casi la suya. Lo suficientemente parecida, al menos. Válida, supongo, para una persona que nunca lo conoció. Aun así, contengo la respiración, porque no sé si la tal Linda va a darse cuenta de que soy la misma

chica con la que habló el otro día. Una chica que ni siquiera tiene muy claro lo que está haciendo, porque no sé qué pretendo conseguir.

—¡Oh! ¡Estaba deseando hablar contigo, Theodore!

—Puede llamarme Theo —digo, porque es lo que él habría hecho.

—¡Theo entonces! ¿Supongo que tu hermana te ha contado mi interés en hacerte una audición?

Carraspeo, en parte para asegurarme de que la voz (su voz) no me falla y en parte porque no sé dónde lleva esta conversación. Mis ojos van a su guitarra y a su cuaderno abandonados en el mismo sitio en el que él los dejó.

—Sí, pero no me ha dicho para qué.

—Oh, claro, no quería darle todos los detalles. Imaginé que quizá sería un poco incómodo… No quería que se sintiera desplazada. Tiene mucho talento, pero no me encaja en este proyecto…

Ni siquiera me importa. No quiero dedicarme a la música si no es con él.

No quiero las oportunidades que teníamos que haber aprovechado juntos.

No quiero los escenarios si no compartimos los focos.

—¿Por qué no? —pregunto, de nuevo porque sé que él lo habría hecho

—. Mi hermana y yo actuamos siempre juntos. Es tan buena como yo. Lo que haya visto en mí, seguro que también lo tiene ella.

—Desde luego. Como te digo, su talento no es ningún problema. Quizá más adelante podríamos buscarle alguna oportunidad, pero esta no es para ella.

—¿Por qué? —insisto.

—Porque es una chica.

—¿Disculpe?

Mi pregunta suena como un gruñido y no sé si me he salido del personaje. Por suerte, Linda Grant se ríe al otro lado de la línea.

—¡Lo cual solo supone un problema en este caso en particular, claro! ¡No puedo meter a una chica en una *boyband*!

Las palabras tardan varios segundos en tener sentido en mi cabeza.

—¿Una *boyband*? ¿Quiere que forme parte de una *boyband*?

—De momento, quiero hacerte una audición. Estoy bastante convencida de que eres un perfil perfecto, pero tendría que comprobarlo y hay más aspirantes. ¿Te interesa?

No. Sí. No lo sé. Creo que Theo se habría partido de la risa de pura incredulidad. Creo, como Tonya dijo, que se habría negado. No le habría gustado la idea de dejarme, ni de trabajar con gente desconocida. A Theo no se le daba bien la gente ni el trabajo en equipo. Conmigo funcionaba porque éramos él y yo. Siempre habíamos sido él y yo.

—¿Theo? ¿Sigues ahí?

—Sí, disculpe. —Mi respuesta es automática, aunque Theo no está aquí, no va a volver, yo no soy Theo, esto no tiene ningún sentido.

—Oh, no te preocupes, querido, entiendo que una oferta así no se recibe todos los días. Entonces, dime, ¿te interesa? ¿Quieres hacer la audición?

—Yo…

—Necesito tener los miembros decididos antes de que acabe el mes; si no estás interesado, estoy segura de que encontraré…

—No. Quiero decir: sí, lo haré. Quiero hacer la audición. Quiero la oportunidad.

Escupo las palabras casi como las escupía Theo en las canciones, y me siento mareada de inmediato. Pero no puedo dejar que la oportunidad, la *última* oportunidad, la reciba otra persona.

Solo que la oportunidad ya la está recibiendo otra persona, ¿verdad?

Theo no puede hacer esa audición, porque sus cenizas no van a convertirse en carne y hueso de nuevo para cantar y formar parte de un grupo de chicos.

Esta oportunidad no significa nada.

Y al mismo tiempo, podría significarlo todo.

—¡Ah, magnífico! ¡Divino! Te mandaré todos los detalles de la cita a tu correo y… ¿Este es tu teléfono?

Trago saliva. De pronto el corazón me late demasiado fuerte, en el pecho y en los oídos.

—Es el de mi hermana, pero puede contactar conmigo en él si es necesario por ahora. El mío… sufrió un accidente y todavía no tengo otro de repuesto.

—¡Maravilloso! Nos vemos pronto entonces, Theo. Estoy deseando ver si eres una de las piezas que me faltan. Si lo fueras… Oh, querido, qué viaje te espera. Va a ser una grandísima aventura.

Y cuelga. Yo me quedo con el móvil en la mano, más consciente que nunca de que lo que he hecho ha estado mal, que nadie va a poder asistir a esa cita.

Sin embargo, en el fondo de mi cabeza, las voces que corean *su* nombre gritan más alto que nunca.

El rostro que está en el espejo del baño no parece el mío. Bajo la luz de la bombilla desnuda parece lleno de más ángulos de los que debería, con los ojos más hundidos y la piel más pálida. Me inclino hacia delante, intentando ver a mi hermano en él, pero me resulta más difícil que nunca.

Puede que la voz se parezca, puede que nuestros rasgos sean casi idénticos (la nariz estrecha, los labios carnosos, las finas líneas que forman paréntesis en las comisuras de la boca), pero no sé si es suficiente. Cuando éramos niños, las diferencias resultaban menos obvias. En aquel entonces, incluso crecíamos más o menos al mismo ritmo y, de hecho, había temporadas en las que yo le sacaba varios dedos. Al final, sin embargo, Theo acabó siendo

más alto, solo unos centímetros que, sin embargo, eran suficientes para que él presumiera de ello cada vez que podía. Yo siempre le decía que era porque no se peinaba, que si se aplastara el pelo contra la cabeza tendríamos la misma altura. Ambos sabíamos que no era cierto.

Toco la punta de mis trenzas descuidadas. En otro tiempo, el pelo tampoco había sido una diferencia. Tía Em insistió en cortarnos el pelo igual de corto cuando tuvimos piojos en tercer grado y, hasta los

quince, aquel estilo me pareció lo más cómodo. Era otra cosa más que facilitaba el parecido y abría la puerta a las travesuras.

Antes de coger las tijeras del borde del lavabo me permito dudar. Un segundo, solo uno. Ese en el que una voz (se parece a la de Tonya) me pregunta en qué estoy pensando, si estoy segura de hacer esta locura.

Nadie puede hacerse pasar por otra persona. Nadie debería conocerte tan bien como para ser capaz de confundir a todo el mundo. Pero si hay una persona que puede hacerlo con Theo, esa soy yo.

Si una persona es parte de ti, ¿la estás suplantando o solo le estás dando espacio?

El primer tijeretazo es el más difícil. No es un corte limpio, y necesito varios más para conseguir deshacerme por completo de las trenzas, por no hablar de todo el tiempo que me lleva dejar los mechones más o menos igualados, a la altura que quiero. Corto, pero no demasiado corto, para poder peinármelo tal y como lo llevaba él. El resultado no es perfecto, pero me detengo cuando me encuentro jadeando como si hubiera corrido una maratón. El baño está hecho un desastre, con mechones en el lavabo, en el suelo y pegados a mi ropa.

Me sacudo de encima el pelo que puedo y, como en trance, me acerco a su habitación. Me quedo bajo el dintel de la puerta, muy quieta, observando. Las cortinas están descorridas, como siempre las dejaba él, y el sol le está comiendo el color a los *posters* y las fotos que cuelgan de las paredes poco a poco.

Avanzo hasta la ropa limpia sobre su cama. Su sudadera favorita es lo suficientemente holgada como para ocultar las formas de mi cuerpo que no se parecen a las suyas. Ni siquiera es la primera vez que le robo uno de sus pantalones negros, los que tienen mil bolsillos y son flojos y anchos. Las deportivas son mías, porque siempre he tenido el pie más pequeño, pero el resto es todo suyo, incluso el pendiente con forma de nota musical de la oreja izquierda. Por un instante, es fácil verlo a él en medio de mi habitación, robándome el espejo para mirarse por todos lados antes de una audición. Veo las diferencias (yo no tengo su confianza, yo estoy demasiado quieta, yo no estoy sonriendo), pero no son muchas y, al mismo tiempo, son demasiadas y me agobian. Estoy segura de que sus manos eran un poco más grandes, pero al menos eran igual de huesudas que las mías. Doy gracias de que no se vea que no tengo el tatuaje que él tenía con el rayo de Bowie en el interior del antebrazo derecho, aunque sí tengo el 2 en la muñeca izquierda, por el día en el que nacimos y porque

siempre fuimos dos, así que ese era nuestro número, nuestra suerte.

Ya no sé qué suerte me queda a mí ahora que he pasado a ser solo una.

Me acomodo el pelo y casi oigo su carcajada. Casi lo veo justo a mi lado, con la sonrisa de las travesuras y los ojos brillantes por una aventura más.

«Solo te falta una cosa», diría.

Me digo que esto solo va a suceder hoy. Me digo que es el último deseo de mi hermano.

Del puf del salón tomo su guitarra plateada y me la cargo a la espalda. Su peso resulta reconfortante y parece decirme que sí, ahora sí.

Ahora estoy lista.

Ahora podremos arrasar el mundo con una última actuación.

3

Dottie

Cuando te pasas toda tu vida en un pueblo de menos de trescientos habitantes, tus oportunidades de actuar en público se limitan a la feria anual y al bar en el que todos os conocen como «los gemelos de los Gale». Por eso decidimos mudarnos a Nueva York en cuanto cumplimos los dieciocho.

No le sorprendió a nadie: nuestros tíos supieron desde que fuimos muy pequeños que un pueblo como Arcadia no podía contener todos nuestros sueños.

Cuando llegamos, sin embargo, nos sentimos un poco como el estereotipo cutre que habíamos visto mil veces en el cine. Éramos los adolescentes de pueblo que llegan con grandes ambiciones y no tardan en darse cuenta de que su pueblo era demasiado pequeño, pero Nueva York era demasiado grande. La realidad fue que en nueve meses solo conseguimos un piso diminuto y destartalado, trabajos precarios que nos permitían pagarlo y pocas oportunidades de ser vistos: noches de micro abierto en algunos pubs y la decepcionante cantidad de tres audiciones, todas para programas de talentos. No superamos ninguna. Tonya decía que lo de ir juntos, como dúo, nos jugaba a la contra, que debíamos probar alguna vez por separado. Siempre nos negamos. En

parte creo que no teníamos el valor

suficiente para encarar el rechazo sin el otro al lado.

Con todo, considero que tres audiciones (fallidas) son una experiencia aceptable. Lo justo para saber que normalmente se hacen en edificios o espacios abiertos organizados para el evento y no en pubs en los que nadie parece saber qué está pasando, cuando ya ha caído el sol.

El lugar se llama MUNCHKIN y es uno de esos sitios no demasiado grandes ni demasiado llenos de gente: iluminación pobre, mesas bajas y altas, una barra en la que un hombre con barba y sombrero sirve alguna que otra cerveza. Hay un pequeño escenario del que, en ese momento, se baja un chico en medio de aplausos templados por parte del público. La mayoría de los clientes siguen metidos en sus conversaciones, sin prestarle ni un poco de atención. Aquí no hay gente con números pegados a las camisetas ni cámaras grabando, al menos a simple vista. Valoro la posibilidad de que me hayan tomado el pelo y solo esté haciendo el ridículo, vestida con la ropa de un hermano que no va a volver y la nuca picándome en parte por los nervios y en parte por la ausencia del pelo que me he cortado para hacer esta estupidez.

Pero no. Linda Grant es real, la he buscado en LinkedIn. El correo electrónico con los datos parecía oficial, escrito desde un dominio de Grupo Emerald.

Así que me adelanto hacia la barra con las manos apretadas alrededor de la cinta de esa guitarra que no es mía y respiro hondo cuando el camarero me mira como si creyera que voy a vomitar.

—¿Qué te pongo, chico?

Una parte de mí quiere reírse. De pura histeria, supongo, porque es el momento en el que tomo consciencia de lo que estoy haciendo. También es un poco emocionante. Me parece escuchar la risa de Theo cada vez que su disfraz o el mío funcionaban. A él le hacía sentir eufórico. Una vez le pregunté si le gustaba que lo percibiesen como una chica y se quedó pensando en ello durante mucho rato. Mucho rato son días. Al final, una

semana después, en medio de la cena, mientras se llevaba un trozo de pizza a la boca, cuando a mí ya se me había olvidado nuestra conversación, respondió: «Me gusta que me perciban como tú, porque me parece la mejor cosa que puedo ser». Yo lo miré, sorprendida, y luego él emitió esa risa suya de acorde de guitarra y concluyó: «Y el

género es una construcción».

—Busco a Linda Grant —digo.

El hombre asiente.

—Tendrás que esperar tu turno.

—¿Mi turno?

—Para la audición.

No es el camarero el que responde, sino otro chico a mi lado. Tiene la piel morena, el pelo recogido en un moño desarreglado del que escapan algunos rizos y los ojos oscuros perfilados de un plateado tan brillante como el que tiene la guitarra que cuelga a mi espalda, escondida en su funda. Llama la atención no tanto por el maquillaje como por la camiseta de rejilla también plateada que lleva. Es guapo y viste como si lo supiera o quisiera demostrarlo, o tal vez ambas cosas.

El chico está bebiendo una lata de una bebida energética que en ese momento deja sobre la barra, mientras hace un gesto con la barbilla hacia el escenario. Me cuesta un segundo de más apartar la vista de él, pero al final me fijo en la persona que en este momento se sitúa detrás de un pie de micro.

—Esto no parece una audición —digo.

—Y por eso es la mejor audición del mundo —responde él.

No parece que esté bromeando. De hecho, mira al escenario con expresión concentrada. La música empieza a sonar. El que está sobre el escenario no lleva instrumentos consigo, pero tampoco le hacen falta: cuando empieza a cantar *Rolling in the deep* de Adele con una técnica vocal perfecta, tengo claro que el ganador está más que decidido esta noche.

Varias personas del público levantan la cabeza para mirarlo y las que

faltaban lo hacen cuando llega el estribillo.

Siento el sabor amargo de la derrota por adelantado.

A mi lado, sin embargo, el chico de plateado aparta la vista con desinterés y le da otro sorbo a su bebida.

—¿Apuestas por él? —pregunta.

—¿Lo estás oyendo? No hay nada que hacer contra eso.

—No vas a muchos castings, ¿verdad?

Yo lo miro, un poco ofendida, aunque sea cierto.

—Gente con voces increíbles capaces de llegar a notas altas las hay a miles —me explica—. No es suficiente con eso.

—¿Te refieres a que no lleva instrumentos?

—No, también hay muchas personas que saben tocar.

Chasqueo la lengua y lanzo otro vistazo hacia el escenario, donde ese desconocido le grita a alguien que podrían haberlo tenido todo. El chico de plateado junto a mí no vuelve a dedicarle ni una ojeada y me molesta un poco.

—No entiendo por qué lo tienes tan claro. Es bueno.

—No he dicho lo contrario —dice él, tras encogerse de hombros—. Pero has apartado la vista.

—¿Qué?

—Que has apartado la vista. No te ha costado. Y a la mitad del público tampoco.

Es cierto. Aunque muchas personas le siguen prestando atención, la gran mayoría han vuelto a sus cosas, a sus conversaciones, a la pantalla del móvil. Me siento un poco culpable al ver que es cierto, que yo misma estoy conversando con un absoluto desconocido mientras ahí arriba alguien se deja la voz por el mismo sueño que Theo y yo compartíamos.

—No vale solo con una canción increíble y llegar a las notas.

—Entonces, ¿qué se supone que se necesita?

—Ser la persona a la que escucharías sin importar la canción.

Los aplausos puntúan su frase cuando el aspirante termina. La gente parece más entusiasta que con el chico que estaba antes que él y yo me uno a ellos en un intento de disculparme por haberme distraído. Pero es cierto, los aplausos tampoco son una pasada. No hay felicitaciones ni gritos ni nada que se le parezca.

El chico de plata se pone en pie, le da otro trago a su lata y le dice al camarero:

—¿Me pones otra?

Ni siquiera se ha terminado la que tiene en las manos y me pregunto si tendrá algún tipo de adicción: he leído en algún lado que hay gente que se toma las bebidas energéticas como si fueran otra droga más. Sin embargo, cuando el hombre de la barra le deja otra delante a la velocidad de la luz, él me la tira para que la pille al vuelo. Lo miro, con un parpadeo incrédulo, y él ladea la cabeza con esa expresión desinteresada.

—Quizá te ayude con esos nervios. Vas después de mí.

Y con eso, se dirige al escenario.

Cuando empieza a actuar (no solo cantar, no, este chico no solo canta) entiendo dos cosas: a qué se refería antes y que es contra él contra el que no tengo nada que hacer.

Supongo que el chico de plateado viene del mundo del teatro, porque solo así se explica la manera en la que clava *Razzle Dazzle* de *Chicago* y se gana la atención de todo el mundo. Es como si se transformase. El muchacho serio y de voz monocorde que estaba a mi lado hace unos minutos se convierte en alguien sarcástico, extravagante y un poco altanero, acorde con el personaje que interpreta. Sabe moverse, sabe bailar y sabe cantar. Y sabe hacerlo muy bien, tanto que no puedo dejar de mirarlo en ningún momento.

En comparación, yo soy solo una persona con una guitarra que ni siquiera es suya.

Theo podría haber hecho algo contra él. Theo tenía esa personalidad que

eclipsaba todo lo demás. Se le daba de pena bailar, pero no le importaba hacer el ridículo intentándolo.

Pero yo no soy Theo. Yo no tendría que estar aquí.

Ese chico consigue justo lo que me dijo: nadie puede apartar la mirada, ni siquiera yo. Se gana la atención al saltar del escenario, al moverse entre las mesas, al interactuar con la gente, guiñar el ojo y hacer algún juego con la voz en el que cambia incluso el ritmo original, para provocar sorpresa. Es irónico, porque hace justo lo que

dice la canción: deslumbrarnos con un par de trucos.

El público estalla en aplausos y vítores cuando acaba su actuación. Son aplausos de los fuertes, de los que hacen que el lugar parezca más lleno, y él los agradece con la tranquilidad y la sonrisa de quien está acostumbrado a ellos. Es un profesional, no hay ninguna duda. Sabe lo que hace y que lo hace bien, y aunque a una parte de mí le gustaría decir que no es para tanto, soy consciente de que eso sería mentir.

Justo antes de abandonar el escenario, lo veo coger la lata que ha dejado en el suelo y beber un trago. Su mirada me encuentra entonces y levanta su bebida hacia mí. Como si brindase. Como si me desease suerte.

—Te toca, chico.

Es el camarero el que habla y me trae de vuelta a la realidad. A la razón por la que estoy aquí, a la apariencia que tengo, al peso de la guitarra de mi hermano en mi hombro. Y es demasiado.

No sé si puedo subir ahí. No sé si tiene sentido hacerlo.

Todo esto ha sido una terrible idea.

—Eh, chico, ¿me has oído? —insiste el camarero.

Sí, pero quien tendría que estar oyéndole es otra persona. Una que no va a volver. Y aunque he venido aquí buscando un poco de justicia para él, una manera de hacer que al menos alguien más lo recordase tal y como lo recuerdo yo, ni siquiera sé si puedo convencer a nadie. A lo mejor el disfraz funciona a simple vista, pero no tengo su voz, no tengo su actitud, no tengo

nada de lo que él realmente tenía.

Y a la vez…

A la vez, quizá no se trata de sustituirlo. Quizá se trata solo de vivir una última actuación con él. Con su guitarra en mis manos y su ropa abrazándome puedo fingir que somos otra vez los dos, que cumplimos el sueño y sacudimos el mundo, aunque sea solo durante tres minutos y para unas pocas personas.

Por eso respiro hondo justo antes de que el camarero vuelva a abrir la boca y subo al escenario. La guitarra de Theo lleva tanto tiempo conmigo que es algo estable a lo que aferrarse, lo único que no ha

cambiado en estos días. Su tacto es el mismo, su color es el mismo, conozco incluso las marcas de desgaste y los arañazos. Esta guitarra *es* Theo. La única parte de su cuerpo que no han quemado. Las cuerdas pueden ser sus dedos y yo solo tengo que entrelazarlos con los míos para sentirme segura e ir a cualquier parte.

Los primeros acordes de *Zombie* son fáciles porque es la canción que siempre sonaba en casa, una de sus preferidas. Lo más complicado es encontrar la voz. La mía y, al mismo tiempo, la suya. O una que sea los dos.

Una que tenga su fuerza, que le grite al público que nos tienen que mirar, que somos los hermanos Gale, que van a recordar nuestros nombres, que vamos a hacer que todo estalle.

Miradnos, queremos ser lo único en lo que penséis.

(Theo se ríe a carcajadas después de tirar la tarta de cumpleaños sobre la alfombra).

Miradnos, queremos que veáis todo lo que podríamos haber sido.

(Theo escribe canciones en el puf del salón).

Miradnos, queremos ser las personas a las que escucharíais sin importar la canción.

(Theo entra de golpe en mi cuarto gritando que tiene una nueva idea).

Miradnos, aunque no estemos los dos.

(Theo rasga su guitarra con fuerza).

Miradnos.

(Theo no se mueve más).

La última nota vibra en el aire y ni siquiera entiendo en qué momento o cómo ha terminado la canción, no sé cómo lo he hecho, con qué voz, pero los ojos me pican casi tanto como la garganta.

El mundo permanece en silencio. Exactamente el mismo silencio en el que llevo días varada, el del ojo del huracán, el silencio que me dejó él después de toda una vida llena de ruido.

Y después, el sonido vuelve en forma de aplausos.

witchofthenorth

163 Me gusta

witchofthenorth En el pub en el que estaba hoy ha habido un par de actuaciones impresionantes, pero me quedo con la de este chico. ¿Alguien sabe su nombre? ¿Cuándo va a actuar de nuevo,

@BogOfTheMunchkinPub?

10 minutos

bogofthemunchkinpub @WitchOfTheNorth Esto era un evento especial pero, teniendo en cuenta que todo el mundo se lo pasó tan bien, igual repetimos en algún momento. A poder ser, con él y con el chico de plateado que cantó justo antes…

5 minutos 1 Me gusta Responder

—— Ocultar respuestas

witchofthenorth @BogOfTheMunchkinPub Ojalá un dúo, aunque no podrían tener estilos más diferentes

2 minutos Responder

VERSE 1

There's a road going nowhere

and me, following a possibility.

No thoughts,

no feelings,

just regrets.

Don't I deserve a chance?

Won't everything keep falling apart?

EMERALD MUSIC ENTERTAINMENT

De: Grant, Linda

Para: mí, Raven Harris, Valentín Ramos, Leo Stewart **Asunto:** Bienvenidos a Wizard

¡Buenos días, chicos!

Os escribo este primer correo a todos para presentaros formalmente y daros por fin la bienvenida a WIZARD, la nueva *boyband* de Emerald Music Entertainment destinada a hacer magia.

Como ya os he comentado uno a uno, tenía el ojo puesto en muchísimos perfiles distintos, pero vosotros cuatro habéis demostrado que tenéis justo lo que estamos buscando en Emerald: conocimiento musical, presencia en el escenario y mucha, muchísima personalidad. Estoy muy feliz de embarcarme en una aventura tan emocionante a vuestro lado. Todavía tenemos por delante un largo camino juntos, pero os auguro un gran futuro y sé que no me decepcionaréis.

Nos vemos la semana que viene para la firma del contrato y la mudanza. Estoy deseando empezar a trabajar con vosotros, y espero que vosotros también. Sabéis que no será fácil, que tendréis que dedicarle la mayor parte de vuestro tiempo, pero os recuerdo: esta es una oportunidad que solo aparece una vez en la vida.

Me muero de ganas de daros la bienvenida a Emerald en persona.

Un fuerte abrazo,

Linda Grant

Manager

4

Dottie

—Dios, Dorothy, ¿qué has hecho?

Esa ha sido la primera frase de Tonya al verme, con la cara tan pálida como si hubiera visto a un fantasma. Puede que lo sea. Eso explicaría por qué, aunque llevo mi propia ropa, sigo sin sentirme yo misma. No del todo.

Quizá nunca vuelva a hacerlo.

Eso, por supuesto, no se lo he dicho. Como tampoco lo bien que me he sentido fingiendo ser Theo. Ni le he dicho que tocar su guitarra ha sido lo más parecido a reencontrarme con mi hermano y que, al regresar al apartamento tras la experiencia en el pub, me sentí más sola que nunca y lloré por primera vez desde que lo perdí.

Pero le he contado todo lo demás: que me hice pasar por él, que quería darle una oportunidad. Y que ahora quieren que Theo forme parte de ese futuro grupo.

—Dime que no te lo estás planteando en serio.

Yo miro hacia la taza de café que ha puesto entre mis manos. He venido yo a su casa porque no quería que ella viera que la guitarra vuelve a estar en su pequeño altar sobre el puf y que he abierto el armario de Theo para ver qué podría ponerme para la primera reunión con el grupo.

No necesita que responda antes de añadir:

—¿Has perdido la cabeza?

Hago una mueca sin contestar, en parte porque no sé cómo empezar y en parte porque todas las cosas que iba a decirle se pierden cuando se levanta del sofá y empieza a pasear por la habitación.

—Dottie, no necesito ser abogada para saber que hacerte pasar por otra persona es ilegal. Y no pasa nada por hacerlo en esa audición, de

acuerdo.

Entiendo que era importante para ti, una especie de cierre o de homenaje o… lo que sea. Pero no puedes estar planteándote de verdad lo de firmar un contrato en nombre de tu hermano.

Lo sé. Sé que es una locura. Y aun así…

—¡Dorothy! —Mi amiga se gira de golpe hacia mí ante mi silencio—.

¡Es fraude! ¡Es usurpación de identidad! ¿Quieres engañar a una multinacional que podría dejarte sin nada antes de mandarte de una patada a la cárcel?

—No, solo quiero…

—Theo está muerto, Dorothy.

Las palabras duelen. Nadie lo había dicho así hasta ahora. O puede que lo hayan dicho, pero yo no he querido escucharlo. Tampoco quiero hoy; sin embargo, ella no me da otra opción. Me estremezco y levanto la vista para enfrentarla por primera vez. La mirada de Tonya me está atravesando, con lástima, pero también con dureza. No sé si quiere que lo repita o que me enfade o que discutamos. Al final, lo único que me sale es un ahogado:

—Ya lo sé.

—Mira, sé que esto es muy duro, para ti más que para nadie. Pero no es sano. No sois la misma persona, Dottie. No puedes fingir que eres Theo y hacer las cosas que a él le habría gustado hacer si hubiera tenido un poco más de tiempo.

Intenta cogerme las manos, pero yo las aparto con la excusa de dejar la taza sobre la mesa.

—Solo quiero que la gente conozca su nombre. Solo será… un poco más.

Sé que no puedo hacerme pasar por él para siempre. Sé que no puedo vivir su vida por él. Pero tal vez… —Me trago el nudo que intenta subirme desde el estómago a la boca—. Tampoco es como si fuéramos a grabar un disco mañana e, incluso si lo hiciéramos, puede ser… nada. No nos vamos a convertir en BTS , por mucho que quieran vendernos que podemos ser gigantes: es solo una empresa haciendo grandes promesas. De momento solo nos prepararán para el escenario

y luego tendríamos que ganarnos todo poco a poco… ¿Sabes la de grupos que no salen adelante?

—¿Y si os hacéis famosos? ¿Y si alguien empieza a buscar información sobre ti? No, no sobre ti: sobre Theo. Hay gente ahí fuera que sabe que tu hermano está muerto, Dottie.

Resoplo y me giro hacia ella. No hay tanta gente. Ese es el problema: más personas en el mundo deberían ser conscientes del hueco que ha dejado Theodore Gale al marcharse.

—¿Quiénes? ¿Su jefe de la tienda de discos, que la *boyband* más reciente que ha escuchado son los Beatles? ¿La gente de Arcadia, donde las noticias llegan de milagro porque la conexión a Internet tiene la misma velocidad que una tortuga y la media de edad de la población es de 140 años? Esto ni siquiera va a ser para siempre. Si se hace demasiado grande, lo dejo.

—¿Crees que será fácil abandonar el grupo que una gran multinacional quiere potenciar si empieza a dar resultados?

—Los miembros de grupos famosos cambian constantemente. Si Zayn se marchó de *One Direction*, yo también puedo.

Tonya me mira como si fuera idiota. Tiene que respirar hondo para no explicarme por qué no soy Zayn Malik. Y que Zayn Malik no es ninguna mujer haciéndose pasar por un hombre, hasta donde sabe.

Al final, tan solo se deja caer de nuevo en el sofá y se pasa las manos por la cara.

—Dottie, te estás haciendo daño. Esto no te va a ayudar en nada, esto

solo…

—Por favor —la interrumpo. La voz me sale mucho más suplicante de lo que querría—. Por favor, escúchame. Sé que para ti es una locura, pero para mí tiene sentido. Es… Yo… No pude despedirme. No pude hacer nada por él. Pero ahora puedo hacer *esto*.

—A Theo no le gustaría que te arruinaras la vida por su culpa.

—¡Theo quería que llegáramos a lo más alto juntos! ¡Y esta es la única manera que nos queda!

Veo las palabras que se calla tras los labios apretados. Las veo, pero no

quiero aceptarlas y ella no se atreve a pronunciarlas. Juega nerviosamente con las pulseras que lleva en las muñecas y guarda silencio por lo que parecen siglos. Después, susurra:

—Pongamos que consigues convencer a la mánager y a tus compañeros en esa primera entrevista. Vas a tener que estar con esos chicos muchísimas horas al día. Por mucho que conozcas a tu hermano, el riesgo…

—¿No has visto *Mulán*? ¿ *Ella es el chico*? ¿ *Victor o Victoria*? ¿ *Noche de reyes*? Puedo hacerlo. A lo largo de la historia ha habido muchas mujeres que han hecho lo mismo y nunca las descubrieron.

—¡Todos los que has mencionado son personajes de ficción! —exclama ella, exasperada—. ¿Quieres que busquemos casos de mujeres reales a las que *sí* descubrieron?

—No, no es necesario.

Tonya chasquea la lengua y me observa con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. Me juzga. Pero quizá de alguna forma también lo vea a él al mirarme y por eso acaba apartando la vista, como si no pudiera soportarlo. Yo, en cambio, llevo todos estos días buscándole al otro lado de los espejos.

—Si se desmadra, lo dejas —me advierte—. Si corres peligro de ser descubierta, lo dejas.

—Te lo prometo.

Hay un silencio tenso. Me parece ver cómo cae la última de las barreras de Tonya.

—Está bien —masculla—. Pero tendremos que encontrar la manera en la que pueda estar más o menos cerca de ti. No voy a dejarte sola con esto.

Aunque no le gusta cómo estoy actuando, sé que siempre puedo contar con ella.

5

Dottie

El edificio de Emerald Music está en el centro de la ciudad, en uno de esos puntos de Nueva York en los que la gente de negocios y los

turistas caminan lado a lado: los primeros, con la seguridad de quien conoce las calles; los segundos, con los móviles en la mano y los ojos grandes, como si la ciudad los hubiera hechizado. Supongo que yo paso por parte del segundo grupo hoy, cuando me detengo delante de la entrada del edificio y miro hacia arriba. El corazón me late en la garganta y mi estómago parece contraerse en el momento en el que mis ojos caen sobre el logotipo de la empresa, sobre el cartel verde. Y después, cuando bajo la vista un poco más y me veo reflejada en las puertas opacadas. Durante un instante soy yo, demasiado pequeña delante de este edificio, vestida con la ropa de alguien que ya no está. Parezco triste, perdida, nerviosa. Las manos me tiemblan y todo lo que quiero hacer es desaparecer.

En lugar de sucumbir a la tentación de huir, me enderezo. Trato de ver a Theo en el reflejo en el cristal, con el asomo de una sonrisa, aunque sus ojos sigan siendo tristes. Intento recordar cómo se movía, cómo (rara vez) se quedaba parado. Y de repente es como oír su risa en mi oído. *No me digas que te dan miedo unos chicos que ni siquiera conoces*. Fingir que no, que lo

tengo todo controlado, es lo más difícil. Porque no son solo los chicos, aunque ellos también me imponen. Con ellos es con quienes voy a pasar más tiempo. Ellos tendrán más experiencia que yo en todo. Ellos podrían descubrirme en cuanto abra la boca. Mientras me acerco a la recepción y doy el nombre de mi hermano, de hecho, pasan por mi cabeza mil escenarios en los que se dan cuenta de que me estoy haciendo pasar por otra persona. Cuando entro en el ascensor, mientras subo y dejo la ciudad a mis pies, me digo que la que lo descubra también podría ser Linda Grant. Para cuando me acompañan hasta la puerta cerrada de una sala de reuniones ya he dado por hecho que este podría ser el principio de un sueño o de una pesadilla.

Y entonces la puerta se abre y me encuentro con la cara de una mujer muy sonriente y los rostros de mis nuevos compañeros de trabajo.

Raven

Ser parte de la industria del entretenimiento desde antes de aprender a andar tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Algunas de las ventajas solo se convierten en inconvenientes con el tiempo y algunos de los inconvenientes pueden convertirse en ventajas dependiendo del día y de la gente con la que te encuentres.

Por ejemplo, trabajar en una serie de televisión rodeado de adultos con once años puede ser una mierda si no te gusta que te traten como

a un niño, pero también puede enseñarte una lección de vida importantísima: que te infravaloren puede convertirse en una oportunidad si sabes jugar tus cartas.

Podrías enterarte de un chisme sobre alguien que se dedica a molestar a otras personas del set y que podría arruinar su carrera. Podrías soltarlo, como si se te escapara, en una reunión con los productores y conseguir que lo despidan, si quieres hacer el bien. O quizá quieras hacer el mal: no serías la primera persona que consigue un papel a costa de guardar los secretos

adecuados a la gente adecuada. Al fin y al cabo, en el mundo del espectáculo hay oportunidades que llegan de manera natural y otras que cada cual se busca por sí mismo.

Esta oportunidad ha sido de las naturales, porque yo jamás me habría esforzado demasiado para terminar formando parte de una *boyband*. Nunca se me habría pasado por la cabeza, siquiera. Sin embargo, cuando llegó la propuesta de Linda Grant para una audición, me hizo gracia. Me interesó el cambio de aires y sabía que Linda me iba a querer en su proyecto: soy atractivo, tengo presencia en el escenario, carisma e incluso un club de fans propio que me seguirá allá a donde vaya. Puede que no sea el mejor cantante, pero bailo de maravilla y confío en lo que puedo llegar a hacer con algunas clases de técnica vocal. En realidad, no sé qué hago en un grupo en vez de lanzando un disco como solista, pero supongo que puedo compartir el éxito con mis nuevos… compañeros.

Aunque no estoy seguro de cuánto van a durar ellos. Esa es otra ventaja de haber crecido entre cámaras y estrellas: rara vez me equivoco en mis primeras impresiones sobre los recién llegados a este mundo, y un vistazo en nuestra primera reunión es todo lo que necesito para crearme mis propias opiniones sobre la gente con la que me han juntado.

Por ejemplo, sé que el chico de la camiseta gris sin mangas, el que se sienta con la espalda tan recta como si le hubieran metido el palo de una escoba por el culo, aguantará la presión, pero no llegará lejos a menos que aprenda a sonreír.

También sé que el otro chico de la mesa, el que parece el más musculado de nosotros pero no mira a nadie a los ojos y apenas ha hablado más que para murmurar su nombre, no está hecho para esto. Ese se va a romper tan rápido que lo veremos llorando debajo de una mesa dentro de una semana.

Y sé que al chico guapo que entra por la puerta, el que parece un animalillo asustado pero decidido, lo van a devorar.

Hay gente que no está hecha para sobrevivir al mundo del espectáculo.

Y no sé si mis compañeros tienen lo que hay que tener para conseguirlo.

Leo

Esto ha sido un error. La equivocación más grande que he cometido nunca.

No tenía que haber aceptado la propuesta y ahora ya es demasiado tarde para echarme atrás. O quizá no. Todavía puedo no firmar el contrato que tenemos delante, con todas esas letras que en realidad ya he leído en casa, en el borrador que Linda adjuntó hace unos días en su correo para que supiéramos en qué nos metíamos. A lo mejor *ese* habría sido el momento de echarse atrás. Ni siquiera habría quedado mal. Podría haber escrito un elegante mensaje diciendo que las condiciones no se ajustaban a lo que esperaba. Aunque eso quizá habría conllevado negociaciones y no hay nada que odie más que negociar y…

Esto va a salir mal. Fatal.

Aunque al menos no soy el único que tiene pinta de estar replanteándose todas las decisiones que ha tomado en su vida.

—¡Theo, querido! ¡Te estábamos esperando!

Linda saluda con un apretón de manos al miembro del grupo que faltaba y yo lo observo. Theodore Gale intenta esbozar una sonrisa, pero soy experto en reconocer la ansiedad porque la mía es patológica. Está clara en la manera en la que se acomoda la sudadera ancha que lleva puesta debajo de una chaqueta y en cómo carraspea antes de hablar. Está pálido y supongo que las manos deben de temblarle tanto como a mí.

—Lamento el retraso.

Como el resto de mis compañeros, es guapo, mucho más que yo. Tiene unos rasgos finos y redondeados, una belleza un poco delicada, como de príncipe de cuento de hadas. El tipo de cara que te puedes imaginar en una *boyband*, sí. Todos los que están aquí tienen algo así, de

maneras distintas, y es una más de las cosas que hacen que me pregunte qué hago yo aquí. No

me siento a la altura en nada, ni siquiera físicamente, aunque quizá eso tenga que ver en parte con la ansiedad y en parte con un ataque repentino de disforia.

Al fin y al cabo, estoy bastante seguro de que soy el único chico trans de aquí.

Todavía puedo escuchar el silencio sorprendido de Linda al otro lado de la línea cuando la informé, antes de aceptar. Fue mi intento de tener una buena excusa para echarme atrás: estaba seguro de que Linda cambiaría de opinión en cuanto lo supiera. Es lo que suele pasar, ¿no? Sales del armario y de pronto recibes algún comentario discriminatorio o algo un poco más sutil como que te llamen dos días después diciendo que había habido un error y que, finalmente, por cuestiones internas no estás dentro. Creo que una parte de mí pensó que eso me libraría de tener que rechazar la oportunidad: otros me la arrebatarían sin más.

Pero no ocurrió. Después de ese silencio, Linda Grant tan solo recuperó su voz cantarina y dijo que no pasaba nada. Que *mi secreto* estaba a salvo con ella. Que nadie tenía por qué enterarse si yo no quería. Y que, si en algún momento quería, ya nos ocuparíamos de ello.

Pero yo sé que eso significa que nunca nos vamos a ocupar de ello, en primer lugar porque no tengo ninguna intención de que nadie más lo sepa y en segundo lugar porque dudo que algo así le interese a la productora si quiere convertirnos en un éxito para todo el mundo. Solo hay que mirar la cantidad de artistas que se pasan toda una vida en el armario para saber cómo funciona esto, ¿no?

Linda y Theodore Gale se acercan y nuestra mánager habla del último integrante como un talento descubierto por casualidad en unas audiciones.

Después, nos presenta a los demás, aprovechando que estamos todos ya.

Raven Harris no necesita presentación para nadie: es un actor reconocido, hijo de actores reconocidos, famoso y con más series y películas a sus espaldas que años. Y yo…

—Este es Leo, quizá lo reconozcáis si usáis TikTok: es todo un icono

allí, con más de millón y medio de seguidores, ¿verdad, Leo? Ya tiene a un montón de gente ahí fuera esperando sus canciones.

Me esfuerzo mucho en esbozar una pequeña sonrisa en respuesta, aunque me siento avergonzado y ansioso. Supongo que esa es la única razón por la que me han elegido: por los números que tengo en TikTok. Unos números que intento no mirar porque siempre que lo hago me obsesionan, igual que los comentarios que nunca leo. Pero si mi cuenta es la única razón por la que me dan esta oportunidad, no puedo admitir el primer día que en realidad las redes sociales me aterran, ¿no?

Así que callo. Y dejo que el resto del mundo piense que soy la estrella que no soy.

Val

—Y este es Valentín Ramos. Valentín tiene una corta pero intensa carrera en el teatro musical. Theo, tú ya lo conoces, ¿verdad? Hicisteis la audición el mismo día.

Theodore Gale parece sorprendido de verme, aunque yo no lo estoy de verlo a él. Llevo desde que he llegado preguntándome si vendría. Si el último integrante sería él. *Tenía* que serlo.

Me alegro de haber acertado. No importa lo mucho que yo haya trabajado para llegar hasta aquí, no importa la carrera en el mundo del entretenimiento que tenga Raven Harris o los seguidores que haya conseguido Leo Stewart: de ellos apenas sé nada, pero a Theodore Gale lo he visto actuar y me ha parecido que tenía algo mucho más importante que todo eso. El tipo de cosa que no pueden enseñarte, porque no es una cuestión de técnica. Theodore Gale canta con un motivo (no sé cuál) y se deja las entrañas cuando lo hace. Cuando subió al escenario aquella noche pensé que era solo un chico cargado con una guitarra y muchas

inseguridades. Con la primera nota que tocó, no se me quitó la impresión, porque sonó temblorosa. Dudó. Dudó durante los primeros compases de la canción y yo pensé que era una pena que los nervios fuesen a poder con él y me giré para marcharme, seguro de que aquella noche el vencedor sería yo.

Y después empezó a cantar. No pude evitar girarme al sentir el estremecimiento, y cuando lo hice me di cuenta de que me había equivocado: aquel muchacho no cargaba una guitarra, iba armado con ella y estaba dispuesto a ganar cualquier guerra.

Me habría quedado allí quieto escuchando mil canciones más, si las hubiera tocado.

La primera noche pensé que el chico sobre el escenario y el que había hablado conmigo en la barra no podían ser el mismo. Me pasa algo semejante en este momento, cuando de pronto toda aquella presencia que vi se disuelve. Abre y cierra la boca y casi puedo ver las neuronas en su cerebro golpeándose unas con otras en un intento de encontrar qué decir.

—Claro que lo recuerdo —dice al final—. ¿Qué hay? Qué sorpresa.

Su incredulidad es un poco ofensiva si pienso en lo seguro que estaba yo de que él tenía que ser elegido, pero intento no hacer caso a la parte de mí que se pregunta si no me consideró lo suficientemente bueno el otro día. Da igual. Lo importante ahora no es lo buenos que seamos por separado, sino lo buenos que tenemos que llegar a ser todos juntos. Esta oportunidad es de las que pasan una vez en la vida. Y la necesito.

No voy a permitir que nada ni nadie la eche a perder.

Dottie

Theo y yo aprendimos a imitar la firma del otro cuando éramos adolescentes, a la vez que aprendimos a falsificar la de nuestro tío para que Theo se librase de una bronca terrible por unas notas desastrosas. En el momento no pensamos que lo fuésemos a necesitar nunca, pero nos pareció

divertido.

Por supuesto, si a aquel joven Theo le hubieran dicho que un día yo iba a firmar un contrato en su nombre, sé que se habría reído, igual que se habría reído de mi terrible trabajo imitándolo, de la forma en la que me he quedado sin palabras delante del chico de la audición o de cómo mi mano tiembla cuando dejo el bolígrafo sobre la mesa y contemplo mi trabajo. Por suerte para mí, creo que todo el mundo está tan ansioso como yo. O, por lo menos, Leo lo está, porque juega nerviosamente con su bolígrafo hasta que se da cuenta de que lo estoy mirando y se hunde en su asiento, avergonzado.

Raven es el primero en acabar con todas sus copias. Tonya soltó un grito cuando supo que él estaba en el grupo y me preguntó dónde había vivido en los últimos años para no conocerlo: después, una simple búsqueda de Internet se encargó de darnos toda su biografía,

incluidas las series y pelis en las que ha trabajado, las famosas a las que ha conquistado y las fotos que le han hecho a lo largo de su carrera.

—Pues supongo que nos veremos mañana —dice, con la calma de quien está acostumbrado a todos estos trámites.

Linda asiente con la más brillante sonrisa. Todo en ella es brillante, en realidad. Parece una Barbie regordeta, vestida de rosa, con los labios pintados de un color pastel y el pelo rubio estilado de forma impecable.

—Van a ser unas semanas muy emocionantes, os lo aseguro. Vamos a conocernos muy bien, a trabajar muchísimo y a descubrir a dónde podemos llegar todos juntos.

Cuando habla así da un poco la impresión de ser una profesora de guardería en pleno subidón de cafeína. No sé si me horroriza o me hace gracia. Parece que en el caso de Raven es lo segundo, porque la sonrisa que tiene en la boca se ensancha, sarcástica.

—¿Y vamos a tener piruletas si nos portamos bien?

—Vais a tener algo más que piruletas, chicos. Vais a poder tener todo lo que queráis.

Eso sí causa un poco más de efecto: Leo hasta deja de jugar con el bolígrafo que tiene en la mano, la sonrisa de Raven cambia un poco y Valentín entrecierra los ojos como si pudiera sentir la promesa de manera casi física.

«El mundo entero» dice Theo desde algún lugar de mi cabeza.

—Estoy deseando empezar.

No me doy cuenta de que las palabras han salido de mis labios hasta que todos se giran hacia mí. Y aunque mi primer impulso es recolocarme la sudadera y asegurarme de que no pueden ver a través de mi disfraz, solo sonrío, con confianza, como habría hecho mi hermano.

Termino con mis copias del contrato y le tiendo el fajo de papeles a Linda.

—¡Ese es el espíritu! Ya tengo grandes planes. Lo primero será conseguir que parezcáis un grupo de verdad y no solo cuatro chicos

que van cada uno por su lado, pero estoy segura de que la convivencia ayudará a eso.

—¿Qué quiere decir? —Es Leo quien lo pregunta, casi como si temiera la respuesta.

—Es una sorpresa, mañana lo veréis —canturrea Linda.

A Theo le encantaban las sorpresas.

Yo las odio.

6

Dottie

No sé qué esperaba cuando leí que la compañía nos «proporcionaría una vivienda». Supongo que di por hecho que sería algo parecido a mi diminuto piso o una habitación en una residencia. Algo modesto, con una cama y un armario y una sala pequeña en la que trabajar.

En lugar de eso, Linda nos cita en nuestro primer día en un edificio alto e impresionante en Roosevelt Island. Un edificio en el que nos recibe un recepcionista pulcramente vestido y con una sonrisa perfecta, blanca y brillante, que nos indica que ellos se encargarán de subir nuestras maletas.

Creo que el único que se siente cómodo y tranquilo con todo esto, e incluso poco impresionado, es Raven. Los demás no dejamos de mirar alrededor, pero la incredulidad no es nada en comparación con la que sentimos cuando, tras coger el ascensor hasta el décimo piso, Linda abre la puerta de lo que a partir de hoy será nuestro apartamento.

—El edificio pertenece a Emerald y lo usamos para las estrellas en ciernes o cuando alguien de la compañía necesita un lugar donde trabajar —

nos dice—. Ozma siempre se retira a uno de estos cuando está escribiendo y grabando. Dice que le da paz.

Estoy a punto de tropezar con mis propios pies.

—¿Ozma? ¿Ozma viene aquí?

Mis compañeros se vuelven hacia mí y yo me pongo colorada. Siempre me ha encantado la música de Ozma, pero es que no la llaman la reina del pop por casualidad. En este momento es la joya más brillante de la

industria y, por supuesto, esa joya está bien engarzada en la corona de Oswald Emerald, el actual CEO de Emerald Music.

—¿Eres fan, querido? —pregunta Linda—. ¡Seguro que podemos conseguirte un par de entradas para su próximo concierto!

—¿La conoces?

—Yo la descubrí.

Lo dice como si no tuviera la menor importancia, porque sigue caminando sin reparar en las caras que se nos quedan a los demás.

—¿Tú descubriste a Ozma? —La voz de Raven suena incrédula—. ¿Y

qué demonios haces aquí entonces? Estoy seguro de que es mejor ser la mánager de Ozma que de una *boyband* que todavía no conocen ni en su casa.

Ella lo mira por encima del hombro y parpadea, como si no entendiera de qué está hablando, pero al final se echa a reír.

—Prefiero los retos —dice—. Y hablando de retos, creo que os encantará lo que voy a enseñaros ahora.

Me siento un poco mal, porque por lo joven que parece había dado por hecho que Linda acababa de llegar a la empresa. Había dado por hecho muchas cosas, como que alguien a quien tomar en serio no podía ser…

como ella, tan feliz y simpática y tan de colores pastel.

Aunque supongo que yo tampoco soy lo que parezco, ¿no?

Me detengo antes de ceder a la tentación de volver a recolocarme la ropa y atiendo lo que nos cuenta nuestra mánager sobre nuestro nuevo hogar y lugar de trabajo. Apenas puedo creerme el tamaño del estudio de baile, con un espejo enorme que cubre una de las paredes, o las pequeñas cabinas de ensayo insonorizadas. Linda nos enseña también un gimnasio equipado con

algunas máquinas (lo cual no me emociona demasiado) y finalmente nos dirige hacia una gran cabina de grabación donde nos dice que se hará la magia. Aquí grabaremos nuestros temas. Gracias a la música que salga de esa habitación, seremos WIZARD.

Me quedo mirando al equipo de última generación de la antesala que

servirá para grabar, a los instrumentos que quiero toquetear. Quiero probar cómo suena mi voz cuando se grabe. Quiero probar a cantar una de las canciones de mi hermano.

Aquí sus temas podrían hacerse más reales que nunca.

—Qué pasada…

Creo que Leo no había dicho una sola palabra hasta ahora, pero de pronto lo encuentro a mi lado, extendiendo una mano para pasar los dedos por un teclado apagado. Por su parte, Raven sigue con una expresión que parece casi de aburrimiento, mientras que Valentín se asemeja más a un soldado analizando el campo de batalla.

—¿Podemos usar todo esto? —pregunta.

—¡Por supuesto!

—¿Vamos a ser una banda que toque en directo? ¿Qué instrumento tendrá cada uno? ¿Qué papel tendremos y…?

—No nos adelantemos. —Linda se ríe y yo me fijo en cómo Valentín frunce los labios. Creo que, si fuera por él, empezaríamos ya mismo—. Por ahora, pensad que tendréis a vuestro alcance los mejores recursos de la industria. Eso implica, también, que espero que en las próximas semanas me demostréis de lo que sois capaces. En Emerald no se gasta el dinero en la gente que no sabe aprovechar las oportunidades.

Aunque lo dice con una sonrisa, todos somos conscientes de lo que eso significa: en el momento en el que demostremos que no estamos a la altura, estamos fuera. Nos han elegido a nosotros cuatro, pero somos reemplazables, tanto individualmente como en grupo. Emerald tendría que invertir mucho menos en alguien que ya estuviera consolidado, por

ejemplo. Si intenta cazarnos y llevarnos a la cima es solo porque considera que hay mucho dinero por ganar.

—Pero no os preocupéis —continúa Linda con su voz cantarina—. Hoy solo tenéis que instalaros y empezar a conoceros. Mañana veremos cómo estáis de forma física, cuáles son los puntos fuertes de cada uno en el escenario y, por supuesto, empezaremos a darle forma a la imagen del grupo. Van a ser semanas muy intensas.

—Y en ese apretado horario, ¿tendremos tiempo para tener una vida? —

interviene Raven—. Ya sabes, relacionarnos con otras personas, alguna fiesta, dormir, hacer otras cosas en la cama que no sean dormir…

Valentín le lanza una mirada de censura en cuanto lo escucha.

—¡Por supuesto que podréis dormir! Tenéis que hacerlo si queremos que deis lo mejor de vosotros —exclama Linda. Creo que está obviando a propósito todo lo que no sea descansar.

—No estamos… encerrados aquí, ¿no? —pregunto mientras retomamos la marcha por el apartamento.

—No seas ridículo, querido, no estáis en una cárcel. Podéis usar vuestro tiempo libre como os plazca, siempre que no afecte a vuestro trabajo. Y

siempre y cuando recordéis que ahora sois parte de Emerald y debéis comportaros como tal. Estáis a prueba, así que considerad si merece la pena la mala prensa, por mínima que sea.

La advertencia consigue ponerme nerviosa. Aunque ni la mitad de lo nerviosa que me pone que Linda se pare en medio del pasillo, delante de dos puertas enfrentadas. Cuando las abre, dos dormitorios amplios quedan a la vista. En los dos hay un par de camas individuales. Una puerta da a un baño en cada una de las habitaciones.

Hay un incómodo silencio en el que creo que todos tratamos de digerir por qué habría cuatro camas en solo dos habitaciones. Y cuando lo entiendo, quiero que me trague la tierra.

—¡Sorpresa! —exclama Linda—. Creo que esto ayudará a que os

conozcáis todavía mejor. Compartir cuarto en la universidad fue una de las mejores experiencias de mi vida y sé lo mucho que se aprende de estar en un espacio pequeño con otra persona. ¿No es genial?

Creo que está esperando que compartamos su entusiasmo, pero yo tengo ganas de gritar.

—¿Podemos elegir a nuestro compañero?

Todos nos giramos hacia Valentín con distintos grados de sorpresa.

—Oh, pues había pensado que Raven y tú… —dice Linda.

—¿Y no podría ir con él?

Mi compañero de audición señala a Leo, que abre mucho los ojos. Tiene pinta de estar al borde de un ataque de pánico.

—¿Yo? —pregunta, con la voz súbitamente aguda.

—¿Él? —dice Raven casi al mismo tiempo—. ¿Qué problema tienes conmigo? Soy el mejor compañero de cuarto que podrías desear. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

Valentín lo mira con una ceja alzada.

—Tranquilidad, algo que aprecio y que no parece ser una de tus virtudes.

—¿Perdona? Yo puedo ser muy tranquilo cuando me lo propongo. Pero ahora no lo descubrirás, porque soy yo el que va a irse con Leo.

Y como si quisiera demostrar que ya le pertenece, lo coge de la mano y tira de él. Leo mira de la cara de Valentín a los dedos de Raven alrededor de los suyos y parece que vaya a implosionar.

Yo estoy tan sorprendida que apenas puedo reaccionar, aunque me molesta un poco que la persona con la que hice la audición no me haya considerado como opción. Se supone que sería lo lógico, ¿no? Conmigo ha intercambiado al menos un par de palabras, al contrario que con los demás.

Aunque, siendo justos, no me ha vuelto a hablar después de aquello y en nuestro primer encuentro tampoco es que me cayera demasiado bien, con sus aires de estar de vuelta de todo. Mejor no compartir cuarto con él. No cabríamos los cuatro: mi secreto, su ego, él y yo.

—Pues yo creo que los compañeros deberían quedarse como había pensado Linda —intervengo.

Leo se fija en mí con los ojos muy abiertos, no sé si en una súplica para que lo rescate de la pelea de los otros dos o por pura incredulidad al ver que me uno a luchar por su compañía. Se le escapa una risa nerviosa e inquieta.

—¿Y no podemos dormir todos juntos? —Los tres nos giramos hacia él y entonces se pone muy rojo—. ¡Cada uno en su cama!

La risita de Linda nos hace volvernos hacia ella.

—En realidad, creo que acabo de tener una idea: ya que tenemos dos

chicos con experiencia en el mundo del espectáculo y otros dos más novatos, creo que sería de lo más beneficioso que quienes más conocéis este universo prestéis vuestros conocimientos a los más inexpertos. Raven puede dormir con Leo y Valentín, con Theo.

Raven deja escapar un grito de triunfo y levanta la mano en la que todavía sostiene la de un nerviosísimo Leo. Yo trago saliva antes de volverme hacia mi compañero de audición y, ahora, de cuarto. Sus ojos se encuentran con los míos. Parece que está valorando si soy o no lo suficientemente digna para el puesto.

Engreído. Juro que como abra la boca…

Pero no lo hace: en su lugar, se encoge de hombros, y a mí me gustaría decirle que tampoco me hace especial ilusión compartir cuarto con él. De hecho, preferiría no compartir cuarto *con nadie*.

—¡Fantástico! —Nuestra mánager está tan entusiasmada que incluso da unas palmaditas—. Esto hay que celebrarlo. Os invito a comer para empezar bien esta nueva etapa, ya tendréis tiempo de instalaros después.

Ahora tenemos mucho de lo que hablar.

7

Dottie

Linda nos dice que va a llevarnos a un sitio que le encanta cerca del edificio, aunque a mí me resulta difícil imaginar algo que no le guste. Esa alegría efervescente suya empieza a ser un poco agotadora después de llevar casi un mes prácticamente aislada en casa. No sé si tengo la suficiente energía para entablar conversación, con ella o con otras tres personas, así que, en el camino al restaurante, me quedo callada y finjo escuchar. Camino muy cerca de Leo, porque su nerviosismo lo ha convertido en el más callado de los chicos. Cuando me mira de reojo yo simplemente le sonrío y él vuelve la vista a sus pies de inmediato. Supongo que, como a Theo, a él también se le da mejor la música que las personas, aunque de maneras distintas: mi hermano hablaba por los codos y era simpático con todo el mundo, el problema era que nada ni nadie le parecía lo suficientemente interesante, o no por demasiado tiempo. Desde luego, no más que yo y no más que la música. Sea como sea, supongo que todos estos años me han enseñado a poder lidiar con alguien como Leo.

No lo tengo tan claro con Raven Harris. Él, que ha salido a la calle con

unas gafas de sol que le cubren media cara, como si quisiera asegurarse de que nadie lo reconoce, parece un experto en hablar mucho. Por suerte la ha

tomado con Valentín, que mantiene esa expresión de desinterés y calma que ya llevaba puesta el día de nuestra audición. De él, como de Raven Harris, no sé qué esperar.

Es Raven precisamente quien se sienta a mi lado en cuanto llegamos al restaurante, supongo que cansado de no conseguir sacar de sus casillas a Valentín, y me guiña un ojo cuando se da cuenta de que lo miro de soslayo.

Yo me apresuro a apartar la vista y me reprendo de inmediato: Theo nunca habría apartado los ojos. Se habría reído y habría hecho una broma.

—¿Sabes que tienes una cara muy bonita?

Las palabras de Raven me sorprenden, pero no tanto como el hecho de que estire la mano para tocarme. Casi me caigo de la silla intentando apartarme de él y, aunque parpadea, al menos tiene la decencia de dejar los dedos sobre la mesa cuando se da cuenta de mi rechazo.

—Conozco a gente que mataría por tener esa piel —continúa—. Y no te ha salido ni una sombra de barba. ¿Eres mayor de edad, siquiera? ¿Vas a ser el bebé del grupo?

—Tengo dieciocho —gruño.

—Theo es el más joven de los cuatro —dice Linda desde la cabecera de la mesa—. Solo por unos meses —añade, con un gesto hacia Leo.

—Entonces sí que es el bebé —continúa Raven, divertido—. ¿Ese va a ser su papel? ¿El hermano pequeño del que cuidar y al que hacerle las novatadas al mismo tiempo?

Linda ríe.

—No, no: Theo es el encantador.

Casi me atraganto al beber un sorbo de agua. De todas las maneras en las que habría definido a Theo, esa no es una de ellas.

—¿Encantador? —repito.

—Como un príncipe azul —explica Linda—. Divertido pero correcto,

dulce y agradable pero sin llegar a ser tímido como Leo. El clásico chico bueno.

No, definitivamente no está hablando de mi hermano. No es que Theo fuera un chico malo, pero era demasiado caótico y pasaba demasiado de la gente como para ser considerado nada parecido a un príncipe.

—¿Entonces yo soy «el tímido»? —susurra Leo.

Resulta difícil saber si le molesta ese papel, porque tiene los ojos puestos sobre los anillos que lleva en sus manos, con los que está jugando.

—¡Es un gran personaje que interpretar! Los chicos tímidos y callados suelen tener mucho éxito, porque las chicas quieren protegerlos. Aunque no podemos dejar que te pierdas entre los demás, vas a tener que soltarte un poco.

Leo se ruboriza y se hunde en su silla. Creo que va a decir algo, pero entonces la camarera llega y nos pregunta qué vamos a tomar. Es un poco obvio cómo nos mira, y no me cuesta darme cuenta de que Linda también se está fijando. No puedo evitar preguntarme si esta comida no será alguna clase de prueba para comprobar cómo se nos ve juntos.

Nuestra mánager parece muy satisfecha cuando Raven le dedica una sonrisa a la chica y ella casi pierde el boli. O cuando Valentín usa un coletero plateado en su muñeca para hacerse un moño y ella no le quita los ojos de encima. Creo que ni siquiera le importaría si no le dejamos propina.

—¿Y los demás, entonces? —pregunta Valentín cuando estamos solos de nuevo—. ¿Has pensado en papeles para todos?

—¿Impaciente por empezar, Val? —se burla Raven.

El chico de gris deja los ojos en blanco.

—Ya te he dicho que no me llames así.

—No esperarás que las fans griten «Valentín» en los conciertos, ¿no? Es demasiado largo.

—Val es más directo y comercial —coincide Linda—. Y da sensación de cercanía.

—Y ahora somos los mejores amigos, ¿no? En esos detalles es donde

se nota la confianza.

Valentín no debe de estar aquí para hacer amigos, porque frunce el ceño y parece decidir que no le gusta Raven Harris, aunque no ha dicho ninguna mentira. Ese también es un papel por interpretar: el de amigos. El de que todos nos conocemos muy bien y nos llevamos a las mil maravillas. Otra cosa más en la que trabajar en las próximas semanas.

—¿Y cuál es el papel de Harris? —pregunta mi compañero de cuarto —.

No creo que haya ninguno que sea «el insoportable».

—Raven es el espontáneo e impredecible —sonríe ella—. El rebelde que hace que las chicas quieran un poco de locura en su vida.

El aludido sonríe con ganas. Algo me dice que «impredecible» es para él un halago. Quizá yo también podría apreciar esa cualidad si no tuviera un secreto que requiere mantenerme apartada de lo inesperado.

—Creo que has sabido captar mi esencia, sí. Solo te ha faltado añadir que soy todo un rompecorazones.

Valentín deja los ojos en blanco, pero Raven solo sonríe más.

—¿Y tú, Val? ¿Qué papel dices que vas a interpretar? Porque no creo que

«el estirado» entre en las posibilidades. Ninguna adolescente sueña con un chico que le corrija las faltas de ortografía y le diga que se centre.

—Al parecer soy el que se lo toma en serio, al menos si me comparan contigo.

—Todo lo que he oído es «aburrido». —Raven finge un bostezo—. Estoy seguro de que ese no es un buen personaje para el marketing de la banda.

Linda parece divertida, como si creyese que ambos se lo están pasando bien con sus pullas.

—No es que el grupo vaya a tener un líder de manera oficial, pero…, bueno, Val puede cumplir con ese papel. Será el chico que usa la

cabeza sobre el corazón, un poco distante, misterioso, casi… —Linda parece paladear la palabra— peligroso.

—¿Qué tipo de peligro? Porque suena a que podría ser un líder de la mafia.

—«Val» puede ser un buen nombre de mafioso —murmuro.

La sonrisa de Raven se amplía incluso más al sentirse respaldado.

—Oh, podríamos decir que en vez de un *badboy* tendremos nuestro propio *Valboy*.

Intento contener la carcajada, pero se me escapa sin permiso. Al menos no soy la única a la que le ha hecho gracia, porque Linda suelta una risita y hasta capto la sonrisa divertida de Leo. Al único al que no le divierte es a Valentín, que nos lanza a todos una mirada asesina.

—¡Mirad! ¡Esa es la cara de mafioso! —exclama Raven, como si estuviera asustado.

Mi compañero de cuarto chasquea la lengua.

—Sí, y como sigas así, vas a ser el primer ejecutado de mi mandato, Harris.

Todos nos giramos con sorpresa hacia él.

—¿Acabas de hacer una broma? —pregunto.

Él arquea las cejas, sin cambiar ni un ápice de su expresión.

—¿Era una broma?

—Creo que se ha tomado demasiado en serio su papel de peligroso —

dice Raven—. Pero, por si acaso, voy a dejarlo por el momento: soy demasiado guapo para morir tan joven.

Linda vuelve a reír y aplaude, como si fuéramos todo un espectáculo.

—¡Esto es magnífico! A las chicas les encantará ver todas estas dinámicas entre vosotros.

—Estoy deseando ver los fanfics *enemies to lovers* entre *Valboy* y yo —

dice Raven.

—Espero que nadie escriba fanfics sobre mí, gracias —gruñe Val—. No soy un personaje de ficción.

—Ya, pero si nos hacemos conocidos, va a pasar —interviene Leo en un susurro—. He leído los suficientes para saberlo…

—Y será bueno que lo hagan: todo ayuda al marketing —explica Linda

—. Si ven que os lleváis bien y quieren fantasear con algo más… Bueno,

¿qué mal hace a nadie?

—Yo a eso lo llamo *queerbaiting* —protesto.

—Y si somos lo suficientemente buenos no deberíamos necesitar algo así

—defiende Val.

Leo nos mira mordiéndose de manera pensativa el piercing que lleva en el labio y Raven deja escapar una risita que suena a que le parecemos muy inocentes. La propia sonrisa maternal que nos dedica Linda parece un poco eso.

—Sois lo suficientemente buenos, no tengo ninguna duda, por eso os he escogido. Pero ya no estás en el teatro musical, Val. Esto va a ser… otra cosa distinta a la que estás acostumbrado. Ahora el trabajo no acabará cuando bajéis del escenario o se apaguen las cámaras. Ahora el trabajo también será vuestra imagen, vuestras relaciones… Vuestra vida. Todo cuenta, tanto lo real como lo que la gente quiera imaginar. Las *boybands* no están hechas solo de artistas, chicos, sino de ídolos . Entendéis esto,

¿verdad?

Hay un silencio un poco incómodo durante el cual la comida llega a la mesa. El único que parece comprenderlo de verdad es Raven, que lleva toda la vida en este mundo y debe de estar más que acostumbrado. Leo bebe un gran trago de su vaso de agua, inquieto.

—Y en todo ese marketing, ¿vamos a tener que fingir en algún momento? —pregunta—. Romances y cosas como esas… Preferiría no tener que hacerlo.

—Oh, no te preocupes por eso, en principio no será necesario: de

hecho, lo más conveniente es que no salgáis con nadie. Las chicas tienen que poder fantasear con la idea de que podéis ser suyos en algún momento,

¿entendéis? Aunque sea muy improbable.

No me pasa desapercibida la mueca que hace Val o que Leo se sirve otro vaso de agua y se lo bebe demasiado rápido, inquieto. Raven no parece

estar escuchando nada nuevo. Y yo…, yo siento el nudo en el estómago y ganas de salir corriendo.

—¿Algo más que deberíamos saber?

Linda titubea ante la pregunta de Valentín. El hecho de que pierda el buen humor por un segundo nos pone a todos en tensión.

—Sí, hay una cosa más.

La mujer deja con cuidado los cubiertos sobre su plato y se acomoda en su silla. Sus ojos pasan por nosotros, como si dudase de que estemos preparados para lo que va a contarnos.

—Os dije que no había seguridades de que lleguéis al final. Y en parte es porque nadie puede asegurar que funcionéis, que vayáis a tener el éxito que esperamos de vosotros. Y en parte, también… porque WIZARD no es la única banda que estamos preparando en la empresa. Hay otra mánager a la que se la ha asignado el mismo proyecto que a mí.

Un silencio tenso se asienta sobre la mesa. Es Raven quien lo rompe:

—¿Y resulta que estamos en una especie de *Los juegos del hambre* musical y solo puede quedar uno?

Linda no asiente; sin embargo, la expresión de disculpa que pone es suficiente respuesta.

Leo también ha dejado sus cubiertos sobre el plato que tiene delante y aparta la comida, como si se le hubiese quitado el apetito.

—¿Esto es una competición?

—Pero no tenéis que preocuparos por nada —se apresura a decir Linda

—. Vuestro trabajo es hacerlo lo mejor posible, haya o no haya otro grupo.

Mi compañero de cuarto, al contrario que Leo, no parece molesto por la noticia. De hecho, sus ojos se entornan y juraría que de pronto está…

motivado. Al parecer, aparte de frío y misterioso, también es alguien que no puede rechazar un reto. Quizá por eso parecía tan metido en nuestra audición.

—¿Seremos el mismo tipo de grupo? —pregunta él—. ¿Están en nuestro

mismo edificio? ¿Sabemos quiénes son los integrantes?

Nuestra mánager parece un poco sorprendida por el interrogatorio.

—Es una banda de chicos, de eso estoy segura. Pero no sé cómo querrá enfocarlo Elanna. No sé quiénes son ellos, si serán conocidos o sacados de la nada. Eso sí, están en el edificio, como vosotros. Creo que dos plantas más abajo.

—¿Elanna? ¿Esa es la otra mánager? —pregunto yo.

—Sí. Elanna Emerald.

—¿Emerald? —repite Raven—. ¿Como la empresa?

—Como la empresa, sí. Es…, es la hija de Oswald Emerald.

La noticia cae de manera pesada sobre todos los demás. Es Raven quien se ríe, pero no parece de buen humor cuando alza su refresco, como si estuviera brindando.

—¿La hija del jefe? Pues nada, estamos jodidos.

Val, enfrente de él, hace una mueca que deja claro que piensa lo mismo.

Yo estoy a punto de levantar mi bebida también, para brindar con él.

—P-pero no fue Elanna Emerald quien descubrió a Ozma, ¿no? Fue Linda —interviene Leo, en un intento de traer el ánimo de vuelta a la mesa.

No sé si descubrir a la reina del pop es suficiente, ni siquiera en este

caso.

Es decir, no dudo de que tengamos talento por separado (y, en el caso de Raven Harris y Leo Stewart, al parecer, un montón de seguidores), pero ni siquiera sabemos si vamos a funcionar como grupo.

Linda carraspea.

—No tenéis que preocuparos por nada de esto, en serio. Si os he contado lo del otro grupo es porque pienso que debo ser transparente en todo momento. Pero creo en vosotros y en lo que he visto que tenéis. Habéis nacido para ser estrellas y es mi trabajo haceros brillar. Solo necesito saber que estáis conmigo y que os dejaréis guiar.

Todos asentimos, aunque creo que ninguno lo hace del todo seguro.

Desde luego, no yo.

Sabía que esto no iba a ser sencillo, pero tengo la sensación de que no sé muy bien dónde me he metido. Y que se me puede ir de las manos incluso antes de empezar.

8

Raven

Después de explicarnos qué esperar de las próximas semanas (mucho trabajo y poca vida social), nuestra mánager por fin nos deja solos en el piso para que nos instalemos y, según ella, empecemos a conocernos un poco mejor, aunque supongo que vamos a tener semanas para eso, forzados a compartir tiempo. Y cuartos. Unos que parecen demasiado pequeños para dos personas, sobre todo si estás acostumbrado a vivir en tu loft de Los Ángeles con todo el espacio para ti.

—No está mal, supongo —digo tras comprobar, al sentarme en ella, que al menos la cama es cómoda.

Leo Stewart me está dando la espalda y ni siquiera sé si me ha escuchado, concentrado en deshacer su maleta. Lo observo, preguntándome cuántos días de ejercicio hará a la semana. Estoy seguro de que esos músculos necesitan mantenimiento, pero por alguna razón no me imagino a este chico en un gimnasio. Todo lo que he visto de él hasta el momento es que no parece hacerle demasiada ilusión estar con la gente. O quizá sí se la haga y tan solo no sepa cómo tratarla: sé reconocer a una persona con ansiedad cuando la tengo delante. En el mundo del espectáculo es el día a día de más

gente de la que parece.

Me pongo en pie y vuelvo a mirar el espacio a nuestro alrededor.

—A lo mejor deberíamos juntar las camas —comento.

Leo da un respingo y se detiene, con una pila de camisetas en la mano.

Cuando me mira, parece un poco confuso, pero también precavido.

—¿Cómo dices?

—Es que son pequeñas. Si las juntamos, podríamos tener una cama de matrimonio.

Supongo que la timidez es tan real como la ansiedad, porque se pone rojo y mira nuestras camas un momento de más y luego a mí.

—No, mejor no.

Claro que mete la cabeza en el armario con la excusa de guardar la ropa, como si así pudiera esconder su rubor, aunque ya sea demasiado tarde. Dejo escapar una risa por lo bajo.

—Linda ha dicho que eras tiktoker, ¿no? Que te grababas cantando. ¿Eso no te da vergüenza?

—TikTok no me hace bromas sobre juntar nuestras camas —murmura, tras volver a su maleta y darme la espalda. Y después, aunque duda, continúa, en voz más baja—: Y TikTok es fácil. Grabo en mi cuarto y después solo es subirlo y… ya.

—¿Y los comentarios?

Hay un segundo de silencio, pero al final se encoge de hombros.

—No los leo. Nunca entro a un vídeo una vez está publicado.

Enarco las cejas, porque en realidad no puedo imaginarme lo que es no sentir la compulsión de saber todo lo que dicen de ti, de asegurarte de que les gustas, de que te quieren. Me parece muy difícil no desear saber lo que opinan los demás de la forma en la que haces tu trabajo. Aunque supongo que él piensa en la música como un pasatiempo. O lo pensaba. No va a poder seguir haciéndolo ahora que ha firmado un contrato para vivir de ella.

Acorto los pasos que nos separan para inclinarme hacia él, en un

intento de colarme en su campo de visión mientras sigue concentrado en su maleta.

—Bueno, ahora este es tu cuarto. ¿Vas a grabar aquí?

Leo da un respingo al darse cuenta de lo cerca que estoy y salta hacia atrás como un gato asustado: casi puedo verle con el lomo erizado. Su movimiento es tan repentino que se clava la esquina de la cómoda que separa nuestras camas y gime de dolor antes de caer sentado en el borde de su colchón con la mano en el costado, como si le hubieran apuñalado, aunque creo que lo único que acaba de quedar herido de muerte es su orgullo.

Tengo que llevarme la mano a la boca para evitar reírme.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Todo bien —murmura, pero se ha vuelto a poner de todos los colores y creo que está llorando por dentro.

—¿Entonces? ¿Vas a grabar en nuestro cuarto?

Solo la idea consigue que se ponga todavía más rojo, aunque al menos ahora me está mirando.

—No, claro que no. No te preocupes, no te molestaré.

Ah, *eso* lo ha dicho la ansiedad.

—No he dicho que vayas a molestarme. En realidad, me muero por escucharte cantar.

—No canto delante de la gente —susurra—. Nunca lo he hecho.

—Eres consciente de a lo que hemos venido aquí, ¿verdad?

Él traga saliva, pero se encoge un poco sobre sí mismo y yo me muerdo la lengua, porque no pretendía asustarle. Aunque me resulta un poco…

incomprensible. ¿Por qué alguien que nunca ha cantado para otra persona decidiría que quiere entrar en un proyecto que pretende convertirle en un nuevo fenómeno musical? ¿Por qué alguien a quien le aterroriza tanto ser juzgado crecería en las redes sociales? ¿No es todo un poco contradictorio?

Sé que quiero saber más de él, de las razones que le han traído aquí y

de cómo piensa sobrellevar una situación que por ahora parece venirle un poco grande, pero también sé que las preguntas complicadas que vienen de alguien a quien apenas conoce no funcionan con personas como Leo

Stewart.

Así que sonrío. Y me hago el tonto, que es algo que se me da muy bien.

—¿Sabes que cuando te pones rojo se te colorea incluso el cuello…?

Alzo una mano y paso un dedo por la zona. Puedo sentir su sorpresa primero y cómo se le eriza la piel allí donde lo toco justo después. Tarda un segundo en reaccionar, pero cuando lo hace Leo se sonroja (otra vez) y se aparta a toda velocidad al ponerse en pie y retroceder de nuevo.

—¿Sabes? Creo que necesitamos reglas para la convivencia —suelta, muy rápido—. Por ejemplo, regla número uno: respetarás mi espacio personal.

Hago un mohín de exagerada tristeza, pero meto las manos en los bolsillos del pantalón y le demuestro que puedo mantenerlas quietas.

—Qué aburrido. Pero está bien, te tocaré solo cuando tú me lo pidas.

—Te aseguro que eso no va a pasar —dice, con la cara todavía más roja.

Tengo que contener las ganas de echarme a reír otra vez—. Lo que me lleva a la regla número dos: nada de insinuaciones.

—¿Insinuaciones? —Finjo estar escandalizado—. ¿Dónde? Yo no soy de esos. No es mi culpa si tienes la mente sucia.

—Pero si acabas de…

—¿Eres de esos que no dejan de pensar siempre en lo mismo, Leo? Si ves insinuaciones donde no las hay…

Mi compañero de cuarto abre y cierra la boca. Lo escucho gimotear, como si lo estuvieran torturando, y lo siguiente que sé es que está de camino hacia la puerta del cuarto.

—¿A dónde vas?

—Le voy a pedir a Theodore que me cambie la habitación. Creo que Val tenía razón y él y yo podemos ser muy buenos compañeros de cuarto.

Esta vez no puedo evitar echarme a reír, aunque sé cuándo hay que acabar con una broma. Lo cierto es que no quiero que se vaya. Theo no me parece ni la mitad de interesante que él.

—Está bien, está bien. Nada de insinuaciones. No te enfades.

Leo me mira desde la puerta, con los labios fruncidos y la mano sobre el pomo. Lo veo dudar de mi promesa y yo parpadeo con mi mejor expresión de inocencia.

—Norma número tres: no juegues conmigo.

—¿Alguna más? Si llegas a diez, podrás tener tu propia religión.

Mi compañero parece pensárselo durante un rato largo, aunque al final niega con la cabeza. Suelta el pomo y, con ello, termina con su amenaza. Se vuelve hacia mí, aunque no se acerca.

—Por el momento, no.

Supongo que no descarta hacerlo en el futuro, pero yo sigo con mi aspecto más inofensivo y las manos hundidas en los bolsillos.

—Solo para que conste, no estaba jugando contigo. Solo he pensado que deberíamos conocernos mejor.

—No hay nada que conocer de mí. Desde luego, nada que pueda interesarle a alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¿Guapísimo, divertido y carismático, quieres decir?

—Un… niño prodigio —me aclara—. Alguien que ha crecido en esta industria y conoce a todo el mundo y habrá visto todo tipo de cosas.

Sí, supongo que esa es una buena definición de mi vida. Para lo bueno y para lo malo.

—Bueno, no a todo el mundo. Al fin y al cabo, no te conocía a ti, ¿no?

Ahora tengo que escuchar esas canciones que no vas a cantar en este cuarto.

Cuando Leo quiere darse cuenta, ya tengo mi móvil entre las manos. Y

resulta que es muy fácil encontrar su cuenta en TikTok cuando escribes su nombre en el buscador.

—¿Qué? ¡No!

Su voz, aquí y ahora, ahoga la que empieza a sonar. Una voz profunda y delicada a la vez, levemente rasgada, a la que acompaña un sonido de

piano.

—¡Apaga eso!

Ahora es Leo quien se lanza hacia mí, aunque solo sea para intentar robarme el móvil. Yo me río y consigo evitarlo un par de veces antes de subirme a mi cama y luego retrocedo hasta la puerta del baño. Reconozco la canción que ha versionado: el estribillo de *Stuck with U* me parece muy irónico considerando que, efectivamente, estamos atrapados juntos en esta habitación hasta que esto acabe.

—Ya tengo algo que conocer de ti —digo, antes de pasar al siguiente vídeo y que empiece a sonar otra canción—. ¿Sabes que no suenas nada mal? Creo que te voy a llevar conmigo a la ducha.

Y antes de que me acuse de que eso suena a insinuación, me encierro en el cuarto de baño y subo el volumen del teléfono al máximo. Escucho al otro lado de la puerta cómo Leo suplica que lo apague, pero yo solo me vuelvo a reír.

Al menos parece que esta convivencia va a ser muy divertida.

Val

—¿Hay algo que tenga que saber? ¿Roncas? ¿Eres sonámbulo?

Theo habla justo cuando termino de meter mi maleta vacía en el arcón que hay bajo la cama. Hasta ahora, no habíamos cruzado ni una palabra más que para preguntarnos qué lado de la habitación prefería cada uno (él prefiere el izquierdo, a mí me es indiferente) y cómo nos dividíamos los cajones de la cómoda que separa nuestras camas. Preguntas prácticas, como a mí me gusta. Supongo que estas también lo son, en realidad, aunque admito que no me las había planteado.

Observo a mi compañero por encima del hombro. Él también me da la

espalda a mí, mientras termina de sacar las últimas prendas de su maleta.

Aparte de eso, todavía le queda una mochila a los pies de su cama que no ha

tocado.

—Nadie se ha quejado nunca. ¿Y tú? ¿Tengo que sacar los tapones?

Aunque él parece tomárselo a broma cuando me mira por encima del hombro, es cierto que los he traído: nunca se sabe qué clase de vecinos te pueden tocar y no soporto que no me dejen descansar bien, por eso Raven Harris como compañero de cuarto sonaba a pesadilla.

—No tendrás problemas conmigo, al contrario: tengo el sueño muy profundo. El edificio podría estar derrumbándose y yo no me despertaría.

Me siento en la cama, intentando adivinar qué tipo de persona es Theodore Gale. Raven Harris y Leo Steward me parecen muy evidentes, en parte porque pude buscarlos en Internet en el mismo momento en el que nos presentaron por correo electrónico, pero cuando lo busqué a él no encontré nada. Existen varios Theodore Gale en la red, pero claramente no iba a compartir grupo con un contable de cuarenta años ni con uno de veintiocho que trabaja como payaso en Massachusetts.

—¿Eso significa que se te van a pegar las sábanas?

—Bueno, en casa mi… hermana solía asegurarse de que eso no pasara.

—Supongo que eso me convierte en tu hermana ahora.

Theo carraspea mientras lleva unas prendas más al armario.

—No será necesario, pondré la alarma.

—Creo recordar que llegaste tarde a la firma del contrato: disculpa si no me fío demasiado. ¿Ese día no estaba tu hermana para despertarte?

El chico cierra la puerta del armario y, tras un segundo, apoya la espalda contra él y me mira con un mohín que no termino de comprender. No esperaba que fuera a ofenderse por llamarlo impuntual.

—No, no estaba —dice—. Pero no es necesario que te encargues tú de

ocupar su sitio. Estoy seguro de que no pasará nada si un día no llego con puntualidad británica a algún sitio.

—En realidad, la puntualidad es bastante importante —le corrijo, con las cejas alzadas—. Sobre todo en el mundo del espectáculo: el trabajo de

muchas personas depende de que tú estés o no en el lugar del escenario que te corresponde justo en el segundo que debes. De un instante depende dar el paso correcto en una coreografía o entrar bien en la melodía. La música es tiempo.

Mi compañero de cuarto frunce un poco el ceño.

—¿No crees que estás siendo un poco dramático?

Me encojo de hombros.

—No, la verdad es que no.

—¿Eres un obseso del control y el perfeccionismo?

Puede.

—Me gustan las cosas que salen bien.

—No creo que quedarme dormido algún día vaya a conllevar ninguna desgracia imposible de gestionar y que vaya a acabar con nuestras carreras, la verdad.

—¿No? —Levanto una ceja, un poco incrédulo—. Pues a mí en este rato ya se me han ocurrido varios escenarios posibles. Tres de ellos acaban en muerte, de hecho.

Theodore Gale me mira con absoluta incredulidad, sin tener claro si estoy bromeando. Y puede que sí que haya dramatizado un poco: solo uno de ellos acaba en muerte.

—Tiene que ser muy complicado vivir pensando en lo peor que podría pasar todo el tiempo —replica.

—O muy fácil no pensar nunca en todo lo que puede salir mal.

—Hay cosas para las que no puedes prepararte, así que es mejor tomarse las cosas con calma y dejar que vengan como tengan que venir, ¿no crees?

Me reiría si no me aterrorizara tanto la gente que piensa así.

—No, justo porque hay cosas que nunca se pueden prever, es mejor dar lo mejor de ti siempre para tener el consuelo de que, si algo falla, al menos hiciste todo lo que estuvo en tu mano.

Él entrecierra los ojos. Creo que los dos nos estamos midiendo, desde

nuestros lados de la habitación. Me atrevería a apostar que el suyo en unos días será uno mucho más desorganizado que el mío, si vive con esa despreocupación para todo.

—Sabes que hay gente que se mata a trabajar toda su vida y es puntual y sigue las reglas y lo piensa todo mil veces para conseguir el éxito y no llega nunca a nada, ¿verdad?

—Sí, pero si tengo que ser eso, no creo que me arrepienta en absoluto de haber intentado ser de los que se matan a trabajar y sí que lo consiguen. ¿Y

tú qué quieres ser? ¿Un golpe de suerte?

—No. —Me sorprende lo firme que suena su voz de pronto. La expresión también le cambia y me recuerda un poco al día de la prueba: algo a medio camino entre el dolor y la determinación—. Yo voy a ser un huracán.

No sé qué significa eso para él, pero es obvio que es importante y por eso consigue dejarme sin saber qué decir, como cuando le escuché cantar por primera vez. Creo que hay una canción detrás de esas palabras. O, al menos, una historia.

Dos toques musicales en la puerta hacen que ambos apartemos la vista del otro. Raven Harris abre casi de inmediato y se apoya contra el marco de la puerta.

—¿Seguís colocando? Si he acabado hasta yo, y estoy seguro de que soy el que más cosas ha traído. Venga, dejadlo. Nos vamos a cenar, que tengo hambre.

Frunzo un poco el ceño. Supongo que no ser su compañero de cuarto no va a hacer que me libre fácilmente del caos que parece rodear a Raven Harris.

—En primer lugar, llamar a la puerta no sirve de nada si vas a entrar sin que nadie te dé permiso. Y en segundo, sabes que no es necesario

que lo hagamos todo juntos, ¿verdad? Puedes salir a cenar tú solo si quieres.

—¿Sí? ¿Y confías en mí para que no me meta en ningún lío la primera noche?

Hago un mohín. Visto así…

—Bien. De acuerdo.

—Tenéis diez minutos para poneros bien guapos, aunque nunca vayáis a alcanzarme.

Resoplo, pero Harris se marcha y yo vuelvo la vista a mi compañero de cuarto, que no se ha movido de su sitio contra el armario. En realidad, yo no pienso arreglarme para salir a cenar, así que solo me pongo en pie y meto las manos en los bolsillos.

—Diez minutos —le recuerdo al pasar por su lado—. Puedes empezar a practicar tu puntualidad.

Dottie

—Aún no es tarde para que lo dejes.

Del lado de la línea de Tonya se escucha el ruido de fondo del restaurante: las voces de los clientes, el tintineo de los cubiertos contra los platos. Supongo que se habrá encerrado en el baño para poder hablar conmigo, lo que significa que no tiene mucho tiempo. Yo tampoco: cuando he llegado de cenar con los chicos, les he dicho que tenía que hacer una llamada y que se adelantaran. Ellos no se han opuesto, pero empieza a hacer un poco de fresco y me gustaría meterme en la cama pronto, después de un día tan intenso. Si prefiero hablar aquí fuera es porque en el piso no me sentiría cómoda sabiendo que mi compañero de cuarto podría entrar en cualquier momento o alguien podría escucharme detrás de la puerta.

—Ya hemos hablado de esto, no voy a…

—Eso fue antes de que te pusieran un compañero de cuarto. ¿Cómo vas a esconder que eres tú, y no Theo, si tienes que compartir todos tus espacios?

Incluso el baño.

Miro al cielo. Aunque ya ha oscurecido, es imposible que desde aquí

se vea una sola estrella. Otro recordatorio más de la parte brillante de la ciudad

en la que estoy.

—No te preocupes. Está todo controlado.

Las dos sabemos que eso es mentira. Una habitación individual me habría ayudado mucho: me habría dejado descansar de interpretar mi papel, me habría permitido estar más horas sin comprimirme el pecho y, en general, me habría dado intimidad. Pero estoy acostumbrada a compartir dormitorio: mi hermano y yo estuvimos condenados a compartir el mismo espacio durante dieciocho años. Y en Kansas éramos cuatro para un solo baño. Esto no puede ser mucho peor, sobre todo cuando solo necesito encargarme de lavar a mano y secar los *binders* y los sujetadores deportivos con discreción. Y desinfectar la copa menstrual… Lo demás es una cuestión de mantenerme en el papel todo el rato. De esas pequeñas cosas como recordar ocupar mucho sitio, como hacen ellos, o de usar el masculino.

Y, sobre todo, no mencionar a mi hermano para nada.

—¿Al menos son simpáticos? ¿Crees que te van a poner fácil la convivencia?

Casi me echo a reír. Llevo menos de veinticuatro horas con ellos y creo que los tengo bastante calados.

—Leo sí: es muy tranquilo y está claro que solo quiere que lo dejen en paz. Valentín…

—¿El obseso del control? —pregunta, cuando no encuentro las palabras para describirlo.

—Ese. Lo más probable es que ni siquiera esté tanto por la habitación, creo que va a pasarse trabajando todas sus horas despierto. Y en cuanto a Raven Harris… Él es el que más me preocupa. Nunca sabes muy bien por dónde te va a salir.

Aunque esperaba que hablase más de sí mismo. Cuando preguntó de dónde éramos en la cena, por ejemplo, di por hecho que quería presumir de casa en Los Ángeles y nos hablaría de esa gran mansión que tienen sus padres allí también. Pero no lo hizo. Lo cierto es que fue casi tan escueto

como Valentín, que apenas dijo nada aparte de que había crecido en la

ciudad. Nadie habló largo y tendido de su familia, tampoco, aunque mi compañero de cuarto tiene una foto sobre su lado de la cómoda en la que sale con una mujer con la que comparte bastante parecido.

—Pues intenta alejarte del factor sorpresa, ¿vale? —dice Tonya—.

Bastante difícil va a ser esto ya como para tener que lidiar con un espontáneo. Y pon distancia también con tu compa ñero de cuarto. He leído las suficientes novelas románticas para saber cómo acaba lo de dormir al otro lado de la habitación con un tío bueno con el que compartes baño.

Primero entras sin querer cuando se está duchando y luego tu cama se rompe y tenéis que compartir colchón y entonces…

—Hay pestillo en el baño. Y si se rompe mi cama, dormiré en el sofá.

Esta no es tu comedia romántica, Totó.

—No, es la tuya. —Antes de que pueda protestar, mi amiga suspira y continúa: —Solo… cuídate, ¿vale? Y escríbeme mañana cuando acabes el día. Quiero saber que sigues viva.

—Eres un poco exagerada, ¿no?

—Eres consciente de que te han dicho que van a ponerte a bailar,

¿verdad? Y que iban a comprobar cómo estáis de forma física. ¿Desde cuándo no haces ejercicio? ¿Desde el instituto?

No me había parado a pensarlo. La verdad, la lista de problemas era ya lo suficientemente larga como para obviar eso.

—Tienes razón: voy a morir.

9

Dottie

Cuando le dije a Valentín que mi hermana me despertaba, me refería a Theo. Puede que fuera un caos para otras cosas, pero mi hermano tenía un despertador interno que no le fallaba ni un solo día. Yo, en cambio, odio las mañanas. El despertador podría sonar al lado de mi oreja y yo apagaría la alarma, me daría la vuelta y seguiría durmiendo. O, como está pasando mi primer día como miembro de WIZARD, ni siquiera lo escucho. Y estoy segura de que podría haber seguido durmiendo otra hora más si no hubiera sentido algo húmedo y

frío salpicándome la cara.

Abro los ojos a tiempo de ver a mi compañero de cuarto de pie junto a mi cama, con esa expresión de indiferencia suya y un vaso de agua en la mano.

Sus dedos aún gotean. De fondo, mi alarma me taladra los oídos, pero no es de lejos tan irritante como el chico a mi lado.

—¿Se puede saber qué haces?

Me doy cuenta de que no he modulado mi voz para que se parezca un poco más a la de Theo un segundo más tarde de lo que debería, pero espero que haberle chillado lo enmascare un poco.

—Tu despertador lleva sonando diez minutos. Cada vez que lo ignores, va a pasar esto.

Y por si no había quedado claro qué va a pasar, hace el ademán de salpicarme otra vez. Mi acto reflejo es encogerme, de una forma que supongo que es muy poco masculina, y siento que enrojezco cuando no pasa nada. Mi compañero, todavía demasiado cerca para mi gusto, alza las cejas como si creyera que soy ridícula. Me trago las ganas de lanzarme sobre él y decido tantear sobre la cómoda y callar la alarma.

—¿Siempre eres tan irritante? —mascullo, forzando un tono más grave.

—Podría serlo más. Podría echarte el vaso entero.

Le gruño. Por suerte o por desgracia no hace falta que lo empuje para apartarlo de mí, porque ya lo hace él solo cuando ve que me saco el edredón de encima. Me encierro en el baño, donde hace demasiado calor y el espejo está empañado después de que mi compañero de cuarto se haya dado una ducha. Creo que ese es el momento, mientras paso la mano por el cristal para poder verme, con los ojos llenos de legañas y el cuello de la camiseta del pijama mojado, en el que llego a la conclusión de que Valentín y yo no nos vamos a llevar bien. Un sentimiento que no hace más que crecer a medida que pasan las horas y me doy cuenta de que no solo es irritante antes de que me tome el primer café del día, sino que es irritante simplemente porque respira.

Valentín es uno de esos chicos que, al parecer, lo hace todo bien: mientras yo me ahogo intentando seguir la coreografía (supuestamente simple) que nos lanzan esa mañana para ponernos a prueba, mientras yo me hago un lío con mis propios pies y me resulta

imposible seguir el ritmo, él lo hace todo sin despeinarse. Y no solo el baile. Todos los profesores que nos van a acompañar durante las siguientes semanas lo alaban. Todos tienen algo bueno que decir sobre él, quien, a su vez, ni siquiera reacciona con las felicitaciones, como si fuera algo a lo que está acostumbrado. Lo único que al parecer no puede hacer, pero que no me cabe duda de que aprenderá en un tiempo récord, es tocar un instrumento. Puede que sienta una satisfacción malsana al ver que los demás (incluso Raven, a quien le pega

muchísimo hacer ruido detrás de una batería) le sacamos ventaja en algo.

Porque Leo y Raven son más normales. Al menos a ellos los veo esforzarse y sudar y fallar. A Leo, por ejemplo, se le nota que a veces está tan nervioso que se le hace un nudo en la lengua cuando le hablan directamente y, según nuestra profesora de expresión corporal, tiene

«mucho trabajo por delante». Raven, por su parte, se reafirma como la persona más extrovertida que he conocido nunca, pero está claro que, pese a estar en un grupo de música, no acierta tantas notas como debería.

Linda, sin embargo, no parece preocupada. Tras el primer día, después del que acabo agotada y del que solo quiero olvidarme, nos reúne en el salón y nos dice que vamos a tener que aplicarnos, que esto es solo el principio y lo más duro está por llegar.

Ese primer día me voy a la cama sin cenar, pero no es el último: al día siguiente repito, agotada e inquieta por si me descubren por estar demasiado cansada como para actuar (y porque la profesora de canto me ha dicho delante de los demás que tengo una voz muy dulce y a mí me ha entrado la risa nerviosa). Un poco ansiosa, también, porque mi tía me llama para hacer su interrogatorio semanal desde que Theo se marchó y yo me siento al borde de un ataque de pánico mientras me encierro en el baño y me invento varias anécdotas del restaurante para que no sospeche.

Al final no puedo evitar pensar que es el peor comienzo de la historia.

Pero es un comienzo.

Val

Después del primer día, nuestra nueva rutina comienza de manera

implacable. No tengo quejas, estoy acostumbrado al trabajo duro: el teatro musical exige mucho esfuerzo, muchas horas y mucha conciencia, y yo llevo desde que cumplí los catorce en él, en papeles más grandes o más pequeños. Antes de eso me había esforzado mucho para conseguir mi

primera oportunidad: primero de manera autodidacta en casa gracias a una madre que siempre quiso ser bailarina, después con clases y prácticas diarias, tanto de danza como de canto.

Así que creo que estoy preparado para hacerlo todo y no tengo problema en esforzarme en aprender aquello que todavía no sé, algo que parece irritar de una manera inexplicable a mi compañero de cuarto, a quien he escuchado mascullar algo sobre una «frustrante perfección». Pero no soy perfecto. Puede que en el apartado técnico no tenga problema, pero tengo otro tipo de defectos.

Entre ellos, por ejemplo, una necesidad absoluta de control.

Y que esto en el fondo sea una competición, que haya por ahí otro grupo que podría robarnos nuestra oportunidad, es algo que va contra mi capacidad de tener el máximo control posible sobre lo que me rodea.

He intentado no pensarlo, pero siempre vuelvo al mismo sitio: no sabemos nada de esa gente que podría estar sacándonos ventaja de mil maneras diferentes. Y no lo aguanto. Así que para cuando acaba nuestro quinto día de convivencia, después de la cena, busco a Harris porque necesito un cómplice y estoy seguro de que él es lo suficientemente idiota como para seguirme en lo que se me ocurra.

Lo encuentro tirado en el sofá con la mirada puesta en el móvil. Me apoyo contra uno de los sillones de la manera más casual que puedo.

—Eh, Harris.

Él no levanta la vista de su teléfono.

—No estoy ligando con nadie, prometido.

—En realidad, suena a que es justo lo que estás haciendo, porque ya te estás defendiendo de antemano.

Harris bloquea la pantalla y, entonces sí, me mira con esa sonrisa que pretende ser inocente pero que no lo consigue en absoluto.

—¿Sí, *Valboy*? ¿Qué quieres?

Pongo los ojos en blanco, pero decido no recordarle lo de la discreción.

Supongo que la gente como él ya tiene la lección más que aprendida.

—¿Cuántas ganas tienes de hacer algo que no deberíamos hacer? —

pregunto, en su lugar, porque sé que es así como consigues la atención de alguien como Raven Harris.

En efecto, una sonrisa se extiende por sus labios. Incluso deja el móvil a un lado.

—¿Qué clase de actividad ilícita haría Don Perfecto y por qué me invitaría a mí a participar?

Miro hacia el final del pasillo, pero Leo y Theo están tocando juntos en una de las cabinas insonorizadas. Creo que en estos días han descubierto que se sienten cómodos juntos, aunque sea solo porque comparten una pasión por la música que no requiere de palabras.

No tienen que enterarse de esto. Sobre todo, no Leo, porque creo que le daría algo.

—¿Qué piensas de lo que nos dijo el otro día Linda? Lo del otro grupo.

—Que habéis tenido un montón de suerte de que yo haya acabado con vosotros: eso os dará el éxito. —Tuerce la sonrisa—. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con actividades ilícitas?

—¿No crees que deberíamos saber un poco más de a qué nos enfrentamos?

—Hablas de verdad como un jefe de la mafia. ¿Qué pretendes? ¿Espiar a la familia rival…, digo, al grupo rival? —Se ríe, pero cuando ve que yo no lo hago, se le corta la carcajada—. ¡Sí lo pretendes! ¡Eres un mafioso de verdad!

Raven se empieza a reír de nuevo, pero yo carraspeo. No soy un mafioso.

Solo soy… una persona dispuesta a cuidar sus intereses y los de su grupo.

Aunque si dijera eso en alto, seguro que Harris respondería que eso es

exactamente lo que diría un capo.

—Solo quiero sus nombres. Y estoy seguro de que, dado que viven en este mismo edificio, pueden conseguirse en la recepción. Por supuesto, no

es una información que nadie nos vaya a dar porque sí, pero si el recepcionista estuviera ocupado unos minutos, los justos para entrar en su ordenador y echar un vistazo rápido…

Raven Harris parece estar viviendo el mejor momento de su vida.

—Oh, Dios, esto no para de mejorar. ¿Estás sugiriendo que me ligue al recepcionista para que tú puedas robar información confidencial de su ordenador?

—En realidad, solo estoy sugiriendo que lo distraigas.

—Voy a ligármelo. Lleva poniéndome ojitos desde el primer día.

—Allá cada cual con sus métodos; si me preguntan, yo no sé nada.

Entonces, ¿estás dentro?

—Dame diez minutos. Tengo que ponerme ropa a la altura de la ocasión.

Leo

Los primeros días son más fáciles de lo que esperaba. No me refiero a que no sean duros ni exigentes, sí que lo son, tanto que para cuando terminamos de cenar siempre estoy exhausto, en parte por las actividades y en parte porque muchas veces toda esta nueva vida implica a muchas personas diferentes: Linda, los profesores, el personal del edificio que se encarga de traernos la comida (una dieta personalizada para cada uno que nos pusieron a partir del segundo día) e incluso de limpiar la casa. Es vivir en un núcleo de actividad constante que hace que mi energía esté por los suelos y ante el que a veces necesito aislarme.

Lo fácil es que, aunque pensaba que sería más complicado, sobre todo conviviendo con Raven Harris…, todos mis compañeros parecen entenderlo. Cuando desaparezco, nadie se extraña demasiado. Raven incluso me deja el cuarto la mayor parte del tiempo y nunca entra sin permiso (aunque entra sin permiso en todos los demás sitios, incluso en la habitación de Val y Theo), lo cual me da más intimidad de la

que había

esperado. Es una intimidad útil, porque además de darme tiempo para recuperar energías después de estar demasiado rodeado, el tercer día de convivencia compruebo que también me permite pincharme la testosterona cuando me toca sin tener que darle explicaciones a nadie.

Esa es otra parte positiva y fácil de todo esto: el gran seguro médico incluido. Mis padres siempre se han encargado de que no me falte de nada y su trabajo como abogados me permitió acceder a una transición médica desde los doce años, una transición que, entre bloqueadores, hormonas y operaciones, soy consciente de que no ha sido barata. Pero me alegra que sea mi propio trabajo el que pueda ayudar a costearla a partir de ahora.

Aunque la ayuda médica que va a prestarme Emerald no se reduce a mi transición: Linda ha considerado que, para que todo salga bien, necesito una psicóloga que vendrá a verme tres horas por semana para ayudarme a que las multitudes y la exposición no me aterren hasta paralizarme. Es agradable, una de esas personas que te animan a confiar en ellas, pero no tengo claro que pueda ayudarme hasta el punto de lo que aquí espera todo el mundo. No sé si puedo salir a tocar música en directo. No sé si puedo enfrentarme al público, porque todo el que he conocido ha estado siempre detrás de una pantalla, invisible para mí.

Aunque hasta ahora tampoco creaba con nadie. No cantaba con nadie. Y

ahora…, bueno, ahora la idea de hacerlo no suena tan horrible, ¿no? Pese a que no estaba seguro de si me gustaría compartir algo tan importante para mí con otras personas, me emociona un poco ver a los demás practicar, intentar amoldar nuestras voces e imaginar lo que podemos llegar a crear, cómo podemos sonar. De hecho, la mayor parte del tiempo trabajar con ellos resulta… divertido.

Así que, en general, creo que estoy tranquilo, al menos mucho más de lo que pensé que llegaría a estar. Casi he llegado a la conclusión de que esto puede ser bueno para mí.

O eso pienso hasta que voy a rellenar mi botella de agua a la cocina y me

encuentro a Val y Raven a punto de salir por la puerta de casa.

Prácticamente escucho cómo la tranquilidad se rompe en pedacitos

muy pequeños, tras ser golpeada por la fuerza de un mal presentimiento. No puedo evitar que mi mirada caiga sobre todo en mi compañero de cuarto, que se ha puesto unos pantalones ajustados y un *crop top* fucsia que contrasta con su piel negra. Val, a su lado, viste con una camiseta grande sin mangas y sus pantalones de chándal.

—¿Vais a alguna parte?

No me relaja que ambos den un salto en su sitio como si los hubiera cazado a punto de hacer algo que no deberían. Val gira la cabeza hacia mí, con la mano en el pomo de la puerta.

—Salimos un momento.

¿Desde cuándo se llevan bien? Creí que mi compañero de cuarto sacaba de quicio a nuestro líder no oficial.

—¿Juntos?

Ambos se miran y es Raven quien me sonríe. Incluso se ha pintado los ojos. Aunque es obvio que intenta tranquilizarme, algo en su sonrisa consigue ponerme más nervioso.

—El discurso de Linda sobre ser un equipo ha calado en nosotros. Ahora somos los mejores amigos. —Hay un silencio incómodo porque, aunque los dos son actores, eso no ha sonado nada convincente—. ¡Bueno, nos vamos!

—¡No, esperad! ¿Dónde vais a estas horas?

—No te preocupes, solo vamos a bajar un momento a recepción —

interviene Val.

—¿Te has vestido así solo para ir a recepción? —le pregunto a Raven.

Él se mira de arriba abajo y después da una vuelta sobre sí mismo, posando un poco para que lo vea bien por todos lados.

—¿Te has fijado? —Me sonríe con ese gesto suyo, torcido—. ¿Te gusta lo que ves?

Noto cómo me pongo rojo.

—Segunda norma —le recuerdo.

—¡Solo soy un chico preguntándole a su compañero de cuarto si

aprueba su modelito!

Cruzo los brazos sobre el pecho, inquieto.

—¿En cualquier caso, a recepción a hacer qué? Sabéis que podéis llamar desde aquí, ¿verdad?

—Vamos a… —comienza Raven.

—A hacer una consulta —le interrumpe Val—. Volvemos enseguida.

Y eso es todo. Val agarra del brazo a Raven y mi compañero de cuarto se despide tirándome un beso. Y yo me quedo ahí parado, balbuceando una respuesta que ya nadie va a escuchar.

Estoy seguro de que eso ha sido… sospechoso.

Por eso me apresuro a volver a la cabina en la que estaba ensayando con Theo, llamándome idiota por haberme creído de verdad que yo podía estar tranquilo en este sitio. Mi compañero me ve llegar, sentado en el suelo con su guitarra plateada en los brazos. Es obvio que no tengo buena cara, porque en cuanto me ve frunce el ceño.

—¿Ha pasado algo?

En realidad, no. Quizá sea solo yo. Y aun así…

—Creo que Val y Raven van a meterse en un lío.

Raven

Ventajas de tirarme ligarme al recepcionista:

1. Val pasa a deberme una (aunque antes de que yo me metiera en uno de los ascensores me dijo que si lo hago de esta forma es porque quiero).

2. Supongo que tiene un precioso contrato de confidencialidad que hace que todo quede entre nosotros.

3. Por la forma en la que me mira de arriba abajo cuando me acerco, está claro que no le resulto indiferente.

Desventajas de tirarme ligarme al recepcionista:

1. Trabaja en el edificio en el que vivo: está claro que no voy a poder evitarlo después.

2. Al parecer, quiere ser actor. (Lo que en sí no es un problema, claro.

Pero no me gusta que lo haya sacado a colación dos minutos después de haber empezado esta conversación).

En fin, habrá que hacer el sacrificio. Lo que sea por el bien del grupo.

—¿Actor? ¿En serio? Es el trabajo más aburrido del mundo. No te lo recomiendo.

Él ríe y mira de mis ojos a mi sonrisa.

—¿Por eso al parecer ahora te dedicas a la música?

Yo me echo hacia delante sobre el mostrador, dejando los codos sobre la madera. Él hace otro tanto, como si creyese que le voy a contar un secreto.

No lo voy a hacer. No le voy a dar consejos ni a deslizar una nota con la hora y el lugar de una audición que vaya a cambiarle la vida.

—Los aspirantes a músicos somos mucho más interesantes que los aspirantes a actores, ¿no lo sabías?

William (eso pone en la chapa que cuelga de su camisa, porque supongo que el estándar mínimo en mi caso está en saber el nombre de la persona a la que voy a meterle boca) me dedica una sonrisa blanca y perfecta.

—¿Es eso un reto?

Me humedezco los labios. Es casi insultante lo fácil que es atraer su atención, pero supongo que al menos no me equivocaba cuando le dije a Val que el chico me hacía ojitos. Y bueno, ¿qué puedo decir? Tenemos espejos en casa. Sé lo bueno que estoy.

—¿Piensas demostrarme lo contrario?

—Si esperas a que acabe mi turno…

Detrás de él hay una entrada de la que cuelga un cartel de «solo empleados». La puerta está entreabierta, pero no hay luz dentro, así que imagino que no hay nadie. Parece un lugar discreto donde mantenerlo entretenido mientras Val hace lo suyo.

Considero que he salido ganando con mi papel en este plan.

—No soy una persona paciente —digo, retorciendo uno de mis rizos en mi dedo índice—. Pero supongo que esto confirma mi teoría. Aburrido.

Me enderezo y le doy un repaso de arriba abajo mientras me arreglo la ropa. Estoy a punto de decirle que supongo que el que llevo puesto va a ser el único top que veré hoy cuando lo veo dudar.

Y luego, el momento exacto en el que decide aceptar mi desafío.

Un minuto después, tengo que retirar lo de aburrido.

Ventaja 4: William sabe besar muy bien.

Dottie

—A lo mejor no deberíamos ir. ¿Y si estoy equivocado?

—Te dije que podías quedarte en el piso, que solo iba a echar un vistazo.

El chico a mi lado se revuelve en su sitio, incómodo. Está claro que se está debatiendo entre dejar solo a su compañero después de decirle que los demás no traman nada bueno y querer huir en sentido contrario, como probablemente le grita su cabeza que haga.

—Solo un vistazo. Tampoco quiero que piensen que… los estamos espiando o algo.

Mientras veo bajar los números en la pantalla del ascensor, algo me dice que no va a ser solo un vistazo. Raven no hace más que molestar a Valentín y mi compañero de cuarto no tiene ningún problema en decirle lo idiota que le parece. Habría jurado que no iría con él ni siquiera hasta la puerta y

¿ahora le dicen a Leo que son grandes amigos? En cuanto me lo contó, empezaron a sonar un montón de alarmas en mi cabeza.

¿Y qué se les ha perdido en la recepción?

La puerta del ascensor se abre una eternidad después de que una voz automática anuncie que estamos en el vestíbulo. En cuanto salgo, mis ojos van hacia el mostrador de recepción. No hay nadie esperando a ser atendido.

Y menos mal, porque al otro lado, medio escondido por la pantalla del ordenador, está mi irritante compañero de cuarto.

—¿Qué cojo…?

No llego a terminar la pregunta. La puerta del edificio se abre y dos mujeres entran, hablando en voz baja. Una de ellas (pelirroja, vestida de forma elegante, con mucho encaje) tiene los ojos en su bolso, mientras busca algo, y la otra (pelo oscuro, ropa oscura) hace contacto visual con Leo y conmigo, todavía delante de los ascensores. El corazón se me para en el momento en el que pasa, porque una parte de mí sabe que no deberíamos estar aquí. Mi cabeza, mucho más caótica, se da cuenta de que tan fácilmente como ha hecho contacto visual con nosotros puede decidir mirar hacia el mostrador. La gente saluda al recepcionista cuando entra en el edificio, ¿no? Y si lo pillan, si saben que no debería estar ahí (claro que lo van a saber), podríamos cargárnosla todos.

Linda se va a enfadar. Y el grupo va a desaparecer en la primera semana de entrenamiento.

Tienes que hacer algo, Dottie. Es nuestro sueño. No puedes dejar que acabe de una forma tan estúpida.

—Ay, Dios —escucho decir a Leo, con voz ahogada—. ¿Esa es Allegra?

Él tiene los ojos muy abiertos, entre sorprendido y deslumbrado, y yo le pido disculpas en mi cabeza, pero no tengo ningún escrúpulo a la hora de lanzarlo conmigo a los leones.

—¿Allegra? —repito, más alto.

Ambas mujeres me oyen, aunque la primera en reaccionar es la pelirroja, así que supongo que es ella. El nombre me suena, pero no creo haberla visto

antes. Aunque estos días he descubierto que Leo y yo a veces compartimos algunos gustos musicales, está claro que en general prefiere cosas más tranquilas que yo.

Lo cojo de la camiseta y avanzo con él trastabillando justo detrás de mí.

No mires hacia Valentín. Que nadie mire a Valentín.

—Eres tú, ¿verdad? Mi amigo es muy fan tuyo, pero se muere de vergüenza. —Intento sonreír como lo haría Theo—. ¿Es muy intrusivo si te pedimos una foto?

Le enseño mi móvil y me giro hacia Leo. Está tan bloqueado que parece estar decidiendo si empalidecer o ponerse rojo. Cuando por fin reacciona y me mira, sé que esta no va a perdonármela.

—¿Y vosotros de dónde habéis salido? —Es la otra mujer la que habla.

No parece contenta—. Este es un edificio privado y…

Parece a punto de llamar a seguridad y de hecho levanta la vista en dirección hacia la recepción, pero Allegra la distrae cuando le pone una mano en el brazo.

—Elanna, está bien —dice, con una voz suave que podría apaciguar a cualquiera, y después nos sonríe—. ¿Así que sois fans?

Respondería, pero lo cierto es que estoy paralizada. Ha llamado Elanna a la mujer que va con ella, ¿verdad? La que probablemente sea su mánager. A mi lado, Leo se tensa incluso más. Creo que los dos miramos igual a la mujer morena, que levanta una ceja, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Esa mujer es Elanna Emerald, ¿verdad? La hija del jefe de la compañía.

Linda nos va a matar si se entera de esto.

—Espera un momento. ¿Tú no eres…? —Allegra vuelve a llamar nuestra atención. Tiene los ojos puestos sobre mi compañero y de pronto una gran sonrisa se extiende por sus labios—. ¡Sí que eres! Leo Stewart, ¿verdad? De TikTok. ¡Hiciste una *cover* maravillosa de una de mis canciones! —Leo abre y cierra la boca, incapaz de reaccionar, y esta vez sí que se pone tan rojo como una amapola—. ¿Emerald te ha fichado? ¿Vas a grabar un disco?

¡Muchísimas felicidades!

—A-Ah, bueno, yo… Sí… Es… —Leo carraspea e intenta encontrar las palabras, sus dedos jugando con los anillos que lleva puestos—. Es un placer…

Yo decido que no voy a perder esta oportunidad de ganar tiempo.

—Perdona por haberte asaltado, no queríamos molestar, pero juramos que no nos hemos colado en el edificio —intervengo—. Es solo que sé lo mucho que le gustas y pensé: es ahora o nunca. Ha sido culpa mía, a él le daba mucha vergüenza interrumpir…

—¿Vergüenza? No, no, ¡para nada! En realidad, yo también quiero esa foto.

Allegra mete la mano en el bolso y le tiende su propio móvil a su mánager, que nos observa un segundo más, pero al final accede al deseo de la artista. Yo hago lo mismo con mi propio móvil y un Leo más tenso que nunca posa para la foto mientras probablemente en su interior decide que soy la persona que peor le cae en el mundo.

—Disculpe el malentendido, señor Stewart —dice Elanna tras devolverle el teléfono a Allegra—. No tenía constancia de su presencia aquí. ¿Quién es su mánager?

Creo que mi compañero está al borde de un ataque de pánico, pero no tiene que responder, porque otra voz se une a nosotros:

—¿Chicos? ¿Qué hacéis? Nos están esperando.

Val se acerca con esa expresión tranquila y desinteresada que definitivamente *no* debería tener cuando es el culpable de que estemos teniendo que fingir delante de la maldita hija del jefe de la compañía con la que hemos firmado un contrato y quien, de alguna manera, es también nuestra contrincante.

Y aun así, no puedo dejar pasar la oportunidad.

—¡Sí, vamos! —Me giro hacia Allegra y Elanna y les sonrío—.

Disculpad de nuevo la intromisión.

Leo asiente de manera mecánica y demasiado entusiasta.

—Ha sido un placer, Allegra —dice, con una voz nerviosa que espero que todo el mundo identifique como la emoción del momento.

—¡El placer ha sido todo mío! ¡Espero volver a verte por aquí!

Val se despide con una educada inclinación de cabeza y echa a andar hacia la salida. Mientras nos alejamos, escucho a Elanna preguntarle a Allegra «quién es ese chico» y a ella responder «ahora te lo enseño».

Cuando miro por encima del hombro, veo cómo ambas se alejan hacia la recepción y cómo, de hecho, tienen que tocar la campanita al ver que no hay nadie al otro lado.

Las puertas del edificio se cierran tras nosotros y yo me giro muy rápido hacia Val, que anda mientras teclea algo en su móvil. Le

seguimos, aunque ni siquiera sé hacia dónde, porque no es verdad que nadie nos espere en ninguna parte.

—¿Se puede saber qué mierda ha sido eso?

—Estoy seguro de que el chico encantador del grupo no debería hablar así —responde, tras guardar su móvil—. ¿Os apetece ir a tomar algo? Está claro que ahora no podemos volver a entrar como si nada, sería extraño.

Está a punto de darme un tic en el ojo, lo sé. Leo deja escapar una risa nerviosa, no sé si de incredulidad o porque teme que me vaya a volver loca.

—¡Claro que sería extraño! ¡Todo esto es extraño! ¡La cuestión es por qué estamos haciendo todas estas cosas extrañas!

—Esa era Allegra y me ha reconocido —dice Leo, y supongo que esa es una prueba de que todavía está en estado de *shock*.

Val levanta la vista hacia él, sin perder ni un ápice de su calma.

—Qué bien, ¿no?

Voy a matarlo.

Las puertas de la entrada se abren y Raven sale con las manos en los bolsillos y silbando una canción. Otro que no debería estar tan despreocupado y que, sin embargo, sonríe como si nada al vernos.

—¡Anda, si estamos todos! ¿Tienes lo que querías, *Valboy*?

Mi compañero de cuarto asiente y, de hecho, en lo que es una nueva escena extraña más, accede a chocar los cinco con Raven Harris cuando él se los ofrece al pasar por su lado.

Corrijo: voy a matar *los*.

10

Dottie

Me paso todo el camino hacia el restaurante insultándolos, para deleite de Raven, que al parecer considera que tengo un vocabulario muy variado.

Para que le quede claro que estoy enfadada, también le enseño el dedo

corazón. Leo me mira con preocupación y algo que parece miedo. Val me ignora y no es hasta que nos sentamos alrededor de una mesa, en un rincón discreto, que me dice:

—¿Ya te has calmado?

Entorno los ojos, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No, no me he calmado. Y no sé cómo tú puedes estar tan tranquilo, teniendo en cuenta que has roto tus amadas reglas. ¡El otro día me diste toda una charla sobre las normas y el esfuerzo y…!

—Y hacer todo lo que esté en tu mano para que las cosas salgan bien,

¿no? —Ladea la cabeza, como si no comprendiera dónde está el problema

—. Eso mismo es lo que he hecho.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué pretendíais? ¿Qué se os había perdido en la recepción?

—Los nombres de nuestros competidores.

Estoy tan sorprendida y tan cabreada que solo lo miro muy fijamente,

deseando que Linda aparezca para despedirlo. Pero la única que aparece es la misma camarera del otro día, que parece que nos ha adoptado como sus clientes preferidos. Mientras está junto a la mesa, tomando nota, yo me dedico a respirar hondo, consciente de que no quiero montar una escena y, al mismo tiempo, deseando poder hacerlo.

Está sacando lo peor de ti, Dottie, me dice esa voz en mi cabeza que a veces se parece tanto a la de Theo. *Pero respira: eres el encanto del grupo,*

¿verdad?

Estoy segura de que hasta el encanto del grupo tiene permiso para gritar en una situación así. Sin embargo, me contengo y, al final, cuando la camarera se marcha, solo mascullo:

—Estás de coña.

—¿Esa información no es confidencial? —pregunta Leo—. ¿Y si descubren que habéis robado información confidencial? ¿Y si hay

cámaras?

Seguro que hay cámaras. Seguro que todo ha quedado grabado. Incluso que nosotros somos cómplices. Vamos a ir todos a la cárcel.

—No hay cámaras dentro del edificio, solo en el exterior: sigue siendo un edificio que funciona como propiedad privada para demasiada gente que valora la intimidad como algo vital.

—Sí, en la sala de personal tampoco las hay —añade Raven, con sorna

—. Por si algún día necesitáis un sitio donde cometer otras actividades ilícitas que no tienen nada que ver con el robo de información.

—Está todo controlado —le asegura mi compañero de cuarto a Leo.

—Igual ese es el problema —mascullo—. Tu manía por el control. ¿Te sientes mejor ahora? ¿Qué vas a hacer? ¿ *Stalkearlos* para ver si son mejores que nosotros?

Valentín se encoge de hombros.

—Creo que está bien saber a qué nos enfrentamos. Buscarlos en la red puede decirnos de dónde vienen y qué son capaces de hacer. Con vosotros lo hice, para saber en qué podía estar metiéndome.

—¿Nos *stalkeaste*? —preguntan Leo y Raven a la vez. Ambos parecen sorprendidos, pero mientras que el primero se inclina más hacia el terror por ello, el segundo parece divertido.

Mi compañero de cuarto ni siquiera se muestra avergonzado.

—Con Harris apenas hizo falta, ya sabía quién era.

—¿Eres fan? —Raven está eufórico—. ¿Me sigues en Instagram?

¿Cuántas pelis mías has visto?

Valentín lo ignora por completo.

—Y a Leo fue fácil encontrarlo y averiguar por qué Linda lo quería: es bueno, tiene una plataforma importante y, además, compone. —Leo carraspea, avergonzado. Después, los ojos castaños de Valentín se fijan en mí—. Por otro lado, supuse que no encontrar ni rastro de un Theodore Gale que encajase en lo que buscaba significaba que tenía que ser un novato.

Mantengo su mirada con aparente calma, como si no tuviera nada que ocultar. Como si no hubiera entrado en crisis en el mismo momento en el que recibí la llamada de Linda diciéndome que había sido seleccionado y no hubiera borrado las cuentas de mi hermano en cuanto colgué. E incluso las mías, para mayor seguridad.

—¿En serio no tienes redes? —Es Raven el que me lo pregunta, incrédulo—. ¿Y cómo pretendías conseguir una carrera en la música hoy en día sin ellas?

—No se me dan bien las redes —respondo muy rápido—. Espero que al contrario que a esa gente del grupo de Elanna Emerald. ¿Vamos a buscar o qué?

Saco mi móvil y Raven hace otro tanto. Valentín pega en medio de la mesa un pósit con el logo de Emerald (añadamos «hurto» a su lista de delitos), para que todos podamos ver los cinco nombres escritos en el papel con una caligrafía pequeña y apretada.

—No sé si me gusta la idea de acosar digitalmente a unos desconocidos

—murmura Leo.

Pero incluso él acepta la misión y, durante los siguientes minutos, todos nos dedicamos a buscar cada uno un nombre de la lista. Raven es el primero en encontrar un rastro, con una velocidad que deja claro que está acostumbrado a hacer cosas como esta: cuatro de ellos ya tenían un grupo de antes, con otra quinta persona cuyo nombre no cuadra con ninguno de la lista. El grupo se llamaba The Monkeys y Leo levanta la cabeza en cuanto Raven lo menciona.

—¿Los conoces?

Es obvio que Leo preferiría decir que no, pero asiente.

—Hacían *covers* de punk bastante buenas: subían fragmentos a TikTok y luego las ponían completas en YouTube y Spotify. Tenían algunas originales también; no eran malas, pero las letras no terminaban de funcionar y no se viralizaban tanto como cuando tomaban tendencias musicales y les cambiaban el estilo. Aunque lo último que sabía de ellos es que el vocalista principal había dejado el grupo.

Yo misma estoy buscando ya al grupo y descubro que es cierto: tienen muchísimas reproducciones. Sin embargo, lo que me llama la atención es algo que encuentro en su canal de YouTube.

—¿Me repetís el quinto nombre?

—Nicholas Fly —responde Valentín, de manera automática—. No encuentro nada especialmente llamativo…

—Porque Nicholas no suena demasiado comercial. —Me río, inquieta, y luego les muestro mi móvil—. Pero Niko es mucho más simple y suena mejor, igual que «Val».

El primero en hacer una mueca es Leo, que supongo que reconoce el vídeo que he puesto. Una versión de *Happier than ever* en la que The Monkeys no están solos, sino acompañados de otro chico. Alto, moreno, delgado y con tatuajes, atractivo, el tipo de persona por la que Theo habría perdido por completo la cabeza sin saber si le gustaba o quería ser él. Pero, sobre todo, con una voz que, siento decirlo, se come al antiguo vocalista de

The Monkeys. Incluso lo pone en algunos de los comentarios más crueles dentro del vídeo. Las visualizaciones de esa colaboración en todas las plataformas son muy altas.

Leo termina el trabajo de investigación cuando nos enseña la cuenta de TikTok de Niko, con casi tantos seguidores como la suya propia. Después de varias canciones en las que nos queda claro que la voz de ese chico no es normal, es Raven quien dice lo que todos estamos pensando:

—Siento que ya dije esto cuando nos enteramos de que teníamos competidores, pero voy a repetirlo: estamos jodidos.

Gruño. A mi lado, Leo suspira:

—Creo que me voy a volver a mi casa.

—Estáis siendo muy pesimistas —protesto, aunque en el fondo solo quiero unirme a ellos.

—O tú muy positivo —replica Raven—. ¿Recuerdas que hace una semana nosotros ni siquiera nos conocíamos? Estos chicos ya han trabajado juntos antes y tienen experiencia de sobra. Mientras que nosotros todavía estamos viendo qué podemos hacer por separado y juntos, ellos ya estarán preparados para grabar su primera canción. Si es que no lo han hecho ya.

Abro la boca, pero la cierro porque no se me ocurre ninguna manera de llevarle la contraria y decir algo esperanzador. Es cierto. No

tenemos nada que hacer, ¿no?

Me fijo en Valentín, que está comiendo de su plato y observa algo en su móvil. No parece preocupado, solo concentrado. Tiene esa expresión neutra en el rostro mientras mueve el dedo por la pantalla, como si todo le diera igual, aunque si ha estado a punto de meterse en un lío es, precisamente, porque todo esto le importa demasiado.

—Eh, Harris. ¿Me dejas tu móvil?

El chico a su izquierda titubea un momento, sorprendido por la mano extendida hacia él.

—Solo si prometes no entrar en la galería. Hay cosas ahí que no quieres

ver.

Leo y yo los miramos sin entender lo que está pasando. No lo hago, de hecho, hasta que mi compañero de cuarto estira el brazo, con la pantalla enfocando hacia los cuatro. No, no la pantalla: la cámara delantera.

Está… ¿sacándose una selfi con nosotros?

—Sonreíd —dice. Y me sorprende que él sepa hacerlo, aunque no sé si se puede llamar sonrisa a levantar un poco la comisura izquierda del labio.

Raven tiene tiempo de hacer el signo de la victoria. Leo, a mi lado, apenas puede reaccionar: sale sorprendido, con una sonrisa confundida y pequeña. Y yo…, yo simplemente salgo mirando a la cámara, completamente paralizada, porque no entiendo nada.

Y cuando empiezo a entender, lo único que quiero es alcanzar el móvil y borrar esa foto.

—Súbela —dice Valentín.

Raven parece tan feliz como si le hubieran dado permiso para abrir los regalos la mañana de Navidad.

—Oh, Dios. Estás hecho todo un genio del mal. —Se echa hacia atrás en su silla—. Os etiqueto. A los que tenéis Instagram, al menos.

El estómago se me hunde hasta el vientre, pero me obligo a pensar que no pasa nada. Es solo una foto. *Eso es, no pasa nada. ¿Quién podría*

reconocernos? Sabes que siempre hemos sido unos outsiders *, tú misma se lo dijiste a Tonya.*

Aun así, hay algo que se revuelve dentro de mí.

—No deberíamos subir nada a redes sin el permiso de Linda.

—Lo secundo —dice Leo, incómodo.

La expresión de Valentín es inocente, mientras nos mira desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué tiene de malo que Raven quiera subir una foto de sus nuevos amigos?

Dios, no lo aguanto. ¿Cómo puede ser así y luego hablar de la disciplina

como lo hace? ¿Realmente está dispuesto a todo por el grupo?

—«Se vienen cositas con los chicos más guapos» —lee Raven—.

Hashtags y…

—¡Esto es una democracia! No puedes subir una foto sin…

Él asiente, como si me estuviera escuchando, aunque sin apartar la vista del móvil. Me detengo a media frase, cuando le da la vuelta a su teléfono para que pueda ver cómo se actualiza su *timeline* con la nueva publicación.

Está sonriendo como un diablillo.

—Linda nos va a matar —se queja Leo—. ¿Sabes cuántos seguidores tienes?

Yo ni siquiera estoy preocupada por nuestra mánager. Cuando Tonya me enseñó el perfil de Raven, tenía cientos de miles seguidores. Eso se traduce en al menos decenas de miles viendo esa foto y haciendo teorías y…

—¿Sabes cuántos seguidores tienes *tú*? —responde Valentín—. ¿Sabes cuántos van a empezar a preguntarse qué estáis planeando los dos juntos?

Los Monkeys y Nicholas ya tienen a sus fans esperando algo, lo he visto en sus cuentas. Ahora, nosotros también.

—Una foto no tiene ese poder —protesto.

—Claro que lo tiene, si quieres utilizarla como tal. Y tú deberías hacerte una cuenta también. Pronto.

No, no debería. Aunque sé que va a tener que pasar en algún momento,

¿verdad? Esta es una de las cosas en las que no pensé antes y ahora ya es un poco tarde para lamentarlo, porque mi cara está en el Instagram de uno de los actores jóvenes más reconocidos de los últimos años.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan las fotos? —Raven ya no tiene la sonrisa diabólica en los labios, sino el ceño fruncido—. Porque te vas a hartar de hacer sesiones, ¿lo sabes? Y las fans te las pedirán. Y habrá gente que no te las pida, que simplemente las haga…

—No todo el mundo está acostumbrado a las fotos o a exponer su imagen

—protesta Leo, incómodo.

—No, pero cualquiera que pretenda convertirse en una estrella debería entender que, a no ser que seas Sia y decidas ponerte una peluca que te tape la cara, no vas a poder evitarlo.

Leo hace un mohín, sin saber qué responder, y después noto la mirada de todos sobre mí. Bajo la vista y me concentro en mi comida, pese a que sé que no voy a poder tragar ni un solo bocado más. Raven tiene razón en que tengo que acostumbrarme y en que voy a tener que abrir esa cuenta y subir cosas a ella. Una foto en grupo en la que ni siquiera hay alguien etiquetado con mi su nombre debería ser el menor de mis problemas.

Pero una parte de mí querría explicarles que no quiero que nadie me reconozca. Que no quiero que nadie dude de que soy Theo. Que me aterra que mi vida anterior me impida llegar a la que siempre he soñado.

Y que puede que haya algo más detrás. Que tenga miedo de ver las fotos que me saquen. O quizá el problema sea no verme a mí y darme cuenta de que ya no sé cuál de los hermanos Gale soy.

ravenharris

6132 Me gusta

ravenharris Se vienen cositas con los chicos más guapos #ravenharris #topsecret 1 hora

roygardner Tú siempre rodeado de la gente más guapa 10 minutos 1487 Me gusta

—— Ocultar respuestas

ravenharris Solo faltarías tú

7 minutos 1237 Me gusta

AnneGreenGables Estoy chillando

3 minutos 545 Me gusta

scarecrowfan OMG! ¿¿¿Ese es Leo Stewart??? Me muero, me encantan sus covers de TikTok. ¡No sabía que os conocíais! ¿Estáis juntos en Los Ángeles?

58 minutos Ver respuestas (3)

noplaceliketheinternet ¿Quién es el chico mono de ojos azules? ¿También es un actor?

57 minutos 31 Me gusta Responder

—— Ocultar respuestas

totonya Apartad, a este me lo pido yo

55 minutos 23 Me gusta Responder

theguardianofthegates Si alguien encuentra su Instagram, que lo ponga, que siempre está bien alegrarse la vista

50 minutos 57 Me gusta Responder

ravenharrisfbi El de ojos azules ni idea, pero ¡el del moño es @valmusical! A lo mejor el otro chico también se dedica a la música. ¿Os imagináis que Raven se hace cantante?

10 minutos 23 Me gusta Responder

billina_gallina No tengo ni idea de quiénes son los demás, pero quién estuviera en esa mesa

36 minutos 569 Me gusta Responder

11

Leo

—¿Quién va a explicarme esto?

Cinco días. Eso es lo que ha durado nuestro grupo antes de que nos despidan a todos. La parte buena es que eso significa que no voy a tener que preocuparme de que no me dé un ataque de pánico la primera vez que salga a un escenario.

—A mí me parece una foto bastante inocente, aunque hay algunos comentarios que…

Raven se calla cuando Theo le da un codazo en las costillas, porque lo último que necesitamos ahora mismo son sus bromas. Nunca había visto a Linda enfadada, y no es que ahora lo parezca especialmente, pero no está sonriendo y eso, en su caso, ya es aterrador.

—¿Por qué hay una foto vuestra subida a Internet sin mi permiso?

—Porque ayer fuimos a cenar y consideramos que no estaba mal crear un poco de expectación.

Sinceramente, no sé qué pienso de Valentín. Creí que era una persona tranquila hasta ayer, cuando demostró que lo es solo hasta que siente que algo se interpone en su camino. Está sentado a mi lado y no parece asustado por la actitud de Linda ni las posibles consecuencias: habla con la misma

calma de siempre y no duda en mirarla a la cara pese a que le está escondiendo parte de la verdad.

—¿Por qué? —Linda entrecierra los ojos—. ¿Sabéis que Elanna Emerald me ha escrito esta mañana felicitándome por mis fichajes y diciendo, y cito textualmente, «que gane la mejor»?

—Uuuh, suena a declaración de guerra —dice Raven.

—¡Y no deberías decirlo como si fuera algo bueno! —lo amonesto yo.

—¿Qué es lo que te preocupa? —pregunta Valentín—. ¿Que Elanna Emerald sepa quiénes somos?

—¡Por supuesto que sí! ¡Solo eso ya es darle muchísima información! Y

estaba planificando una gran exclusiva, una noticia con un impacto que…

—Nosotros también tenemos información.

Linda se queda tan sorprendida ante las palabras de Val como todos los demás. Lo miro, incrédulo. ¿Va a decirle a una empleada de la empresa que hemos robado información confidencial?

—¿Qué tipo de información?

Valentín nos mira a los demás y creo que nos está preguntando si se lo decimos todo o no. Aunque parece dudar, es Theo quien toma aire y se gira hacia Linda.

—Sabemos quiénes son los chicos de Elanna: son una banda que hasta ahora se llamaba The Monkeys. Pop-rock, punk… En general bastante distinto a lo que tienes tú en mente para nosotros, creo. Han cambiado al solista y han cogido a un chico llamado Nicholas Fly. El grupo y él ya han colaborado al menos una vez.

Nuestra mánager parpadea hasta tres veces. Aunque hasta ahora se había mantenido de pie, después de obligarnos a todos a sentarnos en el sofá a escucharla, en ese momento titubea y, finalmente, se apoya contra el reposabrazos de uno de los sillones del salón. Nos mira con cierta desconfianza.

—¿Y cómo habéis descubierto todo eso?

—El boca a boca —dice Raven, con una sonrisa divertida. Le lanzo una mirada censuradora, porque el boca a boca que tuvo con el recepcionista no es el que Linda pueda estar pensando.

—La cuestión es que esos chicos estarían listos para salir mañana mismo al escenario si quisieran —interviene Val—. Con toda la fuerza de publicidad y recursos que Emerald les pueda dar y los seguidores que ya tienen, pueden convertirse en un fenómeno mucho antes de que nosotros estemos listos para empezar a crear.

De nuevo, hay un silencio en el que Linda solo nos observa. Y después aparta la vista al suelo. Parece un poco molesta y temo que sea con nosotros, que vaya a decirnos que empecemos a recoger las cosas, pero entonces murmura:

—Eso es jugar sucio.

Creo que no soy el único que se sorprende, porque todos nos miramos entre nosotros. El único que no aparta los ojos de Linda en ningún momento es Valentín, que se humedece los labios y se echa hacia delante mientras juega con el coletero plateado que lleva en su muñeca. Tiene cierto aire conspirador que de verdad me recuerda a un jefe de la mafia.

—En esa foto no hemos dicho que somos un grupo, así que todavía puedes hacer tu anuncio impactante —explica—. Podemos dejar pistas en las redes sociales para que la gente sepa que preparamos algo, pero sin explicar qué es hasta el momento adecuado. Quizá el otro grupo no tarde en tener un single, sin embargo, nosotros podemos acaparar la atención de otras formas mientras tanto. Fuiste tú la que nos dijo que no seríamos solo artistas, ¿verdad?

Estoy seguro de que cuando Linda soltó eso no estaba pensando en usar nuestra imagen así. Estoy seguro, de hecho, de que cuando señaló que Valentín podía ocupar de alguna manera un puesto de liderazgo no esperaba que él fuera a tomárselo tan en serio.

Pero si ha conseguido poner de su parte incluso a Raven, es obvio que se

le puede dar bien el papel, aunque sus últimas ideas hayan sido cuando menos… cuestionables.

Linda lo observa con los ojos entrecerrados, pensativa. Y después, su expresión cambia cuando nos dedica un asentimiento decidido y alisa la falda de su traje rosa.

—Entiendo lo que queréis hacer, pero a partir de ahora no podéis ir por libre. Crearemos una estrategia en conjunto, ¿de acuerdo? Hay todo un equipo detrás de vosotros que quiere apoyaros.

No puedo evitar el suspiro de alivio al escucharla. Raven, a mi lado, sonríe al oírme y rompe nuestra primera regla al darme un par de palmaditas en la espalda.

—No volverá a pasar, Linda —asegura Theo, y le lanza una mirada de advertencia a Valentín. Él, como si no hubiera sido la mente maligna tras todo lo que ha ocurrido en las últimas horas, asiente.

Nuestra mánager respira hondo y se pone en pie.

—Bien. Aclarado esto, es hora de ponerse a trabajar, y con ganas, porque tenemos que alcanzar al otro grupo cuanto antes. Pero si Elanna cree que la velocidad es lo único que importa en esta industria, está muy equivocada.

Dottie

Al parecer, el primer paso de la nueva estrategia de Linda para encarar a Elanna Emerald pasa por mí.

—Si vamos a usar las redes, tenemos que crearte una cuenta cuanto antes. Va a ser tu marca personal, al fin y al cabo, y ya hay mucha gente preguntándose quién eres.

Como si quisiera demostrarme que no miente, Linda me enseña la foto de anoche y los comentarios que preguntan quién es el chico de los ojos azules. Por supuesto, nadie me encuentra en internet, porque no tienen absolutamente ningún dato sobre mí.

Yo ya había visto la foto y sabía que llevaba muchos me gusta y comentarios (pero no tantos), porque ayer, antes de dormir, Tonya me mandó el link a la publicación seguido de un encantador «PERO QUÉ

COJONES, DOROTHY» que me obligó a responder que ya hablaríamos. Aunque teniendo en cuenta que me va a gritar, es probable que no lo hagamos hoy.

Y tampoco cuando se entere de que tengo redes sociales con mi cara. Le parecerá peligroso. Dirá que he perdido el juicio. Que esto se está desmadrando antes incluso de empezar.

—Lo bueno es que, como no tienes nada hecho, podemos empezar de cero. Podemos crearte la identidad que queramos. Y dado que Leo lleva mucho en redes y tu nombre se parece tanto al suyo, ¿qué te parece usar tu apellido? Suena muy bien, es diferenciador y que al mismo tiempo signifique «vendaval» puede dar mucho juego.

Asiento, aunque tengo un nudo en la garganta que no me deja responder.

Supongo que está bien. «Gale» es algo que soy. «Gale» es una parte de mí a la que puedo aferrarme. Y al mismo tiempo, parece insuficiente, porque lo que quería es que la gente hablase de Theo, que corease su nombre, que pensaran en él y solo en él. Pero supongo que está bien, ¿no? Gale es lo que éramos los dos. Nunca fuimos solo Theo o solo Dorothy. Siempre fuimos los Gale. Gale es lo único que nos quedó de nuestra madre cuando murió.

Gale es el apellido de nuestros tíos, que nos cuidaron toda la vida y nos dieron un hogar.

Tomo aire mientras empiezo a rellenar los huecos del perfil. Theo y yo nos habíamos intercambiado antes, pero nunca lo había sentido como algo que me pesase sobre los hombros. Nunca había creído que pudiera llegar a perderme en el disfraz, pero ahora siento un poco de vértigo, como si esta identidad nueva fuera a tragarme por completo.

—Pero Gale sin más seguro que está cogido —me dice Linda, antes de que pueda pensar siquiera en escribirlo para probar—. Quizá podemos probar con «TGale» o…

—¿Qué tal «TheGale»?

Trago saliva cuando mi mirada se encuentra con los ojos oscuros de Val, que está sentado en uno de los sillones del salón y me dedica solo un segundo de atención antes de volverse hacia Linda. Él se ha mantenido al margen hasta ahora, pero es obvio que estaba prestando atención a la conversación.

—Si quieres aprovechar tu apellido, no deberíamos dejar que sea un vendaval cualquiera. Queremos que sea *el* vendaval, ¿no? Uno capaz de convertirse en un huracán que lo arrase todo.

Se me hace un nudo en el pecho al ser consciente de que recuerda nuestra conversación del primer día. No creo que comprenda lo que algo así significa para mí (¿cómo podría?), sin embargo, de alguna manera sabe que es importante, ¿no? O quizá solo me está retando a ser justo lo que le dije que quería ser, quizá esa mirada tan serena está preguntándome si estoy a la altura de algo así, si voy a ser capaz de convertirme en algo tan grande.

—Me gusta —le digo. Acepto su desafío, si me lo está lanzando—. Me gusta mucho.

Raven carraspea y cuando aparto la vista de Val lo veo repantingado en uno de los sofás, con las cejas enarcadas y un comentario malicioso esperando en la punta de su lengua. A su lado, Leo se adelanta a lo que sea que fuera a decir:

—Suena bien —me anima.

—Adelante, prueba —dice Linda.

Lo introduzco como nombre de usuario y la aplicación me informa de que está disponible. Siento que el corazón me retumba en los oídos cuando el perfil se abre delante de mí.

—Listo.

Los demás tardan segundos en seguirme. Raven es el primero y unos instantes después me aparece una notificación de que he sido etiquetada en la foto de anoche. Creo que lo ha hecho en un tiempo récord. Descarto el

mensaje, consciente de que si entro en la publicación solo voy a marearme al ver sus números, pero sigo a los tres de vuelta. Decido que no voy a seguir a nadie más, ni siquiera a Tonya, por si a alguien se le ocurre investigar demasiado.

—¿Tienes alguna foto reciente que te guste para utilizarla como foto de perfil?

En ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de hacerme una foto con este aspecto. Y no puedo subir una foto de mi hermano, ¿no? No puedo arriesgarme a que alguien se ponga a analizar las diferencias…

—No me apasionan las fotos…

—¡Me pido hacérsela! —exclama Raven, levantando su móvil.

—Bien —asiente Linda, y después nos mira a todos—. A partir de ahora, me mandaréis cualquier cosa que queráis subir, ¿de acuerdo? Es un mero trámite, estoy segura de que tenéis el criterio suficiente como para saber qué cosas se pueden compartir, pero mi equipo y yo estaremos atentos a que no haya ningún desliz que deje ver más de lo que nos interese. De momento, sed naturales. Sois cuatro amigos pasándoselo bien y nada más.

Hago un mohín. No estoy segura de que tengamos el mismo concepto

de

«ser naturales». De hecho, no somos amigos. Apenas nos conocemos.

Pero todos asentimos: Val con esa expresión tan seria de siempre, Leo con resignación. Raven es el único que obviamente va a disfrutar con todo esto.

—Bienvenido a Internet, Gale.

Val

El impacto de nuestra primera foto juntos es mayor del que me esperaba.

Por supuesto que cuando se me ocurrió utilizar a nuestros miembros más conocidos para generar una conversación sabía lo que podía pasar, pero pensaba que la gente hablaría sobre todo de Leo y Raven y ahí es donde

supongo que me equivoqué.

No me considero una persona conocida y tampoco me ha importado jamás llegar a serlo. Nunca he aspirado a hacerme famoso, aunque mentiría si dijera que no he fantaseado con conseguir un premio Tony. En general, siempre me han bastado los aplausos del público al terminar un número en el que participo o al finalizar la función, pero incluso en esos momentos he sido consciente de que no me aplauden a mí, sino al personaje. La mayoría de gente que va a un musical no sabe cómo se llaman los actores sobre el escenario; a menudo ni siquiera saben si son los actores principales o los sustitutos. El público aplaude al coro o al grupo de bailarines, a JD en *Heathers*, a John Laurens en *Hamilton* o a Billy Flynn en *Chicago*, pero no a Valentín Ramos.

Por supuesto, siempre hay excepciones. Los fanáticos de los musicales te pueden apreciar y seguir tu trayectoria e incluso seguirte a ti si les gustas especialmente, pero es un porcentaje ridículo entre todo el público que pasa a diario por los teatros. Y siempre me ha parecido bien, porque nunca he necesitado que me idolatren a mí, que me vean a mí.

Hoy, sin embargo, la cosa ha cambiado. Mi número de seguidores en Instagram se ha cuadruplicado y las visualizaciones en TikTok, donde apenas tengo unos pocos vídeos relacionados con las obras en las que he participado y algún baile entre ensayos, se han disparado.

Sabía que esto iba a pasar más tarde o más temprano si todo iba bien, pero no puedo evitar sentirme… extraño. Debajo del foco siempre estaban los personajes; ahora, por primera vez en mi vida, estoy yo. Aunque en realidad no hay tanta diferencia, ¿verdad? Para las personas que han empezado a seguirme hoy no soy mucho más que otro personaje. Uno que no tiene guion definido y cuya historia quieren ir descubriendo a lo largo de mis publicaciones. Pero ese es un encuadre muy pequeño. Es como cualquier otra obra de teatro: el espectador solo puede ver lo que pasa en el escenario, nunca lo que ocurre por detrás o cuando cae el telón.

Sin embargo, creo que no soy el único sorprendido con todo esto, porque cuando salgo de la ducha por la noche, antes de la cena, me doy cuenta de que mi compañero de cuarto está mordiéndose una uña mientras mira su móvil. No me cuesta imaginar por qué parece tan agobiado. Casi lamento no haberle dado tiempo para asimilarlo todo, pero se supone que vamos a tener que acostumbrarnos a esto, ¿verdad? Y no creo que hayamos hecho mal al mostrarnos al mundo y dejarle claro a Elanna Emerald que estamos aquí.

—No te conocen.

Gale da un respingo y levanta la vista hacia mí, aunque la aparta de inmediato al verme solo con la toalla puesta.

—¿Qué hemos dicho de lo de vestirnos en el baño?

Dejo los ojos en blanco. Sí, puso esa regla el segundo día, después de verme por primera vez en toalla una mañana, pero yo todavía tengo que acostumbrarme, igual que él todavía tiene que acostumbrarse a despertarse a la hora que debe.

—Se me ha olvidado llevarme la ropa.

—¡Pues que no se te olvide! No quiero ver cómo te paseas semidesnudo por el cuarto.

—Eres un poco exagerado, ¿no crees?

Gale resopla y vuelve a clavar los ojos en el móvil y yo me oculto tras la puerta del armario para cambiarme de ropa. Antes de que termine vuelvo a escuchar su voz:

—¿No te preocupa? Toda esa gente. La manera en la que pueden… No sé. Observarte. Desenterrar todo sobre ti.

—¿Tienes algo que no quieras que desentierren?

—¿Tú no? ¿Nunca has hecho nada que no debieras o has estado en el lugar incorrecto o en el momento incorrecto?

—Claro que sí. —Termino de vestirme y me apoyo contra el armario cuando cierro la puerta. Ahora sí, Gale me mira—. Pero todos los errores

que pueda haber cometido forman parte de mí y considero que solo pueden pedirme cuentas por ellos las personas a las que les hayan afectado, no unos desconocidos que se han hecho una imagen de mí por un par de publicaciones en Internet.

Mi compañero de cuarto me mira con los labios apretados y parece molesto, aunque no entiendo por qué. Creo que me la tiene jurada desde ayer, porque después de mi pequeño plan de espionaje se fue a dormir sin decirme ni una palabra.

—¿De qué estás hecho? ¿De hielo? ¿De hojalata?

Levanto las cejas, un poco sorprendido por la acusación.

—Tan solo estoy seguro de quién soy, qué quiero y qué estoy dispuesto a dar por ello.

—Todo, al parecer.

—¿Te parece mal?

—Bueno, hace que me pregunte cuándo vas a pisarnos para llegar a lo más alto tú solo.

Eso no me lo esperaba. Y, aunque considero que no es algo fácil de conseguir, me ofende.

—¿Disculpa?

Gale no parece en absoluto arrepentido de lo que acaba de insinuar.

—Si algo ha quedado claro estos días es que eres ambicioso y estás dispuesto a romper las reglas que haga falta para conseguir tus objetivos.

—Que yo sepa nada de lo que he hecho hasta ahora ha ido contra el grupo o ha sido para favorecerme solo a mí.

—No, pero porque en este momento todo lo que favorece al grupo te favorece a ti. ¿Y si en algún momento no es así?

¿Es así como me ve? Desde que esto empezó, lo único que me ha preocupado es que esto funcione. Para *todos*. Y puede que tenga mis propios intereses en que eso sea así, pero no soy como él sugiere. No tengo ninguna intención de llegar a ninguna cima, tampoco y, mucho menos, solo.

Frunzo el ceño, molesto.

—No puedes enfadarte porque te pregunte —se defiende, en cuanto ve mi expresión—. No sabemos apenas nada de ti ni de lo que piensas la mayor parte del tiempo y has demostrado tener una mente un poco retorcida.

Resoplo. No tengo una mente retorcida; tan solo pienso mucho las cosas porque así es más sencillo adelantarse a problemas o encontrar soluciones.

Sí, puede que no sea la persona más ética cuando algo se interpone en mi camino, pero eso no significa que sea alguien que solo mira por sí mismo.

Me acerco a él, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Gale parece muy pequeño, sentado en la cama, pero no se amedrenta. Levanta la barbilla y creo que espera que le diga que tiene razón, que les venderé a todos sin dudar y que no me importa en absoluto lo que les pueda pasar porque yo voy antes que nadie.

Si es así, lo siento mucho, porque va a sentirse decepcionado.

—Me he comprometido con el grupo —suelto, y es inevitable que suene un poco irritado—. No me comprometo con cosas que no quiero que salgan bien o en las que no creo, pero resulta que sí creo en esto. Creo que somos buenos, todos, y creo en lo que podemos llegar a hacer. Juntos, no por separado. Y no voy a vender a nadie; voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que esto sea lo mejor que nos haya pasado. Te lo dije el otro día: del trabajo de una persona dependen muchos más. Y yo nunca haría nada que pusiera en peligro el trabajo, el sueño o las oportunidades del resto. Si ayer me hubieran pillado (y, créeme, me habría inventado lo que hiciera falta para que no fuera así), habría asumido la culpa antes que dejar que ninguno de los demás tuviera ningún problema. Incluso habría negado por completo que Raven me estuviera ayudando. No soy perfecto, pero si algún día cometo un error seré el primero en responsabilizarme de él,

y ayer lo habría hecho. ¿Te queda claro?

Aunque esperaba que mi compañero de cuarto fuera a decirme que no se

fía en absoluto de mí o que está seguro de que soy un monstruo, la expresión le cambia. No sé qué le ha convencido tanto de lo que he dicho, pero hace un mohín y me aparta la vista.

—Vale —murmura—. Lo siento.

Titubeo, quizá porque estaba esperando una discusión en vez de una disculpa. La tensión que sentía en los hombros se suaviza. Creo que hay algo de este chico que no termino de entender.

—Está bien —murmuro.

—Voy a la ducha.

Gale se apresura a levantarse y pasar por mi lado para coger su ropa del armario. Después, se dirige al baño a toda velocidad, aunque se detiene antes de llegar a encerrarse en él.

—¿Valentín?

—¿Sí?

—Yo también creo que somos buenos y podemos hacer algo bueno juntos y quiero que esto salga bien. Y…, y quizá yo también cometa errores, pero eso va a seguir siendo verdad, ¿vale?

Levanto las cejas, sin entenderle. No sé qué le ha dado de repente, pero no me queda otra que asentir, porque de pronto me parece un poco preocupado y ansioso.

—Te creo. Confío en ti, Gale. He decidido confiar en todos.

No puedo verle la cara, pero oigo perfectamente cómo suspira antes de meterse en el baño.

Gale me ha acusado de no dejar que nadie vea lo que pienso, pero me quedo con la sensación de no ser el único.

12

Raven

Una semana después de que Linda nos echara la bronca (o, al menos, lo más cerca de echar la bronca que el hada de las piruletas ha estado nunca) mis redes están llenas de stories y publicaciones con mis nuevos compañeros. Y habría muchas más, pero al parecer echan abajo cualquiera en la que se vea que convivimos juntos o en la que haya espacios físicos mínimamente identificables, aunque conseguí colar una de todos cenando juntos en pijama con la etiqueta #pjparty.

Hacía siglos que no había tanta interacción constante en mis publicaciones y disfruto de la atención, aunque creo que soy el único: a Valentín, para variar, no parece importarle nada que no sea su perfecta rutina de ensayos; Theo no ha subido a sus redes más que un par de fotos obligatorias y si puede huir de enseñar su cara, lo hace, y Leo…, bueno, Leo sigue fiel a su regla de no mirar los comentarios. Linda le ha dicho que no debería dejar de subir el tipo de contenido al que había acostumbrado a sus fans, así que él continúa con sus actualizaciones y yo descubro que es tal y como me dijo el primer día: tras dejar una canción en su TikTok siempre huye en dirección contraria. Como él no lo hace, yo me aficiono a leer los comentarios que le dejan, aunque no le cuento que la gente se ha dado cuenta de que ya no está en su habitación, que el sitio donde graba

ahora es una cabina insonorizada. Hay personas haciendo teorías sobre que se ha mudado a Los Ángeles (porque creen que somos vecinos, por eso nos hemos hecho amigos) o que una gran compañía lo ha fichado para grabar un disco (lo que supongo que está muy cerca de la verdad). Hay quienes incluso han relacionado el tipo de cabina con el que tienen otros artistas que supongo que trabajan en este mismo edificio. El CSI podría beneficiarse mucho de las personas que hay en algunos *fandoms*.

Aunque temía que la exposición y la expectación aumentaran la ansiedad de Leo, lo cierto es que poco a poco se le ve mucho más relajado. Sigue poniéndose nervioso con cualquier cosa, pero en general parece que se adapta y al menos ya no salta con el lomo erizado cada vez que alguien da un paso hacia él. Diría que con Theo está especialmente cómodo, que han construido un vínculo a través de la música. Y me parece que Val lo ha adoptado y lo trata como un hermano pequeño al que tiene que proteger. Y

conmigo…

Conmigo también está mejor, ¿no? Pasamos más tiempo juntos de lo que esperábamos, teniendo que compartir cuarto. Y supongo que yo me estoy acostumbrando a ello. A que me dé las buenas noches y a

que sea el primero en darme los buenos días. A escuchar cómo canta cuando se ducha.

A que se ruborice cuando hago dobles sentidos o a que, poco a poco, hable más o me pregunte cosas sobre mis películas o chismes sobre otras personas de la industria cuando estamos a punto de irnos a dormir. Leo Stewart es organizado, vergonzoso y tranquilo y, a veces, parece vivir en una burbuja propia, pero también puede ser ocurrente, curioso y bastante… dulce. Creo que nunca nadie había sido tan feliz escuchando mis anécdotas estúpidas, como esa del día que Taylor Swift me tiró el café por encima cuando me choqué con ella en medio de un rodaje de una serie en la que ella hizo un cameo.

Aun así, pese a todo el tiempo que pasamos juntos, no sé demasiado de Leo por cosas que él decida contar. Siempre hablamos de mí y, aunque no

me molesta (considero que soy un tema muy interesante y con mucho contenido), a veces me pregunto qué pasa con él. Al final, sin embargo, nunca me atrevo a preguntar demasiado porque creo que en el momento en el que lo haga se replegará, y no quiero que eso ocurra.

Las únicas veces en las que me parece que Leo no se esconde para nada es cuando canta. Y hoy vuelvo a tener esa impresión, cuando su voz me llega desde una de las cabinas de ensayo cuya puerta no ha cerrado bien. En mi defensa, no pretendía espiar: me olvidé el móvil en la cabina de al lado y cuando he venido a buscarlo lo he descubierto y…, bueno, aquí estoy.

Escuchando, porque cuando Leo Stewart toca y canta tú solo escuchas.

Porque las palabras le salen más fácilmente que cuando habla y porque la música parece ser la clave para entenderlo. Ahora, por ejemplo, canta sobre observar a la gente y querer salir de su burbuja algún día y empezar a sentir.

Es una canción agridulce pero le pega, con ese aire un poco melancólico y distante que tiene a veces.

No sé cuánto dura la canción, pero no me muevo durante todo el tiempo que suena por miedo a hacer algún ruido que me descubra y haga que se detenga. Cuando acaba, el silencio casi me hace daño en los oídos, por eso necesito romperlo:

—Esa deberías grabarla y subirla también.

Leo da un salto en su sitio y levanta la cabeza de golpe, sorprendido. Lo veo pasar del blanco al rojo en un tiempo récord.

—¡¿Cuánto tiempo llevas ahí?!

Yo le dedico la mejor de mis sonrisas inocentes.

—El suficiente para que me empezase a costar seguir callado, pero creo que ha merecido la pena el esfuerzo: suena muy bien.

Él aparta la vista hacia su instrumento y toca una tecla de manera nerviosa.

—Claro que suena bien, es una canción de Conan Gray. Seguro que se sentiría orgulloso de saber que sus temas pueden incluso callar a Raven

Harris.

—Técnicamente lo has conseguido tú, no él.

Leo carraspea, avergonzado, pero me mira de reojo y yo siento que tengo que decir algo más para evitar el silencio que cae durante un segundo entre nosotros. Por eso tuerzo mi sonrisa y añado:

—Y en realidad hay muchas formas de callarme: solo tienes que darme otra cosa en la que ocupar la boca.

—Regla número dos —me advierte.

—No la he roto. No te he preguntado si quieres que mantenga la boca ocupada contigo…

Leo señala la puerta, con la cara del color de una señal de STOP.

—Fuera.

Me río y le enseño las palmas, para que vea que vengo en son de paz.

Después, me deslizo a su lado en el banco en el que está sentado y sonrío de la forma más angelical que sé.

—Era broma. En realidad, si cantas otra, prometo quedarme muy callado.

—O podrías hacer algo útil con la boca y practicar —rebate. Me ve hacer una mueca y, de alguna manera, mi frustración parece divertirlo

—. Venga, yo toco y tú cantas. Eres el que más verde está en voz y lo sabes.

—Lo compenso siendo el más guapo y el que tiene más carisma —

protesto—. De acuerdo, pero nada de Conan Gray.

—¿No te sabes nada suyo?

—Sé de él lo justo: que está muy bueno y que le dejaría callarme cuando quisiera.

Leo resopla y me da un ligero codazo que consigue arrancarme una risa.

—No pueden atraerte todas las personas del mundo, es un estereotipo terrible.

Extiendo las manos y las pongo sobre el teclado para hacer sonar un par de notas dispersas, porque no tengo ni idea de tocar el piano. Las de él están también sobre el instrumento y yo me doy cuenta de la distancia de dos

teclas que hay entre mi meñique y el suyo.

—En realidad, no creo haber dicho nunca que alguien me atrajera.

Los dedos de Leo desaparecen de encima del teclado. Siento sus ojos en mi rostro.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que puede gustarte el sexo, puedes encontrarlo satisfactorio y hacer bromas sobre ello, pero eso no significa que sientas atracción por nadie.

No quería sonar serio ni como si le estuviera dando una lección sobre asexualidad. En realidad, ni siquiera sé por qué lo he dicho. Durante un momento me pregunto si he hecho bien, porque no es algo de lo que suela hablar. No es por miedo, es solo que la gente siempre da cosas por sentadas, la gente siempre suele pensar que eres de una determinada manera y, a veces, te cansas de corregirla. Y cuando conoces a mucha gente, pero nadie te conoce bien del todo (o a ti te da igual que no te conozcan bien del todo, no quieres que lo hagan), decides que algunas cosas no hay necesidad de decirlas.

Tampoco es que quiera que Leo me conozca bien del todo, que

pasemos tiempo juntos es algo que se ha dado por casualidad y, probablemente, si mañana saliéramos de aquí, no volvería a saber nada de él, como no volvería a saber nada de Val o Theo y…

—Perdona por haber dado cosas por hechas.

Doy un respingo y lo miro, sorprendido. Leo parece muy solemne y yo no sé cómo responder a eso, porque sienta bien y al mismo tiempo no lo esperaba. Nunca nadie se había disculpado por dar por hecho algo sobre mí, y es algo que pasa…, bueno, todo el tiempo. Gajes del oficio, supongo.

Trato de sonreír, pero sé que no me sale tan bien como siempre.

—¿Estás decepcionado? ¿Querías que me sintiera atraído por ti?

—¡Claro que no! —exclama. Es todo lo que necesito para que aparte la vista de nuevo y a mí me alivia, porque con mi broma y su vergüenza todo vuelve a su cauce—. Me refería a que…

—Está bien —le interrumpo, sin perder la sonrisa—. La gente suele hacerlo. Asumir cosas sobre mí, quiero decir. Y yo lo dejo estar: me da igual que me consideren un estereotipo terrible o lo que les apetezca.

Creo que Leo va a volver a callarse. Creo que la conversación se quedará aquí y no sé si eso es justo lo que quiero o todo lo contrario. Hay un par de notas que llenan el silencio y entonces su mirada vuelve sobre mi cuerpo, de reojo.

—¿Esa es tu manera de esconderte?

—Yo no me escondo —protesto.

—Claro que sí: todo el mundo lo hace. Todo el mundo tiene miedo de algo y, al final, ante el miedo, lo normal es esconderse.

Algo se me revuelve por dentro. Algo desagradable, que me hace sentir… vulnerable y desnudo. Y no estoy acostumbrado. Quiero decirle que Raven Harris no tiene miedo de nada, pero en lugar de eso, pregunto:

—¿Y de qué tienes miedo tú?

Leo hace una mueca y aparta la vista y yo espero que me diga que le aterra la gente. Espero que me diga algo lógico, como que teme a las expectativas o fallar o… No sé. Leo Stewart me parece un libro abierto

la mayor parte del tiempo, pero quiero que me hable. Quiero escuchar lo que tiene que decir más allá de las canciones de otros.

—Estáis aquí.

Las teclas bajo los dedos de Leo hacen un ruido disonante por el susto que le provoca la voz de Val. Nuestro líder no oficial está en la puerta, mirándonos como si no terminase de entender lo que está viendo. Creo que él también repara en las dos teclas que vuelve a haber entre la mano de Leo y la mía y yo, de manera ilógica, siento que estoy haciendo algo más ilícito de lo que hice con el recepcionista la semana pasada.

Así que aparto la mano del piano para saludarlo con una sonrisa despreocupada.

—Eh, *Valboy*.

Él hace un gesto con el pulgar por encima del hombro.

—Reunión de urgencia. Hay algo que tenéis que ver.

Dottie

Flying Monkeys. Supongo que es el nombre perfecto para anunciar que Nicholas Fly y The Monkeys ahora cantan y tocan juntos. Un nombre completamente nuevo para algo que ya existía, algo que funciona. O, al menos, el *teaser* que han dejado en redes de su nueva canción está funcionando. Lo dicen los números y los comentarios. Y, desde luego, lo dice lo que escuchamos: la voz de Niko es espectacular en un estribillo muy pegadizo y los instrumentos suenan genial. Los cinco miembros parecen estar viviendo la música mientras la cámara se mueve entre ellos y los enfoca. Al final del vídeo hay una fecha: el próximo viernes van a estrenar su primer single.

Valentín cierra la pantalla de su portátil, después de que todos hayamos visto el vídeo en bucle varias veces. Yo me echo hacia atrás, hasta que mi espalda encuentra el sofá. Me siento un poco derrotada, pese a que sabíamos que esto iba a pasar y nos hayamos estado preparando para ello a conciencia. En la última semana las jornadas de entrenamientos y clases han sido incluso más intensas precisamente en un intento de salvar la ventaja que era evidente que los chicos de Elanna Emerald nos iban a llevar.

Eso no hace el trago más dulce: aunque hemos hecho avances significativos, no sé si se nos puede considerar un grupo todavía,

mientras que está claro que ellos ya lo tienen todo atado.

Es obvio que los demás están pensando lo mismo que yo. Raven se ha repantingado en uno de los sillones, más callado y ceñudo de lo que nunca le he visto. Leo parece nervioso mientras se muerde el piercing del labio.

Incluso la seriedad de Valentín esconde hoy una preocupación evidente.

Mientras él ha ido a avisar a Leo y Raven, yo le he enviado el enlace del

vídeo a Linda, pero nuestra mánager no ha contestado todavía.

—Necesitamos una canción —declara Valentín cuando llega el silencio

—. Y pronto.

Sus ojos vuelan a Leo, y yo ya sé lo que el teclista va a decir antes incluso de que se dé cuenta de que están hablando con él.

—No, no puede ser una de las mías. No estoy preparado.

—Leo…

—No. Lo siento.

Parece a punto de vomitar y, la verdad, creo que puedo entender lo que se le pasa por la cabeza. Por lo que he visto en algunos de sus vídeos y por la mirada que pude echarle un día a su cuaderno sé que las letras originales de Leo son muy buenas, mejores incluso que sus *covers*. Sus seguidores las adoran y siempre piden que saque las canciones completas, pero él nunca lo ha hecho con ninguna. Si le cuesta exponerse, ¿cómo no va a tener miedo de enseñar sus creaciones? Suena a abrirse en canal y dejar que otros echen un vistazo a lo que hay dentro de su pecho.

—Pues o esperamos a que Linda nos dé un producto hiperdiseñado que no tenga nada que ver con nosotros o… —masculla Raven.

—Yo tengo una canción.

Mis compañeros se giran hacia mí en una sincronización perfecta, con distintos grados de incredulidad.

—Nunca te he visto componer —apunta Valentín.

Porque en realidad no lo hago. Theo era el que escribía: él tenía más talento, tenía cosas que decir. Yo, en cambio…

—No he tenido mucho tiempo desde que llegamos, pero tengo una acabada, antigua. Una… Theo Gale original. Esperad.

Me levanto antes de que puedan decir nada. La libreta está en la habitación, guardada en la cómoda, entre las sudaderas favoritas de mi hermano. No la había sacado de su escondite desde que habíamos llegado al apartamento y, cuando la tomo entre las manos, me pesa más que nunca. Sé

que Theo se la habría dado a los chicos sin dudar. Sé que le habría encantado que otros músicos la leyesen.

Sin embargo, de vuelta en el salón, dudo. Porque una parte de mí sabe que, si no les gusta lo que les dé, me destrozarán. Y ni siquiera será

porque yo haya tenido nada que ver con componer esa canción. No será algo personal y, al mismo tiempo, me dolerá más que si lo fuese.

Odio que me tiemble la mano cuando dejo el cuaderno abierto sobre la mesa. Después me aparto, como si poner distancia con ellos pudiese defenderme, y me siento en el suelo. Había estado tocando la guitarra hasta que Valentín descubrió el vídeo y a ella me aferro de nuevo mientras leen, aunque sin atreverme a hacer ruido. Los tres parecen muy concentrados.

Valentín es el primero en alzar la vista hacia mí. Y a él, en realidad, es al que más temo y al que más quiero escuchar. Porque sé que, si no le gusta, lo va a decir. Y si le gusta, no se deshará en halagos, pero al menos será sincero.

Me preparo para lo peor, aunque todo lo que dice es:

—¿Cómo suena?

Trago saliva. Los demás también han dejado de leer y me observan. Cojo aire. Tengo esta canción grabada en la cabeza, cada nota, cada palabra.

Theo la tocaba todo el tiempo, después de mandarme aquel primer audio, y yo acabé aprendiéndola así, cantándola con él.

Venga, vamos a enseñársela, Dottie.

Cierro los ojos y casi me parece oír su voz y la mía mezcladas. Casi siento que está aquí, sentado a mi lado, con la mejilla contra mi hombro, feliz de poder cantar para estos tres chicos y enseñarle al mundo lo que podemos hacer. Lo lejos que pueden llegar los sueños. Cantar su canción es volver a casa, a las noches de verano sentados en el porche de la granja de mis tíos, compartiendo los auriculares para escuchar música. Es como volver al día en el que nos hicimos el tatuaje del número 2 en las muñecas o a todas esas veces en las que esperaba a que acabara mi turno en el

restaurante para que no volviera sola a casa cuando ya había anochecido.

Mientras canto, Theo permanece conmigo, y es él quien me habla de mundos lejanos, del deseo de volar libres como los pájaros, de esos sueños que nos pertenecían a ambos.

Mientras canto su última canción y toco su guitarra, mi hermano se

queda a mi lado un poco más.

Val

Theodore Gale me irrita a menudo. Lo hace cuando no clava ni un paso de las coreografías o cuando tarda mil siglos en despertarse y encima se queja cuando le despierto porque él solito es incapaz de tener unos horarios responsables. Me irrita cuando me lleva la contraria o cuando se alía con Raven para burlarse de mí, como el día que subieron stories grabándome cuando estaba muy concentrado leyendo un artículo en mi móvil y decidieron doblarme como si fuera el jefe de una familia mafiosa que había recibido un mensaje sobre un traidor y estaba pensando cómo actuar.

Y entonces canta.

Y lo que me más irrita en esos momentos es ser consciente de lo bueno que es. Y no para de mejorar, porque al parecer no había recibido clases en su vida y ahora gana una técnica que no tenía y que le da control a toda esa emoción que parece estar en cada nota que sale de él. Lo más irritante de Theodore Gale es que, cada vez que hace música, yo no puedo evitar mirarlo. Me estoy acostumbrando a encontrarme a mí mismo buscándolo con los ojos cuando toca la guitarra en el salón y tararea bajito. A observarlo en los ensayos en grupo y distraerme siendo más consciente de su voz y su expresión que de la mía. A apartar la vista cuando me caza, y a fingir una y otra vez que nunca es más que una casualidad puntual.

Cuando Gale abre los ojos en medio de su canción, sin embargo, esta vez no soy capaz de hacerlo. No cuando su mirada, que se fija en mí como si

estuviera desafiándome una vez más, está contando también una historia.

Sus ojos azules me parecen demasiado intensos. Demasiado tristes. Esa es otra de las cosas que no entiendo. Cuando canta, Theodore Gale siempre parece muy triste, como si cada nota le abriera una herida y no le importara seguir sangrando.

Cuando su voz y el sonido de su guitarra se pierden, el silencio que queda tiene eco. Entonces su mirada se aparta de mí para fijarse en los demás y es como si me soltase. Como si me hubiera agarrado del cuello y solo ahora me dejase volver a respirar.

—Quizá no es la mejor canción para darnos a conocer… A lo mejor

debería ser más cañera o…

—Es muy bonita —sonríe Leo.

—Podría ser la banda sonora de una película. —Raven parece muy sorprendido y me alegra no ser el único—. Suena bien.

Los ojos de Gale vuelven a mí y yo me tenso, por alguna razón. Me observa como si mi opinión fuera muy importante y yo no sé qué hacer con eso, pero carraspeo y decido ser honesto:

—Habría que darle algunos retoques. Hacer el estribillo más marcado y adaptarla para que no sea una balada para solista y funcione para todo el grupo… —Miro a Leo, porque él es quien más entiende de composición—.

¿Crees que puede hacerse?

Nuestro compañero se muerde el piercing del labio en medio de una sonrisa emocionada.

—Sí. Seguro que sí. Esperad aquí, voy a por el teclado y papel.

Nunca había visto a Leo hacer algo tan rápido como cuando se levanta en ese momento.

—Entonces, ¿de verdad os gusta?

Vuelvo la vista hacia Gale porque me parece que la voz le sale un poco tomada. Ronca. Y cuando miro su rostro me encuentro con esos ojos azules un poco rojos, como si estuviera a punto de echarse a llorar. A mí se me

hace un nudo incómodo en el estómago al verlo. Es una canción importante para él.

Me alegro de que Raven esté aquí para gestionar mejor esta situación de lo que yo podría, porque si Gale se echa a llorar, no sé qué voy a hacer.

—Le vamos a cortar las alas a los monos esos —bromea nuestro compañero.

Gale se ríe, de manera entrecortada, y se pasa la manga de su sudadera por los ojos. Meto las manos en los bolsillos, porque siento la tentación de extenderlas y limpiarle las lágrimas yo mismo. Qué estupidez.

—Venga, tampoco nos emocionemos —murmuro—. Hay que hacerle arreglos y Linda tiene que aprobarla. Puede que ella considere que necesitamos otra cosa.

Raven resopla y me tira un cojín a la cara.

—Eres un amargado, *Valboy*. Dile algo bonito al chico, venga. No te vas a morir por dedicarle un halago a alguien una vez.

Hago un mohín, pero vuelvo la vista hacia Gale. Él sigue abrazado a su guitarra y yo aparto la vista al techo.

—Es buena.

—¿Has oído eso, Theo? —se burla Raven—. La antesala del Grammy.

—Creo que me voy a poner colorado —ríe, de manera entrecortada.

—Pero te has ahogado al final —señalo, antes de que se le suba a la cabeza.

—¿Crees que tú puedes hacerlo mejor?

Gale no parece molesto, aunque está levantando la barbilla de esa forma tan suya, como si quisiera hacerse más alto al retarme.

—Por supuesto que sí.

—No se te puede dar todo bien, ¿sabes? El día en que encuentre en qué eres terrible, no voy a dejar de utilizarlo para burlarme de ti.

—Buena suerte. Parece una misión complicada.

—Ser muy irritante se te da fenomenal, desde luego.

—¿Sí? Qué honor, habría dicho que es lo único en lo que me superas.

Raven carraspea y los dos giramos la cabeza hacia él.

—¿Queréis que os deje a solas?

Dejo los ojos en blanco. Ni siquiera me puedo creer lo que está insinuando.

—No. Pero hablando de estar a solas, ¿me puedes explicar que hacíais tú y Leo en…?

—¿Yo?

Leo vuelve en ese momento con una expresión inocente y confundida. Y

yo me muerdo la lengua y decido que no, que no vi nada que merezca la pena mencionarse. Leo no es el tipo de Raven Harris, ¿no? Aunque me da la impresión de que el actor se dedica cada día más a revolotear alrededor de su compañero de cuarto. Siempre es el primero en preguntar dónde está Leo cuando no lo ve. El primero en ir a sentarse a su lado si el sitio está libre. Es a él a quien le hace más bromas, creo que solo porque le divierte ver cómo el otro se pone rojo y se queja. Harris vive por la atención de la gente, pero tengo la impresión de que parece querer sobre todo la de él.

Sacudo la cabeza y le hago un ademán a Leo para que vuelva a sentarse con los demás.

—Nada, que ya tardabas. Venga, a ver qué podemos hacer.

13

Dottie

No sé cuántas horas pasamos trabajando en la canción de Theo. El tiempo pasa volando mientras tratamos de arreglarla y darnos cabida a todos en la letra y en la melodía. Leo juega con cada nota, haciendo mil anotaciones en los márgenes de sus papeles, y se emociona de una manera en la que no lo había visto todavía. De hecho, mientras le da forma a la canción, el nerviosismo parece pasar a un segundo plano. Con su piano y mi guitarra juntos, la canción solo puede mejorar, y cuando los demás empiezan a cantarla, la siento… perfecta. Una parte de mí temía que el tema perdiera un poco de la esencia de Theo, pero al cabo de unas horas me doy cuenta de que no es así: la canción no solo gana una pequeña parte de todos los demás, sino que además Leo respeta por completo la letra.

Creo que es la primera vez que de verdad trabajamos juntos en algo y no había caído hasta ahora en que podíamos funcionar. De pronto me parece entender mejor por qué Val cree en esto. Y me gusta. Me gusta estar aquí, en este momento, mucho más de lo que esperaba. Me gusta el humor de Raven, la dulzura de Leo e incluso empiezo a entender mejor el perfeccionismo de Val.

Cada día estoy un poco más cómoda entre ellos, pese al disfraz.

Y aunque sé que eso debería aterrarme y ponerme en guardia, lo único que hago esta noche es mirarlos y alegrarme de estar en este salón a su lado, sentados en el suelo, rodeados de bebidas energéticas y café para permanecer despiertos y seguir trabajando.

No sé cuándo me quedo dormida. Solo sé que Leo es el primero en caer cuando dice que solo va a cerrar los ojos dos minutos y que después Valentín, a mi lado, se frota los suyos pese a que se ha tomado varias latas de Monster a lo largo de la noche. Pero también es el que más pronto se despierta todas las mañanas y el que tiene las rutinas más autoexigentes. Así que no es raro que, cuando le miro de nuevo, se haya quedado dormido, y Raven y yo nos tenemos que reír por lo bajo porque lo ha hecho con los brazos cruzados sobre el pecho y parece tener el ceño fruncido incluso en sueños. Sé que llego a pensar que deberíamos levantarnos, todos, despertar a los compañeros caídos e ir a la cama. Creo que Raven y yo lo comentamos, que hablamos un poco más, que yo pienso que debería ir al cuarto y cambiarme de ropa, pero en algún momento yo también cierro los ojos, mientras reviso de nuevo la canción y…

Y cuando los vuelvo a abrir la luz del día se cuela en el piso, hay una alarma que está sonando y la almohada contra mi mejilla se mueve.

—Me has dejado la camiseta llena de babas.

Alzo la vista, para encontrarme con el perpetuo ceño fruncido de Valentín. Está lo suficientemente cerca como para que yo retroceda mientras me limpio la boca con el dorso de la mano y pido a la alfombra que me trague. Ni siquiera tengo tiempo para murmurar una disculpa, porque me doy cuenta de que Linda está apoyada contra el respaldo de uno de los sofás, mirándonos con el móvil en las manos.

A unos pasos de distancia, Raven se frota el cuello. Yo también siento el mío dolorido, aunque no tanto como el pecho y la espalda por llevar tantas horas seguidas con el *binder*, en vez de intercambiarlo por el sujetador deportivo como cada noche antes de dormir.

—Estabais adorables. Vais a ser mi nuevo fondo de pantalla —nos anuncia nuestra mánager.

—Por favor, no subas esa foto —gimotea Leo, que se está frotando un ojo.

—Pero puedes pasármela si quieres, apuesto a que vale oro —añade Raven.

Yo me levanto, aunque siento el cuerpo pesado y tengo que pasarme la mano por la cara para deshacerme por completo del sueño.

—¡Linda! —Mi voz sale un poco ronca—. ¿Has visto el vídeo que te mandé anoche? El grupo de Elanna va a sacar single la próxima semana.

Ella asiente incluso antes de que haya terminado de hablar y levanta una carpeta en el aire.

—Lo sé, lo he visto. Y no os preocupéis. Tengo una canción que va a…

—Nosotros también. —Me falta el aliento, como si hubiera corrido una maratón. De hecho, el corazón se me acelera tanto que creo que se me va a salir por la boca—. Hemos estado trabajando toda la noche. Y quizá aún le hagan falta un par de retoques, pero… —Trago saliva—. ¿Quieres escuchar lo que tenemos?

Linda parece muy sorprendida, pero no decepcionada. Sus ojos estudian la habitación: los instrumentos en el suelo, el caos de tazas y latas, el cuaderno y las hojas que Leo ha empezado a recoger con ayuda de Raven porque estaban desperdigadas por toda la alfombra.

—Es una canción de Theo —añade el teclista—. Pero hemos estado viendo cómo podíamos adaptarla a los cuatro.

Nuestra mánager se sienta en el reposabrazos, intrigada.

—Pues vamos a ver qué tenéis.

Algo que me gusta de Linda es que siempre parece dispuesta a escuchar nuestras ideas, pese a que nosotros acabamos de llegar a esta industria y ella ya lleva años aquí. Quizá por eso tengo el presentimiento de que le gustará la canción. O, por lo menos, que la escuchará de principio a fin y la juzgará

siendo lo más objetiva posible.

Nosotros nos preparamos. Valentín ha ido a coger otra de sus bebidas energéticas y Raven se levanta del suelo. Leo me sonríe y parece emocionado de poder cantar la canción, pese a que casi esperaba que le produjera ansiedad presentársela a alguien más. Pero supongo que eso significa que confía en lo que hemos hecho. Enciende su teclado y prueba un par de notas antes de asentir en mi dirección.

Yo me armo con la guitarra. Recuerdo los cambios que hicimos

anoche.

Recuerdo cómo tiene que sonar. Recuerdo la sensación mientras la cantaba para los demás y la recupero, porque quiero a Theo de vuelta aquí, a mi lado. Lo siento guiando mis manos a los primeros acordes sobre su guitarra.

Y aunque la canción ya me gustaba, los arreglos le han hecho bien.

Ahora suena a algo que un grupo podría cantar en un concierto. Ahora suena un poco más a nosotros, a los cuatro, a lo que podemos llegar a ser.

Cantamos y, durante unos minutos, solo existe la música y esa conexión entre todos que no sabía que estaba ahí, pero que me hace sentir parte de algo. Es un sentimiento extraño. Es… liberador.

La canción acaba con una nota del teclado que permanece en el aire incluso después de que nos hayamos callado. Yo contengo la respiración desde ese momento hasta que, de pronto, Linda empieza a aplaudir. Incluso se pone en pie.

Está sonriendo. Está emocionada.

—¡Chicos! ¡Es fantástica!

Dejo escapar un suspiro de alivio y creo que todos en la habitación se relajan también. Raven me da una palmada en la espalda que me tensa un poco y Leo, desde su sitio en el suelo, tiene los ojos brillantes y el gesto más ilusionado que le había visto hasta ahora. Incluso Val deja de lado su expresión indiferente, aunque lo veo apresurarse a esconder el principio de una sonrisa al beber un sorbo de su bebida energética.

—Entonces, ¿tenemos single? —pregunta Raven.

La sonrisa de nuestra mánager se pierde.

—Es una canción perfecta, de verdad. Sin embargo…, no creo que sea la mejor para daros a conocer.

Sus palabras son suaves, aunque a mí me sientan como un puñetazo en el estómago. Mis dedos se cierran alrededor de la guitarra de mi hermano y sé que no debería tomármelo a pecho, que es una crítica legítima, pero duele igual. Es como si me arrebataran algo importante, pese a que nunca ha sido mío. Después de haber estado tan arriba, es

como caer de golpe al suelo.

—Entiendo —me oigo decir.

Mi voz suena muy lejana y la habitación se emborrona un poco a mi alrededor.

—Pero es una buena canción, ¿no? —dice Leo. Parece… confuso y afectado. Él fue el que más trabajó anoche. Aunque no quisiera dar una de sus canciones, se ha volcado en esta como si lo fuera.

—¡Claro que lo es! —exclama Linda—. Es tan solo que… una primera canción es algo importante. No tiene que ser solo buena. En el punto en el que estamos tiene que ser… un éxito. Desde ella se construirá vuestra marca y lo que queremos que la gente piense es que sois todo un espectáculo, que es en lo que queremos convertiros. Necesitamos que todo el mundo sepa desde el principio qué es lo que podéis hacer y que podéis luciros en el escenario más allá de tener buena voz y tocar.

Aprieto los labios, pero miro al suelo. Tiene razón. Y no quiero que ni Linda ni los demás crean que me falta madurez para aceptar un rechazo.

Aun así, escuece.

—Está bien —susurro—. Solo es una canción.

Linda viene hasta donde estoy y pone una mano en mi hombro que solo consigue que me tense un poco más y quiera huir en dirección contraria.

—Por favor, no te disgustes, querido. Es una canción con mucho potencial: hay talento detrás y se nota que habéis puesto mucho esfuerzo.

Que no vaya a salir ahora no significa que no pueda hacerlo más adelante.

Si llegamos a sacar disco, quizá podamos incluirla…

Eso será si aguanto tanto tiempo con esta mentira. O si los Flying Monkeys no frustran todo esto antes.

Pero todo lo que puedo hacer es decir:

—Claro. Gracias, Linda.

Y dar un paso atrás.

Hay un momento de silencio en el que miro a mis pies, sin atreverme a marcharme, solo porque una parte de mí quiere asegurarse de que otra persona lo hace antes, que no parezco molesta, que no guardo rencor.

Curiosamente, es Valentín el que me da una excusa para irme cuando suspira y se pone en pie.

—Venga, a vestirse. Tenemos que empezar a trabajar.

Nunca le había hecho caso tan rápido. No miro a nadie a la cara cuando paso por su lado, e incluso cuando escucho que Leo me llama, no digo nada. Me encierro en el cuarto, dejando que la puerta se cierre con demasiada fuerza tras de mí, y dejo la guitarra sobre la cama. Me he marchado tan rápido que he olvidado el cuaderno en el salón, pero no me siento con ánimos para salir de nuevo ahí fuera.

—Lo siento —digo. A Theo, supongo. A mí misma. Tengo que tomar aire cuando se me emborrona la mirada, cuando la guitarra sobre la cama parece solo una mancha plateada e indefinida—. Volveremos a intentarlo en otro momento. Solo…

Me trago un sollozo. Es ilógico que esté tan triste, porque claro que las cosas no iban a ser tan fáciles. Nunca debí haberme hecho ilusiones. Pensé que no las tenía. ¿Cuántas veces han salido las cosas mal cuando esperábamos un golpe de suerte? Debería estar acostumbrada a eso, debería ser consciente de que uno no siempre consigue lo que quiere…

Pero antes lo tenía a él. Antes, en los días malos, tenía a alguien que me tendiera la mano. Y entonces lo perdí y siento que ahora vuelvo a hacerlo, y duele, y todo lo que llevo conteniendo durante semanas (más de un mes,

hace ya más de un mes que Theo no está) amenaza con desbordarse porque el recipiente en el que estoy intentando meterlo es demasiado pequeño, demasiado frágil…

La puerta se abre y me apresuro a limpiarme los ojos, las mejillas, pero Valentín no dice nada. Solo se acerca a la cómoda y deja el cuaderno de Theo sobre el mueble con un cuidado que casi parece fuera de lugar, como si no quisiera hacer ruido. Después, abre uno de los cajones y busca algo de ropa. Nuestros ojos se encuentran un instante cuando me observa de reojo y yo trago saliva y aparto la

mirada, porque supongo que piensa que me estoy comportando como un malcriado que quiere todo a la primera. Estoy segura de que va a decirlo. Estoy segura de que va a echarme la bronca y a recordarme que me advirtió que esto podía pasar y…

Pero no lo hace. En su lugar, empieza a tararear mientras continúa eligiendo su ropa.

Por supuesto, todas las notas caen de sus labios en el lugar perfecto. La canción de mi hermano toma forma con esa voz suya, entrenada para tener lo que parecen mil registros diferentes, distinta cada vez.

Tengo que volver a alzar la mirada hacia él, un poco confusa. Val no dice nada al respecto; solo continúa con su tarareo como si realmente no pudiera quitárselo de la cabeza. La música solo se detiene cuando termina de seleccionar su ropa y, todavía dándome la espalda, dice:

—Es una gran canción. La gente va a llorar en los conciertos.

Cuando Valentín alabó anoche la canción, no supe muy bien cómo actuar.

Ni siquiera creo que llegara a darle las gracias. Raven estaba allí para hacerlo todo más fácil, para ofrecer una broma en el momento adecuado, y fue sencillo no hacer de su sinceridad algo demasiado grande.

Y es que Valentín no es de los que dice las cosas por decir, ¿no?

—Gracias.

Me gustaría que la voz no me saliera tan débil, pero al menos sé que él me ha escuchado. No veo venir su mano, sin embargo, cuando pasa por mi

lado. No me espero los dedos en mi pelo, la forma en la que me revuelve los mechones en un gesto un poco torpe pero agradable, antes de seguir su camino hacia el aseo.

—No te olvides de lo que es esto, Gale. No vamos a ser una sola canción: vamos a ser mucho más.

Valentín cierra la puerta del baño a su espalda y yo me quedo muy quieta, casi sin atreverme a respirar. Alzo las manos a mi pelo, donde todavía me parece sentir sus dedos. Debería gritarle, decirle que mantenga las distancias, pero no me sale. Las lágrimas ya no me

escuecen en los ojos, aunque no sé qué clase de magia ha utilizado para ello.

Si las palabras de Valentín dejan algo detrás de sí es el recuerdo de por qué estoy haciendo todo esto y las ganas de creer que, como él dice, vamos a ser mucho más que una sola canción. Que la primera no sea la de Theo no significa que no vaya a ser una de las que vengan detrás. Puedo aguantar.

Puedo hacer que exista el huracán que mi hermano quería que fuéramos juntos.

La guitarra sigue sobre la cama y yo rozo con los dedos sus cuerdas.

—Pronto —le prometo.

Cueste lo que cueste.

14

Val

La canción que trae Linda para nosotros funciona: es uno de esos temas que no es difícil que se te metan en la cabeza, con un estribillo sencillo de recordar y una letra simple. Hasta tiene una parte en español para mí, supongo que en un intento de apelar al mercado hispano. Es obvio que es una canción diseñada para ser un éxito: es bailable y romántica, con cuatro chicos cantándole a una chica sobre sentimientos que nunca antes habían notado con tanta intensidad. Es incluso sugerente en algunas partes, pero sin ser explícita, porque eso sería rebasar los límites por completo, ¿verdad?

Sé que podemos hacer que esto suene bien porque la maqueta ya lo hace.

Es una buena canción o, como mínimo, una perfectamente comercial.

Y mis compañeros la odian.

Ninguno va a decirlo, por supuesto. El que más cerca está de hacerlo es Raven, que después de la primera escucha se ríe un poco y hace una broma sobre el regreso de los Backstreet Boys, lo cual Linda se toma como un halago, aunque yo sé que no era en absoluto la intención de Harris. Gale hace un mohín al principio, pero no llega a decir nada, y Leo…, Leo se queda muy callado y se dedica a practicar sus partes cuando hacemos una primera ronda de prueba con nuestro instructor

de canto, para ver cómo

podría llegar a sonar.

Y, de verdad, no suena mal, no del todo, pero es algo muy diferente a lo que estábamos haciendo anoche. No suena… a nosotros, pero nunca nadie nos dijo que hubiéramos venido aquí a hacer nuestra propia música.

Supongo que soy el que mejor lo acepta porque yo he cantado toda mi vida las canciones de otros, siempre me he dedicado a tomar las personalidades e ideas de otros. Si he podido interpretar a un psicópata que convierte en una canción de amor su deseo de asesinar a todo un instituto, puedo hacer esto.

Por supuesto, el resto no opina igual y por eso, cuando la jornada acaba y tanto nuestro profesor como Linda se marchan y nos dejan solos, Raven se echa hacia atrás en el sofá, nos mira a todos y suelta:

—¿Esto es lo que vamos a hacer a partir de ahora?

Hay un silencio incómodo en el que Leo aprieta los labios y Gale suspira.

—¿Qué esperabais? —Me encojo de hombros—. No sois tan inocentes como para pensar que esto no iba a estar dirigido de alguna manera,

¿verdad?

Harris chasquea la lengua.

—Hasta quienes trabajamos con guion tenemos un poco de libertad.

—Linda quiere dejarnos libertad o de lo contrario ni siquiera habría escuchado la canción de Gale y mucho menos habría mencionado la posibilidad de meterla en un disco —señalo—. Lo que quiero decir es que… a veces quizá tengamos que ceder para poder hacer lo que queramos en otras ocasiones.

Gale esboza una sonrisa irónica.

—¿Y este es el momento de ceder? ¡Si incluso te han dado frases en español solo para aprovecharse de que eres latino!

—No tengo problemas con cantar en español, me gusta el idioma y con mi madre hablo así casi todo el tiempo.

— *Valboy*, mírame a los ojos y dime que tú alguna vez has llamado

«mamita» a una mujer para ligar con ella. Si lo haces, yo me callo —

interviene Raven. Yo carraspeo, porque no puedo decirlo, y él continúa: —

No les importan una mierda tus raíces. No te han puesto esas frases porque valoren el español, solo quieren exprimir esa parte de ti porque les encaja en las tendencias y nada más. Quieren convertirte en un estereotipo. ¿Crees que me darán un rap para mí en la siguiente, solo por ser el negro?

—No me creo que con todos los años que llevas en esta industria estés descubriendo ahora cómo funciona el capitalismo, Harris.

—Y yo no me creo que esto no te moleste ni un poco.

—Yo no he dicho que no me moleste.

—¡Pues protestemos! ¡Si a ninguno nos gusta la canción…!

—Tampoco he dicho que no me guste la canción —suspiro—. Funciona, tenéis que admitirlo. Y se supone que queremos eso, ¿no? Que funcione.

—¿A costa de qué? —protesta Gale—. ¿Vamos a ser solo marionetas?

Porque ahora mismo me siento un poco así.

Abro la boca para decirle que quizá debería haber pensado en eso antes de firmar con una multinacional que solo nos da esta oportunidad para sacar el mayor rédito posible de nosotros, pero Leo se pone en pie y eso consigue que todos nos callemos. Parece que simplemente va a irse, quizá inquieto al ver la discusión, pero Raven se levanta también.

—Tú puedes cambiarla —le suelta antes de que Leo pueda salir por la puerta—. Puedes hacerla mejor, ¿verdad?

Leo se queda paralizado y después se gira hacia Raven como si creyera que no lo ha oído bien. Yo hago una mueca, porque por lo general Harris no tiene ideas muy brillantes, pero cuando sujeta a su compañero de los brazos en un gesto demasiado entusiasta sé que esta va a ser la peor que ha tenido nunca.

—Puedes cambiarle la letra, ¿no? —insiste el actor—. Puedes

mejorarla, como hiciste ayer con la de Theo, como haces siempre con esas *covers*.

Tomas cosas que ya existen y las conviertes en algo tuyo.

Leo solo parece asustado. Sus ojos van de los dedos alrededor de su

brazo al rostro ante él.

—Yo no…

—¡Claro que sí!

Leo niega de nuevo con la cabeza, al principio con dudas y después, cuando de verdad asimila lo que está pasando, con más fuerza. Se suelta del agarre de Raven y me parece que va a tropezar. No lo hace, aunque se tambalea cuando retrocede un par de pasos.

—No voy a cambiar la canción que nos han dado.

—¿Por qué? ¡Ayer te lo pasaste bien con la de Theo! ¡Lo vi! ¡Estabas disfrutándolo!

—No es lo mismo.

—Harris —le advierto, para que deje de insistir. Gale me mira a mí y luego a nuestros compañeros sin saber si debería intervenir o no.

Raven frunce el ceño y sus manos, que hasta hace dos segundos sostenían a su compañero de cuarto, se cierran en dos puños.

—No, ahora lo necesitamos incluso más. ¿Por qué no admites que no te gusta esa canción? ¡No quieres cantarla! ¡Ninguno quiere! ¿De verdad vas a hacerlo, cuando sabes que podrías convertirlo en algo bueno de verdad?

Leo se estremece y da media vuelta, creo que con el objetivo de huir. Veo las intenciones de Raven de seguirlo y lo retengo tomándolo del brazo. Está claro que Leo está buscando espacio al tratar de escapar a su dormitorio, y creo que tenemos que dárselo. Harris me mira con los ojos muy abiertos, claramente en desacuerdo.

—¡Vale! —grita Raven, y se zafa de mi amarre con un tirón antes de girarse hacia Leo, que se aleja—. ¡No hagas nada solo porque te da miedo lo que pueda pasar después! ¡Deja que eso esté por encima de todo lo demás! ¡Pero eso solo lo hacen los cobardes!

—¡Harris!

—¡Raven! —lo amonesta Gale también.

Leo se encierra en su cuarto con un portazo más fuerte de lo que

probablemente a él mismo le habría gustado. Raven se queda ahí de pie, a tan solo un par de pasos de mí, jadeando como si hubiera corrido una maratón. El sonido de la puerta parece haberlo hecho volver en sí y creo que es la primera vez que lo veo descolocado. Creo, de hecho, que es consciente de que ha cometido un error y que de pronto le asusta, porque no creo que quisiera hacer daño a Leo.

E igual que Leo ha huido, lo hace él: aprieta los dientes y se va directo hacia la entrada. Lo vemos coger sus llaves del recibidor y marcharse.

Y aquí está, supongo. El primer choque inevitable entre cuatro chicos demasiado distintos obligados a convivir sin conocerse en absoluto. Sabía que llegaría en algún momento, pero admito que no me había imaginado que fuera a ser así.

Suspiro y me paso la mano por la cara. Gale traga saliva y creo que está intentando adivinar en qué momento se ha torcido esto tanto. Hasta ahora, con nuestros más y nuestros menos, todo había sido bastante civilizado entre nosotros.

—¿Qué hacemos? —pregunta.

—¿Te encargas de Leo? Él y tú os entendéis, ¿verdad? Y creo que, aunque le gusta estar solo a veces, ahora no debería.

—¿Y tú…?

—Yo me encargo de Harris. Es idiota, pero no un capullo.

Raven

Al parecer, soy un completo imbécil. No, no solo eso. Resulta que también soy un cobarde, porque esa es la palabra adecuada para alguien que huye de su propia casa cuando sabe que ha hecho algo mal. Buen trabajo, Raven.

Vaya número estelar.

Mis pasos me sacan del complejo de edificios en el que vivimos, hasta un paseo junto al río que decido seguir. Al menos, hasta que las ideas se me

enfrían y solo queda un hueco en el pecho que no sé cómo llenar, mientras el sol termina de esconderse entre los rascacielos de Nueva York. Me dejo caer en uno de los bancos que hay, sintiéndome un poco pesado y derrotado.

Lo bueno de vivir en Roosevelt Island es que todo se queda muy tranquilo por las noches, en un silencio que de pronto me parece lo peor que podría pasarme porque eso implica que no hay nada que me distraiga de repetir una y otra vez la escena en mi cabeza.

¿En qué estaba pensando?

Apenas han pasado dos minutos cuando alguien se sienta a mi lado. Lo reconozco por las zapatillas de deporte y porque llevo unos diez días viendo su colección de pantalones de chándal casi idénticos. Y también porque lo primero que hace, por supuesto, es decir:

—Eres idiota.

Valentín Ramos insulta igual que dice todo lo demás: como si fuera un hecho probado científicamente. Y yo, esta vez, tengo que darle la razón. Me hundo un poco más en el duro asiento, con las manos escondidas en los bolsillos.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Aparte de bailarín y cantante también eres sabueso? ¿Has cogido uno de mis calcetines sucios y has seguido el rastro o…?

—Le he preguntado al recepcionista si había visto hacia dónde te habías ido. Supuse que se habría fijado, ya que no te quita los ojos de encima desde vuestro lío en la sala de personal. Como me dijo que no habías pedido ningún coche, supuse que no habrías llegado demasiado lejos.

Resoplo. Al parecer, ni siquiera sé huir en condiciones.

—Aunque considero muy romántico que hayas venido detrás de mí, podrías habértelo ahorrado. No quiero hablar. Estoy enfadado.

—¿Conmigo? ¿Con Leo? ¿O contigo?

Mantengo la vista fija en el río únicamente para no tener que enfrentarlo.

Por lo general, me río cuando Theo lo llama irritante, pero hoy entiendo

mejor que nunca lo que quiere decir. A Val le encanta ser un sabelotodo, pero no sé si se da cuenta de que el resto del mundo a veces quiere matarlo cuando da en el clavo.

—Este no es tu problema, Valentín. ¿Qué pasa? ¿De verdad te crees el líder de todo esto y quieres poner orden?

—Me da igual quién sea el líder, Harris. ¿Quieres serlo tú, a ver si así las cosas siempre salen como tú quieres?

—¿Y qué sabes tú de lo que quiero? —Ahora sí, lo miro. Tiene esa estúpida expresión de indiferencia en la cara, la misma que pone siempre—.

Adelante, ilumíname, ya que pareces conocerme tan bien con solo leer dos líneas de mí en Internet.

Valentín entorna los ojos. Durante un momento parece que fuera a sonreír. Pero claro que no lo hace. Probablemente no cambiaría de cara ni aunque le estampase el puño en la nariz. Y me dan ganas, la verdad.

—¿Así que es eso? —dice, como si acabara de descifrar un gran misterio

—. Eres un cliché barato, Harris.

—¿Perdona?

Val se encoge de hombros.

—Creo que lo que te pasa es que por primera vez quieres ser algo más que esas dos líneas de Internet, ¿no? Hasta ahora has sido siempre lo que otros te han dicho y ya te has cansado de eso. Lo que te jode ni siquiera es la canción, sino que no quieres que otra vez todo se reduzca a seguir el camino que otros deciden para ti.

—No tienes ni idea.

Me levanto, molesto. Él no hace ademán de seguirme ni detenerme. Solo se queda sentado, mirándome, con la espalda apoyada contra el banco y las piernas y los brazos cruzados. Pero alza la voz y, de alguna manera, me mantiene clavado al suelo:

—La canción nueva ni siquiera te molestaría tanto si no hubieras pasado la noche en vela por propia voluntad, trabajando en algo en lo

que creías.

Porque te gustaba la de Gale, ¿no? Y te ha gustado la sensación de hacer algo auténtico por primera vez, algo tuyo.

Trago saliva y quiero repetirle que no tiene ni idea, aunque, en el fondo, soy consciente de que tiene al menos un poco de razón. No sé en qué momento me he vuelto tan transparente, lo que sé es que no me gusta. No me gusta su tranquilidad, la forma que tiene de descubrirme. No me gusta que pueda entender lo que me pasa por la cabeza y pueda darle más sentido de lo que yo le he dado hasta ahora.

Como Leo, cuando estábamos en la cabina. Cuando me preguntó si dejar que hablasen de mí y que pensasen lo que quisieran era mi forma de esconderme.

—Al parecer no importa demasiado lo que yo quiera, ¿no? Leo no quiere ceder, así que…

—¿Y esa te parece razón para llamarlo cobarde?

Resoplo y me giro hacia él.

—¡Tiene miedo de que le vuelvan a decir que no! Todos sabemos que no cree en lo que Linda nos ha dado. Y todos sabemos, también, que él podría hacer algo mejor. Con una hora, mejoraría esa canción de principio a fin.

Con un par de días, la convertiría en algo completamente nuevo. —Gruño, frustrado y me giro hacia él—. ¡Hay gente muy mediocre triunfando ahí fuera y él tiene mucho talento y ama lo que hace, pero prefiere quedarse callado en una esquina antes que atreverse a hacer algo! ¡Y no es justo!

¡Necesita que lo saquen de su cascarón! ¡Que lo obliguen a arriesgarse!

Val menea la cabeza, en desacuerdo.

—No, Leo es el único que puede tomar la decisión de hacer algo, nadie debería obligarlo a nada.

—No es que quiera… —Dejo escapar un gemido. Dios, en realidad sí parece que quiera obligarlo a algo, ¿no? A cumplir mi capricho…—. Solo quiero ayudarlo.

No quiero que cante canciones tristes sobre tan solo observar el mundo,

quiero que el mundo lo observe a él. Quiero que se atreva a romper el cascarón y se deje ver. ¿Es eso tan terrible?

Valentín suspira y se pone en pie con calma.

—Bien, pues si quieres ayudarlo no seas paternalista: Leo no es ningún cobarde, porque sigue aquí pese a que su cabeza debe de gritarle todos los días que no lo haga. No hace falta conocerlo demasiado para saber que es una persona con un trastorno de ansiedad que a veces puede con él, pero es obvio que se está esforzando por controlarlo para poder vivir todo esto.

—Lo sé —farfullo—. Lo sé, no quería…

—Ya sé que no querías, ya sé que te preocupas por él. No es a mí a quien tienes que decírselo. Pero ¿has pensado siquiera cómo se sentirá hoy? Ayer por la noche se esforzó tanto como Gale en sacar la canción adelante. Y está claro que lo que Linda ha dicho esta mañana también le ha afectado.

—¿Y crees que a mí no? Ayer estábamos arribísima y nos lo estábamos pasando bien y ahora…

Ahora todo es un desastre, aunque supongo que tengo parte de culpa. Me paso las manos por el pelo, agobiado. No quiero esa estúpida canción. No quiero enfrentarme a Leo después de haber metido la pata con él. No quiero confiar en nadie ni hacerme amigo de estos chicos si las cosas van a salir mal. Eso sería perder el tiempo y, en esta industria, el tiempo es oro. Eso es lo que me han enseñado toda la vida.

—Eres un malcriado, Harris —suspira Valentín, con su voz de esto-es-un-hecho—. ¿Qué esperabas? Cuando trabajas con otras personas, tus días malos no son los únicos que importan. Vas a tener que aprender a sobrellevar los rechazos y que haya momentos en los que quieres dejarlo todo y… huir. —Hace un ademán alrededor—. Y vas a tener que lidiar con que la gente de tu alrededor también tenga días horribles que no puedes solucionar con una broma. De hecho, a veces no vas a poder hacer nada para arreglar los problemas, ¿sabes? Pero la parte buena de trabajar en equipo y no ser solo el payaso que en realidad no tiene relación con nadie es

que el trago se pasa un poco mejor cuando no eres el único al que le

toca tomarlo.

—Pues yo no le veo lo bueno a estar con gente que lo está pasando mal y no poder hacer nada al respecto.

Val sacude la cabeza, aunque me parece que los labios le tironean en una sonrisa un poco irónica.

—No lo entiendes. Decidir quedarte al lado de alguien ya es hacer algo.

Como Gale se ha quedado con Leo ahora o como yo he venido a buscarte a ti.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar. Quiero decirle que eso es una tontería, o burlarme de él por venir, o cualquier otra cosa que me haga sentir un poco más protegido; sin embargo, no encuentro nada. Así que, al final, aparto la vista a las luces que se reflejan en el río.

—Gracias por venir a buscarme —murmuro, incómodo.

—Lo echamos a suerte y perdí.

Es difícil saber cuándo Valentín bromea, porque no le cambia la cara.

—¿Y no será que perdiste a propósito para poder tener un momento a solas conmigo?

Val deja los ojos en blanco y echa a andar. Antes de que me dé cuenta, lo estoy siguiendo. ¿Es estúpido que piense que Linda hizo una buena elección con lo de hacerlo el líder no oficial?

Y puede que no sea tan irritante, después de todo, porque…

—¿Sabes? Has dicho una cosa que es cierta. Una, porque en todas las demás tenía yo razón.

No, retiro lo de que no es irritante.

—Por supuesto que sí, oh, gran jefe. Celebramos y nos arrodillamos ante tu sabiduría. No somos dignos de que compartas tu omnisciencia con nosotros, pobres mortales.

Creo que está a punto de sonreír. Creo que le veo levantar la comisura de los labios y, de hecho, camina más despacio para que podamos andar el uno

al lado del otro.

—Pensaba que te conocía por un par de líneas en Internet —admite—. Y

di por hechas cosas que no son ciertas, como que nunca te tomarías esto en serio. El grupo. La música.

Carraspeo. Espero que ni se le ocurra que voy a ponerme sentimental con él, porque no va a pasar. No somos amigos, solo unos… aliados puntuales obligados a convivir.

—Solo es un entretenimiento. Sois de lo más divertido.

Pero estoy seguro de que ambos sabemos que lo que digo es mentira.

15

Leo

—¿Puedo pasar?

Theo se asoma al cuarto tras tocar a la puerta y a mí me llega el olor a canela de las tazas de té que lleva en una bandeja. Suspiro, pero supongo que no se le puede decir que no a una persona que te ha hecho una infusión porque sabe que estás de bajón, así que me encojo de hombros. Con cuidado, casi como si temiera asustarme (porque también debe de considerarme un cobarde; todos en esta casa deben de hacerlo), se sienta a mi lado y pone la bandeja entre ambos en el suelo, donde yo estoy sentado, apoyado contra mi cama.

Aunque esperaba que me dijera algo (algo como que Raven tiene razón, que tengo que espabilar), lo cierto es que solo coge su taza y le da un sorbo.

En realidad, la mayor parte del tiempo con Theo es así. Sobre todo, hablamos con la música y sobre música, y es fácil de esa manera, como son fáciles los silencios.

Ahora, sin embargo, siento que tengo que llenar este, que empieza agobiarme.

—Lo siento —murmuro y fijo la vista en mis pies—. Lo he estropeado todo, ¿verdad?

—Claro que no. No has estropeado nada, Leo. Raven solo está…

frustrado. Todos lo estamos un poco, ¿no? Pero no es contigo.

Sacudo la cabeza. Cojo la taza solo porque necesito tener algo entre las manos y porque me siento muy frío e inquieto por dentro. Siento ese reconocible nudo en el pecho pidiendo cada vez más espacio y el líquido caliente me reconforta un poco, me ayuda a deshacerlo un poco.

—Raven tiene razón.

—Leo…

—¡La tiene! No me gusta la canción. Pero no soy lo suficientemente valiente como para hacer nada al respecto. Soy… —Trago saliva y me encojo, con los ojos fijos ahora en mi té—. Soy el peor de vosotros, ¿no? El único que se bloquea. El único que no es capaz de actuar cuando hay que hacerlo. Solo…, solo estoy aquí por los seguidores, y ni siquiera sé cómo utilizarlos…

—¿De verdad piensas eso? —Theo parece un poco dolido—. Leo, estás aquí porque tienes talento.

—No el suficiente, o la canción habría convencido a Linda y todo habría salido bien. —Siento que le debo una disculpa a él más que nadie, pero no me atrevo a encararlo—. Lo siento, Theo. No tenía que haber tocado tu canción. Quizá si no le hubiera hecho nada…

—Leo, para.

Me sorprende un poco que Theo me toque, porque me he fijado en que nunca toca a nadie si puede evitarlo, pero su mano se apoya en mi brazo con cuidado. Sus dedos son pequeños y sorprendentemente suaves cuando los alza hasta mi cara para limpiar una lágrima que se me ha escapado y obligarme a mirarlo.

Theo tiene la expresión teñida por la lástima y supongo que eso es lo que provoco. Lástima. Yo también la siento por mí mismo, todos los días. Soy ridículo. Soy insuficiente. No quiero ser solo el miembro al que se le tiene pena, pero aquí estamos, ¿no?

—Lo siento, yo…

—No pidas perdón: no tienes nada por lo que disculparte. Ayer…, ayer, en realidad, me hiciste muy feliz al acceder a trabajar en la canción, ¿sabes?

—Hay una sonrisa en su boca que es triste y alegre al mismo tiempo —. No es culpa tuya que no la hayan elegido. No puedes cargar con esa responsabilidad.

—Pero…

—El rechazo duele —me interrumpe él—. Lo sé. A mí también me ha dolido. Pero no voy a rendirme. No me verás darle la razón a Val muchas veces, pero antes me ha dicho algo que creo que es cierto: tenemos que ser mucho más que un solo éxito.

Intento respirar hondo, tal y como sé que debo hacerlo para regular un poco la crisis que me está apretando la boca del estómago. Aparto la vista de mi compañero y la clavo en mis anillos, con los que empiezo a jugar.

—Yo no sé si estoy hecho para ser ni siquiera un éxito. No sé… No sé si he hecho lo correcto al venir. No sé… Era todo más fácil desde mi cuarto.

Era menos… aterrador.

—Sí, en eso tienes razón. —Lo miro, algo sorprendido, y él se encoge de hombros—. ¿De verdad piensas que eres el único que tiene miedo? Yo estoy…, estoy muy asustado. Y me pregunto todos los días si debería estar haciendo esto, si…, si tomé la decisión adecuada al venir aquí. Todos los días me despierto y pienso en el momento en el que alguien me mire y me diga: «Tú no deberías estar aquí». ¿Y sabes qué es lo peor? Que también pienso que, si eso pasa algún día, yo ni siquiera podré decir nada, porque una parte de mí sabrá que es cierto.

Quisiera hablar, pero las palabras no me salen. Quisiera decirle que claro que se merece estar aquí, que no tiene nada que temer. Que se ha ganado su sitio. Que es bueno y que es evidente que ama la música por encima de todo, que me gustaría ser capaz de mostrarme tan a corazón abierto como parece hacerlo él cuando canta, y que fue muy valiente al darnos su canción

y muy amable al dejar que yo pusiera mis manos en ella.

—Tener miedo no es algo de lo que avergonzarse —concluye—. Y es normal que a veces nos paralice. Pero somos mucho más que todo lo que nos asusta, ¿no?

Supongo. Y supongo que por eso sigo aquí, porque hay más cosas, aparte del miedo. Las canciones en la punta de la lengua. Compartir

por primera vez aquello que siempre me ha hecho muy feliz, pero compartirlo de verdad, no solo como un grito al vacío al subir un vídeo a Internet. Lo útil que me sentí ayer, mientras jugaba con la canción de Theo. Lo mucho que me divertí, mientras los cuatro intentábamos fórmulas y borrábamos, y volvíamos atrás y luego seguíamos hacia delante.

Oímos el sonido de la puerta del apartamento al abrirse y los dos levantamos la vista hacia la de mi cuarto. Las voces de Val y Raven suenan amortiguadas al otro lado y consiguen que me encoja un poco sobre mí mismo. El nudo en mi pecho se afianza en cuanto pienso en tener que enfrentar a la persona con la que llevo días conviviendo.

—¿Quieres ser mi nuevo compañero de cuarto? —sugiero, con la voz un poco ahogada.

Theo ríe un poco.

—¿Estás enfadado con él?

—No, pero no quiero que él esté enfadado conmigo…

—No creo que lo esté, Leo. —Abro la boca para protestar, pero Theo no me deja—. Dale una oportunidad. Si después sigues queriendo cambiar de cuarto, me vengo a este contigo. ¿Trato hecho?

Dejo escapar un gemido de disconformidad, pero Theo me está tendiendo su mano. Yo la miro con desconfianza antes de darle un apretón. No me había dado cuenta antes, pero son realmente delgadas, como todo él. Su muñeca es diminuta. Le lanzo un vistazo a todo su cuerpo cuando se pone en pie. En realidad, todo Theo es bastante pequeño. Es el más bajo de todos, y eso que yo tampoco soy muy alto. No tanto como me gustaría serlo, al

menos.

Antes de que pueda decir nada más, se oyen un par de toques en la puerta y yo tengo ganas meterme en el arcón que hay debajo del colchón. Cuando Theo abre, Raven cambia el peso de un pie a otro y es muy preocupante que ni siquiera intente hacer una broma inadecuada sobre estar los tres en su habitación o algo semejante.

Theo mira de uno a otro un segundo antes de salir, pero Raven no se acerca a mí: en su lugar, se apoya contra el marco. No parece saber qué hacer con las manos y tampoco me está mirando y no se me ocurre nada más alarmante que el hecho de que Raven Harris no te

mire directamente a los ojos, con su descaro habitual.

—Lo siento —me apresuro a decir.

Eso hace que mi (todavía) compañero me mire al fin. Y después…, después, vuelve a parecer muy molesto y yo decido que la he vuelto a cagar.

—Per… —comienzo, dispuesto a disculparme otra vez.

—¡No! Calla. Dios, ¿por qué te estás disculpando?

—Es que pareces muy disgustado.

—¡Lo estoy! Pero no… No contigo, no… —Raven suspira. Y entonces sí, entra en el cuarto y cierra a sus espaldas—. Yo sí que la he cagado. No tenía que haberte gritado ni haberte llamado cobarde ni…

—No es que fuera mentira…

—Sí que lo es. —Raven coge aire, pero se queda donde está, apoyado contra la puerta—. No eres ningún cobarde, Leo. Eres… En realidad, me pareces muy valiente, porque tú no te escondes. Ayer dijiste que ante el miedo lo normal es esconderse, pero tú… No creo que tú lo hagas, ¿sabes?

Tú al menos permites que se vea cuándo estás asustado, y también cuándo no. Y ese tipo de valor a mí me parece uno muy complicado de conseguir.

No sé qué decir. Me quedo muy quieto, mirando a esa persona que no parece el Raven Harris con el que llevo días compartiendo habitación y que ahora me aparta la vista de nuevo. Por primera vez, parece avergonzado.

Una cosa que me gusta de Raven es que siempre llena los silencios, porque estoy demasiado acostumbrado a ellos. Al silencio de una casa en la que mis padres nunca están, el silencio de un cuarto en el que nunca había nadie conmigo, de un móvil que no suena porque no sé cómo hacer amigos.

El silencio siempre lo he llenado con música, pero con Raven no hace falta, porque su ruido está por todos lados.

Ahora, sin embargo, él no dice nada. Y es muy catastrofista, pero siento que el silencio que se asienta entre nosotros puede matarnos si

no acabo yo con él antes.

—De no ser suficiente.

Raven levanta la vista hacia mí de nuevo, sin entender. Yo trago saliva.

—Ayer me preguntaste de qué tenía miedo. Y es de eso: de no ser suficiente.

No ser lo suficientemente bueno, lo suficientemente interesante, lo suficientemente talentoso. Algunas veces, cuando me miro al espejo, incluso de no ser lo suficientemente masculino. Todo se reduce a eso. Al miedo que me da no estar a la altura de lo que el resto del mundo pueda esperar de mí.

Aunque duda un segundo más, al final Raven se acerca y soy yo entonces quien tiene que apartar la vista. Me siento muy pequeño, de pronto. Muy estúpido. Y, sin embargo, mi compañero de cuarto se acuclilla frente a mí y yo no puedo evitar enfrentarlo.

—Eres más que suficiente, Leo. A mí…, a mí me pareces bastante brillante, ¿sabes? Y si sugerí que mejoraras la canción es porque…, porque creo de verdad que podrías hacerlo. Porque ayer tenías muy claro cómo querías que sonara este grupo, y yo nos vi a través de tus arreglos y me gustó. Y porque todas las canciones que versionas en tu canal me suenan mucho mejor que las originales.

No es verdad. Sé que no soy nada especial, que no soy brillante, que todavía tengo mucho que aprender, que hay canciones que ya son perfectas

tal y como son y que no necesitan que nadie las toque. Pero, aunque Raven Harris es actor, ahora no parece estar actuando.

Siento presión, la de no saber si te mereces que crean en ti de la manera en la que este chico me está diciendo que cree en mí aunque apenas nos conocemos. Pero también quiero estar a la altura.

Raven se aleja un poco, lo justo para sentarse con la espalda apoyada contra su propia cama. Nuestros pies casi se tocan. Parece titubear un segundo antes de preguntarme:

—Si nadie pudiera decirte que lo que has hecho no es lo suficientemente bueno… ¿Lo harías? ¿Intentarías modificar la canción?

Trago saliva, pero sé la respuesta.

—Sí, supongo que sí. No…, no me gusta. No está mal, pero es…, es muy simple, en realidad casi no tiene letra y…, y la parte de Val no está bien integrada, suena a excusa y…

Agradezco que la sonrisa de Raven vuelva, aunque sea para burlarse de mí.

—Vamos, que te parece una mierda.

—¡No! —Me pongo colorado—. Entiendo lo que quiere decir Val con que funciona, entiendo por qué Linda nos la ha dado y…, y esa canción la han hecho profesionales que…

—Sí, que tienen sus datos de la industria y serán buenísimos y tendrán grandes currículums y estadísticas muy estudiadas sobre lo que funciona y lo que no. Pero sabes que puede ser mejor. O, por lo menos, sabes que puede ser distinta. —Callo, sin querer darle la razón en alto, pero Raven ya sabe que la tiene y su sonrisa se amplía un poco—. ¿No quieres probar?

¿De verdad? ¿No quieres… experimentar y ver qué harías tú?

Me muerdo el piercing del labio, sintiéndome casi descubierto. Porque, en realidad, sí que quiero. Sí que siento curiosidad por saber si puedo darle a Linda el éxito que quiere y, al mismo tiempo, darnos a nosotros una canción que nos divierta grabar, tocar e interpretar.

Respiro hondo y aparto la vista hacia otro rincón de la habitación.

—Cuarta regla: no vuelvas a gritarme.

Veo por el rabillo del ojo cómo Raven pone mala cara.

—No puedes inventarte reglas siempre que te dé la gana.

—Sí que puedo. Si puedo hacer retoques en canciones ajenas, puedo hacer retoques en mis propias reglas.

Hay un silencio, uno muy breve, y entonces siento la mano de Raven sobre la mía. Quiero recordarle la primera norma, pero se me olvida cuando vuelvo la vista y lo veo inclinado hacia mí con una sonrisa gigante en la boca. Es su sonrisa de siempre y al mismo tiempo no, porque no hay una travesura escondida tras ella, sino solo… alegría y expectación, como la de un niño a punto de abrir un regalo la mañana

de Navidad.

—¿Significa eso que vas a hacerlo? ¿Vas a retocar la canción?

Siento de nuevo cómo me pongo rojo sin remedio y tengo que apartar la vista otra vez. Lo que no aparto es mi mano. La dejo donde está, porque él la está sosteniendo con fuerza y no me parece desagradable.

—No pienso hacerlo solo.

Raven ríe.

—Claro que no; solo siempre es más aburrido.

—¿Eso ha sido una insinuación?

—En absoluto, ¿no hablábamos de música?

No me creo su expresión inocente, pero cuando se pone en pie y tira de mí con fuerza para que me levante, no puedo hacer otra cosa que seguirlo.

Al principio creo que sencillamente me arrastrará fuera del cuarto, pero en su lugar, cuando estamos frente a frente, su sonrisa titubea un segundo. Su pulgar lanza una caricia un poco nerviosa sobre el dorso de mi mano.

—Entonces… ¿Está todo bien? Entre… tú y yo.

Trago saliva. Estoy acostumbrado a sentir nudos en el estómago, en la garganta, en el corazón. Nudos que se enredan unos con otros y no me dejan respirar. Sin embargo, el que se me hace en ese momento, ahí, a la altura del

pecho, parece un poco diferente.

—¿No estás enfadado conmigo por ser… así? Porque va a pasar más veces —le advierto—. Que me bloquee. Que…, que me pueda el miedo.

Que sea…

Raven no me deja pronunciar la palabra «cobarde».

—No. Tan solo intentaré coger tu mano cuando vuelvas a asustarte. ¿Te parece eso bien?

Me estremezco, pero aprieto sus dedos también, porque sus palabras son como todo su ruido: algo inesperado que llena el silencio.

—Sí. Me parece bien.

Dottie

Nunca me había sentido tan aliviada como cuando veo salir a Leo y Raven de la habitación. Raven hace una broma sobre hacer las paces con un beso y Leo se pone rojo y le dice que está rompiendo una regla y yo tengo que reírme. Me parece que incluso Val sonríe mientras dice que los besos van en contra de las normas del grupo, pero cuando vuelvo a mirar hacia él, supongo que me lo he imaginado, porque está tan serio como siempre.

Me siento todavía mejor cuando Leo dice que quiere retocar el single, cuando nos sentamos con la cena en el suelo, con la guitarra de Theo al alcance de mi mano y el teclado sobre el regazo de Leo. La sensación de felicidad no dura mucho esta noche, sin embargo. La canción de mi hermano apenas necesitaba cambios en la letra, pero la que Linda ha elegido queremos cambiarla entera. Eso supone mucho más trabajo. Es un poco más frustrante, también, sobre todo teniendo en cuenta que la noche pasada apenas dormimos y que ha sido un día largo. Así que, cuando Valentín propone que nos vayamos a acostar, nadie le lleva la contraria.

Como cada noche, mientras mi compañero de cuarto está en el baño, yo me meto en la cama y le escribo algunos mensajes a Tonya para ponerla al

día. No le he contado lo de la canción que nos han rechazado, porque no quiero que se preocupe por mí, pero sí que le escribo un escueto: «Tenemos canción. Ahora solo debemos dejarla perfecta». Ella me responde con un corazón, que es su manera de decir que está en el trabajo, pero que me ha leído. Mañana, cuando me despierte, me habrá mandado siete audios que me harán sentir como si estuviera conmigo, pese a que no la he visto desde que estoy aquí.

Pensé que me sentiría más sola. Pensé que sería más difícil. Pero en realidad, pese a las complicaciones del día a día, pese a tener que recordar forzar una voz y llevar siempre más capas de ropa de las que desearía porque así se me hace más fácil sentirme a salvo, me siento cómoda en esta vida, incluso en esta habitación. Incluso con ese chico que ahora camina hacia su cama secándose el pelo mojado con una toalla y comprueba que tiene el despertador puesto al sentarse en el

borde del colchón. Parece muy irónico que alguien tan callado, que parecía tan poco interesado en los demás, tenga un don para hacer que alguien se sienta mejor.

Aunque quizá esa es la cosa con Val, ¿no? Quizá puede hacerlo precisamente porque, aunque parece serio y distante, en el fondo siempre está pendiente de todo y todos.

Lo miro por encima de mi almohada, a la que me abrazo. Observo cómo envía un par de mensajes con su móvil (lo hace siempre antes de dormir, igual que suele aprovechar ese momento de descanso después de comer para llamar por teléfono) y la forma en la que toma un trago de agua del termo que está en su lado de la cómoda. Son pequeños detalles rutinarios que ya me he acostumbrado a verle hacer cada noche antes de dormir.

—¿Qué le dijiste?

Val se fija en mí, sorprendido de oírme.

—Que era un idiota, por supuesto.

Lo dice muy serio, pero sé que es una broma. Al principio pensaba que Valentín no sabía nada de humor, ahora no creo que se trate de eso. Es solo

que es mucho más sutil que el de Raven. O que el de Theo, que a veces se reía de las cosas más estúpidas y siempre de manera muy escandalosa.

—Me alegro de que fueras a buscarlo. Se te da bien. Ser el líder no oficial, digo.

—¿Me estás halagando?

—¿Por qué pareces sorprendido?

—Porque en la firma del contrato no parecías creerte que me hubieran seleccionado y hace unos días te preguntabas si os vendería a todos si me daban la oportunidad. La verdad es que no son los mejores antecedentes.

Siento que se me calienta la cara. A lo mejor no es él quien ha estado siendo desagradable, después de todo.

—Ya te pedí perdón por lo del otro día. Y no me sorprendió verte allí

el primer día. Es decir, no estaba pensando en verte, porque bastante tenía con digerir que *yo* estaba allí, pero tenía todo el sentido que te hubieran cogido.

Tu actuación había sido…

Callo. No encuentro las palabras para decirle lo que vi y, de todas formas, me doy cuenta de que lo estoy mirando con demasiada fijeza. Aparto los ojos e intento acomodarme, aunque sé que la única forma de olvidar que está ahí, que me está observando, sería darle la espalda y dormir.

—¿Qué? —me insta.

Tengo la tentación de tirarle un cojín a la cara.

—¡Venga ya! Sabes que nadie en aquella sala pudo apartar la atención de ti mientras duró tu número. Y yo no fui una excepción.

Quiero apagar la luz para que no vea que me arden hasta las orejas. En general, es imposible no mirarlo cuando actúa. No fue solo en la audición: en realidad, Val se entrega a todo lo que hace con la misma pasión. Como si cada día fuera su última oportunidad de demostrarle al mundo lo que puede hacer. Como si en cada baile delante del espejo estuviera ante cientos de personas y un error fuese inadmisible.

—Pensé que no me elegirían.

Cuando miro por encima de mi hombro, incrédula, me encuentro con que Valentín se ha tumbado boca arriba, con las manos tras la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué?

Val se encoge de hombros.

—Después de escucharte, pensé que, si aquel día solo podía ganar uno, serías tú.

Casi me entran ganas de reír.

—Qué tontería. Estaba tan nervioso que pensé en salir corriendo.

—Sí, lo sé. Parecía que fuera a darte algo, así que creí que Linda me elegiría a mí. Y entonces… Entonces hiciste aquello.

Su voz baja hasta convertirse en un susurro. Su mirada sigue en el techo como si pudiera ver mi actuación de aquel día proyectada en él.

No me da tiempo de preguntarle qué significa «aquello», porque continúa hablando:

—Cuando Linda me llamó, imaginé que tú también estarías en aquella firma, y si no hubieras estado… En fin, habría aceptado igual, supongo, pero habría pensado que no tenían ni idea.

—¿Me estás halagando?

Val apoya la mejilla en la almohada para mirarme y yo me pongo nerviosa, porque puedo ver la forma en la que una de sus comisuras se tensa hacia arriba.

Le queda muy bien.

—Si te hubiera visto bailar, habría cambiado de opinión.

Carraspeo, avergonzada.

—Qué gracioso.

—¿Estás seguro de que es una broma?

Resoplo, pero ahora sí, le doy la espalda. Mi mano encuentra el interruptor en la pared y nos quedamos a oscuras. Lo escucho acomodarse entre las sábanas y supongo que debería dejarlo ahí. Debería cerrar los ojos y dormirme y fingir que esta conversación no ha tenido lugar. Pero, por alguna razón, al final acabo añadiendo:

—Estuve a punto de no ir.

Su cama cruje y me imagino que está volviéndose en mi dirección.

—¿Por qué?

Me hago diminuta bajo las sábanas, bajo el pijama de mi hermano.

—Porque no sabía si tenía sentido. No sabía si… merecía la pena.

Hay un silencio corto, no incómodo, pero sí un poco tenso.

—¿Y ahora? ¿Lo sabes?

¿Tiene sentido que siga aquí? No quiero hacerle daño a nadie. No quiero poner en peligro el posible éxito de estos chicos. Todos tienen mucho talento, todos están trabajando muy duro. Está claro que Val está dispuesto a todo por el grupo, que Leo vive para la música y que

a Raven le gusta todo esto.

Pero si quiero que el nombre de mi hermano importe, si quiero cumplir ese último sueño por él, tengo que seguir adelante, ¿no?

¿Incluso si les acabamos haciendo daño?

—No lo sé. —Y no sé si le estoy respondiendo a Valentín o a la voz que siempre hace las preguntas incómodas dentro de mi cabeza—. Quiero creer que sí, pero supongo que todavía tengo que descubrirlo.

Valentín tiene todo tan claro que espero que me eche algo en cara. Que crea que Theo es idiota, por no estar convencido. O que es un desagradecido, porque está viviendo la oportunidad por la que todo el mundo mataría. En su lugar, escucho:

—Avísame entonces cuando eso ocurra. Me encantará poder decirte «ya lo sabía» una vez más.

Miro en su dirección, por encima de mi hombro, pero las cortinas están corridas y él no es más que una sombra un poco más oscura que la propia pared.

—Es tu frase favorita, ¿verdad? —resoplo—. Buenas noches, irritante.

—Buenas noches, huracán.

Qué tontería, que me recorra un estremecimiento cuando lo escucho

llamarme así. Qué tontería, que tenga que volver la vista hacia él, aunque apenas pueda distinguir su silueta en la penumbra. Qué tontería, que me ponga nerviosa, que vuelva a arderme la cara. Que se me haga un nudo en la lengua y piense en Theo, porque él también podría haberme llamado así.

Pero no ha sonado igual. No ha sonado, en realidad, ni remotamente parecido.

Qué tontería, que algo así me quite el sueño. Pero esa noche me cuesta dormirme como ninguna otra desde que estoy aquí.

PRE-CHORUS

I could use my ruins as new foundations,

but could my sorrow bring them down?

16

Leo

Durante los siguientes días, fingimos trabajar en la canción tal y como nos la dan por la mañana y trabajamos en ponerla a nuestro gusto por las noches. En realidad, yo me dedico a ello en cada rato libre que tengo, a veces antes incluso de que los demás se despierten, y eso me gusta. Lo disfruto más de lo que voy a admitir en alto, porque entiendo lo que quieren hacer, entiendo qué tipo de canción desean en Emerald, y estoy seguro de que podemos hacerlo sin que sea tan… vacía. Soy consciente de que tengo que moverme en unos ritmos, en un tema (el amor, por supuesto, claro que tiene que ser una canción de amor) y en una estructura concreta, pero…

Raven tenía razón: podemos hacer algo que suene más a nosotros.

Tres días después de que Linda nos dé la canción, la sentamos en uno de los sillones y le decimos que hemos hecho unos cambios. Que los escuche, por favor. Que queremos saber su opinión. En realidad, todo eso se lo dice Valentín, con esa serenidad un poco autoritaria que tiene. Yo no abro la boca porque estoy aterrado. Porque aunque trabajar en la canción me ha resultado divertido y me ha hecho feliz, presentarla, admitir que he tenido el descaro de tocar la composición de unos profesionales como si yo fuera mejor que ellos, me angustia. Quiero correr en sentido contrario. Quiero

decirles a todos que no, que he cambiado de opinión. Que nos quedemos con lo que teníamos.

Y entonces, de pronto, la mano de Raven toma la mía y me obliga a dejar de jugar con los anillos que llevo puestos.

Me tenso cuando lo siento. Él me observa de reojo y se lleva nuestra unión al hueco entre nuestros cuerpos y yo recuerdo lo que me dijo. Que la siguiente vez que me asustase, estaría ahí para cogerme de la mano. Y lo había tomado como una manera de hablar, como una forma de decirme que tan solo intentaría apoyarme mejor, pero… no está mal. Consigue que me sienta un poco más entero, menos solo, así que aparto la vista y aprieto su mano con la mía.

—Está bien —accede nuestra mánager—. Veamos qué tenéis.

Todos se giran hacia mí y yo me inclino hacia la mesita del salón, para poner la base que he hecho con el ordenador, y los miro a todos antes de darle al Play. El apretón de Raven me da las últimas fuerzas y

después solo cierro los ojos. Y empezamos a cantar.

La letra es distinta. En vez de hablar una y otra vez de los ojos y la boca de una desconocida hasta convertirlos en una obsesión, ahora *Everything changes* habla de esa risa que una persona, sin género definido en la canción, lanzó un día y de volver a un momento concreto, el momento en el que lo sabes, en el que sabes que algo ha cambiado para siempre y que ya nada va a ser igual. En la versión que teníamos, el mundo cambiaba y parecía más brillante y colorido. En la mía, solo cambias tú. El mundo ahí fuera sigue igual, solo que para ti no lo parece, porque de pronto hay miedos nuevos, sueños nuevos, colores nuevos. No sé si el amor funciona así, en realidad. No sé si hay un momento en el que simplemente caes. Pero sí creo que tiene que haber un momento en el que, de pronto, eres consciente del latido de más o del deseo de un beso. Y ese momento hace que el resto de los momentos cambien. Es de eso de lo que de pronto habla nuestra canción, aunque sigue siendo movida y ahora además creo que es

divertida, algo entre *Check yes Juliet* de We The Kings y *Best song ever* de One Direction. Porque quería que hubiera diversión. Es lo que nos ha unido estos días, ¿no? Que todos nos divertíamos con la música.

Cuando terminamos, no sé si Raven sigue agarrando mi mano o soy yo quien se agarra a él. Me siento sonreír. Porque me gusta. Me gusta cómo ha sonado.

—Vaya, eso ha sido… bastante diferente a lo que teníamos.

Es como caerme de golpe mientras estaba volando, con una náusea subiéndome desde el estómago. Abro los ojos y despierto para ver a todos mis compañeros conteniendo la respiración, mientras Linda nos mira con una expresión difícil de descifrar.

—¿Lleváis trabajando en esto desde que os di la canción?

—Leo ha sido quien más lo ha hecho —dice Raven, y yo lo miro con alarma, porque me parece echarme a los leones hasta que añade—: Yo se lo pedí. Odiaba la otra.

—En realidad, a ninguno nos gustaba demasiado —apoya Valentín, y se encoge de hombros.

—Esto es más lo que nos gustaría hacer —prosigue Theo—. Entendemos que mi canción es…, bueno, que es casi una balada, y no es tan atractiva, pero esto…, esto funciona, ¿no?

Linda los mira uno por uno, hasta fijarse en mí. Yo tomo aire y siento ganas de vomitar.

—¿Leo?

—Lo siento —me apresuro a decir—. Quizá me he pasado. Quizá he cambiado demasiadas cosas. No era mi intención insultar a nadie y…

—¿Tampoco a ti te gustaba la canción, querido?

Trago saliva. Raven me da un nuevo apretón y yo lo miro de reojo y al final…

—Lo siento —repito con un suspiro—. No mucho.

El silencio que viene después se puede cortar.

—Chicos, ¿no confiáis en mí? —pregunta Linda al final. Su voz suena precavida, pero a mí me marea de todas formas.

—No es eso —media Val—. Sabemos que la otra canción es buena, pero…

—No me refiero a la música. Me refiero a si no confiáis en mí lo suficiente para ser honestos, porque necesito que lo hagáis, ¿entendéis?

Necesito que, si no sentís que lo que os propongamos vaya con vosotros, si no sentís que podáis defenderlo, me lo digáis. Para que podamos trabajar y buscar algo mejor. Aunque si siempre vais a solucionarlo todo solos tan bien como en esta ocasión…

Levanto la vista de golpe, aunque no soy capaz de pronunciar ni una sola palabra.

—¿Significa eso… que te gusta la canción? —pregunta Raven por mí.

Linda, por fin, sonríe y se encoge de hombros.

—Tengo el estribillo acribillándome la cabeza.

Hay un momento de tensión… y después Raven se ríe. Un poco nervioso.

Un poco incrédulo. No es el único.

—¿Podemos quedárnosla?

—¡Pero la próxima vez tenéis que ser sinceros conmigo!

Nadie la está escuchando para cuando nos recrimina eso. Raven grita y Theo se le une; Val se echa hacia atrás en su asiento, como si acabara de quitarse un peso de encima que lo hubiera hecho derrumbarse, pero lo veo sonreír. Y yo…, yo, de pronto, estoy siendo zarandeado por mi compañero de cuarto.

—¡Reacciona!

Se me escapa una risa. Una histérica, insegura. Pero feliz. Muy feliz, en realidad. Muy… No lo sé expresar. No recuerdo haberme sentido tan satisfecho jamás.

—Vale, chicos, calma, por favor. —Linda da un par de palmadas—.

Vamos a tener que hacer algunos cambios sobre ella, de todos modos. La

ultimaremos con el equipo y la grabaremos. La canción de los *Flying* sale mañana, así que no podemos esperar mucho más. Soltaremos un primer adelanto de la vuestra dentro de dos semanas, ¿os parece bien? Lo moveremos hasta que en las redes supliquen escucharla entera. Y después lanzaremos el single.

Raven se desploma de nuevo a mi lado en el sofá. Theo se muerde el labio con expectación. Val, como siempre, es el que se preocupa de la parte práctica:

—¿Vamos a grabar algo para lanzar ese adelanto, como hicieron los *Flying*?

—Sí, y aprovecharemos para haceros vuestras primeras fotos como grupo, las necesitaremos para las redes. Programaré la sesión para la semana que viene. No os preocupéis, trabajaremos en todo lo que necesitáis para estar preparados.

La idea de una sesión de fotografía y grabación no me entusiasma, pero no me pasa desapercibido que no soy el único: Theo empalidece y parece hacerse pequeño en su sitio. Me llama la atención la manera en la que se acomoda la ropa en ese gesto nervioso que ya le he visto en otras ocasiones y recuerdo lo poco que le gustan a él también las redes sociales, sobre todo cuando tiene que mostrar su cara. Un problema que no parece tener al escribir tuits o grabar a los demás para TikTok o subir fotos de su guitarra o de cosas que no impliquen que se muestre demasiado a sí mismo.

A veces, cuando hace esas cosas como esconderse en su sudadera o evitar las fotos o vídeos, me recuerda a mí cuando era un preadolescente demasiado consciente de estar creciendo de una manera que no le gustaba.

Cuando las diferencias de mi cuerpo con respecto al de otros chicos se me empezaron a hacer demasiado molestas…

Me fijo de nuevo en Theo y creo que es la primera vez que lo hago de verdad. Reparo de una manera distinta en sus rasgos suaves, la ropa ancha, esa cara tan andrógina.

Pero no puede ser… ¿no?

17

Dottie

ToTó

Ya sé cómo voy a ayudarte

Dottie

Ya me estás ayudando. Creo que es imposible

estar más pendiente de una persona de lo que

estás tú conmigo

ToTó

No, no, pero ya sé cómo ayudarte, DE VERDAD

Mira…

twitter.com/wizardfanclub

instagram.com/wizardfanclub

tiktok.com/wizardfanclub

Dottie

Qué es todo esto?

ToTó

Vuestro club de fans oficial conmigo de presidenta **Dottie**

Estás de broma

ToTó

Para nada: en cuanto he visto que lanzabais las redes para generar hype lo he visto claro.

Seré vuestra infiltrada entre las fans, estaré atenta a lo que se diga y me aseguraré de que nadie comente nada que no queramos, o de distraer la atención si hace falta. Tiene sentido, no?

Dottie

No tienes que hacer esto.

Lo sabes, ¿verdad?

ToTó

Dame las gracias y dime que me quieres… y ya está **Dottie**

Gracias!

Te quiero

ToTó

Yo también me quiero…

Qué toca mañana en tu nueva vida de idol?

Dottie

Sesión de fotos y vídeo

ToTó

Oh, no

Dottie

Sí, exacto

Oh, no

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Val es tan inesperada que consigue que dé un grito y suelte el móvil de golpe, como si me hubiera cazado en medio de la planificación de un crimen en vez de en una conversación con mi mejor amiga. Aunque considerando que mi simple existencia en este grupo supone varios delitos, supongo que eso no está demasiado lejos de la realidad.

Mi compañero de cuarto levanta las cejas. Se ha apoyado contra la puerta de la sala de baile con los brazos cruzados, vestido con su pijama gris. El pelo le cae suelto por la cara, como siempre que se marcha a dormir, y yo me pregunto qué hace *él* aquí . Pensé que su rutina espartana le impedía acostarse tarde.

Carraspeo, con la esperanza de que mi grito no haya sonado demasiado agudo.

—Estaba practicando.

—¿A las doce de la noche? Te felicitaría por tu repentina implicación en el baile, pero no me la creo.

—Estoy muy implicado, ¿vale?

Y en realidad es cierto, pero solo porque soy muy consciente de que estoy muy por detrás de los demás en esto y no quiero ser quien lo eche todo a perder en una actuación en directo. Pero también es verdad que no estoy aquí a estas horas solo por eso o por la sensación de fraude que a veces me recuerda que este no es mi lugar, que igual Theo podría hacer las cosas que yo no soy capaz. Estoy aquí porque la perspectiva de la sesión de mañana no me dejaba dormir: no he dejado de pensar en lo que puede suponer, en la gente a mi alrededor, en la ropa sobre la que no tendré tanto control como ahora. ¿Voy a poder cambiarme sola, siquiera? ¿O será como en los desfiles de modelos, donde todo el mundo se viste muy rápido en medio de equipos muy grandes? Van a maquillarme, estoy segura. Van a tocar mi cara y no quiero que lo hagan. En el quizá improbable caso de que pueda tener control sobre qué me pongo y hacerlo yo sola, habrá de todos modos muchos ojos, muchas cámaras, puestas sobre mi cara y mi cuerpo y eso hace que sienta pánico.

Van a verlo, ¿verdad? Incluso si nadie conoció a Theo, notarán las diferencias, se darán cuenta de que soy una chica, de que estoy mintiendo a todo el mundo… A veces me parece que en el grupo ya han empezado a sospechar. A los chicos ha empezado a parecerles raro que siempre lleve tanta ropa cuando ellos van en manga corta o

que no me quite la chaqueta del chándal ni siquiera para las prácticas de baile. Por no hablar de que Val se burla a menudo del tiempo que paso en el baño para arreglarme, solo que lo que él no sabe es que en vez de preocuparme un montón de mi aspecto (que también, siempre me miro muchas veces al espejo) cuando voy a la ducha en realidad aprovecho para lavar a mano los *binders* y sujetadores y después paso tanto tiempo con el secador porque es la forma más práctica

de secarlos. Eso sin hablar de las posturas que a veces tengo que corregir constantemente o que nunca puedo permitirme perder el control sobre mi voz.

Los pies de Val frente a mí interrumpen el hilo de mis pensamientos.

Parpadeo, sin saber en qué momento se ha acercado, y me sorprende ver su mano tendida hacia mí. Tiene que ver la incomprensión en mi cara, porque se encoge de hombros.

—Quieres practicar, ¿no? Pues venga, levanta. A ver cómo lo haces.

Resoplo, un poco molesta por esa actitud exigente que tiene siempre.

—¿Tú no deberías estar durmiendo?

—Sí, y tú también. Pero no puedes, ¿no? Así que voy a encargarme de que te canses.

Me ruborizo, no sé si por sentirme descubierta o por lo mal que me suenan sus palabras. Una parte de mí (la parte a la que le ha bajado la regla y tiene un desajuste hormonal terrible) no puede evitar lanzar un vistazo a ese chico acostumbrado al ejercicio, pensar en lo bien que se mueve al bailar e imaginarse lo que debe de ser que alguien así te agote. Otra parte de mí, la racional, recuerda que Valentín Ramos es probablemente la persona más aburrida del planeta, así que el sexo con él debe de ser parecido.

¿En qué estoy pensando?

—No necesito tu ayuda.

—Oh, sí que la necesitas.

Resoplo, ofendida. No soporto cuando se pone prepotente. Pero su mano sigue tendida hacia mí y yo, aunque dudo, la cojo y dejo que me ayude a levantarme.

—A ver quién se cansa primero.

Val

Aprendí a bailar al mismo tiempo que aprendí a andar, porque en casa

siempre había música. Mi madre había soñado con ser bailarina y cuando llegó a Estados Unidos creyó que estaba más cerca de ese sueño, con sus grandes espectáculos y su leyenda de tierra de oportunidades para futuras estrellas. Aquí conoció a mi padre, aquí se enamoraron y aquí decidieron empezar una nueva vida. Mi madre nunca consiguió ser bailarina más que durante unos meses en algunos bares y espectáculos pequeños, aunque quizá habría seguido intentándolo si a mi padre no le hubieran diagnosticado cáncer poco después de que yo naciera, pero ese fue el momento en el que decidió que tendría que poner en pausa sus sueños.

Supongo que fue entonces cuando me los pasó a mí, en todas las mañanas de cumbia y merengue con el desayuno, en los bailes entre nosotros en los que más que bailar hacíamos bastante el idiota, en las noches de fin de semana viendo películas de musicales o incluso grabaciones ilegales porque no teníamos el dinero para ir una actuación de verdad. Aunque lo que me convenció por completo fue la primera vez que me llevó al teatro a ver el musical de *El Rey León,* cuando tenía ocho años.

Lo único que pude decir después de eso, después de estar horas muy callado, fue: «Yo quiero hacer eso».

Así que llevo casi toda mi vida haciendo esto. Bailar es para mí tan natural como respirar. Para Gale, en cambio, es obvio que es algo muy complicado, aunque no es porque no sepa memorizar los pasos ni cómo conectarlos: es porque, de hecho, se concentra demasiado en ellos. Está siempre tan tenso que parece un robot más que una persona. Ha mejorado desde los primeros días, pero todavía necesita soltarse.

Y necesitamos que lo haga. Tenemos que ser los mejores, sobre todo si tenemos que ganar a los Flying Monkeys. Ellos no tienen esta complicación, claro: ellos se escudan tras sus instrumentos y en ritmos muy distintos, pero ya están siendo todo un éxito. Su single se ha colado bastante arriba en las listas en las primeras semanas y encima manejan las entrevistas y las redes sociales bastante bien. La mayoría del fenómeno se

sostiene sobre su cantante principal y, a veces, me gustaría que aquí

pasara lo mismo. Quizá estaría más tranquilo si todo dependiera solo de mí, pero me cuesta aceptar que no es así y que eso está bien.

Aun así, supongo que al menos puedo hacer lo que esté en mi mano para ayudar. Como esto: repetir la coreografía una y otra vez con Gale, hasta que él se echa hacia delante, con las manos en las rodillas y jadea, agotado.

Siempre me sorprende que no se quite la chaqueta para bailar. Tiene que estar asándose de calor, por muy fresca y transpirable que sea.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le digo, tras tomar un trago de una botella de agua.

—No, pero seguro que Don Perfecto va a decírmelo.

—Piensas demasiado.

La risa que le sale es una muy sarcástica y yo dejo los ojos en blanco, porque sé lo que va a decir a continuación:

—¿ *Tú* me estás diciendo eso?

—Cuando estoy bailando no pienso tanto.

Gale chasquea la lengua y abre la boca, pero la cierra cuando ve que me acerco y me pongo a su espalda.

—¿Qué haces?

—Deja el cuerpo muerto.

—No voy a…

—¿Quieres aprender a bailar o no?

Veo lo tenso que está, casi tanto como cuando baila. Me mira por encima del hombro, inquieto, y a mí me parece que quiere huir. Pero respira hondo y después mira hacia el frente, hacia el gran espejo en el que nos reflejamos. Y creo que suelta un poco los hombros, que asiente y que intenta que su cuerpo deje de ser algo muy duro y agarrotado. Pongo las manos sobre sus hombros para comprobarlo, pero es contraproducente.

—No soy muy fan del contacto físico.

Me humedezco los labios y lo miro de reojo. Esa mente acostumbrada

a

pensarlo todo no puede evitar preguntarse si habrá alguna razón para ello, porque no parece que sea solo una persona reservada. Aunque ahora que lo menciona, sí, es cierto que siempre parece mantener las distancias con la gente.

—No te tocaré más de lo necesario. La idea es que te dejes llevar,

¿entiendes? Voy a poner la música, pero no voy a seguir los pasos. Vamos a bailar sin más.

—¿Qué? —me mira, incrédulo—. ¿Y cómo se supone que me va a ayudar eso?

—Porque tienes que aprender a dejar de pensar en los pasos, prácticamente te veo contar. Tienes que escuchar y dejar que tu cuerpo se mueva. Sentir más, pensar menos. ¿No eres tú el que defiende la improvisación y vivir el momento? Pues baila así.

—¿Quieres verme hacer el ridículo?

Resoplo.

—¿Por qué lo dices como si no fuera algo que veo todos los días?

Gale echa un codo hacia atrás para golpearme, pero yo retrocedo a tiempo.

—Quizá lo que pasa es que te has cansado ya —señalo.

—Eres insoportable, ¿te lo han dicho alguna vez? Pon la música.

No me hago de rogar. Le doy al Play y dejo que las primeras notas suenen antes de subir las manos hacia las suyas, antes de aprovechar el primer golpe fuerte de música para hacer un movimiento que lo haga girar hacia mí. Él lo hace. Traga saliva cuando quedamos frente a frente. Y a mí se me ocurre una idea entonces, algo sobre lo que podemos construir un baile. No sonrío, pero estoy a punto, cuando arqueo las cejas. Él me observa con los ojos entrecerrados, creo que intrigado.

—Si no quieres que te toque, vas a tener que moverte al ritmo. Si te cazo, pierdes.

—¿Qué…?

Doy un paso atrás al ritmo de la música. Gale no consigue reaccionar al principio, lo veo fruncir el ceño con incomprensión, pero cuando vuelvo a intentar echarme hacia él, se mueve: retrocede, en parte por inercia, y después me ve responder a ese paso con otros dos que vuelven a intentar acercarme a él. Y lo entiende. Creo que lo veo sonreír. Creo que le hace gracia. Y entonces se mueve también, e incluso llega a levantar las manos para pararme, y mi cuerpo responde como si realmente se encontrara una barrera y tuviera que retroceder muchos pasos atrás, al son de la canción. Le escucho reír, solo un poco, pero me parece un buen sonido. Uno que encaja con la música.

Nos movemos así, al principio como si uno estuviera haciendo una pregunta y el otro respondiese y después como si mantuviéramos una conversación en la que los dos hablamos a la vez. Yo lo busco, él escapa.

He hecho muchas coreografías así, pero quizá porque siempre sé cómo acabarán esta es la primera vez que de verdad quiero conseguir mi objetivo y atraparlo, aunque lo que más me importa es que se lo pase bien, que entienda que puede dejar de ser tan rígido, que no le dé miedo ese ridículo que está seguro de que va a hacer. Lo cierto es que ni siquiera se mueve mal.

Justo al final de la canción, llego hasta él. Lo alcanzo con un gran paso y volvemos a quedar frente a frente, con una de mis manos en su muñeca, en alto, y la otra en su cintura. Ambos estamos jadeando, pero él además emite una risa incrédula y entrecortada. Yo no me río, pero creo que llego a sonreír, y no solo con suficiencia, por haber conseguido atraparlo, sino porque ha sido divertido. El corazón me late fuerte contra el pecho, como un eco de la canción que ya no suena. No puedo evitar fijarme en el chico frente a mí. En que es más bajo que yo, pero, como siempre mantiene la barbilla tan alzada en esa actitud un poco orgullosa, ni siquiera lo parece la mayoría del tiempo. Tiene unos ojos muy claros, en contraste con sus mejillas rojas por el esfuerzo. Son unos ojos que siempre parecen ocultar

muchas cosas, sobre todo cuando canta. Ahora, por ejemplo, la diversión se mezcla con el desafío, pese a que tiene que ser consciente de que ha perdido.

Es estúpido, pero de golpe se me pasa por la cabeza que Theodore Gale es bastante atractivo.

Y en cuanto ocurre, tacho el pensamiento. Mis manos escapan de su cuerpo y doy un paso atrás como si esa barrera ficticia hubiera vuelto

a mandarme lejos.

—Mejor —le felicito.

Gale parece recomponerse también, porque da otro paso atrás, aunque es innecesario. Veo cómo se recoloca la ropa nerviosamente, como si siempre temiera que algo estuviera fuera de lugar. No sé si es inseguridad.

—Sí, creo que lo pillo. Gracias.

Asiento, aunque de pronto me siento un poco incómodo. Me deshago el moño que me he hecho para bailar y me lo vuelvo a hacer, como si lo sintiera desarreglado.

—Bien. Voy a… Ya me había duchado, pero por tu culpa ahora tengo que volver a hacerlo, no puedo irme así de sudado a la cama. Y no tardes mucho más en acostarte: mañana hay fotos y vídeos y el maquillaje no hace milagros.

Mi compañero de cuarto asiente con un golpe de cabeza y yo no añado nada más.

Necesito esa ducha. A poder ser, fría.

18

Dottie

—Creo que nuestro príncipe encantado se está convirtiendo en rana.

La voz de Raven me obliga a apartar los ojos de la ventanilla, detrás de la que los barrios de Nueva York se van sucediendo. La furgoneta más amarilla de la ciudad no resulta el medio de transporte más discreto, aunque supongo que se parece lo suficiente a un taxi cualquiera como para que nadie nos mire dos veces. Me vuelvo hacia mi compañero, delante de mí, y me fijo en esa sonrisa tan suya, traviesa y burlona, y en los brazos cruzados sobre el pecho.

—Que te estás poniendo verde, Gale —señala.

Yo trago saliva, aunque me sabe a bilis. Linda nos ha prometido que el viaje no será muy largo, pero a mí se me está haciendo como si el estudio fotográfico en el que vamos a hacer la sesión de fotos quedara en otro estado. Es nuestra mánager, precisamente, la que levanta la vista de su móvil y se gira desde el asiento del copiloto, preocupada.

—¿Te mareas en el coche, querido? ¿Quieres que paremos?

Sí, necesito salir de aquí. Pero todo lo que puedo decir es:

—Estoy bien.

—¿Estás nervioso? —pregunta Val, tan directo como siempre—. ¿Hasta

cuándo te quedaste practicando anoche?

Me hundo en el asiento, sin querer responder. Lo cierto es que tardé bastante, en parte por los nervios por esto y en parte porque nuestra sesión de baile me dejó… agitada. Porque me divertí y porque…, porque me sentí bien, bailando con él. Con Val, en realidad, las cosas han cambiado bastante desde que me confesó que había dudado de ser seleccionado, y me preocupa lo poco irritante que me resulta ya. Me preocupa haber empezado a entender su humor y darme cuenta de que está tan pendiente de mí como de los demás. Anoche, por ejemplo, no tenía por qué haberme ayudado, no tenía por qué haber venido a buscarme en medio de la noche, pero lo hizo.

Cuando me fui a la cama, él ya estaba dormido.

—No tienes que preocuparte de nada, te lo aseguro —me dice Linda —.

Son los mejores profesionales de la ciudad. Ni siquiera te darás cuenta de que están haciéndote una sesión.

—Y si tienes dudas, imítame —añade Raven—. La cámara me ama.

—Por favor, no lo imites. Con un Raven Harris tenemos suficiente —

resopla Valentín.

—Linda. —Leo alza la voz por encima de las de nuestros compañeros, que empiezan a enzarzarse en uno de sus piques—. No tendremos que hacer ninguna foto que… enseñe demasiado, ¿verdad?

Lo miro, sin comprender a qué viene esa pregunta y, aun así, contengo la respiración. Al menos Linda parece sorprendida.

—¿Que enseñe…? No, claro que no. Queremos que salgáis guapos, no descamisados. Tenéis que ser una fantasía para todos los públicos.

Siento que se me quita un peso de encima, aunque Raven no parece

tan contento:

—Oh, vamos, ¿ni siquiera vamos a poder lucirnos un poco? Después de tanto ejercicio, al menos, deberíamos enseñar los abdominales. No irás a vestirnos de traje, ¿no? Eso es aburridísimo.

—Habrá opciones. Veremos qué os queda bien y con qué os sentís

cómodos cada uno.

Linda se vuelve hacia su móvil cuando empieza a sonar. La escuchamos contestar la llamada, con su voz alegre y despreocupada. Yo dejo de prestarle atención casi de inmediato, pero miro a Leo, que tiene los ojos sobre mí otra vez. Aunque hace ese gesto, el de morderse el piercing que lleva en el labio, no dice nada.

No puede…, no puede saberlo, ¿verdad?

No me da tiempo a preocuparme demasiado por ello. Y, desde luego, no me da tiempo a tener una conversación privada con él al respecto. En ese momento, la furgoneta se detiene y Linda nos hace un gesto para que bajemos. En las puertas del estudio nos espera el fotógrafo que supongo que está al mando y que saluda a Linda con un beso en la mejilla, como si fueran amigos de toda la vida. Es obvio que están acostumbrados a trabajar juntos, y ella no duda cuando tiene que presentarnos, aunque pasa a llamarnos «sus chicos» tras decir nuestros nombres una vez. Después, nos llevan a una sala y nos dejan en manos del equipo de estilistas.

El ambiente del estudio es extraño para mí, completamente fuera de mi zona de confort, así que cuando una de las maquilladoras me pide que me siente, yo cumplo. Leo está justo a mi lado y a Val y Raven los veo a en el espejo que tengo delante. Es obvio que ellos sí están acostumbrados a esto: Raven, de hecho, empieza a hablar con el chico que va a maquillarlo como si lo conociera de siempre. En cambio, yo apenas puedo seguir el hilo de la conversación con la chica que se inclina sobre mí, demasiado cerca para mi gusto, sobre todo cuando empieza a hacer comentarios sobre mi aspecto:

—¡Tienes una piel muy suave!

—¿Dieciocho? Al no tener ni un poco de barba, habría dicho que eras incluso más joven.

Yo intento reírme, pero se vuelve cada vez más difícil seguir interpretando el papel de príncipe, sobre todo cuando todo lo que veo

en el espejo es a mí. Todo lo que veo son las diferencias que me separan de ser

Theo. Él tenía la mandíbula más marcada, ¿verdad? Y una nuez visible. Y

está claro que tengo que volver a cortarme un poco el pelo, tengo que…

—¿Alguna vez te han dicho que tienes una cara muy femeni…?

—No deberías hacer esos comentarios.

No soy yo quien lo dice, sino Leo. Yo no puedo evitar girarme hacia él con incredulidad. La maquilladora que está con mi compañero parece sorprendida también, aunque no tanto como la mía, que parpadea. Leo traga saliva, incómodo y agobiado por todas las miradas sobre él, y se encoge de hombros mientras baja la vista a los anillos que lleva puestos.

—Los comentarios sobre el aspecto de la gente que no conoces son algo con lo que hay que tener cuidado —apunta con suavidad—. No sabes si pueden hacerle daño a alguien, aunque los hagas con la mejor intención.

Leo me mira de reojo, pero es un gesto tan rápido que podría haberlo soñado. La chica se queda tan cortada que murmura una disculpa y no vuelve a abrir la boca en toda la sesión, y lo cierto es que yo no puedo evitar sentir cierto alivio. Mi atención, sin embargo, se queda sobre Leo. Sé que no le gusta hablar con gente desconocida. Sé que en este momento preferiría estar en cualquier otra parte. Y sin embargo…

Te ha pillado. Este lo sabe.

O no. A lo mejor solo piensa que estoy muy nerviosa y trata de ayudarme. Trata de protegerme, dejándome ver que estoy en un lugar seguro.

Eso es. Quizá solo sea una casualidad.

Supongo que la prueba de fuego, de todas formas, ni siquiera es que nos maquillen. Es la ropa lo que me preocupa. Desde que llegué al piso, he tenido mucho cuidado con lo que llevo. Ni una sola vez me he quitado la sudadera o la chaqueta para bailar, incluso cuando estaba muriéndome de calor. Cuando Raven y Valentín me han hecho algún comentario al respecto, yo me he reído y les he dicho que no quiero

resfriarme, que sudar y dejar que te entre el frío es lo peor que puedes hacer. Ellos, en cambio, nunca

tienen problema en descamisarse cuando les da la gana. Y ahora, por supuesto, cuando nos dicen que nos probemos las prendas que han elegido para nosotros, no tienen ningún problema en desvestirse en medio de la sala.

Aparto la mirada de inmediato.

—La verdad es que yo preferiría cambiarme en privado. —Una vez más, es la voz de Leo la que se alza. Y una vez más, como si las conociera, comparte mis preocupaciones—. Supongo que por eso me toca ser el tímido…

Es imposible decirle que no a esa expresión que pone y es obvio que va a aprovecharse de ello. La estilista, de hecho, no hace otra cosa que sonreír y llamarle «cielo» cuando le responde que lo entiende y le señala los probadores. Yo estoy tan nerviosa que ni siquiera pregunto y me apresuro a encerrarme en la cabina de al lado, feliz de quedarme sola e intentar calmar mi pulso.

Definitivamente lo sabe.

La voz de mi hermano tiene razón. Leo sabe mi secreto.

Y no tengo ni la menor idea de qué va a hacer con él.

19

Val

—No imaginaba que Gale fuera tan tímido como Leo —dice Raven.

Yo hago un sonido de asentimiento mientras aparto la vista de los probadores a los que se han marchado nuestros compañeros. Por mi parte, en el teatro cambiarse rápido y rodeado de gente es una obligación, el pudor no entra demasiado en la ecuación, así que tan solo dejo que los estilistas hagan su trabajo y decidan qué es lo que me va bien y cómo ponérmelo.

De todos modos, no me importa demasiado. Ni la ropa ni la sesión en general, porque lo único que no puedo sacarme de la cabeza es que a Gale le pasa algo. Ha estado comiendo y durmiendo peor, desvelándose o yéndose a dormir demasiado tarde, como anoche. Y hasta hoy pensaba que era normal, que debían de ser nervios por el

anuncio del grupo, porque es el único que no está acostumbrado a ningún tipo de exposición, ni grande ni pequeña. Ahora, sin embargo, no estoy tan convencido de que sea solo eso.

O puede que sí. Puede que esté pensando demasiado. Puede que esté fijándome demasiado en él. Y no debería.

No he venido aquí para sentirme atraído por nadie. No es lógico y va contra todas mis reglas.

Aun así, durante el resto de la sesión no puedo evitar estar más pendiente

de él que de todo lo demás. De la manera en la que siempre parece moverse un poco incómodo en la ropa nueva o sonríe tensamente cuando alguien le hace algún comentario sobre su aspecto. Al final, sin embargo, creo que consigue pasárselo un poco bien, con las bromas de Raven o gracias a que el fotógrafo sabe justo qué indicaciones darnos para hacerlo todo más fácil.

Las mejores fotos terminan siendo las que nos sacan casi cuando nos olvidamos de que estamos en una sesión: cuando somos solo nosotros, con las relaciones que hemos estado creando en el último mes. De todas formas, yo no dejo de fijarme en mi compañero de cuarto. En la manera en la que rechaza la comida que le ofrecen entre tomas de las grabaciones, porque tiene el estómago cerrado, o la forma en la que le capto mirándose en cada espejo de soslayo para reacomodarse la ropa una y otra vez, más de lo que ya es normal en él, como si se sintiera fuera de lugar en ella.

Y de pronto hay una idea que me cruza por la cabeza y que me hace pensar que soy estúpido, que he estado muy ciego hasta ahora.

En el camino de vuelta, no aparto la vista de Gale: él se hace una bola en su asiento, se pone los cascos y cierra los ojos hasta que llegamos a casa. Y

después, se mete rápido en la habitación, murmurando que se pide la ducha primero. Leo parece seguirlo con la vista, inquieto, y sé que él también ha estado prestándole atención todo el día. Raven es el único que parece muy tranquilo, en ese mundo en el que todo le da igual o más bien en el que todo lo que importa es revolotear alrededor de su compañero de cuarto. Antes de que pueda preguntarles a ellos qué opinan, Leo también dice que se va a la ducha.

—¿Sabes? —le responde Raven mientras le sigue—. Creo que en esta

casa gastamos muchísima agua y el medio ambiente no está para eso. ¿Y si algún día nos duchásemos juntos para ahorrar?

—¡Regla número dos, Raven!

Suspiro mientras ambos se meten en su cuarto antes de que les pueda hablar sobre Gale. Aunque supongo que es lo mejor. Quizá debería tratar

este asunto con discreción, ¿no?

Cuando me meto en nuestro cuarto, lo hago meditando mucho qué voy a decir a continuación. Estas cosas no se pueden decir de cualquier manera, así que aprovecho para pensar durante todo el tiempo que Gale echa en el baño. Siempre tarda muchísimo y pensé que era solo una cuestión de que le gustaba darse duchas largas, pero ahora no puedo evitar preguntarme si hay algo más que…

La puerta se abre cuando yo todavía no he decidido cómo empezar, pero me pongo en pie de inmediato, un poco tenso. No quiero atacarlo. No quiero acusarlo de nada. Solo estoy preocupado.

Gale parpadea, sorprendido, al verme parado en medio de la habitación.

Se ha puesto su ropa de deporte habitual y me pregunto si tendrá pensado irse a ensayar.

—¿Val? ¿Pasa algo?

Eso quiero saber yo. Respiro hondo.

—¿Está todo bien?

Mi compañero asiente de inmediato y yo titubeo, porque no le creo pero tampoco tengo claro cómo llevar la conversación.

—Parecías muy incómodo en la sesión… Realmente no te gustan las fotos, ¿verdad? Entre lo poco que te gusta mostrarte en redes sociales y que hoy parecía que fuera a darte algo…

Gale carraspea y se mueve hacia la cómoda. Tengo ganas de detenerlo y obligarle a mirarme, pero me clavo las uñas en las palmas para evitar la tentación de acercarme demasiado.

—Disculpa por no estar tan acostumbrado a los focos como tú…

—No, no quería decir eso… —Mierda—. Oye, ¿hay algo de lo que te gustaría hablar?

—¿Hablar?

—Sí, algo sobre… ti. Sobre… ¿tu cuerpo, quizá?

Estoy seguro de que esta sigue sin ser la manera, pero al menos consigo

una reacción. Gale, de espaldas a mí, se tensa.

—¿Cómo dices?

Aprieto los labios. Quiero decirle que lo entiendo. Que en el teatro, en el mundo del espectáculo en general, también te acostumbras a esto.

Demasiados cuerpos con los que compararte. Demasiadas imágenes perfectas. Demasiados comentarios sobre la talla que tienes que conseguir para poder acceder o no a un papel. Creo que, si no hubiera sido por mi madre, yo también habría caído. Recuerdo tener doce años y empezar a obsesionarme con el peso, con el ejercicio, con el tipo de chico en el que tenía que convertirme para poder cumplir un sueño.

—Escucha —comienzo, dando un paso hacia él—. Entiendo que esto no tiene que ser fácil para ti y que en realidad tampoco nos conocemos tanto, pero puedes hablar conmigo.

Cuando se da la vuelta, Gale parece pálido y más pequeño que nunca en su sudadera gigante. Doy otros dos pasos hacia él, que permanece paralizado en el sitio.

—¿Cómo…? ¿Cómo has…?

—Eso no importa. Lo importante ahora es que tienes que pedir ayuda antes de que se te vaya de las manos. No tenemos que decírselo a los demás si no quieres, pero tenemos que decírselo a Linda…

—No, no puedo. —Gale coge aire, angustiado—. No puedes decírselo a nadie. Si se sabe, me sacarán del medio, y tengo que llegar hasta el final.

—Nadie va a quitarte de en medio, Gale. —Aprieto los labios y quiero extender la mano hacia él, coger la suya como he visto que Raven coge la de Leo, pero no lo hago—. Los demás no dejaríamos que

pasara. Pero tienes que estar bien para poder continuar…

—¡Estoy bien!

—No lo estás. Si sigues así, solo vas a ir a peor.

—No, te aseguro que lo tengo todo controlado, que…

—Tú no controlas los trastornos alimenticios, Theodore: te controlan

ellos a ti.

Eso ha sido demasiado duro. Lo sé por eso su expresión de sorpresa, pero necesito que lo entienda. Necesito que sepa que no quiero verlo consumiéndose por una enfermedad. No, sobre todo, cuando estoy seguro de que Emerald puede tener las herramientas para ayudarle. Estoy seguro de que lidian con temas como este todo el tiempo. Leo tiene una terapeuta dedicada por entero a que aprenda a gestionar su ansiedad; estoy seguro de que pueden conseguir los especialistas que necesiten. Y los demás lo ayudaremos en lo que podamos.

—¿Qué has dicho?

—Sé que no es fácil, pero…

—Yo no tengo ningún trastorno alimenticio.

Parpadeo, descolocado, porque hasta ahora me parecía que estaba yendo bien. Que, al menos, no iba a intentar negarlo. Después, sacudo la cabeza y me acerco otro paso que, sin embargo, esta vez él retrocede.

—Lo siento, quizá no estás preparado para llamarlo así. Pero…

—Estás equivocado —me dice, con una risa nerviosa—. No… No sé cómo has llegado a esa conclusión, pero te aseguro que no podría preocuparme menos mi peso.

—Gale…

—¡Que no es eso! —Theo coge aire—. Escucha, no me gustan las fotos, es verdad, pero no es porque me preocupe cómo me veo en ellas. No en ese sentido, al menos. Y sé que últimamente no como mucho, pero es por los nervios, de verdad.

La cuestión es que parece… sincero. Y soy consciente de que podría ser una estratagema, pero… No. Hay algo en la conversación que no

encaja y que me confunde.

—Entonces, ¿de qué estabas hablando? ¿Por qué crees que te van a echar?

Su expresión se descompone con una angustia que todavía no había visto

en él. Lo veo tomar aire de manera entrecortada. Sus ojos, siempre tan claros, brillan y creo que se va a echar a llorar.

—¿Gale? —le pregunto, con su misma angustia asentándose en mi pecho

—. Gale, ¿qué está pasando? Dímelo.

—No, yo…

—Gale, confía en mí. ¿Qué pasa? Me estás asustando.

Él calla. Me observa y duda un segundo más antes de decir:

—No soy Theo.

La frase le sale como un gemido que tiene que arrancar de su garganta, pero yo no entiendo nada.

—¿De qué estás hablando? Claro que…

—No. No lo soy. Theodore Gale es mi hermano. Era él quien tenía que estar aquí.

La voz se le rompe en un sollozo, pero yo apenas soy consciente de él. Es como si el mundo se quedara en silencio en el mismo momento en el que las lágrimas empiezan a resbalarle por la cara. Las palabras que dice después resuenan en mi cabeza:

—Mi nombre es Dorothy Gale.

Dottie

Valentín no es alguien que suela enfadarse. Valentín, en el tiempo que llevamos conviviendo, no ha alzado la voz ni una sola vez. Si algo le molesta o no le gusta, lo dice, pero siempre sin perder el control.

Valentín siempre mantiene la calma, así que me quedo sin aire cuando, después de la sorpresa y la incomprensión iniciales, sus ojos

se entornan y se vuelven helados.

—¿Es una broma?

Su voz suena grave y contenida. Podría mentirle y decirle que sí y quizá eligiera creerme solo para no enfrentarse a la verdad, pero sé que esa no es

una solución. Así que solo niego con la cabeza, en parte porque no puedo hablar más. Tengo todas las palabras atrancadas en mitad del pecho, en ese corazón que siento hundido.

Y después, sin mediar ni una palabra, me da la espalda y sale de la habitación. Durante un segundo me quedo clavada en el sitio, sintiendo cómo las lágrimas se me caen por las mejillas. Al final, sin embargo, me da demasiado miedo lo que pueda pasar a continuación, así que me obligo a reaccionar y seguirlo, aunque casi trastabillo con mis propios pies.

—Val. Val, espera. Val.

Mis dedos atrapan la manga de su camisa y él se detiene.

Cuando se gira hacia mí es obvio lo molesto que está. Lo suficiente como para soltarse de un tirón. Lo suficiente como para hacerme sentir muy pequeña con una sola mirada.

—Escúchame, por favor…

—¿Que te escuche? —Su voz se alza—. ¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque…

—No sé quién eres.

—¡Soy Gale!

Val lanza una risa que me hiela la sangre. No esperaba que la primera vez que lo escucharía reír sería así.

—No tengo ni idea de qué significa eso —sentencia, frío. Después, se gira hacia mí y se acerca y yo necesito de toda mi fuerza de voluntad para no retroceder, aunque quiero salir corriendo—. ¿Eras tú desde el principio, en la audición? ¿O es un juego todavía más retorcido?

—No es un juego. Siempre he sido yo. Siempre…

—¿Por qué? ¿Dónde está Theodore?

—Yo…

Me falta el aliento cuando se abre la puerta del cuarto de Leo y Raven.

Los bordes de mi visión se están oscureciendo, pero aun así los veo ahí de pie, sorprendidos por los gritos. En el caso de Leo, la sorpresa pasa a la

preocupación cuando se da cuenta de que estamos discutiendo.

Intento limpiarme las lágrimas de la cara.

—¿Qué está pasando? —pregunta Raven.

Mi compañero de cuarto no aparta la vista de mi rostro. Tiene los puños apretados, la mandíbula tensa.

—¿Por qué no se lo dices, *Gale*? Adelante.

Yo no puedo separar los labios. Me siento temblar, me siento de nuevo en ese huracán que está arrasando todo una vez más y que va a dejarme sin hogar ni seguridades otra vez.

—¡Díselo!

Me encojo sobre mí misma cuando Val me grita y cierro los ojos con fuerza. Siento que su orden se me mete en los huesos, pero no puedo cumplirla. Todo lo que me sale de dentro es un sollozo. Esto no tenía que ser así. No tenía que ocurrir así. Pensé que me había descubierto. Podría…, podría haber buscado otra manera. Contar otra mentira. Pero creí que…

¿Qué? ¿Creíste que no le importaría? ¿Que te perdonaría? Le has mentido, Dottie, y nunca se te ha pasado por la cabeza decirles la verdad…

Tiene derecho a gritarte. Tiene derecho a estar enfadado.

Lo sé. Lo sé y sin embargo…

—Basta, Valentín. No tiene por qué decir nada si no quiere.

La voz de Leo tiembla y, aun así, su cuerpo se cuela entre nosotros, como si pretendiese escudarme. Trago saliva. Quiero decirle que no haga esto, que no tiene por qué defenderme, que él también debería estar enfadado.

—¿Tú lo sabías? —Val lo está mirando como si no se creyera lo que acaba de escuchar—. ¿Y no dijiste nada?

—¡No es algo que yo deba decir! ¡Ni algo que tú tengas que exponer!

Eso es cruel y…

—¿Cruel? —Valentín parece incrédulo—. ¡Nos ha mentido a todos!

¡Llevamos semanas trabajando y dando lo mejor de nosotros mientras ella…!

—¿Ella? —repite Raven, sin entender nada.

Leo parece dispuesto a protestar otra vez, pero Val se adelanta:

—El Theodore Gale que conocemos no existe. Quien ha estado siempre aquí, ocupando su lugar, al parecer, es su hermana. Dice que se llama Dorothy, pero igual es solo otra mentira más.

Los ojos de todos caen sobre mí y no puedo hacer otra cosa que mirar al suelo, porque no sé cómo enfrentar su enfado. Y, probablemente, su decepción.

Escucho el silencio que viene después. Me acuchilla los oídos.

—Eso… —Leo traga saliva y entiendo que debía de tener otras ideas sobre mí, igual que Valentín, por lo sorprendido que parece—. ¿Es…? ¿Es cierto?

Sí. No. Es cierto que no soy mi hermano, pero no es verdad que todo fuera mentira. Soy real. Todo lo que he hecho lo ha sido, aunque haya sido bajo otra identidad. Quiero decirles que he sido yo la que ha estado conviviendo con ellos, la que ha estado trabajando con ellos. La voz que suena en nuestro debut es la mía.

Pero lo único que puedo decir es:

—Theo murió en un accidente antes de poder hacer la audición. Esto es… lo único que yo podía hacer por él.

Hay varios segundos en los que nadie reacciona. A mí me tiemblan las manos cuando trato de secarme las mejillas.

Quizá debería irme. Quizá debería quitarme de en medio. A lo mejor todavía no es demasiado tarde para arreglar todo esto. Podrían volver a grabar la canción sin mí. Podría decirle a Linda que tengo una

emergencia familiar, que tengo que irme de la ciudad, que…

Y al mismo tiempo, eso no es lo que quiero. Lo que quiero es quedarme aquí. Que lo entiendan. Seguir adelante, incluso si tengo toda la lógica en contra. Quiero…

—¿Y eso te daba derecho a mentirnos? ¿Eso te daba derecho a

utilizarnos? —Alzo la vista hacia Valentín y le veo sonreír, pero es una sonrisa de las que hacen daño, llena de ironía—. Vaya, mira quién sí vendería al resto por un objetivo.

Quiero desaparecer, cuando Val aparta a Leo y da un paso hacia delante.

Quiero que me trague la tierra, pero todo lo que hago es dar un paso atrás.

Mi espalda encuentra la pared, pero él no hace ademán de acercarse más.

—Nunca he querido causaros problemas. Solo quería…

—No quiero escucharlo.

Valentín aprieta los puños, pero no llega a usarlos. En realidad, lo único que hace es darse la vuelta, listo para irse. Yo cierro los ojos con fuerza, sin querer ver ni oír sus pasos alejándose. Todo lo que quiero que haga es que se quede y me escuche. No me atrevo a pedir que me perdone, pero que al menos entienda…

—¡No tenía que haber muerto! —grito, con la voz rota—. ¡Este era su sueño y estaba a un mes de conseguirlo! ¡Y se lo merecía! ¡Trabajaba tanto como podía, con lo poco que tenía! Yo podía hacer que todo lo que él había deseado un día fuera realidad. ¡Podía hacer que la gente lo recordara como él querría haber sido recordado! ¿Qué habrías hecho tú? ¿Qué…?

El portazo al salir del apartamento acalla todas mis palabras.

Raven

La realidad siempre supera a la ficción. Eso es casi lo único en lo que puedo pensar mientras nuestro compañero…, no, nuestra compañera, nos cuenta su historia. Leo le ha puesto una taza con una infusión caliente en las manos y ella mira la superficie del líquido como si

fuera a encontrar la respuesta a todos sus problemas en su reflejo distorsionado. O como si pudiera ver todo lo que ha pasado moviéndose en el poso que deja el té en el fondo, ese extraño cuento de una chica que pierde a su hermano y poco después recibe una llamada con la que puede cumplir el sueño de su mellizo. Un cuento

sobre alguien que renuncia a su identidad para tomar otra y cumplir un sueño que no le pertenece, pero con el que ella misma también ha soñado…

Honestamente, no sé cómo piensa salir de esta.

No sé cómo *vamos* a salir de esta, porque ahora los demás también estamos metidos en ello hasta el fondo, ¿no?

Cuando calla al fin, yo no sé qué decir. Supongo que mi cabeza está demasiado ocupada intentando reconciliarse con la idea de que esta persona es la que ha estado con nosotros durante las últimas semanas, pero al mismo tiempo no es Theodore Gale. Me siento un poco estúpido cuando me doy cuenta de que estoy analizando su forma de hablar, buscando en ella algún cambio respecto a ayer. O estudiando la forma que tiene de sentarse o de moverse, como si hubiera algo en ella que me fuese a decir su género. Pero por supuesto que no. Pienso en la serie en la que participé el año pasado, en la que la protagonista se disfrazaba de caballero para entrar a formar parte de la corte del rey Arturo, pero allí todo estaba exagerado. Las diferencias entre los gestos de los personajes masculinos y femeninos estaban muy marcadas y, en realidad, todo estaba orquestado para que los espectadores nunca olvidaran que Elayne, la protagonista que se escondía tras la identidad de Lancelot, era una mujer.

Leo, al lado de Gale, suspira y le rodea los hombros con un brazo. Es un gesto de cariño que ella acepta de inmediato y él convierte en un abrazo.

—¿Y ahora? —murmura mi compañero de cuarto—. ¿Qué quieres hacer? Nosotros no vamos a decir nada…

Los ojos de Leo encuentran los míos en busca de una confirmación y yo me echo hacia atrás en el sofá.

—Yo no voy a decir nada, no, pero…

Mi mirada va hacia la puerta. Nunca había visto a Val tan enfadado.

Habría salido tras él, pero no parecía que quisiera compañía. No

sonaba para nada como mi enfado de la semana pasada. Y él, al contrario que yo, tiene casa en la ciudad, una que yo no tengo ni idea de dónde está. Si quiere

desaparecer, puede hacerlo.

Gale se estremece entre los brazos de Leo.

—¿Creéis que se lo va a decir a Linda?

—No hará nada que perjudique al grupo.

Pese a todo, estoy de acuerdo con Leo. Si algo nos ha dejado claro ese chico es que está dispuesto a hacer lo que sea por mantener esto a flote. Y

puede que esté enfadado, pero no creo que quiera echarlo todo a perder ahora ni que vaya a hacer nada sin pensar.

—Yo tampoco quería perjudicar a nadie —murmura ella—. De verdad.

Yo no… Realmente quiero que esto… funcione, que salga adelante, yo…

Lo siento. Por haberos engañado. Y por… causaros problemas. —Mira a Leo, casi suplicante—. Gracias por lo de hoy…

—¿Lo de hoy…?

Entiendo a qué se refiere Gale antes incluso de terminar la pregunta.

Recuerdo a Leo preguntándole a Linda por las fotos y la ropa. Recuerdo la forma en la que pidió un lugar para poder cambiarse a solas.

Alzo las cejas. Pensé que todo eso lo había hecho por él, por su timidez natural y su ansiedad, pero quizá no fuera por eso. Me fijo en mi compañero de cuarto, que se remueve en su sitio con cierta incomodidad y parece avergonzado, aunque no deja de abrazar a Gale. Su mirada se cruza con la mía, un poco esquiva.

—No ha sido nada… —murmura.

—¿Qué…? ¿Qué pensabas exactamente? —le pregunta ella—. No era esto, ¿verdad? Pero llevas días pendiente de mí de manera distinta y hoy…

Leo se muerde el piercing, como siempre que está nervioso. La mira y luego me lanza un vistazo a mí de nuevo, dubitativo. Después, suelta a nuestra compañera solo para poder bajar la vista a sus anillos y empezar su juego habitual con ellos.

—Algunas de las cosas que hacías me parecían familiares, pero no me convencí hasta que te he visto hoy, en la sesión… Y, de todos modos, estaba

equivocado.

—¿Familiares? —repito yo, atento.

Leo toma aire con una inspiración profunda y después lo suelta con cuidado.

—Pensaba que Theo era un chico trans. Porque… Bueno, porque yo lo soy.

Abro la boca, pero la cierro casi de inmediato, sin saber muy bien qué palabras usar. No puedo decir que no haya mirado antes a Leo, porque lo he hecho. Montones de veces. Mientras toca el piano. Mientras canta. Mientras baila. Pero normalmente intento ser discreto, porque sé que a él no le gustaría sentirse observado. Hoy, por primera vez, lo hago mientras él es muy consciente y puedo ver cómo se hace pequeño, porque mi mirada no es la única que tiene encima.

—¿Por qué no lo has mencionado nunca…? —pregunta nuestra compañera.

Leo lanza una expresión un poco acusatoria a Gale, como si no se pudiera creer la pregunta.

—Porque no tengo por qué decirlo, en realidad. Al menos yo *sí* soy un chico y no le estoy robando la identidad a nadie.

Dorothy cierra la boca, avergonzada, y murmura una merecida disculpa.

Leo carraspea y vuelve la vista a sus manos.

—Y Linda lo sabe. Me dijo que no pasaba nada. Que me guardaría el secreto…

—¿Eso es lo que tú quieres? ¿Que sea un secreto?

Mi compañero de cuarto traga saliva y me mira de reojo. Creo que me

está evaluando, que está preguntándose qué pienso. Pero yo no tengo nada que pensar sobre esto, ¿no? La verdad es que lo único que se me pasa por la cabeza es que me alegro de saber un poco más de él. De hecho, lo único que me importa ahora es que sepa que no tiene por qué esconderlo si no quiere.

No quiero que piense que tiene que ser un secreto, sobre todo dentro de esta

casa.

—Prefiero que públicamente siga siéndolo, sí.

Tampoco tengo nada que opinar sobre eso, así que solo asiento y le dedico el principio de una sonrisa que intenta llamar a la suya.

—Nuestros labios están sellados, entonces. Aunque no de la manera en la que me gustaría, por desgracia.

Leo enrojece y me tira un cojín como castigo por la infracción de la segunda regla, pero creo que veo el asomo de su sonrisa en la boca. Hasta Gale sonríe, pese a todo, aunque después sacude la cabeza y se echa hacia delante para rodear a mi compañero de cuarto con sus brazos. A mí me gustaría tomar su mano, pero Gale está en el medio y por eso tengo que conformarme con meter, una vez más, las manos en los bolsillos y sentir que me pican por las ganas.

—Gracias por preocuparte —le dice ella—. Incluso cuando no sabías lo que ocurría.

Leo la abraza de vuelta y sus ojos encuentran los míos. Es obvio que todavía está preocupado. Es obvio que no sabe qué va a pasar. Con nosotros. Con nuestro debut. Con esta chica. Ni siquiera sabemos dónde está Val ahora o qué va a hacer, cuando desde el principio él ha sido quien siempre ha tenido soluciones para todo.

Y esta vez, a mí no se me ocurre ninguna broma que lo haga todo más fácil.

Estoy tan perdido como ellos.

Leo

Dottie (ella nos dice que podemos llamarla así) se va a su cuarto no mucho más tarde. Dice que tiene que llamar a una amiga, nos pide disculpas y nos da las gracias otra vez. Raven y yo le damos las buenas

noches antes de dejar que el silencio se instale entre nosotros, sentado justo en el espacio

entre nuestros cuerpos que ella ha dejado tras levantarse. Es un silencio atronador, que me aterra romper, pero hay una pregunta pendiendo entre nosotros que al final alguien tiene que pronunciar:

—¿Y ahora qué?

Raven se echa hacia atrás y mira al techo. Nunca lo había visto dudar, pero está claro que no tiene ni idea de qué deberíamos hacer.

—Yo la arroparía y la llevaría a terapia, porque estoy seguro de que tomar el lugar de tu difunto hermano no es una manera sana de afrontar un duelo, pero supongo que no es eso lo que me estás preguntando.

Si no estuviera tan nervioso, si no estuviéramos hablando de encubrir a una persona que está usurpando la identidad de alguien muerto, quizá me echaría a reír. Ahora, la verdad, solo siento ganas de vomitar.

—Si Emerald se entera…

—Ya, pero ¿crees que puede esconderlo eternamente? Y aunque pudiera… ¿Qué se supone que va a hacer? ¿Renunciar a su vida para vivir la de su hermano?

Suena muy cruel. Suena a vivir en tu propia mentira y olvidarte de quién eres. Pero tampoco parecía dispuesta a rendirse sin más. Me paso la mano por la nuca.

—A lo mejor deberíamos abandonar los demás y tomar la decisión por ella.

Raven hace una mueca.

—Dudo que nuestros contratos sean algo tan fácil de romper como para poder abandonar de la noche a la mañana a una semana de empezar a promocionar nuestro primer single. Pero además… yo no quiero abandonar.

¿Quieres tú?

—No —admito, y me sorprende lo cierto que es—. No quiero que esto se acabe.

Raven me observa durante un par de segundos en los que me siento pequeño y expuesto y entonces se mueve. Lo hace con cuidado, casi como

si temiera asaltar mi espacio personal, pero finalmente se desliza por el sofá hasta el sitio que antes ocupaban Dottie y el silencio. Veo cómo extiende la mano con su palma hacia arriba en un ofrecimiento y yo tengo que contener la sonrisa antes de acariciar las líneas de su futuro con los dedos. Es sorprendente lo fácil que ha sido acostumbrarme a esto, a que de vez en cuando su mano aparezca y se convierta en algo seguro a lo que aferrarse.

Durante un momento nadie dice nada: solo miramos esa unión, que quizá sea tan inesperada para él como para mí. Raven Harris no parece el tipo de persona que le ofrece su mano a cualquiera, ¿verdad? No le he visto hacerlo con los demás, al menos.

—¿Crees que Val estará bien? —pregunto tras un par de segundos, sin apartar la vista de la manera en la que él juega con uno de mis anillos.

—Creo… que es de los que necesitan estar solos para pensar. Pero volverá.

—Parecía muy enfadado…

—Sí, creo que lo estaba. Más que nunca. Pero puedo entenderlo.

Supongo que yo también, aunque yo no estoy enfadado con Dottie. Me da demasiada lástima como para estarlo. Una persona tiene que estar muy desesperada, tiene que sentirse muy perdida y sola, para hacer algo así. Es obvio que su hermano era una parte demasiado importante de su vida. Pero sí, puedo entender por qué Val estaba furioso. Él y Dottie han compartido mucho tiempo juntos y nadie se ha tomado el grupo tan en serio desde el principio como Valentín. Y es obvio que esto lo pone en peligro.

—¿Le esperamos? —sugiero.

Cuando levanto la vista, descubro que Raven tiene sus ojos fijos en mí y el choque hace que me piquen un poco las mejillas, sobre todo cuando él esboza la sonrisa que siempre pone cuando está a punto de romper alguna regla.

—¿Vas a mantenerme despierto hasta que regrese?

—Sí, con un maratón de Netflix —carraspeo—. Te dejo elegir la serie.

Hasta puede ser una en la que salgas tú, haré el sacrificio.

Raven se ríe y se mueve hacia delante para atrapar el mando de la tele.

—Ya lo has dicho, ahora no puedes echarte atrás.

Me fijo en la manera en la que vuelve a acomodarse mientras enciende la televisión, la forma en la que no suelta mi mano en ningún momento. No puedo evitar pensar que sigue siendo exactamente el mismo que hace unas horas. De alguna manera, esperaba una pregunta. Un regreso al tema de mi transición, alguna insinuación sobre las cosas que yo tampoco he contado hasta hoy. Pero él solo calla y eso hace que me sienta un poco extraño y al mismo tiempo, bien. Muy bien. Perfectamente bien.

Aprieto un poco más esa mano a la que me estoy acostumbrando y, aunque dudo, aunque me pregunto si esto es acercarme demasiado, apoyo mi cabeza contra su hombro. Él no protesta: solo aprieta mi mano y me pregunta qué tipo de serie me apetece. Es fácil y cómodo.

Y me hace pensar que no, definitivamente, no quiero que nada de esto se acabe.

20

Dottie

La llamada con Tonya esa noche no ayuda en absoluto. Ella opina que tengo que salir de aquí, pero ya suponía que iba a decirlo. Ella, en realidad, llega a considerar que esto podría ser algo bueno, que quizá como todavía no hemos sacado la canción, nadie se molestará. Pero ambas sabemos que no funciona así. Precisamente porque no hemos sacado nuestro primer single, Emerald todavía no ha recuperado el dinero que ha invertido en nosotros durante todo un mes de alojamiento y tutores personales. Le he estado dando muchas vueltas y no creo que pueda rescindir mi contrato a una semana de lanzarlo todo y esperar que no haya consecuencias de ningún tipo, ni para mí ni para los demás. La gente, de hecho, ya espera mi cara (la cara de mi hermano) en el proyecto que involucra a Leo Stewart y Raven Harris. Hemos jugado demasiado en las redes sociales como para desaparecer sin más explicaciones.

O quizá sí podría hacerlo. Quizá tan solo no quiero, porque no quiero fallar. Quiero que esto salga bien para todos. Todavía podemos hacerlo,

¿verdad? No quiero renunciar. No quiero rendirme, cuando estoy tan cerca…

Son las cuatro de la mañana la última vez que miro el reloj y la cama

vacía al otro lado del cuarto. Supongo que Val no volverá esta noche, igual que no lo hace las noches de nuestros días libres, en los que desaparece por completo. Pero supongo que una parte de mí tiene la esperanza de verlo llegar de vuelta en cualquier momento, aunque sea enfadado.

No sé en qué momento me quedo dormida, pero la siguiente vez que abro los ojos lo hago con la sensación de algo frío cayendo sobre mi cara.

Cuando me incorporo de golpe Valentín está ahí, justo al lado de mi cama.

Nunca me había vaciado el vaso entero por encima. Nunca me había mirado con esa expresión que me hiela hasta los huesos.

—Al salón. Hay reunión.

Su tono es monocorde, inflexible. Es una orden que no admite réplica y que se puntúa con el portazo que da al salir. A mí el corazón se me hunde en el estómago, pero me apresuro a cambiarme porque soy consciente de que no puedo jugármela ni tentar más a mi suerte, que ya es muy precaria.

Debería dar las gracias de que quien me haya despertado así haya sido él en vez del equipo de Emerald tirando mis cosas por la ventana. O los federales leyéndome mis derechos.

Casi espero toparme a Linda sentada en el salón, lista para pedirme explicaciones. En su lugar, me encuentro a un Raven que se ha servido una taza de café y a un Leo que todavía se está espabilando. Valentín ocupa un sillón, con los brazos y las piernas cruzadas, y aunque me mira desde abajo, parece en total control de la situación.

Yo ni siquiera me siento. Me abrazo el estómago y los miro a los tres, sin saber qué esperar.

—Votemos —dice Valentín.

No sé si es una orden o una sugerencia. No sé si me está hablando también a mí.

—¿Qué estamos votando? —pregunta Raven tras beber un sorbo de su taza—. Porque si es para que vuelva el Valentín de siempre, es un sí rotundo. Este me da un poco de miedo, la verdad.

—Sabes perfectamente qué estamos votando. —Aunque no está hablando conmigo, sus ojos no se alejan de mí y yo decido que tengo que sostener esa mirada—. Si se queda o no.

—Val, escucha… —comienzo.

—Tu voto está temporalmente suspendido, por razones obvias.

—¿Es esto una especie de juicio? Porque si es así, estoy segura de que tengo derecho a defenderme —protesto.

—No, yo creo que ya has hablado bastante. ¿Harris?

Su mirada se aparta hacia Raven. Aprieto los labios, pero dejo pasar el desplante y me fijo en nuestro compañero, que hace una mueca de disgusto.

—Estamos a punto de lanzar nuestro adelanto, las redes del grupo ya están abiertas y nuestros seguidores esperan algo la semana que viene. Y si se lo decimos a Linda, esto se acaba. Y yo no quiero que se termine justo antes de empezar. Gale se queda y espero que tú también.

—Si se queda, tengo claro que no voy a perder mi sitio por una mentirosa. ¿Leo?

Los ojos del teclista van de Valentín hasta mí un par de veces.

—Val, esto es…

—No puedes abstenerte: pase lo que pase vas a vivir con las consecuencias, así que al menos que sea porque has participado en la decisión.

Veo el terror en la expresión de Leo y cómo es consciente de golpe de todas las cosas que pueden acabar muy mal. Creo que se estremece. Que duda. Aunque ayer me prometió que no dirían nada, no me extrañaría que se lo pensara.

—Voto para que se quede.

Se me escapa un suspiro justo antes de que Valentín se levante. Espero que vote él también, solo para dejar claro que está en contra, pero

todo lo que dice es:

—Está decidido, entonces.

—Y ahora, ¿puedo hablar? —pregunto.

—No, no creo que sea necesario.

Pero esta vez soy yo la que no está dispuesta a escucharlo. Sé que está enfadado y que tiene derecho a ello, aun así, al menos debería permitirme que dé una explicación, ¿no?

—¡Escúchame! ¿Crees de verdad que he disfrutado algo de esto? ¿Que disfruto mintiendo? ¡A nadie le gusta tener que esconderse, Valentín! Soy la primera que se siente culpable por haberos engañado. ¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo!

—Venga, chicos… —dice Leo poniéndose en pie.

Pero al parecer yo no soy la única a la que Valentín se niega a escuchar, porque hace como si nuestro compañero no existiera. Al menos se digna a encararme cuando da un par de pasos hacia mí, con los ojos entornados y esa expresión que hace que entienda que su calma no era fría hasta ahora, no de verdad. Esto sí lo es.

—Te habría escuchado —me dice—. Si me lo hubieras querido contar, te habría escuchado, pero ayer solo lo admitiste porque te sentiste acorralada,

¿verdad? Y ahora lo único que quieres es salvarte. Quieres que te entendamos y empaticemos contigo porque estás sufriendo. Pero ¿sabes qué? No eres la única.

¿Es así como lo ve? ¿Es así como me ve? ¿Como alguien desesperado?

Lo peor es saber que ni siquiera puedo culparlo. Quizá sí lo soy, después de todo. Quizá no se equivoca en absoluto y soy solo una egoísta. Por eso aprieto la mandíbula, avergonzada y sin argumentos para defenderme. Es cierto, habría llevado este secreto mucho más allá si hubiera podido.

Y al mismo tiempo, si ayer le dije la verdad en vez de inventarme algo más o tan solo dejar que pensase lo que él quisiera, es porque una parte de mí no quería seguir mintiendo. Porque ese chico delante de mí parecía preocupado por lo que me ocurría y yo quise confiar en él, descansar un poco, pedir perdón, seguir adelante pero no tan sola.

Soy yo quien aparta la mirada. Una parte de mí se pregunta si él sufre por algo, si le mueve solo la pasión por la música o él también está intentando sanar alguna herida con todo esto. Pero no creo que vaya a contármelo si se lo pregunto.

Por eso no digo nada. Me marcho de vuelta a nuestro cuarto, pero cuando llego y me refugio en él siento que ha sido arrasado por la tormenta, que ya nunca va a volver a ser igual.

Y no sé cuántos hogares más puedo perder.

Val

Leo me lanza una mirada que no sé si es triste o crítica y se va detrás de Dorothy, llamándola «Dottie» y metiéndose en el cuarto con ella. Muy bien.

Supongo que voy a ser el malo de esta película.

—Val…

No me giro para encarar a Raven. No necesito otra mirada juzgándome como si fuera yo el que está cometiendo errores.

—Si vas a decirme lo insensible que soy, puedes ahorrártelo.

—No, iba a preguntarte qué te hace sufrir a ti. Si me lo quieres contar.

Eso consigue que lo mire. Creo que no había visto a Raven tan serio desde la noche que discutió con Leo. Por un momento, me siento al descubierto bajo sus ojos. Me siento incapaz de dominar mis propias emociones, demasiado expuesto, y eso no me gusta. Si no puedo tener control sobre nada más, al menos debería tenerlo sobre mí y lo que dejo ver.

Aparto la vista, molesto conmigo mismo en esta ocasión por dejar ver demasiado.

—Todos tenemos lo nuestro, ¿no? Solo quería que recordara que no es la única que tiene problemas.

Hago ademán de marcharme, en parte para comenzar con un nuevo día de rutina y en parte porque quiero salir de aquí. Raven, sin embargo, me

corta el paso.

—Escúchame —me pide, y yo respiro hondo pero accedo a atenderlo —.

Lo ha hecho mal. Lo ha hecho fatal. Estamos metidos en un buen lío si la descubren. Entiendo que estés sorprendido y enfadado y, aunque no vayas a admitirlo, un poco asustado.

—Yo no…

—Claro que sí, Valentín, no me jodas. Todos lo estamos. Pero ella, probablemente, la que más. El resto solo nos jugamos un sueño o un trabajo, pero si esto sale mal, ella quizá se está jugando su vida. No podemos dejar…

—Ya lo sé.

Raven suspira, supongo que aliviado de ver que lo entiendo. ¿Realmente pensaban que la iba a delatar? ¿Creen que no he estado toda la noche pensando en las consecuencias? Incluso he buscado en Internet las posibles penas por fraude y usurpación de la identidad, que creo que sería lo mínimo de lo que podrían acusarla. ¿Lo han hecho ellos? ¿Se han parado a pensar en lo grave que es todo esto o solo a escuchar su historia?

—¿Me dejas empezar a trabajar?

—¿Qué habrías votado?

—¿Qué?

—Si Leo o yo hubiéramos votado que no se quedara, si la decisión hubiera dependido de tu voto, ¿qué habrías votado tú?

Raven se hace el tonto a menudo, aunque no creo que lo sea de verdad. A veces es profundamente idiota con la gente a su alrededor y se pasa tanto tiempo bromeando que parece un payaso, pero en realidad es bastante perspicaz. Supongo que tienes que aprender a serlo cuando te mueves en este mundo. Aun así, me molesta que ahora use eso contra mí.

Trato de ignorarlo y pasar de nuevo por su lado, pero él vuelve a cortarme el camino.

—Sabías que no haría falta, ¿verdad? Sabías que ni Leo ni yo íbamos a

darle la espalda y eso cerraba el asunto sin que tú tuvieras que decir

nada al respecto.

Entrecierro los ojos. Tengo que contener las ganas de apartarlo de un empujón.

—Por lo general me pareces bastante molesto, pero hoy estás alcanzando unas cuotas inimaginables hasta para ti y no estoy de humor. Déjame en paz.

Raven esboza una de esas sonrisas suyas.

—Tú nunca estás de humor. ¿Por qué?

—¿Por qué nunca estoy de humor?

—No, eso ya lo sé: porque eres un jefazo de una mafia. ¿Por qué habrías votado por ella?

Dejo escapar un gruñido, pero me rindo. No creo que puedas escapar de Raven Harris si él no quiere dejarte ir.

—Porque no soy un monstruo, Harris. Y porque tienes razón: no tenemos tiempo de evitar el desastre, nos quedaríamos sin grupo, y no puedo dejar que eso pase. Además, Gale ya tiene un perfil con decenas de miles de seguidores que quieren saber qué va a hacer con todos los demás, y eso, de alguna manera, es culpa mía, porque fue idea mía exponernos desde el primer momento.

Raven asiente, pero sigue con los ojos clavados en mí. Por primera vez siento que no soy yo el que lo analiza todo.

—¿Sabes? Empiezo a pensar que todo lo que haces no es solo porque hayas trabajado muy duro para llegar aquí: formar parte de una *boyband* no es el sueño de tu vida y ambos lo sabemos.

Se me escapa una risa que no tiene nada de alegre.

—¿Y cuál es el sueño de mi vida, según tú?

—¿Una casita con una verja blanca con un coche a la entrada, dos hijos y un perro que te trae las zapatillas cuando llegas de trabajar? Yo qué sé.

Dejo los ojos en blanco, pero al menos esta vez no intenta detenerme

cuando paso por su lado, como si supiera que ya ha gastado todos los cartuchos de paciencia que tenía disponibles.

—Es por la pasta, ¿no?

Me quedo quieto, demasiado sorprendido, el instante justo y necesario para que él pueda llegar a pensar que ha dado en el clavo, aunque no creo que sea como se debe de estar imaginando desde su perspectiva de niño rico de Los Ángeles.

Pero tampoco tengo que darle explicaciones. Al menos yo estoy seguro de que lo que estoy haciendo no hará daño a nadie.

CHORUS

I just want somewhere to rest

a safe harbor,

a path to my doorstep.

I just want to find my place,

I just want to be home again.

21

Dottie

Cuando Theo murió, nuestro apartamento se sumió en aquella quietud que aprendí a odiar. La casa era un lugar habitado por su fantasma, triste y solitario. Podía vivir allí, aunque apenas se le pudiera llamar vivir a dejar que los días pasaran. Una vez que todo ha salido a la luz, pasa algo parecido en el piso, con estos tres chicos y un secreto demasiado grande que los primeros días amenaza con ser descubierto entre miradas dubitativas y una tensión que todo el mundo tiene que notar.

La relación que más ha cambiado es, por supuesto, la que tenía con Valentín. Nuestro cuarto se convierte en un campo de batalla, aunque en realidad esa es la sensación general cada vez que coincidimos en cualquier habitación. Es obvio que me odia. Es obvio que ya no me mira como antes, que evita hablarme directamente. Por supuesto, ya no me despierta por las mañanas, ya no escucho más de ese humor ácido que en el fondo me divertía, ya no hay más clases de baile ni encuentro nada que se parezca a una sonrisa en su boca. No me había dado cuenta de lo mucho que nos habíamos acercado hasta que, de pronto, se instala esta distancia entre nosotros, en cada mirada que no nos sostenemos y en cada cosa que dejamos de decirnos. Es horrible

porque ni siquiera estalla. Ni siquiera

volvemos a gritarnos, ni siquiera volvemos a discutir. Solo está, otra vez, el maldito silencio.

Pese a todo, no se puede decir que Valentín no sea profesional. No deja que Linda o nuestros profesores noten que hay un problema entre nosotros y cuando tenemos que hacer cosas en pareja cumple, pero al mismo tiempo no entiendo cómo nadie más se da cuenta de que todo ha cambiado. Yo lo odio.

Y sé que Leo y Raven también, aunque ellos no dicen nada. Ellos, en realidad, intentan mostrarse como siempre e incluso puede que a veces se queden un poco más cerca de mí. Leo de hecho se preocupa por guardarme las espaldas siempre que puede verme en algún mínimo apuro, igual que en la sesión de fotos. Raven, por su parte, ha encontrado una nueva mina de bromas ahora que conoce la situación y sé que no va a parar hasta agotarlas todas, pero considero que aguantarlas es una parte asumible de mi penitencia.

Nada de eso es tan importante como el hecho de que todo continúa su curso. El mundo no se detiene por lo que pasa en nuestro piso, y por eso esta noche Linda está aquí, de pie frente a nosotros, a minutos de que WIZARD sea algo real de una vez por todas. En cuanto llegue la medianoche, el estribillo de *Everything changes* estará en las redes sociales de la banda y será el principio. Ese fragmento será lo que desvele que lo que hemos estado preparando durante semanas es un grupo de música y tiene que funcionar. Tiene que dejar a la gente con ganas de más, de mucho más.

—Una vez hagamos esto, estaréis ahí fuera —nos dice nuestra mánager

—. Seréis oficialmente WIZARD, con un proyecto en desarrollo y un futuro común. Estoy muy orgullosa de todo lo que habéis trabajado hasta el momento, pero esto es solo el principio. ¿Estáis listos?

No. Mis ojos pasan de Linda al reloj (tres minutos, solo tres minutos) y luego a mis compañeros: a Val, que sé que no está tranquilo por la forma en la que juega con el coletero plateado que lleva en la muñeca; a Raven, que

sonríe como un niño que está expectante por recibir sus regalos y a Leo, que está tan nervioso que aparte de jugar con sus anillos empieza a mover la pierna de forma frenética. No parece darse cuenta de ello hasta que Raven le pone la mano en la rodilla.

—Nacimos preparados, ¿no? —dice, con su confianza de siempre.

En este momento mataría por ser como él. Me gustaría tener el poder de sonreír, en vez de estar preguntándome cómo vamos a superar a los Flying Monkeys. Porque no es solo que nos lleven ventaja: han puesto ya sobre la mesa una serie de metas que tenemos que alcanzar. Si queremos triunfar debemos tener al menos tantas visualizaciones como ellos en las primeras 24 horas o quedarnos cerca para que se vea que podemos presentar batalla.

Si queremos que Emerald nos tenga en cuenta, la gente tiene que esperar nuestra primera canción con tantas ganas como esperaron la suya.

Son los tres minutos más largos de toda mi vida. Son los tres minutos más tensos. Val, Raven y Linda tienen los móviles, como yo, en la mano.

Leo simplemente mira el reloj. Ya nos ha avisado de que no piensa leer los comentarios. Que lo compartirá en sus redes como está acordado, pero nada más.

—Y… ya.

No sé lo que espero que pase. No sé de qué forma creo que un fragmento de vídeo y música nos puede cambiar la vida, pero supongo que estaba aguardando algo. La realidad es mucho más decepcionante y, al mismo tiempo, no. Porque puede que sigamos siendo solo nosotros en este salón, pero también estamos ahí, al alcance de la mano de quien quiera vernos.

Estudio el vídeo en silencio, aunque ya lo habíamos visto antes: me fijo en la forma en la que la cámara presenta nuestras caras en primer plano, la sincronización en el baile que esperamos que se haga viral, lo bien que parecemos estar pasándonoslo. Porque lo estábamos haciendo, el día que lo grabamos. Justo horas antes de que…

Intento no pensarlo. Al mismo tiempo, no tengo la sensación de que yo

sea ese Theo que aparece ahí, sonriente. Es como si, en realidad, todo estuviera pasándole a otra persona, como si esta vida no me perteneciese.

Raven le sonríe a su móvil, aunque pierde la atención al notar cómo un pálido Leo toma la mano sobre su rodilla y la aprieta. En los

últimos días es habitual verlos así. Mientras Valentín y yo nos alejamos, ellos se acercan cada vez más. No puedo evitar mirar a mi compañero de cuarto, solo para descubrir que él los está mirando a ellos. Me pregunto si ve lo mismo que yo, el mundo que crean entre los dos y al que se van de la mano. Me pregunto qué piensa al respecto y si cree que nosotros pudimos tener eso también pero ya no.

Sus ojos oscuros pasan de nuestros compañeros a Linda, que mueve frenéticamente los dedos encima del teclado, y luego acaban en mí. Yo contengo la respiración cuando nuestras miradas se cruzan. Esto es algo que sí que ha seguido ocurriendo: a veces chocamos, y no tengo nunca claro si es por casualidad o porque en el fondo nos buscamos en un intento de volver a encontrarnos en un lugar en el que no haya solo silencio. Siempre suelo ser yo la que aparta la vista de inmediato…, pero hoy no lo hago. Hoy respiro hondo y me planto y, aunque gano yo porque esta vez es él quien vuelve los ojos hacia Linda tras tres agónicos latidos, no me siento victoriosa.

—¿Y ahora qué? —le pregunta a nuestra mánager.

Ella baja el teléfono y nos mira uno por uno.

—Ahora esperamos. Hasta mañana no podremos saber nada y no merece la pena preocuparse. Estoy segura de que irá bien.

Supongo que no se podía esperar de Linda otra cosa que no fuera que se mantuviera tan positiva como siempre. La vemos hacer un gesto hacia un cofre que dejó sobre la mesa del salón nada más entrar por la puerta.

—Lo primero que vamos a hacer ahora es guardar los móviles: nunca permito que mis estrellas se obsesionen con las cifras. Deberíais disfrutar de que se haya publicado el vídeo y celebrarlo, así que vais a dejar los

teléfonos ahí dentro y vamos a salir a cenar. —Saca una llave pequeña del bolsillo de su chaqueta y nos la enseña—. Os los devolveré mañana.

Creo que nunca había visto a Leo moverse tan rápido como cuando tira el móvil en el cofre. Veo a Raven hacer un mohín, no sé si porque le impidan llenarse el ego con los comentarios o porque Leo se separa de él, pero también obedece.

—Cuando hablamos de cena —dice—. ¿Es de las que incluye alcohol?

—¿Sabes que ninguno tenéis edad para beber? —le recuerda Linda.

—Ya… La verdad es que he hecho muchas cosas en mi vida sin tener la edad, pero aquí estoy, siendo un adulto funcional.

—¿Cuándo has sido tú un adulto funcional? —me burlo, mientras dejo mi móvil con los suyos.

Raven sonríe y abre la boca para responderme, pero Val lo interrumpe:

—Necesito hacer una llamada antes de dejar el móvil.

—Claro —sonríe Linda—. Pero nada de entrar en redes.

Es inevitable que mis ojos lo sigan, mientras se aleja para encerrarse en nuestra habitación. Vuelve un par de minutos después y yo me pregunto a quién tiene que llamar y si será a la misma persona a la que siempre escribe antes de acostarse. Cuando deja su móvil con el resto, Linda le da la vuelta a la llave en la cerradura de la caja de forma solemne.

Supongo que mañana sabremos qué es lo que pasa con nosotros. Pero por esta noche, al menos, se nos permite seguir soñando con lo que podría ocurrir.

Val

Al parecer, soy padre de tres adolescentes que no saben beber. Al menos así es como me siento cuando volvemos al apartamento, después de una cena en el reservado de un restaurante carísimo en el que yo ni habría soñado jamás entrar, algo que ha resultado ser… sorprendentemente fácil.

Relajante, incluso. No estaba muy convencido de la idea de Linda de quitarnos los móviles y sacarnos de casa para que no pensáramos en que, ahí fuera, el mundo está juzgándonos por 15 segundos de vídeo y audio, pero funciona. Nuestra mánager nos ha hecho unas fotos para enviárselas al equipo de redes y que la gente viera que habíamos salido a celebrar el nacimiento oficial del grupo, pero eso ha sido todo. El resto ha sido como un premio por todo el esfuerzo. Y el alcohol ha ayudado.

Porque por supuesto que ha habido alcohol, aunque Linda se hiciera la dura al principio. Lamentablemente, creo que soy el único que sabe gestionarlo. Raven está incluso más desinhibido que de costumbre, lo

cual ya era complicado, y Leo ha bebido tanto por culpa de los nervios que apenas puede caminar en línea recta.

Con respecto a Dorothy… Bueno, a ella todo parece resultarle muy divertido de repente, porque no deja de lanzar risitas por cualquier tontería.

Raven se deja caer tirado en el sofá con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vamos a ser los reyes del pop! ¡No! ¡Del mundo!

Tanto Leo como Dorothy levantan los brazos y lo corean y yo me llevo la mano a la cara.

—Espero que sepáis que mañana los horarios no cambian —les advierto.

—¡Vive un poco, *Valboy*! ¡Disfruta por una vez en tu vida! —replica Raven.

—¡Eso! —apoya Dorothy. Me fijo en ella con los brazos cruzados sobre el pecho y las cejas alzadas, sin creerme que se atreva a dirigirse a mí de esa manera—. ¡Vive un poco! ¡Y deja de mirarme así! ¡Soy tu compi de cuarto!

Por Dios. Dejo los ojos en blanco y aprieto los labios porque no, no quiero sonreír. No se lo merece. Además, está borracha. Mañana ni se va a acordar de esto.

—Dormir… —dice Leo, que se ha dejado caer en uno de los sillones y, de pronto, empieza a levantarse la camiseta.

—Creo que preferirías cambiarte en tu cuarto, Leo. Mañana puedes

arrepentirte de haberte desnudado delante de los demás.

Él me mira con los ojos muy abiertos, como si no entendiera nada de lo que estoy diciendo, pero no me pasa desapercibida la mirada que le lanza Raven.

—No, no, nadie va a arrepentirse… Por favor, Leo, procede…

Le doy una colleja a Harris y Dorothy se parte de la risa. No puedo evitar volver a mirarla de reojo. La manera en la que suena su risa me hace muy consciente, de pronto, de todos los días que no la he escuchado. Y supongo que en parte eso es mi culpa, ¿no? Porque estoy siendo bastante duro con ella. Porque no hablamos, ni bromeamos, ni

discutimos, ni nada de nada.

No, no quiero pensar en esto. En ella. Siento que llevo días sin hacer otra cosa y lo odio.

Me giro hacia Raven, que se está frotando la nuca mientras gimotea.

—Te veo con demasiada energía. ¿Por qué no te pones a practicar la coreografía para que se te pase, eh?

Leo suelta una risita, aunque al menos ha dejado su camiseta quieta.

—Si Raven baila, yo quiero mirar.

Dorothy suelta una carcajada otra vez y Raven levanta la cabeza como un lobo que ve pasar a su presa por delante.

—Ah, ¿sí? —dice, muy interesado. Y, acto seguido, gimotea cuando le doy otra colleja—. ¿Y esta por qué?

—Por prevención, para que no se te pasen ideas extrañas por la cabeza.

Leo, deberías darte una ducha para relajarte antes de dormir.

—Yo puedo ayudarle con la ducha si quie… ¡Vale, vale! ¡No he dicho nada, baja esa mano! ¡Me voy a bailar!

Y se va, de hecho, pero con un contoneo de caderas exagerado y mirando por encima de su hombro para ver si, por casualidad, Leo lo está siguiendo con la mirada. Y lo peor es que sí que lo está haciendo.

—Mañana vas a sentirte muy avergonzado —le advierto a Leo, mientras tiro de él y le ayudo a levantarse del sillón.

Él se tambalea, pero me sonríe.

—Raven es muy guapo, ¿verdad?

—Por Dios —resoplo. No, me niego a pensar que le guste. Ya tenemos suficientes problemas—. Venga, a la cama. Ni ducha ni nada.

Leo se deja llevar mientras continúa balbuceando cosas sin sentido sobre Raven, como lo suaves que son sus manos o lo bonitos que son sus rizos y lo mucho que le hace reír. Prefiero fingir que Stewart es una de esas personas que quieren mucho a la gente cuando se emborrachan.

Cuando lo suelto sobre su cama, se ríe porque rebota en el colchón. Lo pierdo de vista dos segundos para llenar un vaso de agua en su baño y, cuando vuelvo, me lo encuentro tumbado en cama, dando vueltas en ella como un niño de tres años.

—Bebe todo lo que puedas esta noche o mañana no vas a soportar la resaca.

Leo deja escapar una risita y se incorpora para coger el vaso y darle un gran trago.

—Deberías darle uno también a Dottie —señala—. O mañana no va a poder bailar. Y si no puede bailar, te enfadarás con ella. Más. Deberías dejar de enfadarte con ella, ¿sabes? O enfadarte como te enfadabas antes, o sea, sin enfadarte de verdad. Así era mejor.

Decido que el Leo borracho no me gusta. No quiero saber lo que está pensando, lo que quizá lleva pensando todos estos días.

—Antes era diferente.

—A lo mejor… ¡Pero ella era la misma!

¿Lo era? No lo sé. Supongo que sí. Desde luego, sigue siendo la persona de aquella primera audición. Sigue costándome no mirarla cuando canta, porque sigue haciéndolo como si te quisiera regalar una parte de todo lo que es. Es ridículo que siempre haya pensado en ella como alguien que se abría en canal al hacer música y, sin embargo, estuviera tan escondida detrás de ella.

Pero lo cierto es que en los últimos días no ha habido demasiadas diferencias con la persona que ya conocíamos, al margen de su nombre y que ahora, a veces, deja que su cuerpo se vea más, cuando estamos los cuatro y siente que no tiene que ocultarse tanto. Eso precisamente es lo que veo cuando vuelvo a nuestra habitación un rato más tarde. Aunque esperaba encontrarla ya dormida, Dorothy está sentada en el suelo, con el pelo mojado de la ducha y vestida solo con una camiseta grande que deja a la vista sus piernas. Está encogida sobre sí misma, escribiendo en un cuaderno con la expresión muy concentrada. ¿Es de esos artistas a los que el alcohol les parece una fuente de inspiración? Nunca lo habría dicho, claro que tampoco habría dicho jamás que pudiera ser una chica o que estuviera lidiando con el duelo de un ser querido.

No preguntes. No te importa. Es mejor dejar las cosas como están…

Pero puede que el alcohol también me haya afectado un poco a mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Dorothy se sobresalta y alza la vista antes de esbozar una sonrisa orgullosa que me coge por sorpresa.

—Hacer las paces.

—¿Qué?

—Las paces. Porque estás enfadado conmigo.

Dejo los ojos en blanco.

—Sé lo que significa «hacer las paces», lo que no entiendo es qué se supone que estás escribiendo para que mágicamente vaya a dejar de estar enfadado.

Dorothy se encoge de hombros.

—Una canción. Eso siempre funciona. —Su mirada vuelve al cuaderno que tiene sobre sus piernas recogidas—. Siempre que Theo metía la pata y me hacía enfadar, escribía una canción. Todo el mundo sabe que no puedes seguir enfadado si te escriben una canción.

Quiero decirle que eso es estúpido, que no va a ablandarme así de fácil.

Quiero decirle que sigo decepcionado y frustrado, que me asusta lo que vaya a pasar a partir de ahora, que me siento culpable porque no la escuché cuando lancé su rostro a las redes, que me siento un idiota por no haber visto que pasaba algo y por haberme equivocado tantísimo cuando por fin entendí que había algo extraño en su comportamiento.

Lo que hago, sin embargo, es respirar hondo y acercarme. Me dejo caer sentado frente a ella y la observo, como si de pronto fuera a ver diferencias en las que no había reparado hasta el momento. Pero no, aparte de las piernas desnudas a las que no quiero mirar y la ligerísima curva en el pecho en la que definitivamente tampoco voy a fijarme, no hay nada distinto con respecto a la persona con la que había estado conviviendo un mes. La de los gruñidos al despertarse y la lengua afilada, la de la torpeza al bailar y la voz desgarradora.

¿Cuántas de las cosas que sé de ella le pertenecen a su hermano en

realidad, aparte del nombre y su guitarra?

—La canción, *Over the rainbow*, no es tuya, ¿verdad?

Dorothy hace un mohín y levanta la vista hacia mí. Ahí está. La tristeza que a veces encuentro en ella cuando canta y que en los últimos días ha cobrado sentido.

—No, fue… la última que escribió él.

Por eso le afectó tanto que no la seleccionaran. Por eso es tan importante para ella.

—Pero ¿tú también compones? —pregunto, y hago un ademán hacia el cuaderno.

—No mucho —responde ella, antes de bajar la vista hacia las líneas tachadas y mal escritas—. No como él. Él… era mejor. Pero supongo que tendrás que conformarte conmigo.

Me pregunto si es así como se siente: como la copia mala de ese chico que murió. No creo que lo sea. Tampoco creo que sea algo con lo que *conformarse*.

Debería dejar esta conversación. Debería irme a la cama.

—¿Crees que estaría feliz? —pregunto, sin embargo—. Theodore. Si fuera él quien estuviera aquí hoy, en el grupo…

Dorothy se queda muy callada y me pregunto si eso ha sido demasiado.

Estoy a punto de pedir perdón por la pregunta cuando ella clava sus ojos en los míos. La sonrisa que esboza entonces no tiene nada que ver con el alcohol, porque es tan triste como lo que se esconde detrás de sus ojos.

—Sí. Mucho. Creo que Raven y él habrían sido muy buenos amigos, que habrían provocado el caos juntos. Le habría encantado componer canciones con Leo, pero a Leo le habría puesto nervioso. Y a ti…, a ti te habría sacado de quicio más incluso que yo, porque él sí que era un desastre.

Eso no suena a ella. Suena, de hecho, a que eran personas bastante diferentes.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Tú estás feliz de estar aquí?

Su expresión cambia y reconozco en ella el dolor. La pena. La culpa.

Quiero borrar la pregunta. Quiero volver atrás, puede que al principio de esta conversación o incluso al día en el que lo descubrí todo y las cosas se torcieron.

—Soy horrible, ¿verdad?

Y ya está. Ese es el momento en el que el último latigazo de enfado al que me estaba aferrando se esfuma por completo. No puedo seguir fingiendo que no la entiendo, porque sí que lo hago, quizá demasiado. A veces yo también sé lo que es la culpa por seguir viviendo.

Antes de que pueda pensar qué estoy haciendo, ya he levantado la mano para acariciar el borde de uno de sus ojos, donde una lágrima amenaza con descolgarse.

—No, no eres horrible. No conocí a tu hermano, pero imagino que te quería tanto como tú pareces quererlo a él, hasta el punto de hacer esta locura que has hecho. Y si era así, estoy seguro de que él solo habría querido que fueras feliz.

Su mandíbula se aprieta y creo que va a romper a llorar. Creo que toda ella se convertirá en pedazos y yo no sabré cómo recoger el desastre que dejará en la habitación.

—A veces creo que no tenía que haber sido él. Que si uno de los dos tenía que irse…

—¿Le desearías a él el dolor que estás sintiendo tú después de haberlo perdido?

Dorothy baja la vista, con un sollozo atrapado en su garganta.

—Él tenía un futuro justo aquí.

—No lo sabes. Quien cantó aquel día en la audición no fue él. —Mis dedos rozan su mentón para que su mirada vuelva a la mía—. Fuiste tú.

Siempre fuiste tú.

Se lo digo a ella, pero creo que también me lo estoy diciendo a mí mismo. Creo que me estoy llamando estúpido por haberla considerado una mentirosa, cuando es imposible que mintiera en todo, que fingiera en todo.

Ella toma aire de manera entrecortada, con las pupilas brillantes y sus labios mojados por las lágrimas que llegan hasta ellos. Intento limpiarlas.

Intento borrar de su rostro todo ese llanto que a los dos se nos está escurriendo entre los dedos. Nunca había tocado su cara hasta ahora, pero es suave, y ella parece exponerla para mí cuando cierra los ojos y se deja acariciar.

—Está bien, ¿de acuerdo? —le susurro—. Si crees que tienes que hacerte pasar por él, aprovechar su oportunidad, lo que sea que te hayas dicho y que al final ha sido lo que ha hecho que acabes aquí. Está bien. Pero sigues siendo tú. Y no sé cómo era él, no sé si era un genio o no, pero creo…, creo que Dorothy Gale también es algo bastante impresionante que ser.

En sus ojos parece desatarse otra tormenta cuando chocan con los míos.

—Pero te mentí. Estás enfadado conmigo…

—Sí, me mentiste —suspiro—. Nos mentiste a todos. Y sigo pensando que nos pones en riesgo. Pero…, pero también sigo creyendo que este

grupo no tendría tanto sentido si no hubieran cogido a la persona que estuvo esa tarde en aquella audición.

Quizá eso ha sido lo más frustrante de estos días: admitir que lo que yo quería era que fuera todo un poco más fácil, que el chico que vi aquella tarde no tuviera secretos y que ya era incapaz de imaginarme sacando este grupo adelante sin esa voz que me dejó clavado en el sitio desde que la escuché por primera vez.

No quiero que nadie nos quite esa voz. No quiero que nadie nos quite a Dorothy Gale.

Y ella no parece querer irse a ninguna parte porque, de hecho, de la manera más inesperada, me abraza. Es como saltarse un paso en una coreografía, como tropezar sin querer en medio de una nota, como sentir miedo escénico por primera vez. Al principio me quedo paralizado, sin saber qué hacer e intentando comprender la situación mientras su cuerpo tiembla contra el mío. Sus lágrimas son cálidas contra mi cuello, cuando esconde su rostro ahí.

Pero tras tropezar en una coreografía, lo normal es enmendar el error con el siguiente paso. No puedes quedarte paralizado para siempre.

Por eso yo tampoco lo hago en ese momento, porque sé seguir esta melodía, aunque sea improvisando.

Cuando la rodeo con mis brazos, cuando la estrecho para que sienta que al menos puede descansar dos minutos en algún lado, descubro que su cuerpo es pequeño, lleno de curvas y ángulos, y yo pienso, de la manera más estúpida, que encaja.

En este grupo. En este cuarto. En este abrazo.

Dorothy Gale encaja aquí.

22

Dottie

Mi primer pensamiento a la mañana siguiente es que no echaba de menos que Valentín me despertase. Desde luego no añoraba que me salpicase con agua, aunque en esta ocasión tiene la decencia de no tirarme medio vaso por encima: hoy son solo unas gotitas frías que se me escurren por la mejilla y me hacen abrir los ojos con una queja. La luz de la mañana es demasiado brillante y yo trato de cubrirme la cabeza con las sábanas, pero mi compañero de cuarto decide retirarlas sin ningún tipo de consideración.

—Ni se te ocurra. Más vale que te levantes.

El vaso en su mano es una amenaza, así que, aunque dejo escapar un gemido de protesta, me paso las manos por la cara y me incorporo. Él me enseña el envoltorio de una pastilla antes de dejar ambas cosas sobre la cómoda entre nuestras camas.

—No voy a perdonaros por tener resaca. Con suerte esto os enseñará a beber.

Valentín se marcha después de otra mirada de advertencia. El dolor de cabeza no me preocupa demasiado, no es más que una punzada suave, pero me trago la medicación casi sin pensar. El alcohol sigue habiendo merecido la pena. Y ver a Leo haciendo cosas que sé que hoy va a lamentar. Y…

Siento que me ruborizo incluso antes de recordar que le dije a Valentín que le estaba escribiendo una canción para que me perdonara. Antes de recordar todo lo que le confesé, sobre Theo, sobre mí. Antes de recordar que le abracé y que él me abrazó, y que estaba muy bien ahí, entre sus brazos, cálida y segura y… Y nada más. No

recuerdo nada más. Solo la sensación de ser levantada del suelo y…

Dios, ¿de cuántas formas puedes hacer el ridículo, Dorothy?

Aunque ¿significa eso que estoy perdonada? Su actitud esta mañana no ha sido como la de días anteriores. Y cuando salgo de mi cuarto y me acerco a la isla de la cocina, donde ya están todos los demás sentados, él me dedica una mirada de reojo mientras hace una señal hacia una taza de té ya preparada, justo a su lado. Trago saliva, sin saber qué decir, sin saber qué hacer aparte de sentarme y tomar la bebida mientras lo miro de reojo. Tengo ganas de decir algo, de preguntarle si está todo bien, pero nuestros compañeros están delante, aunque parece que también se están recuperando de la noche anterior.

—Nunca más volveré a beber —gimotea Leo, con la cabeza entre los brazos.

—¿Lo dices por la resaca o porque te desinhibes lo suficiente como para confesar que te gusta mirar cuando bailo? —pregunta Raven. A él, aunque se le nota el cansancio, lo veo bastante entero. De hecho, parece muy satisfecho.

Leo levanta la cabeza y lo mira con los ojos muy abiertos.

—No recuerdo… Yo no he…

—Oh, sí que lo has hecho —apostilla Valentín—. Justo después de intentar quitarte la camiseta, que es algo que nunca pensé que te vería hacer.

Pero tranquilo. Al menos a ti no te he encontrado dormido en la sala de baile.

—Algo que no tiene nada de malo —se defiende Raven—. El suelo estaba fresco y era justo lo que necesitaba.

—¿En serio? —pregunto, y no puedo evitar sentir ganas de reír. Raven se encoge de hombros como si no se arrepintiera de nada.

—Tal vez deberíamos añadir la regla de que nadie beba a partir de ahora

—interviene nuestro líder no oficial—. Sobre todo, en público. Y sobre todo cuando, al parecer, se os suelta tanto la lengua y hay secretos que deberíamos proteger.

No me pasa desapercibida la mirada que me lanza. Siento como se me encienden las mejillas.

—No recuerdo haberle dicho anoche a nadie que soy una chica.

—Pero se te podría haber escapado. El alcohol hace que se pierda el control.

—Sabes que es imposible mantener el control todo el tiempo, ¿verdad?

Incluso sin alcohol de por medio.

Valentín alza las cejas, desafiante.

—Yo soy capaz.

Me muerdo la lengua para no recordarle que, de hecho, hace unos días él mismo perdió los nervios y me gritó, porque, la verdad, no quiero que vuelva a enfadarse conmigo cuando supongo que hemos hecho las paces.

Por suerte o desgracia para mí, Raven también tiene opiniones:

—¿Os habéis liado?

La pregunta es tan directa, en comparación con sus insinuaciones de siempre, que casi me vacío la taza por encima.

—¿Qué? ¡No!

Valentín ha arrugado la nariz, como si fuera algo muy desagradable que imaginar. Siempre parece tener un don para insultarme, pero hoy lo consigue incluso sin decir una sola palabra.

Leo también está mirándonos con fijeza por encima de su taza, probablemente agradeciendo que la atención haya pasado de él a nosotros, aunque espero que él no tenga las mismas ideas absurdas que su compañero de cuarto. Raven continúa con su hipótesis:

—Volvéis a hablaros más o menos normal, así que a lo mejor habíais tenido una noche apasionada de las que solucionan todos los males.

Una parte de mí cree que nuestro compañero sigue borracho, porque estoy segura de que nadie podría relacionar las palabras «noche apasionada» y «Valentín Ramos» en la misma frase. Otra parte de mí, la parte que lo ha visto bailar… No. Claramente esa parte sigue

borracha.

—Nadie va a pasar una noche apasionada con ningún otro miembro de la banda —señala Val—. Eso podría traernos más problemas y ya tenemos suficientes. Y sí, os lo estoy avisando a vosotros.

—¿¿¿Qué estás insinuando??? —exclama Leo, que enrojece hasta las orejas.

—Protesto. ¿Es que nadie piensa en cómo alimentar los *ships* de la gente? —interviene Raven.

—En realidad, nadie debería tener noches apasionadas con nadie, ni de la banda ni de fuera —añado yo—. Estoy segura de que Linda dijo algo al respecto…

Raven está dispuesto a volver a protestar, pero la puerta de entrada se abre justo en ese momento y nuestra mánager aparece como si la hubiera convocado. Parece más radiante que de costumbre, con una gran sonrisa en la cara.

—Buenos días, queridos —canturrea, y Leo deja escapar un gimoteo porque su tono agudo es demasiado para su resaca—. ¿Habéis dormido bien?

Nadie le responde mientras la vemos sacar la llave del cofre de su bolso.

De pronto, somos conscientes de que desde anoche estamos ahí fuera, de que la gente ha tenido horas para hablar de nosotros, bien o mal. Todos queremos comparar lo que hemos logrado con lo que lograron los Flying en su primera noche. Y, desde luego, todos queremos saber qué opina Linda de los resultados. Pero a la hora de la verdad, nadie se atreve a moverse.

Leo se toma su tila de un trago, Raven no le quita de encima el ojo a

Linda e incluso Val titubea.

—¿Queremos verlo? —pregunto. Siento el pulso fuerte contra mi pecho

—. ¿Ha ido bien?

Linda sonríe al ver nuestra parálisis, como si le pareciese que somos adorables.

—Yo creo que sí queréis verlo. Todo el mundo está hablando de vosotros, chicos. Felicidades. WIZARD ha empezado a hacer su magia.

VERSE 2

There's a star shining somewhere.

I can see it just from here.

It's bright,

it's warm,

it burns me.

Don't I deserve a chance?

Don't I deserve to take the risk and jump?

Los príncipes de Emerald Music

Las nuevas caras bonitas

de la industria musical

BETSY BOBBIN

Música / Internacional

uando un nuevo grupo aparece en el mercado, resulta muy difícil saber cuánto durará en él. Algunos tienen un solo éxito antes de disolverse, otros viven de forma breve pero muy intensa. Y otros (los menos) están destinados a quedarse durante más tiempo, a hacerse un sitio en la industria y demostrar que son algo más que una banda de adolescentes guapos que aciertan con las notas correctas cuando se lo dicen. Pero el éxito, como con los solistas, es impredecible, sobre todo en un mundo en el que cada vez pasamos más rápido a otra cosa y donde la música también se ha adaptado al modelo de viralización que tiene todo lo demás en nuestra vida: si los quince segundos de estribillo que podemos escuchar no nos enganchan, es extraño que le demos otra oportunidad.

Emerald sabe eso. La empresa líder en el mercado sabe cómo funciona la gente y cómo funciona la música y, por supuesto, lo ha vuelto a demostrar.

Puede que nadie le arrebate la corona a Ozma como la reina absoluta de las

listas de éxitos, pero parece que las últimas semanas Emerald ha decidido traernos a unos buenos candidatos a príncipes que van a quedarse muy cerca de ella.

Si no habéis estado debajo de una piedra, seguro que ya los habéis escuchado. Puede que ya hayáis elegido a vuestro favorito, incluso, porque casi parece que se esté preparando una batalla. A un lado del ring tenemos a los Flying Monkeys, una banda que nació con unos amigos ensayando en un garaje y obtuvo una audiencia gracias a Internet. Jackson, Jarrod, Kevin y Jun se conocen desde que tienen memoria, pero nadie diría que el cantante principal, Niko, no estaba en el grupo desde sus comienzos, porque su química es perfecta. Con un ritmo fuerte e intenso, un poco gamberro, que ha llevado su primer sencillo a lo más alto de las listas, los Flying Monkeys resultan frescos e innovadores y toda una promesa de rebeldía para una generación que no se contenta con las normas establecidas.

Raven, Gale, Val y Leo (de izq. a dcha.): los miembros de WIZARD, en una imagen promocional | Fuente: **Emerald Music Entertainment**

Aunque si hablamos de química instantánea, no cabe duda de que son los WIZARD los que tienen todas las de ganar: Raven, Leo, Val y Gale no se conocían de nada hasta que una de las mánagers de Emerald los fichó y los lanzó a convivir. Y puede que fueran unos desconocidos hace dos meses,

pero ha quedado claro que ya no lo son: un vistazo a una de las entrevistas que han estado haciendo la semana del lanzamiento de su debut ha sido suficiente para saber que estos chicos van a dar mucho que hablar. Quizá el sonido de su single, *Everything Changes*, es más convencional, pero no por ello aburrido, y prueba de ello es la viralización absoluta que consiguieron en las redes sociales antes incluso del lanzamiento del sencillo entero. Eso, sumado a una actitud desenfadada y natural, una apuesta por el espectáculo mayor que la que ofrecen sus compañeros de sello y un grupo de voces diversas y bien cohesionadas, hacen del grupo una promesa que nos lleva a preguntarnos hasta dónde van a poder llegar más allá de ese primer éxito.

Los aspirantes a príncipes que nos ofrece Emerald parecen haber llegado a la industria para dar mucho que hablar, pero ¿conseguirán ser coronados o se quedarán en un cuento que alguien quiso contar una vez? Solo el tiempo nos lo dirá.

23

Dottie

Theo tenía esa fantasía de que nuestra primera canción lo cambiaría todo.

De pronto, suponíamos, la gente nos reconocería. Sabrían nuestros nombres, veríamos nuestras caras en todas partes. Nos escucharíamos, cuando encendiésemos la radio, y firmaríamos autógrafos y sonreiríamos para fotografías en alfombras rojas o en la calle, donde pararse supondría acabar rodeados de gente que nos pediría que cantásemos, que lloraría con la simple posibilidad de estirar la mano y tocarnos.

Cuando Theo soñaba, por supuesto, lo hacía a lo grande. Y yo, de alguna manera, me dejaba arrastrar. Respondía a sus supuestos con otros más grandes, más exagerados, pero supongo que una parte de mí no lo creía.

Que veíamos los documentales de grandes estrellas, de grupos famosos, y mientras él se podía ver en sus lugares, yo bromeaba y me veía más como una de esas fans que estaban ahí, entre el público. Nunca se lo dije, pero a Theo le encantaba regodearse cuando tenía razón así que eso hace ese fantasma que tiene su voz dentro de mi

cabeza cuando, efectivamente, la primera canción lo cambia todo. Cuando empieza a pronunciarse WIZARD

en todos lados. Cuando empiezan las entrevistas, las sesiones de fotos (que sigo aborreciendo), las actuaciones en programas. Cuando hay periodistas

que están en la puerta de allá a donde vayamos, esperando. Cuando hay *fans*.

Hasta ahora, teníamos constancia de que había gente que seguía nuestros movimientos porque podíamos verlo en redes sociales, pero de pronto esas personas tienen cara. La primera vez que salimos de una entrevista en directo para un programa de televisión las encontramos ahí, en la calle, al otro lado de una verja. No es un grupo demasiado grande, hay como mucho unas treinta personas, pero gritan nuestros nombres, nos piden autógrafos y nos enfocan en todo momento con sus móviles. Linda nos dice que podemos acercarnos, que no tiene nada de malo que cojamos las flores y las cartas y los peluches que nos ofrecen y firmemos un par de autógrafos, aunque Leo no parece muy seguro y yo estoy tan deslumbrada que apenas podría reaccionar si Val no me pusiese una mano en la espalda y me instase a avanzar. Raven, por su parte, está encantado con la atención, con que alguien le ría los chistes y grite cuando guiña un ojo.

—Os acostumbraréis —nos dice nuestra mánager cuando estamos de vuelta en la furgoneta amarilla, al ver la cara de Leo, que parece sobrecargado de tanta emoción. Yo no me siento mucho mejor.

—Al final acaba formando parte de tu día a día —confirma Raven, creo que en un intento de animar a su compañero de cuarto.

Pero no es cierto. Durante los días siguientes, yo no me acostumbro.

Supongo que aprendo a enfrentarme a ello, que se hace un poco más gestionable, pero eso no significa que pierda la novedad o no resulte abrumador. No te acostumbras a que hablen de ti o a que griten tu nombre hasta desgañitarse ni a que lloren porque les has firmado en el brazo porque no tenían papel. No te acostumbras a que alguien quiera una foto contigo o a leer las cartas que te dan, en donde te confiesan que esa canción que has sacado se ha convertido en un salvavidas o en una obsesión que escuchan a diario.

Aunque supongo que no somos los únicos que estamos viviendo todo

esto. Poco después de sacar nuestro primer single, cuando todavía

estamos en el número uno, los Flying Monkeys contraatacan con su segunda canción, que engancha a más gente todavía que la primera. Y no es para menos: *In your dreams* es gamberra y muy pegadiza. Es cuestión de tiempo que la gente empiece a usarla como audio en TikTok para hablar de sus ex o de antiguas amistades tóxicas.

A mí se me mete en la cabeza y acabo tarareándola durante todo el fin de semana, para la exasperación de Valentín, que creo que solo está molesto porque sabe que es una muy buena canción y a él no se le olvida nunca que esto es en parte una competición. A veces lo veo cotilleando las redes de nuestros contrincantes, leyendo sus entrevistas, obsesionándose con la idea que tiene de esos desconocidos, aunque dudo que le sirva de nada. En el momento en el que Raven se da cuenta de que es tan sencillo sacarlo de sus casillas, él también se une, hasta que el domingo por la noche acabamos cantándonosla a gritos desde los extremos opuestos del sofá. Val nos estampa un cojín en la cara a cada uno.

El lunes por la mañana, durante el desayuno, Linda entra por la puerta con la sonrisa más brillante que le he visto hasta ahora, aunque el listón estaba muy alto.

—Tengo muy buenas noticias —dice.

Nuestra mánager saca de su bolso un cartel enrollado que despliega para nosotros. Solo necesito un par de segundos para reconocer qué es. Todos los años, Emerald celebra su «fiesta del verano», que no es más que una forma diferenciadora de llamar al festival que monta con sus principales estrellas.

Theo y yo habíamos hablado de ir este año, pese a que las entradas siempre son bastante caras. El mes pasado anunciaron que Ozma estaría en el espectáculo y fue imposible no reírme con Leo cuando vi que Allegra también iba a estar.

Creo que el silencio se alarga un poco más de lo que a Linda le gustaría mientras todos estudiamos el cartel.

—¿Nos estás diciendo que… vamos a actuar ahí? —pregunta Val, tan cauto como incrédulo.

—¿A quién has tenido que sobornar…?

Le doy un codazo en las costillas a Raven. Linda no se lo toma a mal, por suerte.

—No he tenido que sobornar a nadie: os lo habéis ganado a pulso.

Oswald Emerald quiere veros en directo a vosotros y a los Flying.

—O sea, que nos quiere poner a prueba —traduce Valentín.

Linda mantiene su sonrisa perfecta, aunque Leo deja escapar un gemido ansioso y procede a tomarse la tila del desayuno de una sola vez.

—Bueno, quienes ponen el dinero tienen que comprobar cómo os defendéis en el escenario —justifica nuestra mánager.

—¡Ya hemos tenido un montón de actuaciones! —protesto.

—El público que habéis tenido hasta el momento ha sido bastante…

controlado. Esto no será una pequeña actuación en un plató de televisión o un falso directo: ahora estamos hablando de miles de personas en un concierto de verdad.

Leo parece a punto de vomitar.

—¿Seguro que estamos preparados? —pregunta, con la voz ahogada.

Raven, a su lado, lo observa con una preocupación que no me pasa desapercibida y le acaricia la espalda.

Leo ha llevado todo esto mejor de lo esperado, pero no me extraña que se sienta aterrorizado ante la noticia. He visto las imágenes de otros años y el festival es… espectacular, a falta de otra palabra. Hay gente que acampa durante días enteros para poder estar entre las primeras filas.

—Claro que estáis preparados. Tenéis que tomároslo como un ensayo de lo que está por venir. Si no podéis enfrentaros a esto…

Linda no acaba la frase, pero no es necesario: si no estamos a la altura, estamos fuera.

—Es una oportunidad de oro —continúa—. Incluso podríamos

aprovechar y presentar vuestra segunda canción en ese escenario, en primicia. ¿Qué os parece? Puede ser una buena oportunidad para desbancar a los Flying y que la gente hable solo de vosotros después del concierto.

Nuestra mánager apoya los codos en la isla y nos dedica una mirada alentadora. Y lo cierto es que, aunque agradezco que intente motivarnos para convencernos, tengo claro que esta no es una oportunidad a la que podamos decir que no: probablemente las órdenes vengan de arriba y tengamos que asistir a ese festival queramos o no.

—A mí me parece bien. Si los Flying van, no deberíamos quedarnos atrás

—interviene Val.

Como siempre, él es la voz de la razón y la competitividad al mismo tiempo. Aunque supongo que es natural que él no esté intimidado: está acostumbrado a las luces, al público, al escenario. Los últimos

años los ha pasado en el teatro. Para él, el directo es lo normal, del mismo modo que Raven no tiene ningún tipo de problema en lidiar con la fama que para los demás es nueva. Espero verlo entusiasmado también por el reto, espero que hable de hundir a los Flying como a veces hace, pero lo cierto es que él solo parece tener ojos para su compañero de cuarto.

—Eh —le dice, con una suavidad que no usa para nada ni nadie más —.

¿Cómo lo ves?

Leo lo mira solo un momento, antes de bajar la vista a sus anillos y empezar a jugar con ellos. Creo que todos contenemos la respiración mientras esperamos su respuesta:

—Es bueno para el grupo —dice al final. Después, toma aire y se fija en todos los demás—. Y no quiero ser yo quien nos detenga.

Estoy segura de que todos nos sentimos igual de orgullosos de él. Linda incluso nos dedica algunos de sus aplausos entusiasmados.

Valentín cruza los brazos sobre el pecho y me parece que sus ojos brillan con esa determinación que siempre parece tener, sobre todo ante un reto.

—Bien. Vamos a demostrarles a todos lo que WIZARD puede hacer.

24

Leo

Veinte días no son suficientes para prepararse para un festival. Lo sospecho desde que Linda nos anuncia nuestra participación, pero lo compruebo cuando las semanas pasan en un parpadeo. No solo tenemos que preparar nuestra parte del espectáculo, sino que en los siguientes días también lanzamos el adelanto de *Keeper*, nuestro nuevo tema, para dar tiempo suficiente para que la gente del festival pueda corear el estribillo y disfrutar de la canción al completo en primicia. De nuevo, es un tema compuesto por un equipo de gente profesional que sabe mucho más que nosotros, mucho más que yo, pero al menos en esta ocasión apenas hay nada que tocar: Linda entendió qué era lo que queríamos hacer, que no íbamos a ser solo una banda de chicos dulces, intensos, perfectos, lejanos y estereotípicos.

Que la gente tampoco quería ver eso en nosotros, probablemente. Al

parecer, lo que más gusta a nuestras fans es que seamos… nosotros. Que Val tenga esas contestaciones un poco sarcásticas, que Raven se burle de todo y todos, que él y *Gale* (ahora me cuesta pensar en Dottie de esa forma) se unan contra nuestro líder. A veces me pregunto qué opinarán de mí. Si creerán que estoy de más, que soy el más aburrido, ese del que te puedes olvidar. Eso es lo que pasa siempre con el tímido, ¿no? Es aquel al que

quieres proteger o al que no recuerdas porque es como si no estuviera allí.

Pero yo no quiero ser ninguna de esas cosas. Y, al mismo tiempo, tampoco sé si puedo ser algo más.

Quería pensar que el festival era una buena oportunidad de descubrirlo, de demostrarme que sí, que me merezco estar aquí, que puedo hacerlo. Pero entonces llegamos a Randall's Island, vemos la cantidad de gente que hay en el festival, escuchamos cómo corean las canciones de quienes ya están tocando… y todo eso se pierde.

Eso no son solo miles de personas. Son decenas de miles.

Y sé, en cuanto las veo, que no puedo hacerlo.

Pierdo la voz. Se me va, en medio del miedo, de todos los nudos que tengo en el estómago, en el pecho, en la garganta, en la cabeza. Hoy están por todas partes y ni siquiera sé por dónde debería empezar a tirar para desenredarlos.

Es imposible. No seré capaz. No puedo salir a ese escenario y sentir todas esas miradas sobre mí y al mismo tiempo sin mirarme. Porque yo no les importaré, seguramente. Quizá mis compañeros, pero yo… A mí tienen que estar juzgándome, ¿verdad? De mí tienen que estar pensando que debería haberme quedado en mi casa, en mis redes, que no me merezco estar en ese lugar, que soy un vendido o que…

—¿Leo?

La voz de Raven surge en medio de todo el ruido. El del concierto, pero sobre todo el que hay en mi cabeza. Aunque no queda mucho para que salgamos, he tenido que huir del backstage para encerrarme en nuestro camerino. Mi reflejo me recibe con muy mal aspecto. Demasiado pálido.

Demasiado sudoroso. Estoy mareado y el ansiolítico que me he tomado antes de salir de casa no parece estar haciendo afecto. En el

espejo también está Raven, ahora, asomado a la puerta, y nuestras miradas se encuentran sobre el cristal. Me ve. No tengo tiempo de esconderme. No tengo tiempo de disimular.

Voy a estropearlo, ¿verdad? Ya lo estoy estropeando todo.

El pensamiento hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Que el nudo se apriete tanto que, cuando abro la boca, solo me sale un sollozo que hace que me sienta ridículo. ¿En qué momento se me pasó por la cabeza que podía con esto? ¿En qué momento pensé que…?

En estos casi tres meses de convivencia, me he acostumbrado a la presencia de Raven. Me he acostumbrado a su cuerpo y a la manera en la que su mano encaja con la mía, a buscarlo incluso sin querer y sentir paz siempre que anda cerca.

Aun así, no me lo espero cuando siento sus brazos rodeándome desde atrás.

Al principio me tenso, como si algo dentro de mí me pidiera que lo echara. Como si la voz en mi cabeza que hacía tiempo que no me gritaba con tanta fuerza (no eres suficiente, no eres suficiente, no eres suficiente) quisiera decirme que tampoco me merezco esto. Y así es, ¿no? No quiero ser esto. No puedo ser esto. Una preocupación para el resto. Una carga. Un error.

—Estoy bien —miento. Porque no quiero que vea esto. No quiero que vea lo peor de mí, porque una cosa son los nervios y otra… esto. Este ataque, que es horrible y que no puedo controlar.

—Vale —dice Raven, pero solo me abraza con más fuerza.

Y soy consciente de que no, no quiero que se vaya. No quiero que me deje, aunque no me lo merezca. No quiero estar solo. Odio estar solo, aunque siempre haya pensado que estaba bien, que eso me mantenía a salvo.

Por eso me giro. Por eso vuelvo a buscar su cuerpo, ese hueco en su cuello en el que estoy seguro de que se esconde una canción sobre los refugios y que quizá se titula *Breathe*, porque eso es lo que Raven murmura contra mi oído, una y otra vez. Respira. Respira. Respira… Y yo lo hago, en el ritmo que él me marca. Lo hago hasta que encuentro uno de los hilos que

unen todos los nudos y comienzo a tirar de él para deshacerlos. Hasta que el ruido de fondo solo es el de la música, porque mi cabeza está

muy callada, muy cansada.

Pasan varios segundos en los que me quedo donde estoy. En los que siento la respiración de Raven contra mi oído, pausada, profunda, todavía marcando un ritmo, y sus caricias puntuales en mi espalda.

Podría quedarme aquí, quizá. Para siempre. Podría no enfrentar nunca más el mundo. Pero eso sería tan injusto. Para él. Para mí. No, tampoco quiero eso.

—Te dije que volvería a pasar —digo—. Que me bloquearía, que sería…

—Leo. Está bien. Estás bien.

Si lo dice él, no parece mentira. Si lo dice él, casi puedo creerme que lo estoy. De hecho, supongo que es verdad. No estoy bien, pero estoy mejor.

Levanto la vista y me encuentro su rostro, sus ojos maquillados, su ceño fruncido por la preocupación pese a que Raven rara vez pone esa expresión.

—Lo siento —susurro, y vuelvo a bajar la vista porque me siento culpable. Tendría que estar disfrutando de esta experiencia, no estar así—.

No quiero que pienses que siempre tienes que cuidar de mí…

—No lo pienso. —Debe de ver que no lo creo, porque levanta mi rostro al poner un par de dedos bajo mi mentón y me obliga a enfrentarlo—. No lo pienso, pero tampoco tendría nada de malo si lo necesitases. No me importa cuidarte cuando haga falta.

Trago saliva, sin saber qué decir a eso. Sin saber cómo enfrentar esos ojos negros que me están mirando con la expresión más seria que le he visto nunca. No como un reproche, sino como una promesa. Raven Harris es caos todo el tiempo, pero a veces…, a veces también es esto. Esta tranquilidad, que se parece a las tardes en las que se sienta conmigo al piano o a las noches en nuestro cuarto en las que me pide que le enseñe qué he compuesto y yo lo hago, porque es solo para nosotros. Val dijo el primer día que él necesitaba silencio y que no creía que Raven pudiera dárselo, pero no

es cierto. En nuestra habitación lo hay. El que llega detrás de las buenas noches. El que me regala cada vez que sabe que un día se me

ha hecho difícil. Y otros días lo llena, pero no de una manera desagradable. Lo llena con sus historias de rodajes y de una vida muy distinta a la mía, con cosas sin importancia para que sonría.

Y yo se lo agradezco. Tanto, aunque a veces no encuentre las palabras para decírselo…

—No quiero ser solo malos ratos para ti —susurro.

Raven deja escapar un resoplido, pero no parece uno enfadado, sino divertido. Choca suavemente su frente contra la mía con un golpe que casi parece una amonestación.

—El que dice tonterías soy yo, no quieras quitarme el puesto ahora.

—No es ninguna…

—No eres solo un mal rato, ni para mí ni para nadie. Ni siquiera para ti.

Eres mucho más que tus malos ratos, Leo.

No sé qué responder a eso, aunque ni siquiera sé si es porque sus palabras son muy difíciles de rebatir o porque sus ojos no parecen aceptar réplica.

Soy repentinamente consciente de lo cerca que estamos: de sus dedos rozándome el mentón, de su frente contra la mía. Creo que nunca había estado tan próximo a nadie, y ni siquiera estoy hablando solo de la distancia física, aunque es en eso en lo que me estoy fijando cuando me pierdo en esa mirada oscura.

Y justo después, cuando mi mirada cae en sus labios.

Me doy cuenta de lo que estoy haciendo dos segundos más tarde. Y

entonces, el ruido vuelve. Uno de alarma, en mi cabeza, que me pregunta qué ha sido eso. Y otra voz que le responde, alto y claro: «Te gusta». Es como entender de golpe una composición. Como saber cuál es la nota o la letra que faltaba y, de pronto, escuchar la melodía con total claridad.

Es emocionante.

Y aterrador.

La puerta del camerino se abre y yo me separo tan rápido de Raven

que me mareo. Le doy la espalda tanto a él como a la puerta mientras me llevo las manos a la cara, en parte para cubrir el rubor que siento subiendo por las mejillas y en parte para limpiar todo rastro de llanto.

No vuelvo a mirar a mi compañero. No sé cómo.

—¡Chicos! —Linda parece un poco agobiada y yo recuerdo dónde estamos, qué se supone que tendríamos que hacer—. Tenéis que ir ya hacia el backstage. En cinco minutos salís.

Raven titubea.

—Linda, no sé si…

No. No puedo fallar. No puedo *fallarles*.

—Estoy bien.

Carraspeo, porque la voz me sale tomada. Agarro una botella de agua que veo sobre uno de los tocadores y bebo un trago largo que espero que ayude a que la voz me salga bien.

No me atrevo a mirar a Linda, pero escucho sus dudas en el silencio que viene después.

—¿Leo? ¿Querido?

—Estoy bien —repito.

Tengo que estarlo. Tengo que salir ahí fuera y hacer lo que he venido a hacer, lo que todo el mundo espera de mí, lo que *quiero* poder hacer. Quiero la música. Quiero compartirla con mis compañeros. Quiero disfrutarla y que otros la disfruten también.

Y, de todos modos, ahora todas esas personas, todo ese público que está ahí fuera y cuyas voces llegan amortiguadas hasta mí, me parecen de pronto el menor de mis problemas. Lanzo un nuevo vistazo hacia Raven, que me dedica su sonrisa torcida en un intento de alentarme.

Algo dentro de mí está gritando mucho más alto que toda esa gente frente al escenario. Y ni siquiera tiene que ver con el concierto.

25

Dottie

Escuchar a una banda en directo nunca es lo mismo que escuchar una

canción en la radio o en Internet. Ver su vídeo musical tampoco se parece en nada a la experiencia de verla sobre el escenario. En algunos casos, el directo juega en su contra, porque sus integrantes no son lo suficientemente dinámicos, porque no ofrecen el espectáculo esperado. Nadie quiere ver a su artista favorito sentado en un taburete, sin interactuar con su público, cantando como si estuviera en una cabina de grabación.

Supongo que tenía la esperanza de que a los Flying les pasase eso. Que la seguridad que transmiten en sus vídeos o en sus redes sociales no se viera reflejada en el escenario. Supongo que me gustaba creer que Niko no daría las notas correctas o que se pondría nervioso o que no tendrían la fuerza suficiente para atrapar al público.

Pero es obvio que me equivocaba. La voz de Nicholas Fly sigue siendo espectacular también en directo y demuestra que no necesita de muchos ajustes en posproducción, y los demás miembros de la banda tocan y hacen los coros de maravilla. Se nota que hay complicidad entre ellos, que pueden hablar sin necesidad de una sola palabra y estar en el sitio correcto en el momento adecuado. Aunque, sobre todo, lo que se nota es que se lo pasan

muy bien juntos.

—Son muy buenos.

Veo a Val volver la cabeza hacia mí, iluminado por las luces del escenario, que le dan a su piel un tono amarillento. Sus ojos habían estado sobre la banda de nuestros contrincantes, sobre ese público enorme en el que prefiero no pensar, pero que parece extenderse hasta donde alcanza la vista, con tan poca distancia entre la gente que apenas si se puede ver la hierba del parque en el que han montado el festival.

—¿Tienes miedo de no estar a su altura?

La pregunta hace que casi se me escape una risa nerviosa. Aprieto las manos alrededor de la cinta de la que cuelga la guitarra de mi hermano. Su peso en mi hombro hoy no me reconforta tanto como otras veces. Estoy aterrada. Tengo un amasijo de nervios en el estómago que amenazan con atarme la lengua y siento los dedos como si fueran a convertírseme en piedra. Estoy segura de que me quedaré en blanco cuando esté delante de toda esa gente. Estoy segura de que no podré hacer otra cosa más que mirarlos, con los labios entreabiertos y la canción escondida contra mi paladar. Será de nuevo

como estar sola en la audición, de pie en un escenario que nunca debería haberme pertenecido.

—Sí.

Al principio ni siquiera sé si Val me ha oído. Ni siquiera yo lo escucho, sobre el jaleo que viene del público. Pero entonces el dorso de su mano roza la mía y yo doy un respingo y el hechizo que parecía mantener mis ojos sobre los Flying se rompe. Val no me está mirando a mí cuando yo me fijo en él, sino que toda su atención parece caer sobre nuestros contrincantes, pero sé que se dirige a mí cuando dice:

—Vamos a hacerlo incluso mejor que ellos.

Por alguna razón, cuando lo dice él, es fácil creerlo. Sobre todo cuando, de la manera más inesperada, la comisura de su labio se alza un poco, en una sonrisa que es al mismo tiempo un reto y una promesa. Esa sonrisa

llena de seguridad y desafío que siempre consigue pillarme por sorpresa.

—Vamos a salir ahí y vamos a hacer que toda esa gente sea incapaz de apartar la vista de nosotros. Vamos a ser lo único en lo que puedan pensar cuando vuelvan a sus casas.

Su mirada me deja un poco sin aire cuando se vuelve hacia mí. Pienso en nuestra audición y en cómo me dijo que sí, que cantar podía hacerlo mucha gente. Que lo difícil era mantener la atención, quedártela. Apenas puedo recordar nada de aquella tarde, todo parece borroso desde el momento en el que me subí a aquel pequeño escenario. Pero puedo recordarlo a él. Y de pronto, no me cabe duda de que Val podría subirse a ese escenario y llenarlo con su presencia incluso estando él solo.

Pero no lo va a estar. Los demás vamos a estar a su lado. Y vamos a brillar tanto como él.

Asiento. Mis nervios no aflojan, pero se revuelven incómodos y se convierten en otra cosa. En emoción, supongo.

—Vamos a hacer que nos recuerden —dice Val. Y yo solo puedo pensar que eso es justo para lo que he venido aquí, para lo que estoy haciendo todo esto.

—Vamos a arrasar su mundo —respondo.

Un juego de luces nos tiñe de plata y azul y aunque resulta un poco cegador, no apartamos la mirada del otro. Yo siento que no puedo, cuando veo su sonrisa crecer, convertirse en algo todavía más real, todavía más llena de confianza y ganas. Me da ganas de fotografiarla, para asegurarme de que no me la imagino.

Y justo en ese momento, la última nota de la canción se deshace en el aire y la gente grita y aplaude como loca y yo me estremezco con la simple idea de que algo de eso sea para nosotros. Los dos volvemos la vista al escenario, donde los Flying se despiden y se van por el lado contrario. Aun así, veo a Nicholas Fly girarse antes de desaparecer. Y cómo nos mira.

Soy perfectamente consciente de la manera en la que el solista de los

Flying levanta una mano y nos guiña un ojo, y eso consigue que Val resople pero sin perder la sonrisa. Le gustan los retos, ¿no? Y creo que Niko acaba de lanzarnos uno: «Superad eso, WIZARD».

Vamos a hacerlo. Puede que en el fondo a mí también me guste un desafío. A Theo le encantaban.

Justo en ese momento los integrantes de nuestro grupo que faltaban aparecen acompañados de nuestra mánager. Leo está un poco pálido y eso es lo único que consigue que Val vuelva a tener su expresión seria de siempre, sus ojos entrecerrados por la preocupación.

—¿Todo bien? —pregunta.

Leo asiente. Tiene que tomar aire, pero creo que no miente cuando dice:

—Todo bien.

—¿Listos? —nos pregunta Linda.

En el escenario hay un maestro de ceremonias que ya está hablando, preparando nuestra introducción. Habla del éxito del verano, habla de chicos guapos que han venido a revolucionarlo todo.

Aprieto la cinta de la guitarra de mi hermano.

—Con todos vosotros, ¡¡¡WIZARD!!!

A por ellos, hermanita.

Val

He actuado en muchos escenarios, en muchos papeles. Grandes o pequeños, no importaban. Para mí, no había nada comparable a la sensación de ponerte al frente del escenario y pasar tu texto y cantar y bailar, disfrutar del espectáculo y sangrar dándolo todo si hacía falta. He estado en obras cortas y obras largas, he salido incluso lesionado por no querer dejar de actuar, porque siempre ha sido mi vida, porque ha sido lo único que tenía sentido cuando nada más lo tenía.

Nada de lo que he vivido, sin embargo, es comparable a los diez minutos

que pasamos en ese escenario gigantesco, en medio de ese público que grita nuestra canción, porque nos conocen. Conocen nuestro single y se vuelven locos cuando yo les digo que no hemos venido aquí solo con una canción.

Que quizá quieran escuchar otra. Que quizá les suena algo que dice…

Dorothy canta una línea del estribillo sin base y la gente jalea y yo me río.

Los miro. A todos. Y descubro que en parte es distinto no por la gente que está abajo, sino por quienes están arriba, conmigo. Por Leo, que se está riendo también, y supongo que pese a todos los miedos lo está disfrutando.

Por Raven, que le está rodeando los hombros con el brazo a su compañero de cuarto y le grita al público que si quieren escuchar una canción nueva van a tener que hacer mucho mucho ruido. Por Dorothy, que encuentra mi mirada y me sorprende con la sonrisa más amplia, más real, que le he visto hasta el momento, y se une a marcar el ritmo de los gritos con el sonido de su guitarra.

Es…, es perfecto. Y pasa rápido. Demasiado. Tanto que apenas soy consciente de cuándo acaba, solo que de pronto estamos de nuevo en el backstage y Linda nos dice que hemos estado increíbles y que está muy orgullosa. Yo dejo escapar una risa incrédula, pero siento el vacío, las ganas de volver a salir ahí fuera. Creo que todos estamos igual, aunque celebramos entre nosotros. Solo cuando volvemos a estar en nuestro camerino y Linda nos avisa de que enseguida vuelve, que descansemos un rato antes de la fiesta privada a la que estamos invitados, se hace el silencio.

Es un silencio repleto de miedo. De alegría. De sueños. De anhelo.

Nos miramos, pero ninguno se atreve a romperlo hasta que Raven deja

escapar una risa ahogada, floja e histérica. Como contagiado, Leo le sigue, aunque él parece a punto de echarse a llorar. Y justo después estallamos Dorothy y yo. La mía es una risa incrédula, más sosegada que la de los demás, pero aun así me echo hacia atrás y me cubro la cara con las manos.

—Qué puta pasada.

Es Raven quien lo pone en palabras, pero sé que todos estamos pensando

lo mismo, aunque lo único que hacemos es reír con más fuerza. Creo que me tiemblan las manos. Las piernas. Hacía mucho que no me sentía así.

Apenas hemos conseguido calmarnos cuando Linda vuelve.

—Chicos, hay alguien que quiere conoceros.

Yo me pongo en pie por inercia, pero soy el único que lo hace, como si el resto estuvieran tan agotados por el subidón que no pudieran ni levantarse.

Sin embargo, creo que no soy solo yo el que se queda congelado cuando nos damos cuenta de quién entra.

Oswald Emerald, la persona que decide si este sueño dura solo diez minutos o mucho más, está aquí.

26

Raven

He conocido a muchos Emeralds a lo largo de mi vida. Hombres (porque suelen ser hombres) que entran en cualquier lado como si fueran los dueños de todo y tienen el suficiente dinero como para que nadie pueda culparlos por creerlo. Son hombres que tienen un aura de poder alrededor. Hombres que observan a las estrellas jóvenes como una fuente de dinero, como algo que fagocitar. Normalmente te miran de arriba abajo como si quisieran devorarte y, de hecho, muchos de ellos lo harán si creen que van a salir indemnes. Eso sí: en el momento en el que dejes de ser rentable, también serán los primeros en tirarte al vacío para que su globo no pierda altura.

Oswald Emerald es exactamente así. No necesito mirarlo más que un instante para darme cuenta: lo grita su traje verde impoluto y fuera de

lugar en medio de un festival y su rostro estirado por un montón de operaciones estéticas.

—WIZARD, os presento al señor Oswald Emerald, el CEO de Emerald Music.

Durante un momento nadie dice nada. Después, con algo parecido a la duda, Leo y Gale se ponen de pie, creo que simplemente porque Val ya lo ha hecho, y estrechan la mano de nuestro verdadero jefe. Yo me lo tomo con un poco más de calma. Supongo que conocer a gente tan importante

deja de ser emocionante después de la décima vez.

—Habéis dado un buen espectáculo ahí fuera —nos dice, mirándonos de uno en uno—. Felicidades, se nota que habéis nacido para esto.

—Llevaban meses preparándose para una oportunidad así —dice Linda.

—Y han sabido aprovecharla, no cabe duda.

Los demás intercambian miradas, emocionados, en cuanto escuchan eso.

Y no voy a decir que a mí no me gusten los halagos, sobre todo cuando veo la sonrisa de Gale o la mirada brillante de Leo, que cae sobre mí, pero también tengo la experiencia suficiente como para saber que alguien tan poderoso no va regalando alabanzas por ahí. Tampoco va a decirnos que hemos ganado su estúpida competición; si quisiera hacer eso nos citaría en su oficina, intentaría deslumbrarnos para que no sepamos cómo actuar, para ser fáciles de manejar, y nos haría sentir que se lo debemos todo.

—Y no han sido los únicos. El grupo de Elanna también sabe lo que hace

—continúa. Y está claro que esas palabras ponen en alerta a mis compañeros—. ¿Qué os parecen los Flying, chicos?

Es una pregunta trampa y no soy el único que se ha dado cuenta. Creo que incluso Valentín, que siempre está tan seguro de todo, duda un segundo antes de responder:

—Son muy buenos. Aunque eso no significa que vayamos a dejar que sean los mejores.

Elegante. No puedo evitar preguntarme si los Flying habrán dicho lo mismo, porque tengo la certeza de que a ellos también deben de haberles preguntado por nosotros. Pero supongo que Val siente respeto por nuestros contrincantes, que pretende que esta batalla sea solo de música, y no va a intentar hundirlos en una reunión informal en un camerino. No sé si ellos tendrán la misma deferencia.

Al menos a Oswald Emerald parece complacerle la respuesta.

—Así se habla. Lo cierto es que siento curiosidad por ver qué más podéis hacer ambos y comprobar cómo os manejaríais con un disco, con vuestro

propio público. ¿Qué tal suena eso?

Hay un momento de silencio, de incredulidad. Todos nos miramos entre nosotros y yo sé lo que está haciendo este hombre. Quiere que lo adoremos.

Que lo sintamos como un salvador que cree en nosotros y que va a darnos todos nuestros sueños en una bandeja de oro.

Yo he aprendido a desconfiar de la gente como él, pero no puedo evitar que el corazón me lata un poco más rápido. Odio la sensación y, al mismo tiempo, hacía mucho que no me sentía así.

—Eso…, eso sería maravilloso, señor —continúa Val. Creo que todos estamos de acuerdo en que él sea nuestro portavoz—. Daremos lo mejor de nosotros.

—No tengo ninguna duda de que así será —sonríe él. Después sus ojos vuelven a Linda, que se está mordiendo la sonrisa—. Buen trabajo, querida.

Tú siempre con tan buen instinto para cazar a las estrellas.

Nuestra mánager no hincha el pecho con el cumplido, pero se nota que está agradecida.

—Gracias, señor. No le decepcionaremos.

—Eso espero. Sería una lástima que algo tan prometedor se quedara solo en una moda pasajera más, pero hay tantas así…

Ahí está: la advertencia. No sé si el resto la perciben igual que yo, no sé si se dan cuenta de la amenaza velada tras sus palabras. Para una

empresa como Emerald, producirnos un disco son migajas. Pero si no somos rentables, se quedará en eso y nada más, así que ya podemos darles todo el dinero que esperan ganar. Aun así, no deja que esas palabras sean las que perduren de esta conversación. Sigue teniendo esa sonrisa agradable en la boca.

—Aunque, por esta noche, se acabó el trabajo. Nos vemos en la fiesta.

Linda nos guiña un ojo antes de salir detrás del jefazo, que ni siquiera nos lanza un segundo vistazo. Escuchamos sus voces tras la puerta y, después, alejándose por el pasillo. Sí, también suele ser así. En el primer encuentro,

hablan de ti y no contigo. Cuando le empecemos a dar dinero en serio, cuando demostremos ser algo más que una prometedora flor de un día, será cuando nos haga caso de verdad. Gente con éxito hay en todos lados: lo difícil es sobrevivir a él. Y mantenerlo.

Al contrario que a mí, a mis compañeros no parece haberles cortado el subidón la visita de Emerald. Gale deja escapar una risa un poco ahogada.

La veo coger a Leo de los hombros y sacudirlo.

—¿Habéis escuchado eso? ¡Nos han dado luz verde para el disco!

Val se deja caer en un sillón, como si la visita de ese hombre lo hubiera drenado de energía.

—De hecho, creo que nos ha dado luz verde también para tener nuestros propios conciertos.

Los tres empiezan a hacer mucho ruido. Hablan de cosas que podrían pasar a partir de ahora, hablan de canciones y viajar por el mundo y compartir el espacio con otras estrellas. Hablan de galas de premios y actuaciones en lugares que hace dos meses habrían sonado imposibles. Yo los miro y me doy cuenta de que, a mi pesar, estoy sonriendo. No creo que Emerald Music sea muy diferente a otras empresas. Estoy seguro de que si en algún momento cometemos un fallo, no dudarán en lanzarnos a los tiburones.

Supongo que este es el momento en el que me doy cuenta de que he estado pasando demasiado tiempo con Val, porque esa es su lógica, no la mía. Mi lógica es aprovechar las cosas mientras duren, ¿no? Y ese pensamiento es todo lo que necesito para salir de mi silencio.

Me echo hacia delante, apoyo la barbilla en el hombro de Leo (él me mira de reojo y parece un poco apurado, aunque no se aparta) y les recuerdo lo importante:

—Todo eso está muy bien, pero ¿vamos a la fiesta o qué?

Dottie

Mentiría si dijera que no he soñado nunca con estar en medio de una fiesta del mundo de la música. Mentiría, también, si no dijera que me parecía un sueño especialmente loco, algo que no esperaba que ocurriera de verdad.

Quizá por eso resulta tan abrumador. Quizá por eso parece que no me estuviera ocurriendo a mí de verdad, igual que no me ocurren a mí muchas de las cosas que WIZARD está viviendo: los grupos de fans que nos piden autógrafos y corean nuestros nombres, escuchar nuestra canción allá donde vamos, responder preguntas sobre nuestra recién estrenada carrera. Las propias actuaciones, incluso la de esta tarde, parecen algo un poco lejano: un sueño de colores desvaídos, como me lo parece la gente a nuestro alrededor esta noche, las luces atenuadas del local, la copa que de alguna manera llega a mi mano o la voz de Linda recitando nombres a medida que nos va presentando a gente. No parece que sea yo la que conozca a Ozma, por ejemplo, que nos dice que lo hemos hecho genial justo después de reírse cuando Raven me da un codazo y le confiesa que soy muy fan, pero la lengua se me hace un lío y acabo pronunciando su nombre en vez del mío cuando le tiendo la mano y ella me la estrecha de verdad.

No me parece, tampoco, que yo sea la que está de pie junto a mis compañeros cinco minutos después, justo delante de los Flying Monkeys al completo, que están acompañados de su propia mánager. Verlos delante de nosotros después de estudiarlos solo a través de pantallas o con un escenario de distancia entre nosotros hace que parezca que las cosas no están en su lugar. O puede que sea el hecho de que nos están felicitando:

—Vuestra actuación ha sido una pasada —dice Niko, tras estrecharnos la mano a todos—. Eh, Elanna, nosotros también queremos una canción en exclusiva en el próximo gran bolo que haya, ¿eh?

Elanna Emerald tiene los brazos cruzados sobre el pecho y deja los ojos en blanco ante la sonrisa maliciosa que le dedica nuestra propia mánager. Es

obvio que se conocen y que hay cierta confianza entre ellas, porque

Linda brinda en su honor:

—¿Has oído, Eli? Tus chicos aprecian mis ideas.

Elanna chasquea la lengua.

—Mis chicos ni siquiera necesitan golpes de efecto como ese para estar en todos lados.

Linda deja escapar una risita, porque Elanna ha sonado en realidad bastante picada, y bebe de su copa con alegría. Me fijo en ellas, preguntándome cuánto y cómo deben conocerse.

—Vuestra próxima canción lo va a petar —continúa Jackson, el guitarrista principal de los Flying. Es más guapo todavía en persona, con esos ojos tan verdes y el pelo tan rubio y sus mil tatuajes en los brazos y en el cuello.

Raven hincha el pecho como si fuera un pavo, pero es Val quien les da las gracias con una diplomacia que guarda solamente para los eventos públicos.

—Por lo que sabemos, a vosotros tampoco os va nada mal, ¿no?

Todos los Flying se miran entre ellos antes de que su líder esboce una sonrisa divertida.

—¿Ya sabéis lo del disco, entonces? ¿A vosotros también os lo han ofrecido?

Raven alza su copa.

—Sentimos no ponéroslo fácil —dice.

—¿Bromeas? No sería ni la mitad de divertido si no os tuviéramos para aplastaros —bromea Jackson, antes de brindar con él.

Aunque hay un claro pique entre nosotros, todo el mundo parece dispuesto a bromear, quizá porque en el fondo no somos tan diferentes.

Nuestras experiencias supongo que se parecen. Y nuestros caminos avanzan en paralelo. Y mientras siga siendo así, quizá ninguna banda tenga que desaparecer, ¿no? Quizá todos podamos continuar haciendo esto mucho

tiempo más.

¿Cuánto tiempo más?

La voz de mi hermano en mi cabeza me recuerda que no soy él, que este es un lugar prestado y fingido, y me hunde el ánimo de inmediato. Es fácil olvidarse de que esto se tendrá que acabar en algún momento, al margen de cómo avance el grupo. Nunca pensé en esto como algo que pudiera durar, al fin y al cabo. Ya estoy durando mucho más de lo que habría esperado, estoy consiguiendo muchas más cosas de las que imaginaba, ¿no?

Decido alejarme un poco cuando esos pensamientos empiezan a golpear demasiado fuerte. Les digo a los demás que voy al baño (al de hombres, tras casi dar un paso en falso hacia el de mujeres), pero cuando salgo, en vez de volver, me escapo hacia una terraza exterior que encuentro medio escondida. Está casi vacía, excepto por un grupo pequeño que está fumando en un rincón.

Me apoyo en la barandilla y contemplo la ciudad, con sus edificios altísimos y sus ventanas encendidas, y pienso en cómo aquí jamás se ven las estrellas pese a que, irónicamente, estoy rodeada de ellas.

—¿Has escapado?

Doy un respingo cuando Val se apoya a mi lado. Ni siquiera lo he escuchado llegar, lo que me hace preguntarme cuánto tiempo ha pasado sin que me diera cuenta.

—No me gustan las peleas entre mafiosos —bromeo, en un intento de esconder lo incómoda que me hacen sentir de pronto sus ojos oscuros, esos que parecen ver incluso a través de mí—. ¿Ya has retado a Niko a un duelo?

—Todavía no: primero nos hemos dividido los barrios de la ciudad y solo habrá sangre si su banda se atreve a meterse en nuestro territorio.

Resoplo, aunque tengo que contener la sonrisa.

—¿Has bebido y has descubierto lo que es el humor?

—En realidad, planeaba beber ahora.

Me fijo en la manera que levanta no uno ni dos, sino tres botellines de

cerveza que lleva consigo y no puedo evitar pensar en lo fácil que es conseguir alcohol en estas fiestas, especialmente considerando que no tenemos todavía la edad legal. Pero todo el mundo hace la vista gorda

en lugares con la fama y el dinero suficiente, ¿no?

Estoy a punto de preguntarle si ha decidido perder el control por un día cuando me tiende una de las bebidas y yo la acepto. Imagino que el tercer botellín, que de momento se queda sobre la baranda, será para Raven, ya que la última experiencia de Leo con el alcohol no fue demasiado buena.

—Todavía no hemos brindado —dice mi compañero de cuarto.

—Pero si Linda ha pedido por lo menos cinco brindis. Creo que la que va a terminar borracha esta noche va a ser ella…

—Sí, pero todavía no habíamos brindado *todos.*

Su mirada cae sobre el botellín entre nosotros. Y cuando lo entiendo, el corazón se me encoge. Miro esa botella sin dueño, o con un dueño al que no podemos ver, y tengo que parpadear para evitar las lágrimas que de pronto amenazan con desbordarse. Ni siquiera creo que sean de tristeza. Solo estoy… sorprendida. Emocionada. No hemos vuelto a hablar de mi hermano desde la noche que nos reconciliamos, desde aquel abrazo que a veces todavía recuerdo y me hace sentir avergonzada y expuesta, pero supongo que él sabe que Theo sigue conmigo todo el tiempo, todos los días.

Que hoy, después de ese concierto delante de un montón de gente que lo veía a él y no a mí, su fantasma es tan real que casi lo veo justo a su lado.

Está sonriendo. Está diciendo: *Me gusta este chico, me consigue alcohol gratis. ¿Vas a liarte con él? Yo creo que te mola un poco.*

—¿Se te ocurre algo por lo que quieras brindar? —me ofrece Val, tras un encogimiento de hombros con el que trata de quitarle importancia al gesto.

Tengo que tomar aire antes de reencontrar mi voz.

—Por la música —digo—. Y por todo lo que está por venir.

Hago tintinear el cuello de mi botellín contra el que está en la baranda y Val hace otro tanto. Sus ojos están en mí y yo, como hace unas horas, no

soy capaz de apartar la vista ni de él ni de esa comisura que vuelve a estar levemente alzada. Me gusta que Valentín sonría, aunque la

mayoría de las veces sea ese gesto tan contenido. Antes, tras el concierto, no pude evitar fijarme en cómo era su risa, cuando la deja ir. Es una música diferente a la que hace al cantar, pero suena igual de bien.

—Por arrasar el mundo —añade.

Mi corazón da un salto extraño. Siento que me baja hasta el estómago y luego rebota de vuelta a su lugar, antes de empezar a latirme con demasiada fuerza. Me revuelvo, incómoda, sin querer prestarle atención a esa sensación que se parece demasiado a los nervios antes de salir al escenario, y aparto la vista al beber un trago largo de mi bebida.

Me digo que es solo adrenalina, los restos de la emoción del concierto.

—¿Qué hacéis aquí tan solitos?

Doy tal salto en mi sitio que estoy a punto de derramarme la bebida por encima. Leo y Raven también parecen haber decidido que ya han tenido suficiente de la gente de dentro y se están acercando a nosotros. Por alguna razón, en cuanto los veo tengo la sensación estúpida de haber estado haciendo algo que no debería, aunque no es así.

—Brindamos —dice Val.

En el caso de Raven, no necesita que le digamos dos veces que beba. Se apoya al lado de Val, con la copa que lleva en las manos en alto, bien dispuesta. Leo se acomoda a mi lado, con un refresco.

Es obvio que nuestros compañeros se dan cuenta del botellín abandonado en la barandilla, pero nadie pregunta nada al respecto.

—¿Por qué brindamos? —dice el actor.

—¿Por qué queréis brindar vosotros? —pregunta Val.

Leo se muerde el piercing del labio.

—Por continuar, aunque dé un poco de miedo —susurra.

Raven esboza una sonrisa maliciosa.

—Y por ser la mejor *boyband* de la historia. La más guapa, al menos.

Val resopla, pero su sonrisa vuelve a aparecer y yo tengo que hacer un

esfuerzo por no volver a mirarla.

—Te acabas de cargar el momento.

—Os estabais poniendo muy intensos. Pero vale, ¿por nosotros, entonces?

A nuestro líder no oficial le parece una opción mejor, porque levanta su cerveza de nuevo.

—Por nosotros —declara.

Raven y Leo chocan sus bebidas contra el botellín de la balaustrada casi con reverencia, sobre todo Leo, que deja un beso en mi mejilla mientras lo hace.

Yo me fijo en ellos mientras beben, en esos tres chicos maravillosos. Y

en ese cuarto chico maravilloso que a mí me parece ver entre nosotros, con el pelo despeinado y el cuerpo translúcido. Está sonriendo. Está feliz y tranquilo.

Por nosotros, hermanita.

Es extraño, porque yo también me siento muy feliz y, sin embargo, la tristeza también sigue estando ahí. La culpabilidad por las risas, por esta alegría que tampoco debería corresponderme. La pena.

¿Cuándo se deja de echar de menos? ¿Cuándo se cierra la herida, cuándo deja de sangrar?

—Por nosotros —murmuro.

Por los que seguimos aquí. Y por los que ya no.

27

Val

Los días después del festival transcurren de manera vertiginosa. Algunas partes de nuestro concierto se hacen virales, la promoción del nuevo single da comienzo y los ensayos se hacen todavía más exigentes porque Linda nos dice que, ahora que todo el mundo ha visto lo que podemos hacer en directo, seguramente pueda conseguirnos más oportunidades. Y lo cierto es que todos nos morimos por volver al escenario, por emborracharnos una vez más de los gritos, por escuchar a la gente corear la canción.

Lo que no esperábamos era que la siguiente oportunidad fuera a llegar solo dos semanas después. Ni que fuera a ser tan grande.

—¿Teloneros de Ozma? —dice Leo, con voz temblorosa, haciéndose eco de las palabras de Linda—. Pero eso es…, eso…

—Solo esta noche —insiste nuestra mánager, que ha aparecido mucho más temprano de lo normal esta mañana. La única que no sigue en pijama ahora mismo es Dorothy, que nunca se había levantado de la cama tan rápido para poder cambiarse de ropa y ponerse todas esas capas bajo las que se siente más a salvo—. A Ozma le gustasteis en el festival y, en cuanto su telonera la ha avisado de que estaba enferma, se ha acordado de vosotros.

Me ha llamado ella misma, pero es un sí o un no *ya,* chicos. El concierto es

en Filadelfia: tendríamos que viajar rápido, llegar con tiempo de ensayar un poco antes…

Yo querría decir que no tenemos nada que pensarnos, aunque esto significa preparar un espectáculo para esta misma noche, pero Leo se está poniendo lívido.

—¿De cuánta gente estamos hablando? —murmura Raven, mientras mira de reojo a su compañero de cuarto y le pasa una mano por la espalda.

Linda titubea.

—Unas 60.000 personas. Es una gira de estadios, al fin y al cabo…

Creo que Leo va a vomitar. A quien me sorprende no escuchar es a Dorothy, considerando que es la mayor fan de Ozma aquí. Cuando la miro, ella parece un poco ausente, con la mirada fija en su taza de café.

Lleva un par de días así, más baja de energía de lo normal. Soy consciente de que hay un nombre detrás de esa tristeza que a veces se instala en sus ojos, pero me preocupa que en los últimos días esos momentos parecen ser algo constante. No tengo claro qué está sucediendo, no sé si hay algo que he pasado por alto, pero tampoco sé qué hacer al respecto, sobre todo, porque en los últimos dos días ha preferido estar más sola que acompañada: se ha estado encerrando con su guitarra en los ratos libres y ayer le tuve que llevar yo la cena al cuarto porque se le olvidó comer. Cuando le pregunté si todo estaba

bien, me dedicó una sonrisa y me dijo que sí, que solo estaba un poco agobiada, pero los dos sabemos que estaba mintiendo.

Raven me obliga a apartar la vista de ella para volver a centrarme en la conversación:

—Solo tenemos dos canciones —dice—. No parece suficiente para hacer de teloneros de la reina del pop, ¿no? ¿No necesitamos algo más?

—En realidad, tenéis tres, ¿no es cierto?

Hay un momento de silencio e incomprensión. Y después, todas las miradas caen sobre nuestra compañera, cuando entendemos a qué se refiere

Linda. Dorothy nos mira con confusión y, un segundo más tarde, ella también lo comprende. Sus labios se entreabren un poco, pero sus ojos se abren mucho.

—¿Qué? —murmura.

—Estoy segura de que puede ser una buena oportunidad para probar qué efecto provoca tu canción, Theo, ¿tú qué dices?

Mi compañera de cuarto parece bloqueada por un momento.

—Es que nunca la hemos tocado delante de nadie, aparte de ti…

—Pero podéis hacerlo, ¿verdad? —Nuestra mánager nos mira a los demás y, aunque dudamos, creo que todos asentimos simplemente porque sabemos lo importante que es esa canción para Dorothy—. Tal y como yo lo veo, sería una absoluta primicia en el mejor escaparate posible. Podéis hablar de ella exactamente así: como una canción en la que todavía estáis trabajando. Si a la gente le gusta, estoy segura de que la pedirán y entonces…, bueno, quizá podría ser vuestro tercer single, en unas semanas.

Una balada ahora enseñaría vuestra versatilidad.

Puedo escuchar cómo Dorothy toma aire de forma entrecortada. Es la mejor oportunidad que tiene la canción de su hermano de brillar, todos aquí lo sabemos. Siento sus ojos cayendo sobre mí y yo le dedico un pequeño asentimiento de ánimo.

—Sí. Vale. Si…, si a los demás les parece bien —concluye.

Creo que los demás no tenemos nada que pensarnos. Incluso Leo, que estaba nervioso por el público, es demasiado consciente de lo importante que puede ser esto para todos, pero sobre todo para Dorothy.

—Está bien, hagámoslo —dice, y dirige una pequeña sonrisa a su amiga que ella responde con un «gracias» en el que solo mueve los labios.

Tampoco me pasa desapercibido el modo en el que Raven mueve los dedos hacia nuestro teclista. Creo que incluso nuestra mánager lo ve. ¿Es consciente de lo que cada día me parece más obvio? Y si lo es, me pregunto si considerará que es un problema o una oportunidad. No debería ser

ninguna de las dos cosas.

—Perfecto, pues coged lo que necesitéis y andando. La furgoneta ya está esperando abajo.

—Ya sabías que íbamos a aceptar antes incluso de proponérnoslo,

¿verdad? —pregunta Raven.

Nuestra mánager esboza una sonrisa angelical antes de alejarse hacia la puerta. Sin embargo, antes de salir, da una palmada y se gira.

—¡Ah, Theo, por cierto! ¡Se me olvidaba!

Dorothy se sobresalta y la mira. Y después hace una mueca, como si supiera de antemano lo que va a decir.

—¡Feliz cumpleaños, querido!

Dottie

Hay gente a la que no le gustan sus cumpleaños. Gente que no considera que sea un día especial, que no hay nada que celebrar. Hay gente, incluso, a la que le agobia la perspectiva de hacerse mayor.

Theo no era de esos: él consideraba que nuestro cumpleaños era el mejor día del año. Ni siquiera era por los regalos o por la oportunidad de comer una tarta hecha por la tía Em. Cada año, desde que tengo memoria, convertía el 2 de septiembre en una aventura, con la excusa (que jamás funcionaba) de que el día de nuestro cumpleaños se nos tenía que permitir saltarnos las reglas. Con quince años me preparó

una gincana nocturna que incluía saltar la verja del cementerio después de la hora de cierre. Con dieciséis me convenció para que hiciéramos pellas y nos saltásemos las clases sin permiso. Con diecisiete, me hizo conducir durante tres horas hasta Wichita porque había una noche de micro abierto en un local de mala muerte en el que actuamos para dos personas y un perro que se puso a aullar en el estribillo. Y a los dieciocho, nos mudamos a Nueva York y nos hicimos tatuajes a juego.

Los diecinueve se sienten muy tristes sin él. Como si no tuviera sentido seguir cumpliendo años sola. Como si fuera una traidora por llegar a esta edad mientras él permanece en los dieciocho para siempre. Por eso no le dije nada a nadie. Por eso esperaba que Linda no lo hiciera tampoco. Por suerte, creo que los demás lo han entendido: que no quiero felicitaciones, que no quiero hablar de ello, que no quiero celebrarlo porque no quiero desplazarlo de este día.

Desde que salimos del piso todos han tratado de quitar importancia a mi silencio, aunque se nota que se están esforzando más de la cuenta por rellenarlo: Raven no deja de contar chistes terribles en el tiempo que pasamos en la caravana y Leo me ha enseñado al menos diez vídeos de gatitos en lo que ha durado el viaje. Val no dice nada, pero más tarde, mientras hacemos las pruebas de sonido, me doy cuenta de que siempre está cerca de mí: se encarga de repetir conmigo las coreografías de nuestros dos singles varias veces, me presta su botella de agua en cuanto ve que la mía se me acaba, e incluso se ofrece a repasar conmigo la canción de mi hermano después de los ensayos y los dos terminamos cantando muy bajito en nuestro camerino.

Quiero decirles que estoy bien, que no se preocupen, pero lo cierto es que agradezco que me cuiden, aunque sea egoísta. Que no me dejen sola con ese fantasma que hoy me pisa los talones.

Es un alivio que el día pase más rápido de lo que había esperado en medio de demasiado trabajo. Aunque cuando Linda nos propuso hacer de teloneros no estaba convencida, con el paso de las horas soy consciente de la gran oportunidad que es. Y de que, en el fondo, supongo que es el mejor homenaje que podría hacerle a Theo. Sé que habría deseado escuchar su canción en un estadio. Sé que habría sido el regalo de cumpleaños perfecto.

Y al mismo tiempo, no tengo muy claro cómo voy a hacer esto sin él. No sé cómo voy a cantar su canción, el último pedazo que tengo de su magia, de su talento, sin que se me rompa la voz.

O sin romperme yo.

—¿Todo bien?

Cinco minutos y bajando. Val vuelve a estar a mi lado en el backstage, esperando. Yo intento mirar a la gente. Creo que nunca había visto tantas personas juntas, aunque después de participar en el festival, los números deberían ser relativos.

Acomodo la guitarra sobre mi hombro. Esta vez Raven y Leo también están con nosotros y yo tardo en encontrar unas palabras que pueda decir y sentir al mismo tiempo:

—Enseñémosles lo que sabemos hacer.

Ellos sonríen. Raven me pasa el brazo por los hombros. Leo me acaricia la espalda. Val asiente, con esa fiebre en los ojos, la de querer conquistar el escenario. Cuando nos dan la señal, es el primero en adelantarse. Los demás lo siguen. Pero yo, por un instante, permanezco donde estoy, con los pies pesados. El escenario está oscuro y lo único que veo son sus sombras. Mis pasos son lentos, cuando entro. Ya me había fijado durante el ensayo en lo enorme que era, pero no había tenido tiempo de sentirme sola sobre él.

No he tenido tiempo de sentirme sola en mucho tiempo, en realidad.

Eso no es malo, Dorothy. Yo no quiero que estés sola.

Siento que las lágrimas me pican, aunque finjo que es por el humo de la escenografía. Porque sé que eso es cierto, igual que sé que su voz tan solo está en mi cabeza. A Theo le habría gustado verme rodeada de gente, le habría gustado verme cantar, verme vivir. Habría querido que bailase, que riese, que tocase esta guitarra hasta romperle las cuerdas.

—¡Filadelfia! ¿Estáis listos para la magia?

La voz de Val me llena el cuerpo de una energía que reconozco, a la que intento aferrarme. La luz me ciega acompañando a los primeros acordes de nuestro primer single.

Cierro los ojos, respiro hondo. Me olvido del día que es. Me olvido de quién soy y quién no.

Por un momento, todo está bien.

Mientras dure la música, el resto del mundo no importa. Todo lo que cuenta son nuestras voces, nuestros pasos. Los gritos del público, que nos acompañan en los estribillos incluso aunque no son nuestros fans, sino los de Ozma. El espectáculo pasa en fogonazos, en imágenes que se me quedan grabadas en la mente, como la de Raven lanzándole un beso a una chica que parece que vaya a desmayarse, la de Val dirigiendo como un maestro de ceremonias y hablando con el público como si fueran sus amigos de toda la vida o la de Leo relevando al teclista para nuestra última canción, porque nadie más la conoce.

Val anuncia que tenemos un regalo para quienes están aquí hoy. Una canción que espera que algún día todo el mundo pueda escuchar. Dice que la ha compuesto Gale y yo sé que no se refiere a mí, porque no me ha vuelto a llamar Gale desde que les confesé mi secreto. Él no me llama Theo, ni Dorothy, ni Dottie. Creo que nunca ha vuelto a nombrarme de ninguna manera, pero no pasa nada, porque a veces a mí también me cuesta encontrar mi nombre. A veces me siento todas esas personas y otras veces ninguna, como si no quedaran identidades para mí.

Quizá lo único que puede definirme en este momento son las canciones que tocamos, porque es cuando me siento más yo que nunca. Cuando solo soy una voz, unos brazos sujetando esta guitarra, sosteniendo lo último que queda de mi verdadero hogar.

No soy nada más cuando empiezo a cantar. Me abro el pecho en el escenario y les enseño mi corazón. Les enseño mi tristeza y mi soledad, lo mucho que echo de menos el mundo tal y como lo conocía. Les enseño los sueños que no son míos, pero también los que tengo clavados como astillas en las puntas de los dedos. Les enseño quién soy, más allá de un cuerpo o un nombre, abriéndome las heridas y dejando que vuelvan a sangrar.

Durante una canción, me aferro al fantasma que me sigue desde hace meses, el fantasma que habla en mi cabeza y se ríe y que ha imaginado esta

vida para nosotros. Lo siento justo detrás de mí, guiando mis manos sobre la guitarra, prestándome su voz.

«¿Estás contento, Theo? Es tu canción, es el único escenario del mundo que importa esta noche. La gente sabe nuestro apellido y los estamos removiendo por dentro. Somos el huracán que queríamos ser. Lo hemos conseguido. Ya está».

Somos todo lo que siempre hemos querido, incluso si ya no está aquí.

Incluso si, con la última nota, esa que precede a los aplausos y los gritos y los vítores, imagino su beso en mi mejilla para capturar una lágrima y escucho su voz.

Ya está, Dottie. Ya está.

Y lo dejo ir.

ozmaworldfanclub
LIVE
10.3 K
X
ozmaworldfanclub En directo desde el concierto de Ozma en Filadelfia (primera parte, los teloneros)
witchofthenorth
llorando, necesito esa canción
noplaceliketheinternet
que alguien le dé un abrazo a Gale
#hurryhurricane
...
Comenta...

Val

En otras circunstancias, celebraría por todo lo alto nuestra segunda vez en un gran escenario: chocaría los cinco con Raven y me contagiaría de su energía, igual que la noche del festival; me emborracharía de los aplausos y dejaría que su validación me hiciera sentir en esa nube en la que me gusta estar, la de saber que todo ha salido como debía. Desde luego, disfrutaría del momento en el que nos cruzamos con Ozma en el backstage antes de que ella salga al escenario, cuando nos felicita y dice que estamos invitados a sus conciertos cuando queramos. Que vamos a llegar lejos. Que no abandonemos esa pasión.

En otras circunstancias, disfrutaría de los resultados del trabajo duro.

Pero hoy no he podido estar apenas en el escenario. Por supuesto, no he dejado que nadie más lo viera, no he dejado que nadie pensara ni por un momento que mi cabeza no estaba donde debía estar.

Pero en realidad mi cabeza estaba en ella.

Dorothy se derrumba en el sofá de nuestro camerino en cuanto llegamos a él. Linda nos está hablando: dice que ha sido sensacional, que está segura de que *Over the rainbow* va a encantarle a todo el mundo. Está felicitándonos a todos, pero sobre todo a Dorothy, y ella está sonriendo.

Pero esa no es su sonrisa. Lo sé. Es curioso cómo, pese a que lleva desde el principio haciéndose pasar por otra persona, es la primera vez que no me parece ella. Creo que está muy lejos de aquí, en un lugar que yo también he transitado alguna vez.

Nuestra mánager nos deja solos porque dice que no quiere perderse el concierto y que nosotros también deberíamos disfrutarlo, que tenemos un reservado. Raven dice algo sobre celebrarlo, beber, brindar otra vez y…

—¿Por qué no os adelantáis? —le interrumpo—. Coged cervezas para todos. Ahora vamos.

El actor titubea. Me mira a mí y después a Dorothy y abre la boca, pero Leo, a su lado, coge su mano. Eso es suficiente para distraer a Harris.

—Cervezas para todos, entendido —dice Leo, con una sonrisa pequeña, y después tan solo arrastra consigo a nuestro compañero,

aunque creo que escucho a Raven protestar y lo veo mirarnos por encima del hombro antes de que la puerta se cierre.

Cuando me giro de nuevo hacia Dorothy, la encuentro con la vista puesta en el suelo y sus dedos rozando el número dos que lleva tatuado en la muñeca izquierda.

Por un momento no tengo muy claro qué decir, aunque nunca me ha importado soltar lo que se me pasaba por la cabeza sin más. Pero hoy no puedo hacer eso. Hoy tengo que estar muy seguro de dónde piso, de qué toco con cada palabra, porque si elijo la equivocada la persona que tengo delante de mí va a romperse, ¿verdad?

Cuando me acuclillo frente a ella y nuestros ojos se encuentran, creo que Dorothy regresa. Tras sus ojos azules está a punto de desatarse una tormenta que me recuerda a la que estalló aquella noche en la que se emborrachó y me abrazó. Siento ganas de volver a tocarla, de rozar su rostro una vez más, pero cierro las manos y me contengo porque no siento que tenga el derecho. Dorothy apenas toca a nadie nunca, me he fijado, así que no sé si quiere que la toque yo.

—Estaría muy orgulloso de ti.

Lanzo las palabras con toda la suavidad que puedo. Las pupilas de Dorothy brillan y yo me pregunto si han sido las adecuadas o no. Su sonrisa tiembla, pero asiente.

—Sí. Lo sé.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes tú?

Dorothy toma aire. Y después suena su risa, pero es muy amarga y tiene que pasarse una mano por los ojos.

—No puedo decirlo, es cruel.

—No lo es, estoy seguro. Venga, dilo.

Ella aprieta los dientes y después, tras una respiración honda, murmura:

—Aliviada. Me siento aliviada.

Soy consciente de que esa, en realidad, es la primera gota de la tempestad que está a punto de estallar. Su dedo pulgar está apretando ese tatuaje que lleva en el interior de la muñeca y me pregunto si

intenta comprobar su propio pulso, si quiere asegurarse de que, de los dos, solo uno está muerto.

—Es que…, es que me parece que llevo una eternidad queriendo esto.

Queriendo sentir que podía hacer algo. Que tenía un gran objetivo, por él, porque no podía ser que simplemente se hubiera ido de un día para otro y nada más. Me parece que no he descansado ni un día desde que murió.

Murió. Creo que es la primera vez que lo digo en alto. Mi hermano está *muerto*, Valentín.

Es obvio lo muchísimo que le duele pronunciarlo, porque su voz se termina de romper en el momento en el que lo hace. El sollozo le desgarra la expresión y el llanto viene justo después, aunque ella intenta cubrirlo al taparse la cara. A mí se me hace un nudo en el pecho al verla, al escucharla, porque ahora que ha empezado no puede dejar de hablar:

—Llevo meses aferrándome a que quizá todo esto me lo devolvería de alguna manera. Pero no es verdad. ¡No es verdad! No me lo ha devuelto, y ahora ni siquiera me queda algo que le faltó por hacer. No va a volver, y…,

y creo que es la primera vez que lo he entendido. Se…, se me ha ido del todo con ese sueño que le he cumplido, Valentín. Y… eso…, eso me hace sentir aliviada, pero…, pero también me hace sentir tan perdida…

Estuvimos toda la vida juntos: no tengo ni idea de quién soy sin él.

No sé qué decir. No encuentro las palabras para consolarla, porque tampoco creo que un «lo siento» sirva de nada. Aunque en realidad me gustaría al menos que supiera que… la entiendo. La entiendo mucho mejor de lo que piensa.

—Mi madre está enferma.

Estoy casi tan sorprendido como ella de escuchar esas palabras con mi voz. Porque yo no hablo de mí y, desde luego, no hablo de lo que me duele.

Por eso no culpo a Dorothy por apenas saber reaccionar al principio. Me mira como si temiera haber oído mal, una de sus manos todavía tratando de limpiar un par de lágrimas que se le han escapado.

—¿Qué?

Trago saliva. Bajo la vista a su regazo, por centrarme en algo o quizá solo para fingir que ella no me está mirando.

—Mi madre está enferma —repito—. Y no…, no va a curarse. Es una enfermedad degenerativa y poco a poco irá… No hay solución. Al final…

No ahora. No… demasiado pronto, espero. Todavía está bastante bien. —

Respiro hondo, porque sé que no estoy hablando en el orden que debería—.

Linda me ofreció… Cuando me ofreció el contrato, al principio, lo rechacé.

La habían diagnosticado hacía solo unos meses y yo quería estar con ella, y sabía que esto me dejaría menos tiempo para hacerlo. Pero Linda me dijo…, bueno, que podían encargarse de que estuviera lo mejor cuidada posible, de una manera que yo jamás habría podido pagar con lo que ganaba en los musicales. Así que, al principio, eso era todo lo que tenía en la cabeza, en realidad. Que mi madre se iba a morir, pero que podía darle al menos unos años buenos, lo mejores posibles.

Entiendo por qué Dorothy ha estallado antes. Por qué, una vez ha llegado

la primera palabra, después ha escupido todas las demás sin calma ni concierto. Es fácil hacerlo. Es fácil dejar que se escapen, después de mucho tiempo conteniéndolas. Yo nunca he hablado de esto con nadie y ahora me parece que no puedo parar, aunque la mirada se me nubla y la garganta me rasca.

—Lo único que ella ha querido siempre es que yo sea feliz con la música

—explico, tras tomar aire—. Trabajó mucho toda la vida para que yo pudiera dedicarme a esto, de la manera que fuese. Lo que hiciera falta: profesores, escuelas… Lo que necesitase. Así que yo tampoco estaba haciendo todo esto por mí, al principio. No antes que por ella. Pero ahora…, ahora es cuando lo hago por los dos. Porque yo también me merezco esto, creo. Y porque ella, en el fondo, no querría ser la única razón. Porque si no, cuando se vaya, cuando finalmente no esté…

¿Para quién lo haré entonces?

El final de mi discurso deja un silencio en el que me siento desnudo y descubierto, un silencio de los que quiero quitarme de encima. Al principio ni siquiera me atrevo a volver la vista a Dorothy, porque no sé qué me voy a encontrar. Supongo que ahora entiende algunas cosas, como mi reacción cuando descubrí su secreto.

Y entonces siento esos dedos que nunca tocan a nadie. Llegan a mi rostro y me sorprenden tanto que no puedo evitar alzar la mirada hacia ella. Tiene los ojos entrecerrados llenos de una pena que no quiero ver, pero también de comprensión y de una herida parecida a la mía. Su hermano ya se ha marchado, mi madre se marchará.

¿Qué duelo es peor? ¿El que ya ha pasado o el que alarga tus días esperando lo que ocurrirá?

—Val… —susurra ella.

—Lo que quiero decir —la interrumpo, porque no sé si quiero escuchar el «lo siento» que tiene en la punta de la lengua— es que sigues siendo tú, incluso sin él. Igual que yo seguiré siendo yo, incluso sin ella. Quiero todo esto, todo lo que estamos consiguiendo, y ahora sé que lo seguiré queriendo

cuando ella ya no pueda verlo. Si quieres saber quién eres sin Theodore…, pregúntate lo mismo. ¿Qué es lo que quieres tú, más allá de él?

Dorothy aprieta los labios como si le hubiera hecho la pregunta más complicada de su vida. Supongo que lo es, porque la relación con su hermano lo era todo, ¿no? Nada de esto estaría pasando si no fuera por ese chico, así que tiene que ser muy difícil buscarse en el hueco que ha dejado.

—Lo que *yo* quiero… —Respira hondo. Encuentra algo—. Quiero…

Quiero más canciones. Quiero seguir tocando su guitarra y que ya no sea solo suya, sino también mía. Quiero disfrutar del escenario con Raven y Leo y…, y ver…, ver más veces esa expresión que tienes justo antes de salir a cantar. Y…

Contengo la respiración, sorprendido porque encuentre sitio para mí entre esos deseos que solo le pertenecen a ella.

Y me sorprendo todavía más cuando encuentra otro espacio al mirar

mi boca.

—Y quiero… —susurra, pero calla, y yo me estremezco.

Sus ojos se alzan de nuevo hacia los míos y yo sé que debería dejarlo ahí.

Debería fingir que no me he dado cuenta, que no puedo ver el momento en el que piensa en algo que no debería estar pensando y que yo tampoco debería imaginarme.

Debería hacer muchas cosas, debería recordar mis reglas.

Pero se me olvidan todas cuando, sin pensar, me inclino suavemente hacia delante y la beso.

Dottie

El beso de Valentín no se lleva la tristeza. Tampoco se lleva todos los pensamientos que me gritan, la incertidumbre y la pena. No se lleva los recuerdos que hoy parecen a flor de piel, esperando su momento para salir a la superficie y hacerme daño. Pero, contra todo pronóstico, cuando sus

labios caen sobre los míos, se hace un poco de silencio en mi mente. Nada importa, más allá de la forma en la que su boca roza la mía, casi tentativa, y la sensación de su mejilla contra la punta de mis dedos. Durante un segundo dudo, porque sé que esto va en contra de las normas, sé que es egoísta por mi parte aferrarme a él en este momento, sé que esto solo va a complicar las cosas.

Pero, al mismo tiempo, llevo semanas contemplándolo de lejos. Llevo meses fijándome en su resolución, en su humor ácido y en esa dichosa comisura que a veces regala una sonrisa. No puedo fingir que no me sienta atraída por lo que veo en él cuando está en el escenario o cuando canta y baila y se lo pasa bien. Por su perfeccionismo, por su paciencia, por su honestidad.

Lo que no esperaba era que él también me mirase a mí. Lo que no esperaba era que él fuera a hacer algo como esto, porque Val no comete errores y este me parece uno gigantesco.

Tiemblo cuando le enmarco el rostro y mis labios responden a los suyos.

Cuando lo beso, al principio con suavidad y después buscándolo de

verdad.

Lo noto estremecerse y moverse. Siento pánico al pensar que va a apartarse, que se está dando cuenta de que esto es una equivocación, pero lo único que hace es erguirse un poco más, acercarse un poco más. Siento sus dedos en mi nuca, entre mi pelo, y sé que por primera vez no hay nada de controlado en lo que hace. Val es cálido, más de lo que esperaba, y sus dedos me queman a través de la ropa cuando acaricia mi cintura.

Para cuando ese beso acaba estoy sin aliento, pero aun así dejo escapar un quejido cuando pierdo sus labios, porque no quiero volver al mundo real.

A pesar de ello, me obligo a entreabrir los ojos y a encontrar los suyos. Por primera vez desde que lo conozco, descubro a Val confuso y turbado. Sé que busca las palabras, sé que intenta encontrar una sola razón para separarse. Pero yo no quiero que lo haga. Yo, ahora que he descubierto cómo es besarlo, solo quiero seguir haciéndolo.

—No pares —susurro, muy bajito.

—Dorothy…

Escucharle llamarle por mi nombre solo lo empeora todo. Quiero pedirle que lo repita. Es estúpido, pero esa simple palabra aumenta el nudo que tengo en el estómago y la necesidad que me hace echarme hacia delante, buscarlo, tomar su camiseta para tirar un poco de él hacia mí.

—Me has preguntado qué quería, ¿verdad? Quiero esto. Así que si tú también lo quieres, por favor, *por favor*, no dejes de besarme.

Mis dedos se deslizan por la línea de su mandíbula y rozan su cuello.

Siento su pulso, su corazón tan desbocado como el mío, casi un eco de la música del concierto de Ozma, que retumba en el suelo y en las paredes.

Aunque dudo, aunque esta vez soy yo quien se lo piensa un segundo más, mis labios rozan los suyos de nuevo. Me aterra pensar que Val me rechazará. Que apartará el rostro y me dirá que esto no puede pasar, que no sabe por qué lo ha hecho, que tiene que irse.

Pero en su lugar, su boca responde. Al principio su caricia resulta apenas una interrogación, no sé si hacia sí mismo o hacia mí. Hay un

instante de silencio, de entendernos, de saber que sí, que los dos queremos esto, aunque no nos paramos a analizar los motivos. No queremos pensar si solo es una manera de olvidar, de no pensar en lo que nos duele, o algo más. Y después, el abandono, que viene en un beso mucho más seguro y termina con mis dedos en su pelo y su mano en mi cintura.

Se nos va la cabeza. Solo eso explica que ese beso se convierta al poco tiempo en uno mucho más profundo, mucho más furioso. Que yo me eche hacia atrás en ese sofá y él me siga, que clave su rodilla entre mis piernas y yo baje mis manos por su pecho apretando los dedos contra él en un intento de rozar su forma bajo la ropa. Nos olvidamos incluso de que cualquiera podría entrar. Mis labios caen en su cuello y escucho su jadeo contra mi oído antes de otro beso que se descontrola aún más. Su pierna se aprieta entre las mías y yo me agarro a él para que, por favor, no se separe.

Otro beso. Otros cientos.

Sé que los minutos pasan porque la música cambia, porque suena otra canción y los gritos se vuelven más fuertes. Podría despertar justo en ese momento, pero no lo hago. Aunque me separo un poco y Val parece quedarse perdido con la ausencia de mi boca sobre la suya, lo único que digo es:

—Vámonos de aquí.

Es otra cosa que no debería hacer, ¿verdad? Eso es lo que Val parece pensar cuando traga saliva y me mira, con el pelo despeinado y su respiración agitada. A mí no me parece suficiente con sentir su mano en mi cintura o en mi pierna, por encima de la tela del pantalón.

—¿Y adónde quieres ir? —pregunta él, con la voz ronca.

En realidad lo sabe. Es perfectamente consciente de lo que le estoy pidiendo, que no me refiero a que tan solo salgamos de este camerino.

Trago saliva, pero mis dedos se cuelan por debajo de su camiseta y prueban la piel de su estómago. Él se tensa. Me observa como si el contacto fuese un ataque a traición.

—Donde no existan los fantasmas —respondo. Porque mientras nos sigamos besando, mientras me siga tocando, estoy segura de que no voy a pensar en ninguno.

Él se estremece cuando vuelvo a echarme hacia delante, cuando rozo

apenas mi boca con la suya en una caricia que es solo una promesa y una súplica al mismo tiempo.

—Dorothy…

De nuevo, su nombre en mi boca es más bien una advertencia, pero a mí solo me da ganas de pedirle que no deje de pronunciarlo. Tengo que robárselo de los labios con ganas, quizá porque así podré recuperar algo de la chica que se supone que soy. Siento cómo se le vuelve a cortar la respiración, pero no me rechaza. Tras un segundo de duda que ni siquiera es tal, se acerca más a mí y vuelve a perder por completo esa razón que

siempre tiene tan atada.

En una ocasión me dijo que él siempre podía mantener el control, pero es obvio que hoy lo ha perdido cuando murmura contra mi boca:

—Solo esta noche —susurra.

Es una advertencia. Es una promesa. Es la confirmación del error.

Pero no he dejado de cometer errores en los últimos meses. No he dejado de hacer promesas que luego no cumplo. No he dejado de mentir, a los demás y a mí misma. Así que no importa si lo hago una vez más, si me digo que esto no va a significar nada, que mi atracción por él puede terminar aquí, que esto es sano y no estropeará todo lo demás.

—Solo esta noche.

29

Raven

Valboy

Dorothy no se encuentra demasiado bien, la llevo de vuelta al hotel.

Disfrutad del concierto

Miro el par de mensajes en mi pantalla entre la preocupación y el escepticismo. Es fácil imaginarse por qué Gale no se encontraría bien, después del día que ha tenido. Cuando acabamos en el escenario, me pareció que apenas si se sostenía en pie. De hecho, habría jurado que se iba a poner a llorar en el momento en el que Linda nos dejó en el

camerino, pero mantuvo las lágrimas a raya, al menos delante de Leo y de mí. A solas con Val quizá la cosa cambió un poco, porque tengo teorías sobre que su relación es más estrecha de lo que aparenta. Me da la sensación de que pasan cosas entre ellos, y no me refiero solo a esa tensión sexual que podría cortarse con un cuchillo. Me he fijado en cómo se miran, en cómo hablan, en cómo bromean. Val siempre parece pendiente de ella, aunque no sé si él

mismo se ha dado cuenta de ello.

Quizá por eso una parte de mí (la parte más malpensada) se pregunta si además de acompañarla hasta el hotel también va a acompañarla hasta su cama.

Aun así, le enseño el mensaje a Leo. Me sabe un poco mal estropearle el concierto porque, aunque mientras veníamos para aquí me dijo que no era superfan, se sabe muchas de las canciones y las está cantando bien alto.

Puede que tenga algo que ver con la cerveza que está bebiendo. O puede que simplemente sea que estamos casi solos en el reservado y se siente cómodo: apenas hay un pequeño grupo de personas más en la última línea de asientos. Linda está entre ellas y nos ha explicado que son invitados personales de Ozma y un par de trabajadoras de Emerald.

—¿Crees que deberíamos volver también? —pregunta Leo en mi oído después de leer el mensaje. Sé que solo se acerca para hablar por encima de la música, pero su respiración me hace cosquillas en el cuello—. A lo mejor debería mandarle un mensaje…

Dejo los ojos en blanco y niego con la cabeza al tiempo que alcanzo su mano para que no llegue a pescar el móvil de su bolsillo. Se supone que era un roce casual pero, de alguna manera, mi dedo pulgar le toca el interior de la muñeca y ambos acabamos bajando la vista. De verdad que no lo hago a propósito. Sé que no puedo hacer esta clase de cosas en público, que hubo conversaciones en Internet durante una semana después de que la gente viera que le ponía una mano en la rodilla para que dejase de moverla de puro nerviosismo en una de las primeras entrevistas que hicimos. Linda me dijo que había sido un gesto muy tierno, aunque creo que lo que pasó es que supo lo que pasaría después: un batallón de *fangirls* hablando de que yo estaba coladito por mi compañero de cuarto y montándose películas al respecto.

Aunque yo nunca me he colado por nadie.

—Me apuesto lo que quieras a que no te va a responder —le digo, antes

de soltarle más tarde de lo que debería—. Si está mal no va a querer hablar con nadie. Y si está bien…, te aseguro que tendrá las manos ocupadas.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy seguro de que te has dado cuenta de que la tensión sexual no resuelta entre ellos podría acabar con el problema energético a nivel estatal.

Resoplo, divertido, al ver que Leo parece escandalizado.

—¿Qué dices? No hay nada entre ellos.

—Bueno, quién sabe lo que ocurre tras las puertas cerradas.

En realidad, estoy un noventa por ciento seguro de que no ha pasado nada entre ellos todavía, pero admito que disfruto viendo a Leo colapsar.

—Estás equivocado.

—Puede que sea asexual, pero te aseguro que sé cuándo alguien se quiere tirar a su compañera de…

Leo me pone la mano en la boca. Parece alarmado cuando me chista, y yo me río contra su palma. Nadie va a escucharnos. De hecho, estoy seguro de que su gesto puede alertar a más gente que unas palabras por debajo del sonido de la voz de Ozma y decenas de miles de personas coreando sus canciones.

—Val no haría eso. Es muy sensato.

Intento hablar contra su mano y acabo teniendo que agarrársela para que la aparte. Esta vez, no la dejo ir. La oculto a medias entre nuestros cuerpos y la aprieto con suavidad.

—¿Has visto cómo la mira?

Leo titubea, pero no intenta soltarse. No sé en qué momento se olvidó de la primera regla que impuso cuando empezamos a convivir, pero hace mucho que no me la recuerda. De hecho, si no fuera una locura,

casi diría…

que ya no le importa que me la salte. Que no le ha importado desde el primer día que le cogí la mano para apoyarle. Desde luego, no parece importarle ahora, cuando tiene los ojos en los míos y toda su atención está puesta en defender su fe en Valentín.

—Siempre está hablando de las normas: no se las va a saltar.

—A veces ni te acuerdas de que las normas existen, cuando te dan la oportunidad. Y a veces te las saltas a propósito porque el resultado es mucho más satisfactorio.

—Tú respetas nuestras normas.

Quiero reírme, quiero señalarle lo evidente, lo cerca que estamos, pero no lo logro, quizá porque eso tal vez supondría decirle que a veces quisiera estar todavía más cerca. Que a veces se me va la vista a su boca cuando ríe o cuando canta, y…

Creo que la sonrisa que amago no me sale tan bien como de costumbre.

—¿Preferirías que me las saltase?

Veo el rubor subirle por la cara, pese al espectáculo de luces del concierto.

—No he dicho… No estábamos hablando de eso. Estábamos hablando de Val y de… Gale.

—Y de que se atraen.

—Bueno, pero eso no quiere decir que vayan a hacer nada al respecto.

—Supongo que no, pero ¿dejarías pasar la oportunidad si fueras tú? Solo se vive una vez.

Leo aparta la mirada. Me aparta la mano, también, y yo siento frío en los dedos pese a que aquí dentro hace calor. Lo veo coger su cerveza y darle un trago largo, como si necesitase buscar el valor en el fondo de la botella para pronunciar las palabras que está pensando.

—A lo mejor no es tan fácil como te lo parece a ti. ¿Y si no sabes si es recíproco? ¿Y si crees que puede causar problemas?

—¿Y si te pasas el resto de tu vida preguntándote qué podría haber

ocurrido?

Leo aprieta los labios y me observa de reojo con esa mirada que tiene a veces, la de querer atreverse a algo, pero a la vez sentirse demasiado atado por todo lo que tiene en la cabeza.

—Entonces, ¿tú no dudarías? ¿Probarías, sin más?

Se supone que sí. Que así es como lo he hecho siempre. Estoy a punto de decirlo, de enorgullecerme de ello.

Pero no sería del todo sincero, ¿no? Al contrario de lo que Leo pueda pensar, a veces yo también siento miedo, sobre todo, a su alrededor; miedo de que se pierda su mano en la mía o las buenas noches y los buenos días.

Miedo de no volver a las tardes entre canciones a media voz con nuestros dedos encontrándose sobre su piano.

Me siento descubierto, de pronto, así que aparto la vista y carraspeo.

—Supongo que podría haber alguna excepción —admito—. Por ejemplo, con una persona que se convierte en alguien demasiado importante y con la que temes estropearlo todo…

—Sí, sé cómo se siente eso.

No sé qué quiere decir con esas palabras, pero me aterra preguntar. ¿Ha sido… una indirecta? ¿Está hablando de mí? Quizá esto es algo que le ha pasado *antes*, no *ahora*, no *conmigo*. Lo miro de reojo. Él está jugando con su botellín entre las manos y se muerde el piercing de esa forma que siempre consigue que se me pasen por la cabeza ideas por las que quizá querría arriesgarme.

Intento encontrar una broma con la que huir. Llego a separar los labios, de hecho, pero entonces él toma aire, con la vista clavada en la etiqueta que intenta despegar de la botella con la uña.

—Pero el cobarde soy yo, ¿no? —dice—. A ti no te pega tener miedo.

Así que quizá podrías arriesgarte si hubiera algo… que quisieras decir. O

hacer.

Respiro hondo cuando me mira de reojo. ¿Sabe lo que me está diciendo?

Quizá si supiera en lo que estoy pensando no estaría tan de acuerdo. Quizá, de hecho, preferiría volver a su habitación de hotel antes que quedarse aquí conmigo.

Y aun así, supongo que no puedo dejar pasar la oportunidad, ¿verdad?

Por eso, con un nudo en la garganta al que no estoy acostumbrado, me inclino hacia él de la manera más casual que puedo y susurro en su oído:

—Entonces, ¿puedo romper tus reglas?

Un latido. Dos. Me pican los dedos con la necesidad de tocarlo. Los labios me hormiguean. Veo a Leo respirar hondo y me pregunto si a él también se le ha acelerado el corazón.

—No la tercera.

Casi me cuesta recordar cuál era esa porque ni siquiera se me ha pasado nunca por la cabeza incumplirla.

—No quiero jugar contigo. No quiero hacerte daño, Leo.

Él tiene que saber que soy sincero. Si no confiara en mí, no dejaría que tocase sus nudillos con la punta de mis dedos, como hago ahora. Siento cómo deja escapar toda la respiración en un suspiro, cómo sus ojos se atreven a clavarse en los míos pese a que sus mejillas están muy rojas.

—Entonces supongo que las otras dos reglas no importan —susurra.

Creo que el estómago nunca me había dado un vuelco así. Creo que nunca me había quedado tan quieto en toda mi vida, porque temo que Leo se deslice fuera de mi alcance si hago cualquier movimiento en falso. Mi caricia en sus nudillos se vuelve un suave agarre alrededor de su mano.

—Quiero besarte, Leo.

Está tan cerca que puedo ver mi sombra en sus ojos, tan cerca que solo necesitaría inclinarme un poco más, solo un poco más. Su mirada cae sobre mi boca y yo no puedo evitar fijarme en la suya. Me pregunto si él también siente su corazón a punto de explotar, como lo siento yo cuando se muerde ese maldito piercing que quiero sentir entre mis dientes.

Sus dedos se mueven contra los míos. Durante un segundo en el que mi mente vuela, me imagino que se acerca del todo y me besa él mismo.

Pero ambos sabemos que no podemos hacer eso. Ambos somos conscientes de que Linda está ahí, riéndose con su grupo a unos metros, y es un milagro que no haya mirado en nuestra dirección y haya decidido

actuar para que corra el aire entre nosotros. Pero está bien, ¿verdad?

Podemos pasar por dos amigos que se están contando un secreto.

—¿Te gustaría? Que te besara.

Mi voz es un poco ronca, muy baja, pero sé que me ha escuchado. Y solo necesita una palabra para que lo saque de aquí y lo haga. Solo necesita una palabra, también, para que me aparte y no vuelva a proponerlo nunca más.

Y sé que el rechazo escocería, pero también soy consciente de que sería peor perder todo lo demás que hay entre nosotros, ¿no?

Me lo repito para mí mismo, intentando convencerme de que puedo sobrevivir si alguien (alguien no: si *él*) me niega un beso, pero aun así contengo la respiración.

—Sí.

Todo su cuerpo parece gritar esa respuesta, toda su cercanía, todo lo que hemos estado compartiendo en las últimas semanas, y aun así siento ganas de echarme a reír, aunque sea de puro alivio. Tengo que detenerme para no hacerlo de inmediato. Para no tomar su rostro entre las manos y probar su boca y que no me importe en absoluto quién mire o las fotos que alguien pueda sacar desde algún lugar inesperado.

—¿Y crees que podríamos irnos, para que lo haga en cuanto salgamos por esa puerta?

Leo enrojece pero ríe, no sé si divertido por mi impaciencia o tan nervioso como yo.

—Ozma nos ha dejado ser sus teloneros. Estoy seguro de que da una mala imagen que los otros ni siquiera hayan aparecido al concierto y nosotros nos vayamos a la mitad….

Siento que las comisuras me tiran de la boca en una sonrisa. Aparto la mirada hacia el escenario, donde Ozma habla con su público, y yo desearía tener el poder de acelerar el tiempo.

—Voy a matar a Val y Gale.

Leo vuelve a reír, pese a que yo ni siquiera estoy seguro de estar del todo

de broma. Aunque, por otro lado, si no se hubieran marchado nunca habríamos tenido esta conversación, ¿verdad?

—Media hora —susurra mi acompañante.

Su meñique roza el mío.

Bien. Si no lo he besado hasta ahora, puedo aguantar media hora más.

30

Val

«No deberías hacer esto».

Salimos del concierto con esa voz repitiéndose en mi cabeza. Una voz que es la mía propia, la que siempre toma las riendas, la que por lo general tiene el control. Está ahí mientras pedimos un coche y sigue ahí cuando nos sentamos cada uno en un lado del asiento trasero, dejando aire entre nosotros. Eso debería ser suficiente. Eso debería hacer que me centrase de una vez.

«No deberías hacer esto».

Me lo digo una vez más mientras subimos en el ascensor, acompañados de más personas. La presencia de esa gente también debería recordarme las razones por las que esto es un error de magnitudes épicas. La mayor equivocación que he cometido en los últimos años, puede que en toda mi vida, porque yo simplemente no me equivoco. No, al menos, de manera consciente. Yo no soy así. Yo no lo dejo todo en manos de un impulso.

«No deberías hacer esto».

Pero estamos en el piso de nuestras habitaciones y la estoy siguiendo y miro hacia atrás para asegurarme de que esas dos personas con las que nos cruzamos en el corredor desaparecen antes de darse cuenta de que voy a

entrar en su cuarto.

Porque voy a hacerlo.

En el momento en el que se escucha la cerradura electrónica y Dorothy levanta la mirada hacia mí, sé que no quiero otra cosa que entrar y volver a besarla. Quiero cerrar esa puerta y no preocuparme del mundo detrás de ella durante una noche. Solo una noche. Solo una noche para quitarme de encima esta sensación que llevo teniendo desde que la vi cantar por primera vez; la que ha estado creciendo con cada burla y cada momento de fragilidad, con cada baile, con cada noche durmiendo en el mismo cuarto.

No he abandonado el deseo de volver a tocar su cuerpo desde la noche en que me abrazó, pero nunca lo he hecho porque no tenía sentido hacerlo.

Nunca había una excusa lo suficientemente convincente, nunca parecía lo correcto. Ahora, sin embargo, ella toma mi mano y tira de mí hacia dentro y yo…

Yo me rindo.

Nuestras bocas se encuentran antes incluso de que la puerta se haya cerrado. De pronto solo existe ese beso y la manera en la que descubro que Dorothy besa igual que canta: todo sentimiento. Todo pasión, en este caso, cuando me rodea con sus brazos mientras la apoyo contra la puerta.

Solo hay una cosa que puede detener esto y es que ella cambie de opinión. Por eso, tras un solo momento que me deja sin aliento y que pulveriza todas mis reservas, tomo su mentón para alejarla un poco, para encontrar un momento de pausa en el que ella me mira de frente con esos ojos claros que parecen desbordados de demasiadas cosas. Por primera vez no quiero pararme a analizar todo lo que hay en ellos.

—¿Estás segura?

Ella sabe que no voy a volver a besarla hasta que lo diga, aunque no quiero otra cosa. Aunque creo que nunca voy a poder pensar en nada más, porque cada vez que intente concentrarme en algo voy a recordar su expresión anhelante ahora, su respiración agitada, sus pupilas dilatadas, los

labios húmedos y entreabiertos. La manera en la que se pasa la lengua por ellos y clava los dedos en mi nuca.

—Sí.

Vuelve a intentar acercar su rostro, pero yo la mantengo donde está.

—Es un día complicado para ti. A lo mejor te estás precipitando. A lo mejor… No quiero que sea por las razones equivocadas.

No quiero que sea solo por consuelo. No quiero que sea solo por tristeza.

No soy estúpido, sé que la pena es algo que nos une esta noche, sé que los dos tenemos cosas en las que preferimos no pensar. Pero tampoco quiero que sea simplemente una manera de olvidar. Quiero que lo desee de verdad.

Que me desee *a mí,* porque yo acabo de ser consciente de que llevo meses deseándola a ella, puede que desde que la vi por primera vez en aquella audición.

—No lo es —susurra. La mano de Dorothy se enreda alrededor de mi camiseta para tirar de mí—. Quiero esto, Val. Así que, a no ser que tú no quieras, por favor…

No la dejo terminar. La beso de nuevo para que sea consciente de lo que quiero, de que estoy pensando en cómo desnudarla, de que tengo demasiadas ganas de aprenderme su cuerpo con la boca y con las manos.

Ella parece tener en mente justo lo mismo y me demuestra que puede ser un huracán también en sus besos, capaz de arrasarme por completo y hacerme sentir que, después de esta noche, nunca volveré a ser el mismo.

Mi chaqueta cae al suelo. Su camisa sigue el mismo camino. Me empuja, entre jadeos, entre besos, entre manos nerviosas que buscan todo a la vez, y yo retrocedo hasta chocar con la cama y caer en el colchón. Tengo tiempo de recuperar el aliento cuando ella me observa desde arriba. Tengo tiempo de mirarla, con la camiseta arrugada, las mejillas rojas, la expresión llena del anhelo de algo más. Da un paso hacia mí, pero yo la detengo al alzar la mano y creo que ella piensa que me he arrepentido. Que por fin he despertado, he caído en lo poco sensato que es hacer esto y voy a parar.

Pero no es eso.

—Quítate la ropa.

Dorothy parpadea al escucharme y ver cómo me echo hacia atrás para apoyarme en las palmas de mis manos. Mi mirada recorre su cuerpo, siempre demasiado tapado, hasta terminar de nuevo en sus ojos.

Después de la sorpresa, entrecierra los párpados.

—¿Vas a dar órdenes también en la cama? —protesta, desafiante.

—Sí —respondo, sin vergüenza pero con la voz un poco ronca—. Quiero verte.

En realidad, no es solo eso. Por supuesto que quiero verla, pero también quiero que, después de tanto tiempo escondiéndose de todo el mundo, teniendo mucho cuidado con cada pedazo de piel al descubierto, sienta que puede desvestirse ante mí. Dejar que te desnuden es una cosa: puedes no pensar demasiado en ello, puedes dejarte llevar y nada más. Desnudarte para alguien es algo en lo que eres muy consciente de lo que está pasando, de lo que estás dejando ver, de que te están mirando.

Dorothy se humedece los labios. Creo que duda, que no lo hará, que me retará a quitarle todo con mis propias manos. Pero tras unos segundos de tensión, obedece. Empieza a quitarse prenda por prenda, y soy consciente de la lentitud deliberada con la que lo hace, casi como si quisiera torturarme. Creo que eso es lo que pretende, porque no me aparta la vista en ningún momento, y yo tengo que apretar las manos alrededor de la colcha para evitar ir a por ella cuando se baja los pantalones y se queda con la ropa interior y el *binder*. La prenda que cubre su pecho es lo siguiente que se quita: es claramente lo que más le cuesta, creo que porque le resulta un poco incómodo. Tiene que ser complicado pasar tantas horas con él puesto.

Sé que Leo le compró por Internet unos más cómodos que el que había llevado ella durante las primeras semanas, pero eso no evita que lo lleve puesto demasiadas horas y que a veces incluso haga ejercicio con él pese a que no es recomendable. La veo hacer una mueca mientras se lo saca por la

cabeza y después respirar casi con alivio.

Quiero preguntarle si está bien, si le duele, pero me silencian sus manos, que van directamente hacia los bóxers que lleva puestos como ropa interior.

Dorothy me está mirando mientras juega con la cintura elástica. Mientras decide que si va a desnudarse, va a hacerlo por completo,

porque ya no tiene nada que ocultar. Solo hay un segundo de duda y, después, sus manos se deslizan hacia abajo para terminar de quitarse la última prenda que le quedaba.

Y yo la miro. Bebo de esa piel al descubierto, de las formas que hasta ahora ni siquiera me había atrevido a imaginar. Su pecho es pequeño; su cintura, no demasiado pronunciada; sus piernas, delgadas y largas. Y quiero recorrer cada centímetro, pero al mismo tiempo me golpea un poco el hecho de que esta es Dorothy, sin disfraces, sin reservas, más ella que nunca, desnuda de ropa pero también de todo lo demás, y que lleva meses sin poder ser solo eso.

Me parece injusto. Ya había pensado antes que tenía que ser duro para ella ser solo la sustituta de otra persona, pero en este momento me parece más cruel que nunca, sobre todo cuando ahora sé que se siente tan perdida.

Que, en el fondo, le cuesta encontrar una identidad más allá de su hermano.

Aunque ahora no está pensando en eso, supongo. Ahora solo está pensando en lo que ocurre entre nosotros y en lo que quiere y por eso se acerca y se pone a horcajadas sobre mí. Tiene que sentir lo tenso que estoy, cuando se aprieta contra mi cuerpo. Lo mucho que la necesito, cuando mis manos caen sobre sus piernas y después suben por ellas y la atraen, cerca, todo lo posible. Su piel está caliente, o quizá sea yo quien está ardiendo.

—¿Contento? —susurra, con el mismo desafío de antes.

Asiento. Mis labios buscan su oído para susurrar en él:

—Perfecta.

Noto cómo se estremece, pero no es nada en comparación a cómo tiembla cuando mi boca decide descender para probar su cuello con besos

lentos, tan lentos como la manera en la que ella se ha desnudado, y después probar con la lengua uno de sus pezones. Siento que me pierdo un poco más en el mismo momento en el que la escucho gemir por primera vez, que ahora toda la música del mundo va a tener ese mismo sonido, esa nota exacta. La mantengo erguida contra mi cuerpo, mientras ella se mueve contra mí y empieza a volverme loco incluso cuando todavía sigo con la ropa puesta. Nuestras bocas vuelven a encontrarse en un beso que podría ser desesperado pero

que, en realidad, es dolorosamente lento, al tiempo que nuestras caderas se buscan. Siento sus manos hundiéndose en mi pelo.

Siento cómo deshace el moño que llevo y supongo que esa es la última de las contenciones que me quedaba, así que me parece justo que se ponga mi coletero en la muñeca como si fuera un trofeo.

Mi camiseta corre la misma suerte que el resto de su ropa y tengo que echar la cabeza hacia atrás cuando sus dientes raspan mi cuello. Solo espero que no deje marca. Al menos, sobre la piel, porque creo que no voy a poder evitar la que va a quedar bajo ella después de esta noche.

A continuación, otro beso, largo, más profundo, con menos calma. Sus manos abren la hebilla de mi cinturón y después tiran de mis pantalones, aunque la obligo a volver a ocupar su lugar en mi regazo antes de que ella pueda arrodillarse frente a mí. Dorothy no protesta, sobre todo cuando siente mis dedos entre sus piernas, buscando, encontrando, escurriéndose.

—Val. —Su voz es una súplica y estoy seguro de que nunca me había gustado tanto que me llamaran de esa manera.

—Dorothy. —Mi voz es un recordatorio de quién es, aunque ese nombre sea tan secreto como todo lo que está pasando en este cuarto.

Su boca vuelve a la mía como si quisiera rescatar su identidad de mis labios o acallar los gemidos que se le escapan. Su respiración es un desastre. Toda esta noche es un desastre.

Su mano intenta meterse debajo de mi ropa interior, pero yo la detengo, porque no, todavía no. Eso consigue que frunza un poco el ceño, que intente

pelear un poco.

—No quiero jugar, Val… —me advierte, y al mismo tiempo me suplica.

—No estoy jugando —respondo, con la voz ronca pero inflexible. Mi mano entre sus piernas puntúa la frase y ella tiene que agarrarse a mi hombro, con un jadeo atragantado en la garganta. No creo que sea consciente de lo mucho que me afecta verla así, que la calma con la que intento hablar es una mentira—. Pero planeo que esto dure. Solo es una noche, así que voy a aprovecharla. ¿Algún problema?

Dorothy deja caer su frente contra la mía. Tiene los ojos cerrados, la

respiración truncada, las mejillas rojas. Parece a punto de perderse. Muevo mis dedos, presiono y los deslizo, porque quiero que lo haga. Quiero que se rompa en mil pedazos y lo único que tenga en la cabeza sea esto. Mis caricias. A mí.

—Sí. Sí, haz que dure —me ruega, y después se le quiebra la voz y yo la sostengo y la beso para llevarme su orgasmo bajo la lengua.

Si esto va a ser solo un error de una noche, al menos, puedo hacer que sea la noche más larga del mundo.

31

Leo

Supongo que me he vuelto loco. Esa es la única explicación para que Raven Harris me haya preguntado si me gustaría que me besara y yo le haya dicho que sí: he perdido por completo la cabeza.

No es por el hecho de que quiera que me bese. Eso llevo semanas sabiéndolo. Desde el festival, como mínimo. Pero desde el festival, también, me había convencido de que eso era algo de lo que tenía que olvidarme y en lo que estaba taxativamente prohibido pensar. No se trata solo del grupo. Se trata de él. De esta… amistad. Valentín, Dottie y él son los primeros amigos de verdad que siento que he tenido en toda mi vida y con Raven…, con Raven es especial. Con Raven paso casi todo mi tiempo, Raven siempre parece estar cerca de mí. Y durante estos días solo me he convencido de que tenía que quitarme de encima la idea de ser algo más, de querer algo más que sus bromas o su mano en la mía cuando sabe que necesito calma. Eso era suficiente. Podía ser suficiente.

Pero quiere besarme y quiero que lo haga y no sé qué hacer con eso. No sé quiénes vamos a ser después. No sé por qué alguien como Raven me besaría a mí, pero durante todo el concierto de Ozma no puedo dejar de pensar en ello. Sé que él tampoco, porque nos descubrimos mirándonos más

veces de las que deberíamos. Es la media hora más larga de la historia, una ruptura del espacio temporal en toda regla.

Cuando por fin Ozma acaba su concierto, nuestras miradas vuelven a encontrarse. Lo único que evita que yo salga corriendo es que, por primera vez desde que lo conozco, él también parece nervioso. Abre la boca, pero antes de que pueda decir nada, una voz nos interrumpe:

—¡Chicos! —Linda hace que los dos nos sobresaltemos y retrocedamos un paso, alejándonos el uno del otro, aunque no nos estábamos tocando—.

¿Habéis disfrutado del concierto? ¿Dónde están Theo y Val? No los he visto.

Raven y yo compartimos una mirada y yo vuelvo a pensar en lo que ha dicho. En que ellos puedan… Pero no. Qué tontería. Aunque si fuera así, desde luego no podemos arriesgarnos a que nuestra mánager lo sepa. Y no porque fuera a ser una relación homosexual destapada, sino porque, de hecho, Linda podría terminar descubriendo que no hay nada de homosexual en ello. De hecho, lo único homosexual en este grupo es lo que sea que está pasando entre Raven y yo esta noche.

Creo que no tenía que haberme tomado esa cerveza. O que estoy entrando en pánico.

—Se han ido al hotel. ¡A dormir! —añado, y veo en la cara de Raven que, vale, esa aclaración ha sido sospechosa—. Gale no se encontraba del todo bien…

—¡Oh, no! —Linda hace un mohín—. ¿Creéis que necesitará algo?

Puedo…

—No, todo está bien, Linda —se apresura a responder mi compañero —.

Nos avisaron hace ya un buen rato. Seguro que ya están descansando o habríamos tenido noticias.

Nuestra mánager titubea pero asiente.

—Está bien, mañana le preguntaré. Vosotros también estaréis cansados,

¿verdad? Volvamos, la furgoneta nos estará esperando.

Raven y yo volvemos a mirarnos. Y yo quiero reírme de nuevo y salir huyendo en dirección contraria a la vez. Mi compañero de cuarto toma aire y después mira a Linda.

—Sí, vámonos.

Vale, que no cunda el pánico. Todo está bien. No pasa nada.

Solo que claro que pasa. Están pasando muchas cosas. Demasiadas.

Cosas que no tendrían que estar pasando, pero también cosas que quiero que pasen. ¿Quiero? No lo sé. ¿Quiere él? O sea, sí que quiere, pero ¿por qué? Y después, ¿qué? ¿Cómo se besa a tu compañero de cuarto superfamoso que te gusta? ¿Espera solo un beso o algo más? Raven es asexual, pero el sexo le resulta divertido, lo ha dicho muchas veces. ¿Y a mí? No sé, nunca me lo había planteado más que como un pensamiento lejano, porque nunca se ha dado la oportunidad. Desde luego, no creo estar preparado para… Al menos, no esta noche. Si tuviéramos algo de verdad, entonces, creo que querría probar… Pero no vamos a tener nada de verdad,

¿no? Él solo ha dicho que quería besarme, nada más. Solo me ha dicho que soy un chico maravilloso.

Él… ¿Qué siente? No le he dicho lo que siento yo. No sé… No…

Creo que no me voy a besar con Raven esta noche, pero no porque no quiera, sino porque me lo va a impedir la crisis de ansiedad que voy a tener antes.

Linda nos dice de camino a la furgoneta que estamos muy callados y Raven intenta hacer una broma que apenas escucho por encima de todas las cosas que me pasan por la cabeza. Aun así, finjo que me río. Finjo que atiendo durante la conversación sobre el concierto de camino al hotel y le deseo las buenas noches a nuestra mánager cuando sale del ascensor solo un piso por debajo de nosotros. El silencio muerde cuando Raven y yo nos quedamos solos en la cabina. No me atrevo a mirarlo. No sé qué hacer. No sé cómo actuar. Y va a darse cuenta, ¿verdad? Va a cambiar de opinión.

El dorso de su mano roza el mío, con cuidado, y me sobresalto. Cuando

lo miro de reojo, Raven tiene los ojos fijos en mí y parece precavido. Estoy preparado para decir algo, pero entonces la puerta del ascensor vuelve a abrirse y nuestras manos se alejan y las palabras se pierden.

Salgo muy rápido, sin mirar a la gente que espera para entrar. Siento los pasos de Raven siguiéndome, porque nuestras habitaciones están en el mismo pasillo, una frente a la otra. En el fondo es extraño pensar que hoy no dormiremos en el mismo cuarto, después de tantos meses. A veces me quedo dormido mientras él todavía habla. A veces él lo hace mientras yo tarareo lo último que se me ha ocurrido. Nos hemos acostumbrado a escucharnos y no sé si esta noche voy a poder dormir

en una habitación tan callada.

Cuando llegamos a mi puerta, el pasillo está desierto y yo trago saliva.

¿Debería…? ¿Debería invitarlo a pasar? ¿Eso qué imagen da? ¿Parecerá una invitación a algo más?

—Leo. —Estoy a punto de chillar cuando escucho su voz, justo detrás de mí, y me giro para mirarlo. Él tiene una sonrisa pequeña en la boca —.

Respira. Está bien. No pasa nada por cambiar de opinión.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Llevas los últimos quince minutos con cara de estar resolviendo la ecuación más complicada del mundo. Estoy seguro de que esa no es la cara que pone alguien que está muriéndose de ganas de un beso.

—Te equivocas.

—Está bien, Leo, de verdad que…

—No he cambiado de opinión —protesto, frustrado—. ¿Lo has hecho tú?

¿No…? ¿No quieres besarme? Porque lo entendería. Sé que no soy…

—Leo —Raven me interrumpe—. Llevo una hora sin poder pensar en otra cosa.

No puedo escuchar bien el silencio porque por encima de él suenan los latidos de mi corazón, demasiado fuertes. Me parece que marcan el compás

de una melodía nueva y que al mismo tiempo es solo una variación de lo que llevo semanas sintiendo.

Raven se humedece los labios y lanza un vistazo a mi puerta.

—¿Puedo…? ¿Puedo pasar? Solo un momento.

Respiro hondo, como cuando estamos a punto de salir al escenario. Me siento igual, con las manos y el corazón temblando, pero asiento. Saco la tarjeta del bolsillo de mi pantalón y entro primero. Escucho la

puerta cerrarse tras nosotros y…, y me quedo bloqueado, porque no sé qué sigue ahora. No sé cómo continuar. No sé cómo voy a estropearlo, pero estoy seguro de que voy a hacerlo.

Entonces siento su mano. Roza mi hombro y, aunque al principio me tenso, eso es algo ante lo que sé reaccionar. Su caricia es algo que entiendo, igual que entiendo la manera en la que sus dedos bajan por mi brazo hasta terminar jugando con los míos. Sé cómo encajan, así que los entrelazo y dejo que Raven tire de ellos, que me obligue a girarme para encararlo. Él es un poco más alto que yo, así que tengo que alzar la barbilla para mirarlo. Su otra mano se alza y la siento sobre mi rostro y me estremezco, pero ya no tengo ganas de salir corriendo. No cuando él me está mirando como si esto fuera muy importante. Lo es. Para mí, al menos, lo es.

—Nunca lo he hecho —digo. Por los nervios, supongo—. Para que lo sepas, por si es decepcionante. O sea, una vez me dieron un beso, pero

¿cuenta, si es en preescolar? Fue un pico que me dio un niño y justo después decidió que éramos novios. Estoy seguro de que no cuenta. Apenas me acuerdo. Bueno, me acuerdo de que pasó, pero no me acuerdo de… Ni siquiera me pidió permiso, ¿te puedes creer que eduquen así a los niños?

Y así es como alguien se carga el ambiente, porque Raven parpadea, sorprendido… y después se echa a reír. Me pongo rojo hasta la nuca, pero ni siquiera le puedo culpar.

—Qué horror. Ojalá alguien lo castigase de cara a la pared.

A mi pesar, tengo que sonreír, aunque sea de puros nervios. Y en

realidad…, creo que su risa es algo bueno. Que su broma, que esta vez parece natural y no algo en lo que se esfuerce, consigue tranquilizarme.

—No, qué va. Cultura patriarcal, ya sabes.

—Hay que acabar con el sistema pero ya.

Nos reímos como dos estúpidos, que supongo que es lo que somos. Y

después, cuando las risas se llevan toda la tensión que había entre nosotros, solo queda esa mirada que nos sostenemos. La manera en la que sus dedos rozan la sonrisa que todavía tengo en la boca, la forma en la que yo miro la suya.

—Entonces… ¿Puedo? —susurra, muy bajito.

Me muerdo el piercing y se me ocurre que igual le molesta a la hora de besarme. No lo pensé cuando me lo hice, quizá porque nunca pensé que nadie me besaría jamás. Porque si me asustaba salir de mi cuarto, estar con otras personas, ¿cómo podía pensar en que alguien podría llegar a estar tan cerca?

Pero asiento. Y, de hecho, yo mismo doy un paso hacia él. Yo mismo alzo un poco el rostro y entorno los párpados. Soy muy consciente de la manera en la que me observa y parece pensar en algo, aunque no sé qué.

Y después, llegan sus labios.

Raven

Di mi primer beso a los doce años, en un set de rodaje, rodeado de un montón de adultos que estaban pendientes de cada uno de mis movimientos.

Y fue… bastante decepcionante, en realidad. Después de escuchar hablar a todo el mundo de los besos, después de que me preguntaran mil veces, en privado y en entrevistas, si ya tenía novia y si ya había besado a alguna niña, lo cierto es que no entendí por qué a la gente parecía gustarle tanto.

No sentí mariposas. No se me desbocó el corazón. Fue húmedo y ella tenía los labios fríos porque estábamos comiendo helado en la escena y solo sé

que nos lo hicieron repetir otras tres veces hasta que se quedaron contentos y a mí me castañeaban un poco los dientes.

Con los años cambié de opinión con respecto a ellos, sin embargo.

Cualquier contacto físico está mejor si lo haces con alguien con quien quieres y no siguiendo un guion que ha escrito otra persona. Supongo que parte de la emoción está en no saber si va a pasar o cómo o qué hará la otra persona. Supongo que, precisamente porque he leído mil guiones, como estoy acostumbrado a saberme las líneas, disfruto más de lo que me sorprende.

Y definitivamente no esperaba besar a Leo Stewart esta noche. No esperaba estar en su habitación de hotel, con las manos entrelazadas y mi boca en la suya. No esperaba ser su primer beso (porque he

decidido que ese pico no puede contar). Y no esperaba que él entreabriese los labios contra los míos en respuesta. Noto el temblor cuando lo hace. Noto la forma en la que su mano se aferra con un poco más de fuerza a la mía. Puede que mi corazón se acelere un poco, aunque mi corazón, por lo general, no hace nada de lo que describen en las novelas románticas: nunca ha intentado salirse del pecho por un beso o al ver a alguien, nunca se me ha caído al estómago porque sabe exactamente cuál es su lugar. Pero supongo que puedo aceptar que lo haga hoy, porque este beso no se parece a nada que haya experimentado antes. Leo no es como nadie a quien haya besado antes.

Cuando me separo, con un suspiro, él entreabre los ojos y yo me quedo muy quieto, muy cerca, con las puntas de nuestras narices a punto de tocarse. Con la sonrisa en los labios, que no sé cuándo he esbozado, y ese martilleo irregular en el pecho que sube de volumen cuando veo que él también sonríe.

—Ha sido mejor que el de preescolar.

Leo se pone todavía más rojo en cuanto lo dice, como si no creyese que algo así acaba de salir de su boca, y yo no puedo evitar echarme a reír.

—Es por el consentimiento. Tiene el poder de hacerlo todo mucho más sexy.

La vergüenza pasa a convertirse en diversión. Su risa se une a la mía y durante un momento todo es… perfecto, porque siento que no se ha estropeado nada y una parte de mí puede volver a respirar. No me sorprende que las cosas sean fáciles con él, porque en los últimos meses siempre lo han sido, pero supongo que, incluso con su permiso, tenía miedo de que algo no fuera a estar bien. Miedo de que se arrepintiese o de que se sintiese extraño o de que no supiésemos qué hacer con más intimidad de la que ya compartíamos.

Pero todo está bien, ¿verdad?

Cuando dejamos de reír, nuestros ojos siguen en los del otro. Hay un silencio lleno de posibilidades. Uno de esos silencios en los que se esconden muchos besos más.

—Debería… dejarte dormir —susurro.

—Sí, deberíamos descansar…

Aunque dice eso, no se mueve ni un ápice. Se queda muy quieto, incluso cuando me inclino de nuevo hacia él, y no me da ni una sola pista de que quiera que me vaya, pero sí que mira mis labios de nuevo. Y cuando nuestras bocas vuelven a chocar, corresponde a mi segundo beso con un poco más de seguridad y hace todavía más difícil que me separe.

—Para que… duermas bien.

No me doy cuenta de lo empalagoso que ha sonado hasta que lo digo, pero a él no parece importarle. Cuando doy un paso hacia atrás, me siento torpe, como si me hubiera olvidado de cómo funciona este cuerpo. Es una sensación extraña.

—Buenas noches, Raven.

—Buenas noches.

No me doy demasiada prisa en salir o en cruzar el corredor, pero cuando llego a mi cuarto y me apoyo contra la puerta noto que me falta el aire. Es

un poco confuso, en realidad, porque me siento… feliz. Mucho más de lo que me he sentido en… demasiado tiempo. No puedo comparar esta sensación con nada: lo más parecido sería la adrenalina de los conciertos, o la que te da escuchar tu nombre en unos premios importantes.

No creo que nunca un simple beso me haya hecho sentir así. De hecho, no creo que ningún beso hasta ahora haya significado nada para mí; si lo pienso, los besos siempre han sido algo que hacía por trabajo o como antesala a algo más. Pero hoy…, hoy solo quería quedarme ahí. Puede que ni siquiera en el beso. Puede que solo con Leo.

Y no tengo claro lo que significa eso.

32

Dottie

Las cortinas están solo echadas a medias, así que ambos podemos ver el momento en el que el cielo empieza a clarear por el este, al principio de forma muy sutil. La silueta de los altos edificios se vuelve un poco más definida y con ese simple detalle, que en cualquier otra situación habríamos ignorado, sabemos que la noche llega a su fin.

Val no se mueve, pero tiene los ojos puestos en ese trozo de ventana cuando me giro hacia él. No ha hecho todavía ningún ademán de levantarse, pero sé que ya lo está pensando. Supongo que por eso me muevo. Por eso me incorporo a medias, sobre un codo, obligándole a que me preste atención a mí. Y supongo que por eso me inclino y lo beso, en un ritmo nuevo, mucho más calmado que todos los besos que le he dado hasta ahora.

No voy a suplicar, no voy a pedirle que se quede, pero quizá espero que mis labios lo hagan sin necesidad de una sola palabra. Su suspiro acaricia mis labios cuando me aparto. Cuando mis dedos se deslizan por su cuello hasta sus hombros y, después, hasta ese lugar en su pecho bajo el que late su corazón, donde tenía apoyada la mejilla hasta hace un minuto. Todavía siento sus dedos en mis caderas y su boca ardiendo contra mis muslos. No puedo distinguir sus ojos en la penumbra, pero sé que me está mirando.

—Tengo que irme…

Lo dice bajito, y todo lo que puedo pensar es que «tengo que» no es lo mismo que «quiero». Todo lo que puedo pensar es que el sol no ha salido, que todavía podríamos arañar unos minutos más. Unos besos más. Siento la caricia que deja en mi costado, que sube por la forma de mis costillas y la pequeña curva exterior de mi pecho, hasta llegar a mi clavícula. Sus dedos me trepan por la nuca y rozan las puntas de mi pelo corto.

No parece el gesto de alguien consciente de que tiene que marcharse, aunque tampoco lo parecía durante la noche. Nada durante estas horas ha parecido algo de dos personas que solo quieren unas horas de sexo, porque no ha sido solo eso. Porque cada vez que recuperábamos el aliento nos hemos abrazado y nos hemos seguido besando con mucha más calma, porque no hemos hablado de nada por miedo a que las palabras lo estropeasen todo, pero siento que nos hemos gritado cada vez que nos mirábamos a los ojos. Ahora volvemos a hacerlo.

Creo que va a rendirse. Que voy a ganar y lo voy a mantener conmigo.

Pero su siguiente beso cae solo en mi frente y sé que es una despedida. La ausencia de sus dedos cuando se levanta me deja la piel muy fría, pero no puedo retenerlo. No sé cómo hacerlo. Me quedo ahí, con las palabras atadas a la garganta, mientras él recoge su ropa del suelo y se la pone sin encender ni una sola luz. Lo único que puedo hacer es llevarme la mano a la muñeca, donde todavía llevo su coletero. Me pregunto si me lo va a pedir de vuelta, si realmente nos convertirá en

un sueño del que no quede ni un solo rastro.

Valentín se queda un momento de pie junto al borde de la cama, de espaldas a mí. Lo veo peinarse con los dedos, aunque su habitación está justo al lado y nadie va a verlo a estas horas en el pasillo. Creo que duda, aunque su rostro está en sombras.

—¿Necesitas que venga a despertarte en un rato? —pregunta al final.

Sé lo que está haciendo. Sé que está intentando que las cosas vuelvan a su cauce. Al compañero de cuarto irritante que tiene que encargarse de que

no se me peguen las sábanas.

—Me levantaré —respondo, aunque lo que quiero decirle es que podría quedarse hasta ese momento, solo para asegurarse de que me levante a la hora.

—Estoy orgulloso —bromea. O lo intenta.

Se gira hacia mí y me dedica esa comisura alzada, pero yo sé que no es la de siempre porque he empezado a aprendérmela. Me pregunto si lo hemos estropeado todo, si ahora vamos a tener que caminar de puntillas alrededor del otro, pero no se lo digo. Aunque hay una duda por su parte, su mano se alza. Roza mi mejilla, con cuidado, y yo recuerdo cada caricia que ha dejado en mi cuerpo esta noche y que siento tatuada en la piel. Pero no hay más besos. Tras ese roce, Val da un paso atrás y después simplemente se marcha, tras recuperar su chaqueta tirada en la entrada.

Cuando la puerta se cierra tras él, su coletero sigue en mi muñeca. Esa es toda la prueba que queda de algo que no debió ocurrir jamás.

33

Dottie

—¿Y…?

Tonya me mira desde el sofá de dos plazas que ocupa la mayor parte de su diminuto apartamento. Yo fijo los ojos en el táper donde todavía queda la mitad de una ración de tarta de queso. Parece que hace una vida entera desde que yo también trabajaba en el restaurante y solía llevarme sobras a casa.

Trato de hacerme pequeña sobre el suelo de madera.

—¿Y qué? —murmuro, tras tragar un pedazo de pastel.

—Algo pasaría, después de vivir juntos la noche más increíble de tu vida.

—Yo no he dicho eso —protesto. Pero no haber usado exactamente esas palabras es todo lo que tengo en mi defensa y ambas lo sabemos.

Porque sí que ha sido increíble. Él y la noche y el sexo y… todo, en realidad.

—Me salté el desayuno —confieso. Para no verle, claro—. Y en el camino de vuelta fingí dormir las dos horas de viaje.

Nadie hizo comentarios al respecto. Raven y Leo le habían dicho a Linda la noche anterior que no me encontraba bien y ella estaba preocupada, pero en cuanto le dije que solo había sido un bajón tras la emoción del concierto,

se relajó. Traté de ignorar las miradas de Raven, que está claro que no se creyó ni una sola palabra, y solo pude alegrarme de que no hiciera ninguna broma fuera de lugar, porque en ese momento apareció Leo y se distrajo mirándolo. Ellos tampoco hablaron mucho en el viaje. Y la comida no fue mucho mejor. Linda bromeó con que el concierto nos había drenado de energía, pero hasta ella tuvo que notar lo cargado que estaba el ambiente en el piso para cuando se marchó.

—En cuanto Linda nos dio el día libre, Val dijo que volvía mañana por la mañana. Supongo que ha ido a ver a su madre.

Tonya deja escapar un suspiro hondo y se echa hacia atrás en el sofá. No necesita decir nada para que yo sepa que está preocupada y, la verdad, siento que esto es lo único que le he aportado durante los últimos meses: ha estado pendiente de mí en todo momento, me ha estado cuidando, y yo simplemente… la he estado desoyendo una y otra vez.

—Soy una amiga terrible, ¿verdad?

Ella da un respingo, sorprendida por el cambio de tema.

—¿Qué dices? ¿A qué viene eso?

—A que no te doy más que disgustos. Y a que llevas desde que murió

Theo aguantándome y… —Aprieto los dedos contra la taza de café—. Es muy injusto. Lo siento.

Tonya titubea, pero se desliza hasta el suelo, para estar a mi lado. Su brazo me rodea los hombros y yo lo dejo todo para poder abrazarla por la cintura.

—Te quiero, ¿vale? Por eso estoy aquí para ti y sabes que haré lo que sea necesario para ayudarte. Es solo que… estoy preocupada. Es obvio que sientes mucha presión y que no está siendo fácil y no puedo evitar preguntarme… cuánto tiempo más vas a poder continuar con esto, Dottie.

—Sus labios se aprietan en una fina línea—. La canción de Theo está ahí fuera, como querías, ¿no? La gente que estaba ayer en el concierto ha posteado un montón de vídeos de ti cantando y… Ya está. Has llegado más

lejos de lo que él habría podido soñar jamás, ¿no crees? Quizá sea hora de…

No lo dice, pero sé qué palabra está pensando. «Dejarlo». Pero cuando Val me preguntó anoche qué era lo que yo quería, todo lo que se me ocurrió era que quería seguir con ellos. Y para eso tengo que seguir siendo Gale, incluso si no es más que una mentira.

—No quiero dejar la música. No quiero volver a trabajar de camarera y volver a ese piso donde hay una habitación vacía y… Me gusta esto.

Necesito esto. No… Ya no es por Theo. Es por mí.

La preocupación se convierte en tristeza en el rostro de mi amiga.

—Pero esta no es tu vida, Dottie. No de verdad.

Lo sé, eso es lo peor. Pero seguir fingiendo ser alguien que no soy me parece un precio ridículo a pagar a cambio de dedicarme a lo que me gusta, con gente con la que me siento bien y a la que ya no puedo imaginar fuera de mi vida. Además, ¿es renunciar a mi identidad si con ellos puedo ser yo?

Si cantar y tocar se ha convertido en parte de lo que soy… A veces ni siquiera siento que esté actuando tanto. Muchas respuestas de las que doy en entrevistas son verdad, por ejemplo. Apenas hablo de mi vida ni de mi familia, pero aparte de eso…

En realidad, una de las peores cosas es mentirle a tía Em cada vez que llama. Inventarme historias del restaurante, porque ella cree que sigo siendo camarera. Decirle que le he alquilado la otra habitación del piso a Tonya, porque sabe que solo con mi sueldo no podría seguir permitiéndome vivir allí. Y, sobre todo, buscar excusas para no volver con ellos, pese a que ella me lo pide cada vez. Ya ha empezado a preguntar por Acción de Gracias y por Navidad, pero yo no sé si puedo volver. Entrar en nuestra habitación, en casa, con la cama de Theo vacía tan cerca de la mía…

—Estaré bien —digo, en una de esas veces en las que no sabes si se lo dices a la persona que está contigo o a ti misma.

—¿También con lo de Valentín? —murmura ella.

—¿Qué de Valentín? No hay nada con Valentín.

Tonya resopla.

—Nada aparte de varios polvos impresionantes que habrás repetido en tu cabeza más veces de las que puedes contar y la sensación de que habéis compartido mucho más que algunos orgasmos.

—No es cierto —miento, una vez más, porque supongo que eso es lo único que sé hacer.

Ella ni siquiera necesita decir nada. Solo coge mi mano y me levanta la manga de la chaqueta para enseñarme el coletero que ni siquiera he pensado en quitarme.

Intento ignorar el rubor que siento mientras me suelto de ella y me recoloco la ropa. Por suerte, mi amiga no hace hincapié en lo ridícula que soy, porque está preocupada por otras cosas:

—Dottie —suspira—. Escucha, sé que le tienes cariño a estos chicos. Lo entiendo. Son muchas horas juntos, durante muchos meses, viviendo algo muy… intenso. Y han tenido mucha consideración contigo, entendiéndote y apoyándote… Me alegro de que haya sido así. Pero tiene que acabarse, y más vale que sea antes de que te sigas involucrando, porque cuanto más lo hagas más difícil va a ser dejarlo de una vez por todas.

Sé que tiene razón. Sé que todo esto, en realidad, no tiene ninguna lógica.

Y sé que está tratando de protegerme porque sabe que estoy destinada

a perder cosas que me hacen feliz.

—Grabaremos el disco —murmuro—. Haremos… Haremos su gira.

Llevaré la canción de Theo por todos los rincones posibles. Y después…, después lo dejaré. Prometido.

Tonya sabe que he hecho esto antes, que he prometido cosas que no he cumplido. Y sabe, también, que eso es mucho tiempo. Meses en los que cualquier pequeño error podría acabar con todo de una manera estrepitosa.

Pero es mi mejor baza ahora mismo. Abandonar tras un primer ciclo completo es lógico, lo hacen muchos artistas que quieren más o que acaban

buscando otra cosa. Dejarlo ahora, de golpe, solo afectaría a mis compañeros y pondría todavía más el foco sobre ese Theodore Gale que abandonó de un día para otro.

—Vale. ¿Y con respecto a tu sexy y exigente compañero de cuarto, mientras tanto…?

Suspiro y aparto la vista. Me aprieto la mano alrededor de la muñeca.

—Solo fue una noche —repito.

No va a ser nada más.

Leo

Considero que las canciones de amor son un timo. O quizá no exactamente un timo, pero sí bastante poco precisas. Por ejemplo, no hay ninguna canción que hable de qué deberías hacer con el chico que te gusta después de haberos dado un par de besos la noche anterior de los cuales nadie ha dicho nada todavía. Y ahora mismo me vendrían muy bien unas instrucciones.

Esperaba que esto no pasara hasta la noche. Hasta que, inevitablemente, nos quedáramos a solas en el cuarto que compartimos y del que sería extraño huir. Pero para entonces contaba con haber conseguido crear algún tipo de estrategia: una que no sea mirarlo de reojo cuando creo que él no se da cuenta mientras me pregunto qué está pensando. Si lo que ocurrió ayer va a volver a pasar o no. Si significó algo para él o soy el único idiota que siente algo. Porque siento algo por Raven. Siento…, siento muchas cosas por

Raven, pero no sé qué siente él ni soy lo suficientemente valiente para preguntarle o explicarle lo que me está pasando por dentro. Las ganas que tuve ayer de pedirle que no se fuera, que se quedara, que durmiera conmigo, que siguiera besándome. No sé cómo decirle que me quedé despierto casi toda la noche, mirando al techo y con la cabeza bullendo con canciones que hablaban de él.

Pero, por supuesto, nos quedamos solos mucho antes, cuando nuestros compañeros de piso deciden desertar toda la tarde y dejarnos en una situación… extraña. Yo me he sentado en el suelo, al lado del sofá, e intento dar forma a un montón de ideas sobre la libreta que uso para componer, pero nada parece adecuado para describir lo que tengo en el pecho. Raven, en este rato, se ha movido de todas las maneras posibles: primero se sentó en uno de los sofás, luego fue a por un refresco, se sentó en el sillón, después fue a por su portátil, después a por un cómic, después a por una taza de té de la que se ha olvidado. Yo le he seguido con la vista cada vez, pero me estoy poniendo histérico, porque todo ese movimiento sería normal en Raven si no fuera porque no ha dicho ni una palabra.

—¡Vale, tenemos que hablar! —estallo, después de que vaya a por unas patatas.

—Dios, por fin —suspira Raven.

Parpadeo, pero después se me escapa una risa nerviosa y lo miro, incrédulo, mientras él se deja caer sentado justo a mi lado.

—¿Por fin? ¿Hay algo que quieras decir?

—Muchas cosas, ¿sabes lo mucho que me cuesta quedarme callado? ¿Y

más después de…? Pero no quería cagarla.

Supongo que lo bueno de que te guste Raven Harris si eres una persona a la que las conversaciones se le dan mal es que siempre puedes contar con él para que las comience.

—¿Después de…? —repito.

Raven me mira como si tuviera muchísimo miedo de decir la palabra equivocada, la que pueda conseguir que yo salga corriendo. Pero no me apetece huir. Es lo único que he tenido claro esta mañana: no quiero huir de esto. No quiero huir de él.

—Después de… lo que pasó anoche. Pero si quieres que no hablemos de ello, que…, que finjamos que no ocurrió… ¿Es eso lo que quieres? Guíame un poco, Leo, por favor. No sé qué hacer, y no es algo a lo que esté

acostumbrado.

Se me vuelve a escapar una risa y, pese a que parece torturado, creo que eso hace que Raven se relaje un poco. El principio de su sonrisa aparece en su boca, su expresión se suaviza. Cuando Raven Harris sonríe de verdad, no la sonrisa que ha aprendido a diseñar para los medios o las redes, la mirada se le ablanda y le brilla de una manera distinta.

—¿Te divierte verme sufrir? ¿Esa es tu verdadera cara? Es bastante cruel por tu parte…

—No todos los días se ve a Raven Harris inquieto por algo —digo, aunque aparto la vista al techo para que no vea que sí, que puede que me divierta un poco. O quizá tan solo me guste la idea de no ser el único que sigue pensando en los besos y que no tiene claro qué viene ahora.

—Por algo no: por alguien.

Me ruborizo y lo miro de reojo. Él, por supuesto, parece satisfecho de haber conseguido ese efecto en mí: su sonrisa ha cambiado por la que usa cuando va a torturarme.

—¿Por alguien? —repito.

—Sí, verás, es que ayer me besé con un chico.

Que lo diga así, con todas las letras, sin ápice de vergüenza, hace que note la cara todavía más caliente.

—Ah, ¿sí? —Carraspeo—. Qué bien, ¿no?

Raven se humedece los labios y se acerca un poco más a mí, lo justo para poder susurrar en mi oído:

—Genial. No he pensado en otra cosa en toda la noche.

Siento cómo se me funde algo por dentro. El corazón o el cerebro, posiblemente todo a la vez. No tenía que haber empezado este juego con él.

Está claro quién puede dejar más en evidencia al otro. Aun así, lo intento:

—V-Vaya, debió de ser un buen beso.

—Para mí lo fue, sí. La cuestión es que… no sé si ese chico piensa igual,

¿sabes? No tengo ni idea de lo que se le pasa por la cabeza. Si es algo que

quiere… repetir o no.

Bien, podría hacer muchas cosas ahora. Podría decirle que el día del festival me di cuenta de lo mucho que me gustaba y de que su beso anoche fue lo que me faltaba para ser consciente de que no solo es eso. No creo que la presión que siento en el pecho cuando pienso en él se pueda reducir a

«gustar». Podría decirle que claro que quiero repetir, y que también quiero mucho más. Que quiero ser valiente con él, que me he imaginado mil escenarios en los que somos más que compañeros de cuarto, más que amigos, más que un par de besos.

Podría decirle que creo que me he enamorado de él.

Pero tengo la impresión de que eso lo estropearía todo. Raven Harris nunca habla de amor, habla de sus relaciones como algo divertido y ocasional… Y yo no voy a ser más que eso, ¿verdad? Raven ha conocido y estado con todo tipo de gente. Estrellas muy brillantes, tanto como él, contra las que no tengo ninguna oportunidad. Raven se merece algo mejor que yo, alguien más interesante, más atrevido. Alguien que no tenga que ser un secreto, porque se supone que esto que pasa entre nosotros no debería estar pasando dentro del grupo.

Así que también podría no decir nada. Podría… adaptarme, simplemente, y dejar que sea él quien decida qué es lo que podemos llegar a ser. Amigos, un par de besos ocasionales o nada en absoluto.

Tomo una decisión. Una decisión cobarde, supongo, pero que espero que parezca una valiente cuando giro mi rostro sabiendo que el suyo sigue muy cerca. Raven parece sorprendido, así que decido que ese es un buen avance, como lo es que su mirada baje un segundo a mi boca. Se queda ahí, esperando, expectante, y hay demasiadas posibilidades contenidas en el espacio de dos centímetros que nos separa.

Un espacio que decido romper cuando me echo hacia delante.

A Raven se le corta un poco la respiración cuando lo beso, a mí el corazón me da un salto. Pero no es nada en comparación con el momento en

el que alza sus manos y toma mi rostro y convierte la suave presión de mi boca contra la suya en algo más real, en una caricia que me hace seguirle.

Creo que estoy temblando cuando me atrevo a agarrarme a su camiseta.

Tengo la impresión de que es un beso más largo que cualquiera de los de la noche anterior; que cada vez que tendría que acabar, empieza de nuevo.

Cuando nos separamos, yo me niego a abrir los ojos durante varios segundos, porque me asusta ver cómo es el mundo que queda después de esto. No lo hago, de hecho, hasta que no siento a Raven apoyar su frente contra la mía y acariciar mi mejilla con su pulgar.

—Vale, entiendo que sí querías repetir —dice, con los ojos fijos en los míos y esa sonrisa que es la suya, la real, y al mismo tiempo un poco más nerviosa—. Repites muy bien, por si sientes curiosidad. Te estás convirtiendo en un experto.

Siento vergüenza y a la vez, ganas de reír.

—Estoy seguro de que todavía me hace falta más práctica.

—Me presento voluntario como tributo.

Se me atraganta otra risa. Él está sonriendo y yo decido que puede ser siempre así de sencillo. Que no hay por qué complicarlo, no hay por qué hablar, que si alguna vez necesito gritar lo que se me queda por dentro solo tengo que cantar. Puedo ser esto. Puedo ser su amigo, el secreto en nuestro cuarto, ese par de besos y nada más.

Por eso finjo que estoy siendo muy valiente cuando le vuelvo a besar.

WIZARD Fan Club @wizardfanclub • 8h

Las fancams que están saliendo de los chicos en el concierto de Ozma me están dando la vida. Ojalá no ser pobre para cuando anuncien concierto en NY

1

10

2

56

6 13 8 67

9 16 15 78

15 14 23 93

Judith @garland_of_flowers • 45 min

En el vídeo que ha subido Raven a sus stories con los chicos… Sospechosamente, eso que tiene Gale en la muñeca no se parece al coletero de Val??? Por favor, que alguien me diga que no soy la única que lo ha visto y está fangirleando muy fuerte. LOS ADORO

Oh My WIZARD! @missleoncio • 9h

Momentos en los que Raven ha estado pendiente de Leo en conciertos, entrevistas o directos: EL

HILO DEFINITIVO

Anne WIZARD (sigo llorando por ya-sabéis-qué) @ladycordelia • 2h El momento del festival en el que Niko de los Flying miró hacia atrás antes de salir del escenario y le hizo un gesto a alguien de WIZARD como diciendo «bring it on»? Sí, sigue viviendo rent free en mi cabeza…

De aquí sale un fanfic con enemies to lovers en 3, 2, 1!!!

Fangirl enfurecida @urprobablywrong • 30 min De pronto están todas las wizzies hablando de ValxGale, pero yo moriré en la colina de RavenxVal porque es LO MEJOR QUE NOS HA PASADO

3 12 34 112

37 15 13 98

WIZARD world domination (maybe) @ba_uwu_m • 10h Soy la única a la que la nueva canción ni fu ni fa? Muy de llorar y todo lo que queráis, pero a mí me parece que no es tan buena como las dos

primeras. Dejad de decir que es lo mejor que han hecho hasta ahora, que a Gale se le va a subir a la cabeza **WIZARD Stan Account** @WizardOzMyHeart • 10 min La relación de Raven y Leo está muy bien y todo lo que queráis, pero… la de Val y Gale? Con cómo se miran y los piques y la forma en la que Val le sonríe, y esa teoría de que Val es duro con él porque quiere que sea el mejor y ahora lo del coletero… Superior, si me preguntáis

34

Raven

En la semana que sigue a esos primeros besos, Leo y yo nos damos muchos más. Los suficientes, de hecho, para que empiece a poder considerarse una costumbre. Incluso podríamos hablar de ello como una especie de relación, solo que yo no tengo ni idea de cómo funcionan las relaciones. No las serias ni las de verdad, definitivamente. Las que he podido tener (de no más de unos meses) estaban pactadas de antemano, así que no creo que cuenten: aunque incluían gestos de cariño, estaban más que orquestados, siempre en público o donde alguien pudiera capturar la imagen perfecta. Y las no-relaciones que he tenido, de las que nadie habla porque puedo ser bastante discreto cuando me interesa, no solían pasar de una noche. El año pasado estuve yendo y viniendo con Roy Gardner, otro actor que conocí en medio de una grabación en Canadá, pero lo que teníamos nunca fue más allá de enrollarnos en secreto dentro de mi camerino durante un par de semanas.

Con todo, supongo que eso convierte a Roy en el lío más estable que he tenido jamás. De hecho, es de los pocos con los que a veces sigo hablando.

Pero ni con Roy ni con nadie me había sentido así. Como si dos centímetros de distancia pudieran ser kilómetros. Como si un abrazo o un beso pudieran ser un sitio en el que descansar. Siempre se me ha dado bien esconder secretos, pero me cuesta ocultar lo que ocurre entre Leo y yo

porque a veces tan solo quiero inclinarme y besarlo cuando se ríe o cuando descubre que lo estoy mirando y me sonríe. Después de los primeros días, a raíz de que un día él se quedara dormido después de darnos unos besos en mi cama, le he estado invitando a dormir justo ahí todas las noches, y eso también es nuevo. Descubrir que compartir mi cama para dormir no es incómodo, sino agradable. Ver una cara dormida por las mañanas, tan cerca, y no querer dejar de mirar.

Nunca había sentido esta presión en el pecho y, sobre todo, nunca había sentido el miedo.

Porque estoy acojonado.

No se trata solo de enfrentarme a lo que estoy sintiendo y a lo que ni siquiera me atrevo a darle nombre. Se trata de que cada vez que pienso en hablar, en preguntarle a él si esto me está pasando sólo a mí, me paraliza la idea de ser el único. Yo nunca había sentido miedo de perder a alguien, de estropear algo, ni siquiera me ha importado jamás el rechazo porque lo cierto es que nunca había esperado que nadie me quisiera. No de esta manera. No… así.

Pero tenemos que hablar. Lo sé. Necesito hacerlo, porque mientras que él está acostumbrado al silencio, yo no sé vivir con él. Por eso hoy lo busco en cuanto nuestra jornada acaba y lo encuentro tocando el teclado y cantando en una de las cabinas. Como tantas otras veces, entro sin hacer ruido. Leo, sin embargo, se da cuenta de que estoy ahí y se detiene en seco, a media canción. Veo cómo se pone muy rojo antes de cerrar de inmediato la carpeta de partituras ante él.

—¡Raven! —Carraspea—. Ya estaba pensando en ir a cenar…

—No venía a eso —digo, sin dejar de mirar de él a la carpeta, intrigado

—. ¿Es una canción nueva? Suena bien. No la había escuchado todavía.

—Ya, bueno, aún no está acabada.

Eso nunca había sido un problema antes. En las últimas semanas ha habido ocasiones en las que tarareaba melodías que se le habían ocurrido,

sin importarle que estuviera yo delante.

—¿Y no puedo tener un adelanto? —pregunto mientras me siento a su lado. Leo niega fuerte con la cabeza—. ¿El título, al menos?

Me tenso un poco cuando parece dudar, porque no entiendo por qué de pronto tiene tantas reservas conmigo.

— *Coward* —confiesa al final.

Respiro con cierto alivio. Si la canción se llama así, supongo que va de

él. Que es algo muy personal y le da vergüenza. Porque así es como se ve,

¿verdad? Como un cobarde. Y todavía recuerdo que yo fui lo suficientemente estúpido como para llamárselo una vez.

Es irónico que ahora el que se muera de miedo sea yo.

El karma es una mierda.

—¿Me la cantarás cuando la acabes, al menos?

—No sé si la acabaré. Se está resistiendo un poco… Y tampoco tienes por qué obligarte a escuchar todas mis canciones…

—Me gusta hacerlo. —Le acaricio la mejilla y Leo me observa mientras ladea su rostro hacia mi mano. A veces se me hace muy complicado no tocarle así hasta que estamos a solas—. Me encantan tus canciones. ¿No sabes que eres mi chico favorito de WIZARD?

Leo sonríe, pero ya conozco su cara de no terminar de creerme. O, más bien, de no terminar de confiar en sí mismo. Y odio que no lo haga, odio que no pueda ver todo lo que para mí es tan evidente. Por eso, antes de que pueda protestar, me inclino y lo beso.

—¡Raven! —sisea él contra mi boca, en una advertencia. Como cada vez que me atrevo a hacer esto fuera de nuestro cuarto.

Pero está bien, Gale estaba tirada en el salón con su guitarra, Val en la ducha… Por eso vuelvo a besarlo, un poco más seguro, un poco más profundo. Leo suspira y corresponde y a mí se me olvida por completo a qué venía en primer lugar, si no a sentir su mano en mi nuca acercándome más a él.

Apenas recuerdo de qué estábamos hablando cuando el beso termina y él susurra, contra mis labios:

—Todo el mundo sabe que tu miembro favorito de WIZARD es Raven Harris…

Se me escapa una risa. Estoy a punto de hacer un chiste sobre mi *miembro* favorito de WIZARD, pero entonces escucho el carraspeo y me quedo helado. Leo también lo hace, un instante antes de escapar de mí y ponerse en pie, casi tropezando con el teclado en el intento.

—¡No es lo que parece!

Pero claro que lo es, y Valentín, debajo del marco de la puerta de la cabina, lo sabe. No parece muy sorprendido de escuchar la frase más sospechosa que se puede decir, aunque no sé adivinar qué está pensando mientras nos observa con ese rostro inexpresivo de siempre.

—Linda está aquí —anuncia. Consigue que parezca una amenaza.

Consigue que parezca que deberíamos estar agradecidos de que sea él quien nos ha pillado—. Andando. Hablaremos luego.

Y tengo claro que no me va a gustar la conversación.

Dottie

—Es oficial: *Over the Rainbow* será vuestro tercer single.

Linda suelta las palabras que llevo una semana esperando en cuanto estamos todos juntos en el salón. Y cuando las escucho, por un momento no me las creo, por eso se me escapa una risa nerviosa pese a que Leo ya me está apretando el hombro y Raven ha soltado un «¡sí!» de manera automática.

—¿Es en serio? —pregunto, aunque sé que Linda no jugaría con esto.

—Completamente. Puede que no fuera una buena canción para debutar, pero está claro que la gente la ama, Theo. No dejan de pedirla. Creo que les ha gustado descubrir que podéis alcanzar tantos registros diferentes, solo

con lo que han visto de vosotros.

Me vuelvo a reír, aunque apenas me siento dentro de mi cuerpo al hacerlo. Esa canción va a ser real. Algo de Theo que va a… seguir viviendo. Y quiero pensar que aunque eso no me lo vaya a devolver, es una manera de hacer que otras personas lo sigan conociendo, que lleven sus palabras, las últimas que escribió, en la boca, en los oídos y en la cabeza.

Aunque esto se vaya a acabar pronto, al menos he hecho esto por él,

¿verdad?

Es ridículo, pero busco a Val con la mirada casi sin darme cuenta. Lo encuentro observándome, con su comisura alzada y su expresión tranquila.

Sé que puede entender lo que se me pasa por dentro mejor que nadie

y eso hace que quiera ir hasta él y abrazarlo. Un impulso ilógico, sobre todo teniendo en cuenta que en la última semana hemos intentado mantener las distancias.

Entonces, ¿por qué no dejo de pensar en ese hueco entre sus brazos como un lugar en el que descansar, en el que celebrar esta noticia y refugiarme de las tormentas que estén por llegar?

—Aparte de eso, hay otra cosa que quería comentaros —añade Linda tras un momento—. Sobre todo a ti, Theo, querido.

Los demás se giran hacia ella con curiosidad. A mí, en cambio, el corazón empieza a latirme desbocado. La idea de que he sido descubierta me pasa fugazmente por la cabeza, antes de que me dé cuenta de que, de ser así, nunca me estaría hablando con su alegría habitual.

—Elanna Emerald me ha dicho que los Flying Monkeys quieren una colaboración —me explica—. Contigo. Al parecer, consideran que puedes encajar muy bien en una de las canciones de su disco. Están preparando varios *featurings* y quieren que tú seas uno de ellos.

Está claro que ninguno de nosotros esperábamos esta noticia, todavía menos que la de nuestro nuevo single.

—¿Él solo? ¿Eso no es raro?

Es Raven quien lo dice, aunque todos en el cuarto tenemos que estar pensándolo.

—No tanto. Pensad que ellos ya son cinco. Sería difícil ponerse de acuerdo con vosotros y que Niko compartiese el foco con otros cuatro cantantes. Así que han elegido solo a uno y…

—No quiero hacerlo.

Escupo las palabras, pese a que casi me atraganto con ellas. No es solo que no quiera: es que no puedo hacerlo. No sería justo. Todo lo que he conseguido hasta ahora ha sido con los demás a mi lado. Además, cualquiera de ellos se lo merece más que yo. Nadie trabaja más que Valentín, de hecho, a quien vuelvo a mirar solo para descubrir que ha sustituido la comisura levantada que tanto me gusta por su ceño fruncido.

Nadie de aquí sabe más de música que Leo. Y si es por adaptación, no hay nadie más versátil que Raven.

Y ninguno de ellos lleva un disfraz. Una cosa es llevarlo rodeada de gente y con ellos a mi alrededor para cubrirme, y otra meterme a solas con el enemigo.

Linda, por supuesto, parece un poco sorprendida por la negativa tan tajante.

—En realidad, creo que es una gran oportunidad, para ti y para el grupo: al principio a mí también me sorprendió, pero creo que Eli está intentando levantar una bandera blanca y enseñarle a Emerald que los dos grupos pueden convivir.

—Eso suena a que alguien tiene miedo, ¿no? —dice Raven.

Nadie le da la razón. Sea por miedo o no, es cierto que visto así parece una buena idea de la que ambos grupos pueden beneficiarse. Pero, aun así…

—No puedo hacerlo sin los demás. Somos un equipo.

—¿Y no podría hacerlo otro?

Todos nos giramos hacia Val, porque suena a que él mismo se está

ofreciendo a ocupar mi puesto. Lo ha visto, ¿verdad? Ha visto que me preocupa lo que pueda pasar, ha visto que no me siento cómoda, y está viniendo en mi ayuda.

Linda titubea.

—Bueno, en cuanto a imagen, en realidad, para nosotros también es bueno que sea Gale quien la haga: es quien tiene una carrera menos construida y, sobre todo, pública. Raven y Leo son demasiado famosos por separado: podría parecer que no están comprometidos de verdad con el grupo, que es algo puntual y seguirán por su lado en cuanto puedan…

—Mi carrera no es tan visible y se supone que soy el líder no oficial,

¿verdad? Podría hacerlo yo.

Val lo dice de esa forma que tiene para marcar lo evidente y Linda se queda un momento sin saber cómo reaccionar, porque es raro que él le lleve la contraria o busque ser el foco de atención. Val es probablemente la persona con la que más fácil le ha resultado trabajar de los cuatro, el que ha estado más centrado desde el principio y

dispuesto a todo. Incluso defendió aquella primera canción que nuestra mánager nos dio porque es disciplinado y sabe tomarse las cosas como un trabajo y nada más.

—A alguien se le ha subido el poder a la cabeza —dice Raven, aunque él también tiene que ver lo que está haciendo Val. Ya nos conocemos todos lo suficiente, ¿verdad?

—¿Por qué querrías hacerlo tú? —pregunta Linda, dubitativa.

—Tengo más experiencia, ¿no?

Nuestra mánager vuelve a parpadear y yo me doy cuenta de que no quiero que Linda piense lo que un día pensé yo: que Val pisará a quien hiciera falta para llegar a la cima.

—Está bien, lo haré.

Espero que Linda no vea esto como nada más que como un pequeño pique entre dos miembros del grupo. Ni siquiera puedo asegurar que al principio no podría haber pasado justo así. Al principio, si Val hubiera

actuado como lo está haciendo ahora, yo habría pensado que él era un capullo engreído y habría tomado la oportunidad solo por orgullo, para bajarle los humos y para demostrar que podía hacerlo tan bien o mejor que él. Pero ya no es eso. Ahora sé que Valentín no quiere brillar más que nadie, solo tiene la falsa idea de que, mientras todo caiga sobre sus hombros, estará también bajo su control. En su cabeza, ahora mismo, los Flying o Elanna Emerald ya me han descubierto de siete maneras diferentes.

No puedo dejar que se cargue también esto.

Sé que me está mirando, quizá con ese ceño suyo todavía más fruncido, pero yo centro mi atención en nuestra mánager, que parece un poco confusa antes de reconstruir su actitud de siempre y hacer que este cruce no ha tenido lugar:

—¡Maravilloso! Se lo diré a Elanna. Te aseguro que esto será muy bueno para ti, Theo. La primera de muchas oportunidades. Para ti y para los demás.

Asiento, aunque sé que ninguno aquí estamos convencidos. Pero solo es una colaboración. Todo irá bien. No voy a pensar más en ello, siquiera.

Deberíamos estar hablando de nuestra siguiente canción. De todo lo que podemos conseguir con ella. Deberíamos estar pensando en nuestro propio disco, no en el de otros.

—Entonces —dice Raven, como si pudiera leerme el pensamiento—

¿cuándo empezamos a grabar *Over the Rainbow*?

Val

Cuando Linda se marcha deja un silencio muy pesado tras ella, pero mi cabeza está gritando. De pronto, tengo demasiadas cosas en ella y todas están hablando a la vez. El secreto de Dorothy. La competición. La grabación del disco. Una exposición en redes sociales que ha empezado a salirse de control. Y ahora esta invitación de los Flying que no me gusta.

Por no hablar de los dos miembros del grupo que no tengo claro en qué están pensando o si están pensando en absoluto.

—¿A qué viene esa cara? —me pregunta Raven, cuando ve que me paso las manos por el pelo, deshaciéndome el moño para rehacerlo justo después

—. Venga, solo es una colaboración. Linda dice que es bueno.

Resoplo mientras me pongo en pie. Sí, pero Linda no sabe que en realidad Theodore Gale es una mentira. No es que no confíe en que Dorothy pueda cuidarse sola, soy consciente de que durante un mes convivimos con ella sin sospechar casi nada y durante los últimos meses no siempre hemos estado a su lado en cada momento, pero aun así…

—Debemos tener cuidado —digo—. Los Flying pueden ser todo lo simpáticos que queráis, pero su disco y el nuestro van a seguir compitiendo, y yo no me creo que esto venga del miedo ni que sea un gesto de paz.

Podría ser todo lo contrario.

—¿No crees que estás poniéndote en lo peor? —dice Leo.

—Quizá. Y quizá Linda tenga razón y esto nos venga bien. Solo digo que deberíamos ser precavidos. Con todo, ya puestos.

Leo al menos tiene la decencia de agachar la cabeza cuando me fijo en

él y en Raven. En cambio, su novio, o lo que sea, no parece darse por aludido y mucho menos parece arrepentido, porque, aunque al principio traga saliva, un poco intimidado, después solo levanta la barbilla con actitud orgullosa.

Dorothy debe de darse cuenta de lo que pasa, porque su mirada va de mí hacia ellos.

—Oh —susurra. Sí, oh.

—No es lo que pensáis —dice Leo, aunque tiene que saber que no es nada convincente.

—Sí que lo es —protesta Raven—. Y no tiene nada de malo. Además, a mí no me la das, *Valboy*: estoy seguro de que no somos los únicos en este apartamento que han roto alguna regla.

Me tenso, porque estoy seguro de que he hecho todo lo que ha estado en mi mano para que nadie notara nada. Me he mantenido lejos. He cambiado horarios, incluso, para que todo fuera un poco más fácil. Y no la he vuelto a tocar, desde luego. No es que haya pasado a tratarla como una desconocida, porque hemos seguido hablando y trabajando juntos como hacíamos antes, pero sí he intentado hacer que esa noche no existió. Y aun así, esa es otra de las cosas que gritan en mi cabeza. Recuerdo todo demasiado bien. Su voz.

Sus caricias. Su boca. Lo bien que se sintió su cuerpo y lo vacío que me quedé después de salir de aquella habitación, lo mucho que quise volver atrás y repetirlo todo de nuevo. Durante todas las noches después de aquella he sido demasiado consciente de la distancia que separa su cama y la mía.

Intento no fijarme en Dorothy, en la manera en la que sus mejillas se ruborizan un poco y ella se cubre su muñeca con la mano. Sigue llevando mi coletero en ella y casi parece que quisiera protegerlo. Soy demasiado consciente de que no se lo ha quitado desde que me lo arrebató.

De todos modos, no le voy a dar a Raven el placer de confesar, porque yo al menos no he vuelto a cometer ningún error. Lo nuestro solo ocurrió una vez, pero dudo que a ellos les haya pillado justo en el único beso que se han dado.

—¿Estáis juntos? —les suelto, inflexible.

—Sí.

—No.

Tanto Raven como Leo dan un respingo y se miran. Levanto las cejas y, por un segundo, casi me hace gracia que ni ellos lo tengan claro. O que Raven parezca ceñudo y confuso, como si no comprendiera cómo es que *no* están juntos.

—¿Sí o no? —insisto.

Raven entrecierra los ojos, pero no me está mirando a mí, sino a Leo.

—Eso. ¿Sí o no?

—N-No… Quiero decir, no somos novios, ni… nada parecido. A veces

tan solo…

Leo se encoge de hombros y Raven hace un mohín y de pronto parece…

dolido. Admito que eso no me lo esperaba, pero supongo que tiene sentido.

Si algo he descubierto de Raven Harris durante todo este tiempo es que solo quiere algo real, algo propio, algo que no sea el camino que otros han marcado para él toda la vida. Y supongo que lo suyo con Leo, sea lo que sea, le parecía más real y estable que nada de lo que haya tenido en este mundo de espejismos en el que siempre ha vivido. Hasta ahora habría dicho que para Leo era lo mismo, pero él parece incómodo y perdido.

—Creo que tenéis cosas que hablar, pero añadid esta a la lista: tengáis lo que tengáis, se tiene que acabar.

—Val…

Dorothy pronuncia mi nombre, pero yo niego con la cabeza. Leo y Raven se vuelven a fijar en mí, y al menos ambos parecen de acuerdo en no estar muy contentos con mi decisión.

—Somos libres de hacer lo que queramos —masculla Raven.

—Podrían pillaros. O podríais terminar teniendo un conflicto entre vosotros, sobre todo si seguís teniendo esta falta de comunicación tan evidente, y eso podría afectar al grupo.

Raven se pone en pie, molesto. Creo que no lo está solo conmigo, pero

supongo que soy la excusa perfecta para volcar su malestar en un punto en concreto.

—No tienes derecho a meterte en esto, Ramos.

—En realidad, tengo todo el derecho, porque lo que hagáis puede llegar a afectar al grupo. ¿Sabéis quiénes no deberían tener derecho a meterse? Los miles de fans ahí fuera, la prensa rosa. Pero eso no les parará de hablar.

—Oh, desde luego, aunque diría que Leo y yo no hemos sido el único tema de conversación en los últimos días, ¿no crees? —Raven se gira hacia Dorothy con una sonrisa cínica—. Bonito coletero, Gale. Aunque tienes el pelo demasiado corto como para necesitarlo, ¿no?

Hago una mueca, pero me niego a fijarme en Dorothy. No quiero ver su cara en este momento. No quiero saber si ella también ha visto lo que dicen de nosotros, no quiero tener que preguntarle qué piensa sobre ello. No quiero admitir que no quiero que se quite ese coletero o que me enfada que la gente hable de él como si no fuera algo que solo nos perteneciera a ella y a mí. Esa noche es nuestra. Nadie debería tener derecho a tocarla, pero de alguna manera lo están haciendo con sus teorías, con sus fotos, con los vídeos en los que a veces me parece demasiado evidente cómo la miro y por los que he intentado dejar de hacerlo, sobre todo si estamos ante las cámaras.

—Esa gente no tiene ni idea —mascullo.

—¡Exacto! —exclama Raven—. La gente puede hablar, pero ven lo que quieren ver. ¡Lo han hecho desde el principio! ¡Somos su espectáculo, Ramos! Lo quieras o no, cuando firmamos ese contrato nos convertimos en eso. Pero eso no significa que tengan ningún poder sobre nuestras vidas. No significa que sepan nada. Si aciertan por casualidad, no están acertando en absoluto. Ni siquiera yo sé qué movida tenéis con el maldito coletero o qué pasó en el concierto de Ozma, igual que vosotros no tenéis ni idea de qué pasa entre Leo y yo, y compartimos apartamento. ¡Hay gente ahí fuera que también piensa que tú y yo estamos liados!

Resoplo.

—No es lo mismo. Tú y yo no tenemos nada: podemos reírnos de la imaginación de la gente y olvidarlo.

—Ah. —Raven entrecierra los ojos y se acerca más a mí—. Entonces es eso. Que todavía pensabas que podías seguir siendo un personaje,

como si esto fuera una de tus obras de teatro. Pero no es lo mismo saber cuándo empieza la escena y cuándo se apagan los focos a que todo pueda ser parte de la obra, ¿verdad? No es lo mismo que hablen de tu papel a que hablen de ti. Fíjate: al final, va a resultar que no es Leo a quien más le asusta que lo vean.

Me quedo muy quieto, porque sus palabras alcanzan justo en la diana a la que está disparando y también porque estoy intentando entender en qué momento he perdido el control de la conversación. Estoy seguro de que lo tenía. Estoy seguro de que iba a hacer un par de advertencias y que iban a entrar en razón y…

Me siento atacado y perdido, y odio la sensación, porque yo no me pierdo, yo…

—Solo intento proteger al grupo —replico, tenso—. ¿Y tú? ¿Te preocupas por algo o alguien o solo estás haciendo lo que te da la gana para pasar un buen rato, como de costumbre?

Las palabras me saben envenenadas en cuanto termino de pronunciarlas.

Tanto que cuando veo cómo Raven levanta un brazo ni siquiera intento defenderme, solo cierro los ojos. Pero el golpe no llega. Siento cómo alguien tira de mí hacia atrás y, cuando separo de nuevo los párpados, veo cómo Leo agarra del brazo a Raven. Harris tiene la mandíbula apretada y nunca le había visto tan enfadado, ni siquiera la noche en que tuve que ir a buscarle.

—No eres el único que se preocupa por este grupo, Valentín —escupe, con la respiración agitada—. De hecho, ahora ni siquiera eres un líder: solo eres un gilipollas.

No me da tiempo a responder: antes de que pueda pensar en hacerlo, se suelta con brusquedad de Leo y se marcha hacia su cuarto.

El portazo reverbera por toda la casa.

La tensión que queda detrás es una de esas que se pueden palpar. Siento el agarre de Dorothy alrededor de mi brazo, pero en quien me fijo es en Leo, que parece un poco pálido, con la mirada fija en el camino por el que se ha ido su compañero de habitación. Cuando se vuelve hacia mí, parece decepcionado.

—Sabes que eso ha sido injusto —murmura.

Una parte de mí quiere defenderse, decir que solo intento ser sensato, ya

que nadie más lo está siendo. Pero no puedo, porque sé que tiene razón. Leo no da ningún portazo cuando se retira a su habitación, pero no es necesario para que sienta lo disgustado que está.

—Val…

No puedo enfrentar también la decepción de Dorothy. No puedo encararla y descubrir que ella también piensa que me he equivocado, que lo he hecho mal, que me creo un líder pero en realidad no sé tomar las decisiones acertadas. Es obvio que llevo días sin hacerlo, ¿verdad?

—Lo siento.

No sé si lo digo por lo que acaba de pasar o por lo que voy a hacer. Quizá por las dos cosas. Quizá le pido perdón por todos los errores que no dejo de cometer. O quizá por dejarla sola, porque me suelto de ella con toda la suavidad que puedo y me marcho del apartamento.

35

Raven

Supongo que me pega, lo de ser un experto en estropear las cosas. Lo de entenderlo todo mal. Lo de enfadarme con alguien cuando en realidad estoy enfadado conmigo. O no exactamente conmigo, sino con la forma en la que me ha dolido que Leo diga que no estamos juntos. No debería doler. No quiero que duela. Quiero poder tener control sobre mis relaciones con la gente. Quiero poder desvincularme y que no importen en realidad. Quiero que estos chicos solo sean unos desconocidos, como tantos otros.

A lo mejor estaba mejor cuando era solo yo. Cuando no tenía que pensar en los sentimientos de nadie, ni siquiera en los míos. El enfado, por suerte, se deshincha muy rápido. De hecho, estalla con el portazo que doy y me deja muy vacío, sin saber qué estoy haciendo aquí, en medio de mi cuarto, en vez de haberme marchado del apartamento. Es como si me hubiera encerrado a mí mismo.

Escucho el sonido apagado de la cerradura cuando se abre, pero no me doy la vuelta. Por lo cuidadosos que son los pasos, sé que se trata de Leo, pero no sé por qué me sigue, si no tenemos nada, si está claro que soy el único que ha considerado que los besos, que las caricias, eran

algo más. Y

lo peor es que ni siquiera puedo culparlo. Nunca lo hablamos. Soy yo el único imbécil que ha dado cosas por hechas.

—Raven…

—No tienes que hacer esto —lo corto—. Vete.

La voz me suena más ronca de lo que querría, como si fuese a llorar. Pero eso tampoco voy a hacerlo. Las lágrimas son para las cámaras, para las escenas tristes y las entregas de premios, donde a todo el mundo le parece bien que te emociones, porque significa que eres humilde. A nadie le gusta una estrella engreída o egoísta. Una estrella que piensa solo en sí misma.

Aunque me gustaría ser ese tipo de estrella, en estos momentos. Me gustaría ser más como me ve Valentín. Quiero interpretar ese papel del niño caprichoso que solo quiere pasárselo bien, el descerebrado que hace de todo una broma y rehúye hablar de las cosas serias. Esa es justo la imagen que yo me he construido, después de todo, ¿no?

—Sabes que este también es mi cuarto, ¿verdad?

Me giro, sorprendido por la réplica. Leo se ha apoyado contra la puerta cerrada y se encoge de hombros, aunque es obvio que está incómodo. Y si bien normalmente aceptaría su compañía, si bien normalmente yo mismo la buscaría… Hoy no puedo hacer esto.

—¿Qué ha sido esta semana para ti? —le suelto. Leo se pone tenso, pero yo no puedo callarme más—. ¿De verdad no ha sido nada?

Él toma aire y lo veo jugar con sus anillos, inquieto. Lo veo incluso mirar a la puerta de reojo, como si se estuviera planteando huir. Por suerte, no hace el intento.

—Yo no…, no he dicho eso —murmura—. Solo he dicho que no estamos juntos. No como…, como en una relación… Porque no lo estamos, ¿no?

—Entonces dime qué somos —replico, frustrado—. ¿Qué es esto? ¿Soy tu primer lío sin compromiso, además de tu primer beso? ¿Un experimento?

Leo se queda blanco, con los ojos muy abiertos.

—No, Raven. Yo…

—Tú estabas siendo mucho más para mí.

Él traga saliva. Su expresión parece sorprendida, un poco incrédula, y eso

me duele incluso más. ¿Pensaba que yo no me lo podía tomar en serio? Lo peor es saber que ni siquiera puedo culparlo por ello. Tengo lo que me he buscado, ¿no? Hablando de relaciones como si las únicas que esperase fueran las que prometen sexo sin compromiso, bromeando todo el tiempo y sin hablar de aquello que me importa.

No soy consciente de cuánto estoy apretando los puños hasta que doy un par de pasos hacia delante. Hasta que suelto la tensión al coger aire y relajo los dedos. Una parte de mí quiere alzar las manos y acercarlas a su rostro, pero al final decido no hacerlo. Si esto va a acabar aquí, prefiero no seguir dejándome en ridículo.

—Ha sido… una de las mejores semanas de mi vida —confieso—. La primera en la que he sentido que había un sitio para mí con alguien con quien quería quedarme y a quien me aterraba perder. Nunca me he sentido… como una persona a la que otra podría elegir sin tener nada que conseguir con ello. —Bajo la vista a mis pies, porque no puedo seguir enfrentando la forma en la que me está mirando, tan fija, tan… asombrada

—. Pero tú me hacías sentir así. Tú me hacías sentir elegido. Importante, pero no por…, por ser Raven Harris, sino por ser solo el chico que puede aferrarte la mano cuando tienes miedo.

—Raven…

—Llevo días queriendo hablar contigo, queriendo preguntarte si…, si solo era así para mí. Supongo que ya tengo mi respuesta.

Leo da un respingo entonces. Es como si despertase de golpe, con la bocanada de aire que toma. Y aunque duda, se acerca. Lo hace con un paso dubitativo que yo quiero retroceder. Pero también quiero parecer firme, así me quedo donde estoy.

—Estás equivocado —susurra—. Estás muy equivocado.

Sus manos enmarcan mi rostro y me obligan a alzar la vista. Veo sus ojos, que parecen llenos de muchas cosas, su expresión inquieta, de tener muchas palabras en la punta de la lengua. Pero no dice ni una

sola, como si

no pudiera encontrar las adecuadas, como cuando se frustra porque no da con la rima perfecta para encajar en una composición.

En su lugar, me besa.

Me cuesta un segundo reaccionar pero, cuando lo hago, el enfado y la frustración se disipan un poco. Durante un instante, me olvido de todo excepto de sus labios sobre los míos y del escalofrío que me sube por la columna. Nos hemos besado muchas veces en estos últimos días, las suficientes como para que yo tuviera que haberme acostumbrado a esto, pero supongo que no lo he hecho. Quizá porque cada beso es diferente con él. O quizá porque este parece mucho más solemne que los que hemos compartido hasta ahora, casi como el primero que nos dimos. Es dulce, pero también me parece que tiene algo de desesperado.

Leo suspira cuando se separa. Mantiene los ojos cerrados y yo lo observo, en silencio. Sus pestañas largas, su mandíbula marcada, la forma en la que sus labios se entreabren para coger aire. Quiero volver a besarlo pese a que acabo de hacerlo. Quiero sentir su aliento mezclado con el mío, quiero su mano sobre la mía, quiero…

—Creo que estoy enamorado de ti.

No sé quién de los dos está más sorprendido por las palabras que se me escapan: si él, que abre mucho los ojos, o yo, que tengo la tentación de apartarme y pedir perdón. Pero no lo hago, en parte porque sus manos se aprietan contra mis mejillas.

—¿Qué…? ¿Qué has dicho? —dice, en un susurro tan bajo que apenas puedo escucharlo por encima de la forma en la que me late el corazón en los oídos.

—Creo…, creo que estoy enamorado de ti, Leo. Nunca… Nunca había sentido nada parecido por nadie. Yo…

No puedo continuar. Leo vuelve a besarme y se lleva el resto de mis palabras. Y es un beso todavía más nervioso, pero también más corto, tanto que apenas me da tiempo a reaccionar.

—Lo siento. Siento…, siento no haber hablado contigo antes. Siento este malentendido. Siento que te hayas sentido… No sabía cómo decirlo. No sabía… Dios, sabes que soy un cobarde.

—No eres…

—¡Sí que lo soy! ¡Lo soy, y por eso no te he dicho lo que siento por ti pese a que lo sé desde hace semanas!

Aunque el corazón empieza a latirme muy rápido, quiero obligarlo a calmarse. No me atrevo a dar nada por hecho una vez más. Necesito escucharlo.

—¿Lo que sientes?

Leo respira hondo. Sus mejillas parecen encenderse un poco más, pero no me aparta la vista. Me mira de frente y hay más valentía en esa mirada que en cualquier cosa que haya hecho yo en mi vida.

—Te quiero, Raven —dice—. No solo como amigo.

Me quedo en blanco. Entiendo lo que significan sus palabras por separado, pero me cuesta creerme lo que quieren decir. Es muy estúpido, pero quizá porque necesito asumirlo todo poco a poco, analizo de nuevo la conversación.

—¿Desde hace semanas…?

Eso es incluso antes de que empezáramos con los besos.

—Desde el festival —dice Leo casi atragantándose con sus palabras. Está muy rojo, pero al menos no parece que vaya a huir—. Puede que antes, aunque me lo admití ese día.

Creo que tengo ganas de reír, pero quizá es un momento terrible para hacerlo, aunque sea de alivio.

—Entonces… ¿no quieres que seamos solo amigos?

Las palabras suenan muy estúpidas cuando lo digo, pero es lo único que consigo pensar.

—Dios, no. —Traga saliva y baja la vista y vuelve a hablar muy rápido

—. Quiero lo que teníamos estos días. No. En realidad, quiero más. No

quiero que nos tengamos que esconder en el cuarto ni tener que disimular ni… No me importa lo que diga Valentín. No quiero que esto se termine.

Pero no lo he dicho antes porque…, porque no pensé que tú… Te lo

dije.

Tengo miedo de no ser suficiente. Todo el tiempo.

Y tenía miedo de no ser suficiente para mí.

Dios mío. Es ridículo. Leo Stewart está hecho para mí. O yo estoy hecho para él, no lo sé. Lo que tengo claro es que no voy a dejar que dude ni un segundo más de que esto tenía que suceder. Por eso reacciono, por fin. Por eso mis manos también toman su rostro.

—Eres suficiente. Eres…, eres el chico más increíble que he conocido.

Eres bueno, tienes talento y te esfuerzas por conseguir lo que quieres aunque tengas que luchar a veces contigo mismo. Y me…, me haces sentir real, Leo, más real de lo que me he sentido nunca, menos…, menos diseñado. No te importa que no sea perfecto, ni esperas que lo sea. Pero también me haces querer serlo. Al menos, perfecto para ti.

Leo se muerde el labio, con los ojos un poco brillantes, creo que de nervios, pero también de emoción, y sacude la cabeza como si no pudiera creerme. Quizá no puede, pero está bien, porque estoy dispuesto a repetírselo las veces que sea necesario.

—Te mereces todo lo que quieras, Leo Stewart —susurro, tras dejar un beso en su frente. Y después le dedico una sonrisa, la de siempre, para intentar que volvamos a ser los mismos—. Incluso una relación con el famosísimo Raven Harris.

Eso consigue arrancarle una carcajada entrecortada.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo?

Podría decirle que debería pedírmelo él, que yo ya le pedí los primeros besos. Debería meterme con él, porque sigue siendo divertido verlo cuando se pone rojo y se traba con sus propias palabras. Pero estoy demasiado feliz para hacerlo.

—Sí. Sí que lo estoy haciendo. ¿Quieres salir conmigo, Leo?

—Valentín se va a enfadar.

—Valentín es un imbécil.

—Y si se descubre va a ser un escándalo.

—Ya he estado en muchos: este al menos merecerá la pena.

Leo vuelve a reírse. Por un momento temo que a él sí le importe todo lo que no seamos él y yo. Pero, una vez más, es más valiente de lo que me espero. Más valiente de lo que él mismo es consciente. Por eso alza el rostro de nuevo y murmura, contra mi boca:

—Sí. Vale. Salgamos juntos.

36

Dottie

No es ninguna sorpresa que Val no regrese esa noche, pero aun así resulta muy extraño irme a dormir con la cama vacía al otro lado de la habitación después de lo que ha pasado. Es un poco como volver al apartamento vacío, sin Theo, donde las paredes se me caían encima y el espacio se iba haciendo más y más pequeño. Al menos, aquí no hay ningún fantasma que me atormente, aunque sí hay recuerdos que no quiero revivir.

No sé cuándo me quedo dormida, pero sí sé que sueño con él. Con esa noche que nadie ha vuelto a mencionar, y también con susurros a nuestras espaldas, y con gente tirando de ese coletero que llevo sujeto en mi muñeca para intentar robármelo y quedárselo para sí, y después con gente que grita que me ha descubierto. Que soy una mentirosa. Que ya saben toda la verdad.

Me despierto agitada y nerviosa, con la sensación de que hay ojos incluso en esta habitación. Pero no, sigo sola. Al otro lado del cuarto, la cama todavía está perfectamente hecha, aunque algunos pájaros han empezado a piar fuera. Me tapo los ojos con el antebrazo y respiro hondo. Me pregunto dónde está, cuándo piensa volver. Ya casi es la hora en la que acostumbra a despertarme y solo quiero quedarme aquí hasta que lo haga, hasta que

venga a salpicarme con agua como siempre hace y todo vuelva a su cauce.

La puerta del cuarto se abre en ese momento y estoy segura de que yo parezco ansiosa cuando me incorporo de golpe. Val está sorprendido.

Titubea durante un segundo y yo me doy cuenta de que en su mano lleva el vaso de siempre y el detalle casi me hace sonreír. Casi.

—Vaya, venía a despertarte, pero supongo que hoy te li…

—¿Cómo estás? —le interrumpo.

Val se queda muy quieto. Lo veo dudar un segundo más, pero al final cierra la puerta a sus espaldas y se acerca para dejar el vaso de agua en la cómoda, a mi alcance, como todas las mañanas. Soy consciente de la forma en la que evita mi mirada, como si no tuviera claro cómo enfrentarse a mí de repente.

—Lo siento —murmura—. Sé que ayer no estuve a la altura. Voy a pedirle perdón también a Raven y…

Se calla cuando siente mi mano sobre su camiseta. Entonces sí me mira, sobre todo cuando tiro un poco de él para que se acerque. Creo que solo lo hace por inercia, por la sorpresa de sentir que rompo esa distancia que ninguno de nosotros se ha atrevido a amenazar en una semana.

Al principio no tengo claro siquiera qué decir. Solo nos miramos, yo desde la cama y él desde arriba, y soy consciente de todas las cosas que estamos conteniendo. Pero ahora mismo no me preocupa eso. Ahora mismo, en realidad, me preocupa él.

—Sabes que no tienes que ser perfecto todo el tiempo, ¿verdad? —le susurro—. Tienes permiso para equivocarte, igual que lo hacemos todos…

—Yo no pretendo…

—Sí que lo haces, Val. Eres el que más trabaja, el que más se esfuerza, el que lo tiene que hacer todo bien, el que siempre está pendiente de los demás.

Val aparta la vista de mí para fijarla en las sábanas revueltas alrededor de mis piernas, aunque creo que le valdría cualquier lugar al que mirar.

—No hay nada de malo en eso, ¿no?

—No, pero… la perfección que buscas parece un poco peligrosa, ¿no? La clase de cosa que vas a perseguir toda la vida sin que nunca sea suficiente.

Suena… un poco triste.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo. Val parece un frustrado y yo, durante un instante, me planteo abrazarlo. Pero siento pánico a que se aparte, a romper esa barrera tan fina que hemos acordado poner entre nosotros, así que, en lugar de eso, suelto su camiseta y la punta de mis

dedos acaricia sus tensos nudillos y, aunque al principio eso solo lo hace ponerse más en guardia, acaba suspirando y relajando las manos.

La tensión que queda detrás de ese contacto entre nosotros es una muy diferente. Creo que los dos miramos la manera en la que nuestros dedos se rozan un segundo.

—Me asusté —admite, y después nuestras miradas se encuentran—. Con la colaboración.

Valentín siempre parece tan estoico que resulta difícil imaginárselo admitiendo tener miedo. Y precisamente por eso agradezco que confíe en mí para hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque me aterra que te descubran. Porque no sé cuánto tiempo más puede durar todo esto. Porque a veces ni siquiera sé si es justo para ti que sigas fingiendo ser alguien que no eres en vez de vivir una vida propia, Dorothy, pero al mismo tiempo tampoco quiero que desaparezcas, y no sé cómo solucionar ese dilema, a pesar de que yo siempre soy capaz de resolverlo todo.

Sus palabras hacen que se me encoja el corazón. Quiero decirle que estoy viviendo mi vida, pero sé que no es del todo cierto, y tampoco puedo ni pensar en decirle que ya me he puesto una fecha de fin porque no quiero ni pensarla. Así que solo intento sonreír.

—Estaré bien. Nadie va a descubrirme.

Val aprieta los labios, porque los dos sabemos que esa no es la única cuestión aquí, pero al final solo suspira. Un paso atrás es suficiente para que nuestras manos dejen de tocarse y un abismo parezca abrirse entre nosotros.

—Iré a disculparme con la pareja. Vístete ya o no tendrás tiempo para desayunar.

Lo veo alejarse. Un paso. Dos. Todavía podría alcanzarle. Si estiro la mano de nuevo, sé que volverá a mi lado. Si le pido que se quede un poco más aquí conmigo, creo que lo haría.

—Val.

Él se detiene y se gira a medias. Sus ojos caen sobre mi rostro y después, sobre el coletero con el que me he puesto a jugar para suplir

la ausencia de sus dedos. Debería devolvérselo. Debería acabar con esto. Sé que no tenía derecho a cogerlo la otra noche y mucho menos a quedármelo.

«Toma. Perdona por robarlo», no son palabras difíciles. Debería poder decirlas, pero no me salen.

«Quería mantenerte un poco más conmigo», son palabras que dan vértigo. Palabras que solo me atrevo a pronunciar en mi cabeza.

—Gracias. Por… preocuparte por mí.

Él sacude la cabeza, como si no tuviera ninguna importancia.

—Creo que no soy el único que se preocupa por el otro, ¿verdad?

No dice nada más. Sale del cuarto y a mí me parece que las paredes se cubren con todas las cosas que no nos decimos.

BRIDGE

But an earthquake shakes the ground (again).

And the sparks die away (again),

and the bonds burn like ashes.

But I'm still here.

37

Dottie

Sé que los Flying Monkeys son buenos chicos. Las veces que nos hemos encontrado siempre nos han tratado bien, a pesar incluso de la supuesta rivalidad. Pero también sé que no es lo mismo hablar media hora con alguien que trabajar a su lado. Por eso no estaba segura de que la colaboración fuera a cuajar. La canción es buena, como todas las que escriben Jarrod y Kevin, aunque nunca esperé que les pegase hacer una balada. *Taking My Time* es la clase de canción que suena de fondo en las escenas románticas de las películas, la que bailan las parejas la noche del baile del instituto, antes de separarse para ir a la universidad.

Aunque a mí a lo que me suena es a un intento de demostrarle al mundo que ellos también tienen diferentes registros, que pueden hacer el tipo de música que se les antoje y que, si les dejan seguir adelante,

tendrán el poder de sorprender a la gente una y otra vez.

—Suenas genial, Gale —me dice Niko después de la primera prueba que hacemos todos juntos—. Es guay que hayas aceptado.

Los demás también parecen satisfechos con cómo sonamos. Jackson hasta me da una palmada en la espalda (que me hace tensarme de inmediato) de camino a buscar una botella de agua. Yo echo de menos mi

guitarra, no tanto por poder tocarla como por poder aferrarme a algo. O por poder esconderme detrás de algo. Al estar entre tantos desconocidos, no puedo dejar de corregir mi postura y preguntarme cómo me veo.

—Gracias por haberme tenido en cuenta.

— *Over the Rainbow* nos convenció de que eras el adecuado —dice Jun, mientras hace girar una de sus baquetas entre los dedos—. Elanna tuvo muy buen oído.

—¿Elanna?

—Fue idea suya.

Miro hacia el fondo de la sala, donde la mánager del grupo está hablando con el productor, sin prestarnos atención. Me pregunto si realmente está asustada, como dijo Raven, o si quiere la paz, como dijo Linda. Cuando las vimos juntas en el festival parecían tener buena relación. Quizá han decidido hacer algún tipo de pacto que logre que esta competición entre ambas termine en un bonito empate técnico.

—Entonces tendré que darle las gracias.

No tengo demasiadas oportunidades, sin embargo. Empezamos a grabar en cuestión de minutos y en eso se va la tarde, entre pruebas de sonido y repetir varias veces. Para cuando acabamos, estoy deseando subir los dos pisos que me separan de mi apartamento y tirarme de cara sobre la cama.

Aun así, soy la última en salir de la cabina de grabación y, al hacerlo, me encuentro con que Elanna Emerald está ahí sentada, con las piernas y los brazos cruzados. El productor ya está recogiendo, probablemente estará deseando también irse a casa.

—Ha estado muy bien, ¿verdad? —le pregunta ella.

—Mucho. —Los ojos del hombre caen sobre mí y esboza una sonrisa amigable—. Tienes muchísimo talento, chico.

Estos meses no me han acostumbrado a los halagos y mucho menos a los de profesionales que llevan en esto mucho más que yo, pero aun así sonrío.

—Gracias.

—Me alegro de que hayamos podido contar contigo y de que la gente pueda ver un poco más de ti, Gale —continúa Elanna—. A veces me parece que estás un poco escondido entre los demás miembros de WIZARD.

Si los halagos ya me habían desestabilizado, el golpe sutil me hace sentir perdida por un momento. Aunque quizá no lo haya dicho a malas…

—¿Escondido? —repito.

—Es el problema de las bandas: siempre hay algunos que brillan más que otros.

Frunzo un poco el ceño, pero lo dice con un tono que me recuerda a la manera en la que Val dice las cosas: como si fueran hechos objetivos y nada más. Ni siquiera le da ninguna importancia, mientras se despide del productor.

Pero mientras que las cosas que dice Val siempre parecen ser ciertas, no tengo esa sensación ahora.

—Creo que Linda se encarga de que todos tengamos nuestro momento para brillar. Yo lo hice en el concierto de Ozma, por ejemplo.

Elanna vuelve a girarse hacia mí, con la cabeza ladeada y esa expresión un poco dura que también me recuerda a mi compañero de cuarto.

—El concierto de Ozma era solo un escenario, Gale: no era vuestro público, no era algo que consiguierais, solo algo que Linda os dio. Algunas de esas personas se quedaron con vuestra canción, desde luego, pero la gran mayoría probablemente os olvidó en cuanto apareció la persona a la que habían ido a ver. ¿Eso es todo a lo que aspiráis?

Frunzo el ceño. Me siento un poco ofendida, pero sobre todo, me

siento repentinamente incómoda y con la sensación de que no, esta mujer no nos teme en absoluto, ni a nosotros ni a ninguno de nuestros logros.

—WIZARD aspira a mucho —le aseguro—. Y no, no voy a conformarme con esos tres minutos en un escenario prestado. Ni yo ni ninguno de los demás. Pero sería un desagradecido si no pudiese ver que ese concierto fue una gran oportunidad para nosotros. A la gente que recorre el camino hacia

la cima en un solo día se la olvida con la misma facilidad.

—Pero al menos llegan a la cima. Hay mucha gente que se queda por el camino, Gale.

—Nosotros no vamos a hacerlo.

Elanna alza las cejas y se apoya contra la mesa de mezclas. Sus ojos me están estudiando y yo lucho contra el deseo de arreglarme la ropa, porque sé que está perfecta. O eso espero, porque los Flying han estado grabando vídeos para sus redes, dejando pistas de que hemos estado juntos. Incluso yo he tenido que hacer un poco de *hype* en mi Instagram, por recomendación de nuestra mánager.

—Linda ha hecho un buen trabajo con lo de convertiros en un equipo,

¿verdad? —señala Elanna—. Debéis de estarles muy agradecidos.

Me encojo de hombros.

—Supongo que tanto como deben de estarlo los Flying con usted. Fue ella quien consideró que teníamos potencial.

—Oh, sí, sin duda vio el potencial. Y en algunos casos, también tuvo en cuenta los seguidores y la fama previa, espero que no seas tan inocente…

Sin tus compañeros para impulsar el grupo, nunca habrías conseguido nada tan rápido.

Hago una mueca, porque eso no me parece justo. Ni para Raven y Leo, que parece que solo estén aquí por los números y la prensa que podían traer consigo, ni para Valentín o para mí. Hace que suene como si esto nunca hubiera funcionado de ser cuatro completos desconocidos con gusto para la música y nada más.

Y al mismo tiempo, sé que tiene razón, y eso es lo que más me molesta.

Linda ni siquiera disimuló nunca que pensaba aprovechar todas las bazas a su alcance para colocarnos en el panorama. Pero tampoco nos ha tratado jamás como si fuéramos solo números…

—Aunque en tu caso está claro que solo tuvo en cuenta tu talento, ya que sales de la nada, ¿no? —continúa Elanna, y consigue que se me haga un

nudo en el estómago—. Captado de rebote tras un casting fallido. Linda me dijo en una ocasión que te vio allí con tu hermana: que ella también era una gran artista y que hasta ese momento tocabais juntos.

Siento que me tenso. *Dorothy* no es algo de lo que se hable abiertamente.

Por ejemplo, en las entrevistas evito mencionar a cualquier familia, y me salva que no soy la única. Todos, en general, preferimos mantener un perfil bajo con nuestra vida privada. Y aunque Linda sabe que Dorothy existe, no ha vuelto a mencionarla jamás más allá de algún «¿cómo está?» puramente cordial.

—Es una pena que Linda quisiese solo chicos —digo, y espero que la voz no me tiemble—. O podríamos haber sido los Jarrod y Kevin de WIZARD.

—¿Eso te habría gustado? ¿Seguir haciendo música con tu hermana?

Me quedo un momento en blanco, porque…, porque lo habría dado todo por tener esta oportunidad con él, ¿no? Y aunque me digo que está bien, aunque intento recordarme que no es viable no puedo evitar que algo en mí siga revolviéndose ante la idea. Algo ilógico, algo que se mueve dentro de mi pecho y todavía me habla de todo lo que podría haber sido Theo. De todo lo que podría haber sido yo con él a mi lado.

—No tiene sentido hablar de posibilidades —murmuro, no sé si para ella o para mí—. Ahora estoy en WIZARD, y…, y ella está feliz por mí.

Elanna entorna los ojos y se echa hacia delante, creo que con curiosidad.

—¿No le importa? ¿No siente ni un poco de envidia?

No. Si esto estuviera pasándole a Theo, sería su fan número uno. Habría estado en primera fila en el festival. En el concierto de Ozma. En todos los que diera después.

—Ambos sabemos que no habría llegado tan lejos sin ella. Así que si tengo éxito, será de los dos.

Elanna asiente con un cabeceo pensativo, aunque parece medirme.

—Entiendo. Está claro que es una buena historia: supongo que Linda

también lo sabe. —Al ver que yo frunzo el ceño con incomprensión, continúa hablando—: Vamos, sabes cuál es tu papel, además del chico encantador, ¿verdad? Eres el ejemplo de que los sueños se cumplen. El discurso aspiracional perfecto del pececito que creció con grandes sueños en un estanque muy pequeño y terminó viéndolos cumplidos sobre los escenarios más grandes del mundo. El que hace que el resto de tu grupo no parezca tan diseñado, aunque lo esté al milímetro.

No me gusta ser eso. No quiero ser eso. Pero también sé que el resto no son solo lo que ella dice, tampoco. Linda no… Linda no piensa así en nosotros, ¿no?

—Somos mucho más que lo que la gente ve de nosotros. Y somos mucho más que una construcción de la industria, también.

—Claro. —Sus ojos están entornados, aunque una sonrisa ha aparecido en sus labios. No es una sonrisa que me guste. Se pone en pie y me tiende la mano—. Ha sido un placer trabajar contigo, Gale. Estoy segura de que la colaboración será todo un éxito.

No me gusta cómo suena, aunque se supone que debería ser algo bueno.

Pero estrecho su mano con toda la fuerza que puedo, rápido, y después agacho un poco la cabeza.

—Gracias por la oportunidad, señorita Emerald.

Siento su mirada siguiéndome cuando salgo del cuarto. Ni todas las cámaras del mundo apuntando hacia mí podrían dejarme tan expuesta como me siento bajo sus ojos.

38

Dottie

Lanzar al mundo *Over the Rainbow* es lo más emocionante y aterrador que me ha pasado nunca. Lo suficiente como para que no deje de tener pesadillas durante los días anteriores y como para que, la tarde en la que se lanza la canción, me resulte más difícil que nunca dejar el móvil en el cofre de Linda. Cuando volvemos de la cena con ella, puede que me plantee tirar la caja al suelo y recuperarlo, igual que quiero encender mi portátil para echar un ojo a las reproducciones, pero los demás parecen leerme el pensamiento y me sientan en el sofá para obligarme a hacer un maratón de, al parecer, las películas más terribles que jamás se han rodado, incluyendo una de terror en la que Raven actuó con dieciséis años y en la que muere a los diez minutos de empezar. Me quedo dormida, pero al día siguiente me despierto en mi cama y sé exactamente quién se ha encargado de llevarme hasta ella.

Pero el lanzamiento va bien. Puede que no sea nuestra canción más escuchada, porque no es tan pegadiza como las demás, pero los números son lo suficientemente altos como para que todos estén satisfechos. Incluso si no bate ningún récord, a la gente le gusta y la mayoría de los comentarios son positivos. Tener nueva canción, además, significa volver a estar en el

centro de atención para promocionarla.

Para entonces se supone que ya somos expertos en estar ante las cámaras.

Sin embargo, a mí los nervios nunca se me van, porque mi cuerpo parece estar en alerta cada vez que me enfocan, pero, por lo general, la atención solo cae en mí unos incómodos minutos y, de todas formas, normalmente te puedes adelantar a lo que te van a preguntar. El problema es que, mientras que hasta ahora todas las promociones habían estado dirigidas al grupo, ahora *Over the Rainbow* pone más el foco en mí:

—Gale, esta última canción que habéis sacado es tuya, ¿verdad? —me pregunta el presentador. Lleva un bronceado perfecto, una enorme sonrisa blanquísima y no tiene ni un solo pelo fuera del sitio—. Pensábamos que era Leo quien sabía componer, pero parece que tú también puedes sorprendernos con tus letras. ¿Qué significa esta canción para ti?

Demasiadas cosas, pero no puedo expresar ninguna de las importantes.

Lo cierto es que no sé qué significaba para Theo. Nunca me lo dijo,

aunque puedo intentar adivinarlo. Creo que a veces, aunque no lo mostrase, Theo se sentía desesperanzado. A veces le preocupaba no poder conseguir lo que nos habíamos propuesto. Para mí esa canción habla de ello, de las cosas que a veces le parecían demasiado inalcanzables pero con las que no quería dejar de soñar.

—Bueno, supongo que todos sabemos lo que es soñar algo y temer que nunca se vaya a cumplir, ¿no? Esta canción ya estaba escrita antes de que llegara al grupo, cuando vivir algo como lo que estoy viviendo ahora parecía… bastante imposible.

—Supongo que el chico de pueblo que escribió esa canción nunca se imaginó que llegaría tan lejos, ¿verdad?

Me echo a reír, aunque la pregunta me hace sentir un poco incómoda. No puedo evitar recordar las palabras de Elanna sobre el papel del discurso aspiracional.

—No, supongo que no.

—Y menos solo, ¿verdad? Bueno, no solo, claro, ¡porque tienes a los WIZARD! Pero hemos conseguido información en exclusiva que demuestra que, antes incluso de ellos, te gustaba hacer grupo con otra persona, ¿no es cierto? ¿Tu hermana Dorothy?

Creo que no soy la única que se tensa en el sofá. A uno de mis lados, Val envara la espalda. Leo, a mi izquierda, se revuelve. A mí escuchar mi nombre me deja helada. Ni siquiera sé qué decir, aunque sé que tengo que asentir. Que tengo que sonreír.

—¿Y si te dijéramos que hemos encontrado un vídeo de una de esas audiciones con ella?

Que no lo hagan. Que no lo pongan. Ni siquiera puedo mirar a los demás, porque mis ojos están en la pantalla que el presentador tiene detrás. Lo que aparece en ella es un escenario vacío, con el logo del programa *Shooting Stars* de fondo. Reconozco el sitio. Ese es el lugar en el que supuestamente Linda nos vio a Theo y a mí.

Sé lo que va a pasar. Sé lo que voy a ver. Pero no por ello es menos demoledor.

Theo aparece cargando su guitarra, la misma que yo le he robado. Oigo los aplausos del público, los gritos en los asientos, pero suenan como algo muy lejano, porque toda mi atención está ahí, en la escena delante de mí.

Está igual que en mi memoria, con la sonrisa en los labios y en los ojos. Los mismos ojos que vuelve hacia la chica a su lado, vestida con una camisa a cuadros blancos y azules, lo suficientemente larga como para que la lleve de vestido. A ella apenas si la reconozco, con los ojos y los labios maquillados, con el pelo largo recogido en un par de trenzas que la hacen parecer un poco aniñada y le dan un aire travieso.

—¡Somos los hermanos Gale! —dice él hacia la cámara.

No hay más palabras. Theo consideraba que la mejor presentación era nuestra música. Así que lo único que hace es empezar a tocar. Empezar a cantar.

Siento que algo dentro de mí está a punto de romperse otra vez. Siento que me tiemblan las manos, que el nudo en mi garganta se aprieta y está a punto de hacerme derramar las lágrimas. Siento que la voz de Theo se me agarra al corazón, y el momento es casi angustioso cuando me escucho seguirle para el estribillo. Creí que estaba bien. Creí que había empezado a superarlo. Pero solo eso es suficiente para que me dé cuenta de que no, de que he estado tanto tiempo mintiendo a la gente que me había olvidado de que también me estaba mintiendo a mí.

La imagen se para en un momento perfecto en el que compartimos una mirada. En un momento en el que todo el mundo puede ver la complicidad, lo felices que estamos. Lo estábamos. Estábamos contentos de tener esa oportunidad, de pensar que podía ser el golpe de suerte que llevábamos años esperando.

—Menuda cara se te ha quedado. ¿Te da vergüenza?

Vuelvo al aquí, al ahora, y me encuentro con los ojos del presentador.

Recuerdo dónde estoy, con quién, qué estoy haciendo, y mi risa suena un poco nerviosa, un poco fuera de lugar. Tengo la sensación de que si hablo ahora todo el mundo se dará cuenta de la diferencia entre ese chico y yo, así que carraspeo. La voz me sale un poco más ronca.

—Parece que hace una eternidad de eso —murmuro—. Y no me gusta mucho volver a ver actuaciones, con todos esos fallos que ya no puedo solucionar.

Raven, al lado de Leo, deja escapar una risita mucho más controlada.

—Luego Val va a estar horas torturándote con prácticas de voz, espero

que lo sepas —se burla. Y yo nunca había agradecido tanto escuchar su voz y saber que alguien me está cubriendo las espaldas—. «Estoy seguro de que eso no es lo mejor que puedes hacer» —añade, intentando imitar la voz de Val.

El aludido, a mi lado, se echa hacia delante. Nuestras miradas se encuentran. Su boca está torcida en esa sonrisa que es para las fans pero

que, por un segundo, parece que sea solo para mí.

—Podía ser peor. Podía haber intentado bailar.

—Qué duro, Val —ríe el presentador—. Vamos, tienes que admitir que Gale lo hizo muy bien. Y que hacía un gran equipo con su hermana. No puedo creer que nunca nos hayas hablado de ella. ¿La echas de menos, ahora que estás con WIZARD? ¿No te gustaría volver a cantar con ella?

Siento que me atraganto con mis palabras, pero intento seguir sonriendo.

Este es un papel que debería poder hacer. De mí, de hecho, depende que esta entrevista salga bien o sea un desastre. Todavía nadie se ha levantado y me ha dicho que soy una impostora, así que no debería romper yo la ilusión, aunque mi mente ya está pensando que alguien se dará cuenta, que es imposible no verlo, sobre todo con esa pantalla a tan solo unos pasos de mí…

—Unirme a WIZARD fue una oportunidad única y ella me animó a hacerlo

—digo, con la voz aún tomada.

—Pero ¿no te sientes mal por dejarla atrás? Ha tenido que ser duro.

—Todos hemos tenido que dejar algo atrás para estar aquí —interviene Val.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo y todo lo que me gustaría decirle es que, por favor, me saque de aquí. Y creo que lo haría, si se lo pidiese. Creo que todos se levantarían y me acompañarían a la salida, porque el silencio pesado de Leo a mi lado, claramente nervioso, me deja saber que él también está incómodo.

—¿Y si tuvieras una oportunidad de triunfar con ella, Gale? ¿Volverías

con tu hermana o siempre elegirías a WIZARD?

Solo puedo escuchar el corazón latiéndome en los oídos. El silencio en el plató es casi espeso, mientras siento todos los ojos en mí. Durante un momento me quedo en blanco.

Pero sé lo que diría Theo, ¿verdad? Sé que sonreiría. Sé que los hechizaría a todos con su sinceridad, aunque yo no creo ser capaz de

hacerlo.

—Siempre soñamos con llegar a ser estrellas juntos. —Hay un momento de duda. Él no titubearía, pero esa es solo otra más de las diferencias que ahora me parecen tan evidentes—: Pero WIZARD también es mi familia ahora.

Hay un breve silencio después de mis palabras. Uno que rompe el presentador con un sonido de ternura. Raven se apresura a quitarle hierro al asunto y salta hacia mí para abrazarme, llevándose por delante a Leo. Es lo suficiente espontáneo para que la gente se ría, para que el ambiente se relaje.

—¡Eso ha sido muy bonito! —exclama—. ¡Tu primera declaración de amor a los demás! ¡Y en directo!

Yo intento unirme a las risas, sin aliento. Siento la mano de Val en mi espalda, tan suave que parece imaginada, y escondo el rostro contra el hombro de un Leo que no sabe ni cómo reaccionar al verse atrapado entre Raven y yo.

—Esperamos que esta historia sea para siempre, entonces —dice el presentador. Y con eso, el abrazo se acaba, pero al menos supone también que hay un cambio de tema—: ¿Cuándo podremos escuchar un disco entero, chicos? Empezamos a no tener suficiente solo con las canciones que habéis sacado hasta ahora.

Val no duda en responder y llevar la conversación por cualquier camino que la aleje de mí.

Durante el resto de la entrevista, no digo ni una sola palabra más.

Leo

—Van a saberlo.

Dottie escupe las palabras en cuanto entramos en el camerino después

de la entrevista y se derrumba en uno de los asientos. Casi hemos salido

corriendo del plató, probablemente porque todos teníamos los mismos miedos. A mí me ha sorprendido tanto el momento en el que han puesto el vídeo que no he podido evitar apresurarme a buscar la mano de Raven y estoy seguro de que alguna de las cámaras lo ha captado. Estoy seguro, también, de que habrá gente que lo comente en las redes sociales, como llevan comentándolo prácticamente todo desde que esto empezó. Sigo negándome a mirar todo lo que se dice en ellas, pero eso no significa que no esté al tanto: a veces los demás hablan de esas cosas. A veces, si cree que va a hacerme gracia, Raven me comenta alguna de las teorías más alocadas, como esa en la que al parecer estoy entre los nombres que se barajan para interpretar a Flynn Rider en el nuevo *live-action* de Disney. Incluso, aunque la idea de que hagan fanfics de nosotros a veces me incomoda y me resulta extraña, nos hemos enganchado a uno que escribe una chica llamada Lady Cordelia y que es un universo alternativo de la banda con mafias, inspirado por una entrevista en la que Raven comentó nuestra broma interna más recurrente acerca de Val.

Esas cosas están bien. Esas cosas pueden llegar a ser divertidas.

Lamentablemente, otra parte de las redes puede ser aterradora. Sobre todo, cuando hay algo que no quieres que nadie sepa.

—No van a saber nada.

El único que es capaz de decirlo con esa seguridad es Val. Raven y yo lo miramos, tensos, porque creo que ninguno de los dos estamos tan convencidos. Es cierto que la copia es… sorprendentemente buena, pero también hay diferencias. El tipo de corte de pelo. Un tatuaje con forma de rayo que Dottie no tiene, en el brazo derecho. Su hermano parecía un poco más ancho de hombros, también. Y luego está la actitud. Aunque Dottie la tiene, Theodore Gale parecía ser una persona un poco más descarada, más despreocupada todavía. También creo que la voz de Theo era un poco diferente. Y eso, solo en un vistazo.

O quizá sea yo. Quizá ya conozco demasiado a la chica con la que

convivimos y puedo subrayar las diferencias. Sé que, si yo puedo hacerlo, Valentín también. Sé que las alarmas tienen que estar sonando en su cabeza tanto como en las de los demás, sobre todo con su costumbre de controlarlo todo.

—Claro que sí. —Dottie se gira hacia nosotros—. Es muy evidente y van a verlo. Van a…

—Está bien, Gale. —Es Raven quien habla entonces y le sonríe, pero yo, que me conozco todas sus sonrisas, sé que está teniendo que hacer un esfuerzo—. Nosotros vemos las diferencias porque sabemos qué ocurre, pero la verdad es lo suficientemente increíble como para que parezca imposible. Incluso si alguien notase algo… ¿Qué? ¿De verdad crees que alguien se atreverá a decir algo tan ridículo como que te estás haciendo pasar por tu hermano? A lo mejor alguien escribe un fanfic, pero eso será todo. No pueden saberlo. Val tiene razón.

Me muerdo el piercing, inseguro. Dottie me mira, consciente de que yo no miento. No sé hacerlo en general y se me da especialmente mal con las personas que me conocen. Ahora, sin embargo, tengo que obligarme a retorcer un poco la verdad para no enfrentarme a lo que sus ojos me están preguntando.

—Igual alguien puede tener teorías, pero supongo que la mayoría de gente decide mirar a los hechos, ¿no? Si quieren algo de lo que hablar, quizá les parezca más llamativo que Raven y yo nos hemos cogido de la mano en directo en *prime time*.

Val se gira hacia nosotros de golpe y con el ceño fruncido. Supongo que no se dio cuenta porque estaba demasiado centrado en Dottie, en lo que podía pasar. Ella también parece sorprendida, como es lógico. Creo que el resto del mundo ha tenido que pararse para ella en cuanto ha visto la cara de su hermano en la pantalla, en cuanto ha escuchado su voz.

—Ha sido solo un segundo —se excusa Raven, antes de que nuestro líder pueda amonestarnos. Aunque, siendo justos, no ha vuelto a hacerlo desde

aquella discusión el día que nos descubrió besándonos: a la mañana siguiente nos pidió perdón y nos dijo que teníamos razón, que no tenía ningún derecho a meterse. Ha cumplido hasta ahora, pero no sé si eso se va a acabar. Si va a considerar que no estamos haciendo nuestra parte en lo de ser discretos…

Val aprieta los labios y veo el esfuerzo que está haciendo por mantener la calma, pero vuelve a girarse hacia Dottie, que parece al borde de un ataque de pánico. Lo sé porque yo también lo siento mordiéndome la boca del estómago y lo único que lo está evitando es la medicación que me he tomado antes de salir de casa.

—La gente ve lo que quiere ver —le recuerda Val a nuestra compañera, tal y como le dijo Raven hace semanas—. Mira, quizá hasta nos venga bien que esos dos no puedan quitarse las manos de encima como dos adultos responsables: los verán antes a ellos que esas diferencias que a ti te parecen tan grandes.

Ni siquiera creo tener derecho a ofenderme por la parte que nos toca a Raven y a mí, aunque mi novio carraspea y murmura que sí que podemos.

—¿Y si la gente empieza a buscar a Dorothy ahora? ¿Y si…?

Val se echa hacia delante y coge el rostro de nuestra compañera para obligarla a mirarlo. Ella lo hace, aunque con los ojos muy abiertos.

—Dorothy —la llama. Creo que es la primera vez que le escucho pronunciar su nombre—. Escúchame. Todo está bien. ¿Vale? Repítelo.

—Todo está bien —dice ella, aunque la voz le sale temblorosa.

—Eso es. Todo está bien.

Creo que hasta yo contengo la respiración, un poco sorprendido por el gesto y la forma en la que se miran, como si el resto no estuviéramos presentes. Val pasa los pulgares por las mejillas de ella y la delicadeza con la que lo hace no parece propia de él. Val no acostumbra a tocar a nadie, o al menos no demasiado. Desde luego, no de esa manera. Pero funciona, creo, porque Dottie cierra los ojos y respira hondo y repite «todo está bien»

un par de veces más.

Raven y yo nos miramos de reojo, pero no decimos nada. En realidad, yo solo puedo pensar en volver a coger su mano. En que aleje toda esta tensión, todo este miedo que llevo asentado en el pecho. Por Dottie. Por nosotros. Él lo entiende, debe de saber lo que se me pasa por la cabeza, porque lanza un vistazo hacia la puerta cerrada para comprobar que no hay peligro y después extiende un brazo hacia mí. Cuando me rodea los hombros y puedo apoyarme contra su pecho, el mundo parece un poco más en su lugar.

—Quiero volver a casa —le susurro.

A sentirme a salvo. A poder cogerlo de la mano sin vigilar quién está alrededor y besarlo sin sentir que hay demasiados ojos sobre nosotros o que es algo que no deberíamos hacer. Al lugar donde todos vivimos

más libres sin esos secretos que tenemos que esconder en cuanto salimos por la puerta.

—Yo también —me responde él, cerca de mi oído.

Y sé que, para él, «volver a casa» significa exactamente lo mismo que para mí.

Dottie

Nada está bien.

Mi cabeza lo repite durante todo el camino de vuelta al apartamento, pese a la convicción con la que Valentín me miró a los ojos y casi pareció prometerme lo contrario. Y lo grita todavía más alto cuando nuestra mánager me pide que me quede con ella en el vestíbulo del edificio, que quiere hablar conmigo, mientras los demás suben hacia el apartamento.

Lo sabe, ¿verdad? Se ha dado cuenta. Ya está.

—Lo siento muchísimo, Theo —empieza Linda. Y lo único que puedo pensar es que ella no tiene que disculparse por nada, que he sido yo la que ha mentido desde el principio, que… —. Te aseguro que no sabía nada de ese vídeo. Sé que te has preocupado mucho de mantener tu vida personal al margen y créeme que lamento que tu hermana se haya visto envuelta en esto.

No tengo claro qué decir. Estaba tan preparada para asumir las consecuencias por fin de todo lo que he estado haciendo durante meses que su preocupación sincera me descoloca y me hace sentir todavía peor.

—Está…, está bien —murmuro, al final, tras unos segundos en los que tardo en reaccionar—. No podías preverlo, Linda.

—No, pero puedo prever que quizá la molesten ahora. ¿Sigue en la ciudad? —No me da tiempo a que le responda y lo cierto es que me alegro, porque no sabría qué decirle—. Quiero que le pases mi teléfono, ¿de acuerdo? Si necesita algo, cualquier cosa, que me llame. Yo me encargo de solucionar lo que sea, no tenéis nada de lo que preocuparos.

Se me cierra la garganta. Durante un momento me planteo decírselo.

Quiero hacerlo. Quiero confiar en ella, que me mira con mucha solemnidad, como si el bienestar de Dorothy fuera para ella tan importante como el de Theo. En realidad, aunque Elanna hablase de ella como una mujer de negocios que sabe jugar con las ilusiones del mundo del entretenimiento, Linda ha demostrado cuidarnos desde el principio. Hace muchas cosas que van más allá de su deber, como guardar los móviles en su cofre para que disfrutemos de las noches de lanzamiento o tener en cuenta nuestros deseos a la hora de crear

música, pese a que sabemos que, por contrato, deberíamos atenernos a los deseos de Emerald.

Y más allá de eso, creo que me sentaría bien librarme de la mentira tan pesada que he acabado creando, porque hoy he probado el verdadero pánico a ser descubierta y he sido más consciente que nunca de todo lo que está en juego, no solo para mí sino para los demás. Puede que Linda me ayude, como me han ayudado los chicos. Puede que ella escuche mi historia y comprenda qué se me pasó por la cabeza cuando me llamó aquel día, hace lo que parece una eternidad. Puede que entienda el dolor, las ganas de recuperar a mi hermano, de cumplir su sueño…

—Linda, escucha, yo…

Su móvil empieza a vibrar y ambas damos un respingo. Ella mira la pantalla, solo un instante, antes de prestarme toda su atención, como si fuese a dejar pasar la llamada si yo se lo pido.

El valor se me escapa entre los dedos y los mil escenarios con los que a veces sueño, esos en los que las cosas acaban de la peor manera posible, se presentan ante mí.

—Le daré tu contacto. Gracias.

Nuestra mánager sonríe y me aprieta el antebrazo, aunque con la otra mano ya está descolgando y llevándose el teléfono al oído. La veo mover los labios en un «descansa» antes de hablarle a la persona al otro lado de la línea. La sigo con la mirada durante todo su camino hasta la puerta, mientras yo permanezco de pie en medio del vestíbulo, preguntándome si este no es otro error más que añadir a mi lista interminable de cagadas.

Con un nudo en el estómago y un peso invisible sobre los hombros, vuelvo al apartamento, donde los chicos me están esperando. Leo y Raven están acurrucados juntos en el sofá. Valentín se pone en pie en cuanto me ve entrar.

—¿Todo bien? —pregunta, aunque todos están pendientes de mi respuesta.

—Todo bien —murmuro—. Solo quería decirme que si mi…, que si Dorothy necesita algo, puede llamarla.

Todos respiran e imagino que en este tiempo también han tenido que estar pensando que ya estaba. Que era el fin de todo. Por mi culpa.

Me doy cuenta de que sus móviles están sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo, a falta de una caja donde meterlos. Supongo que han pactado no ver las redes sociales, pero no sé si es buena idea. ¿No deberíamos prepararnos para lo peor? ¿No deberíamos asegurarnos de que nadie es capaz de ver lo que todos aquí sabemos?

—¿Por qué no te sientas con nosotros? Podemos poner una de las pelis malas de Raven —dice Leo, como si pudiera ver por dónde van mis pensamientos.

—Oye, no son «las pelis malas de Raven», son «pelis malas que no merecían a Raven» —protesta el actor.

Sé que son conscientes de todos los miedos que estoy apilando. Sé que están preocupados y que están intentando animarme y apoyarme de la mejor manera que saben. Pero ya han hecho mucho por mí. Ya han hecho

demasiado, más de lo que les voy a poder pagar nunca.

—Creo que mejor me iré a descansar…

Aunque no vaya a descansar en absoluto. Aunque solo vaya a obsesionarme con las redes sociales, aunque solo vaya a volver a ver el vídeo una y otra vez.

Antes de que pueda dar un paso hacia mi cuarto, sin embargo, siento una mano que me agarra. Sé que solo puede ser una persona, que solo uno de estos tres chicos acariciaría el dorso de mi mano y el coletero en mi muñeca como lo hace él. Cuando me giro a medias, Val aprieta mis dedos entre los suyos.

—Quédate —me pide.

Y yo sé que voy a hacerlo, porque en el fondo no quiero estar sola. No quiero soltar esa mano. En realidad, solo quiero refugiarme otra vez contra él, y él parece animarme a ello cuando tira un poco de mí.

Meto mi mano libre en el bolsillo y saco el móvil. Lo sopeso un momento entre los dedos, pero al final lo dejo junto a los demás. Val no me suelta la mano en ningún momento y, cuando miro a Raven y Leo, ellos me dedican una sonrisa de apoyo.

—Espero que la película sea muy mala —susurro.

Raven se ríe.

—Vale, la peor. ¡Pero no será por mí!

A mi pesar, sonrío un poco. Valentín lanza una última caricia sobre mi mano antes de soltarme para que vaya a tomar asiento junto a Leo, aunque en realidad yo lo único que querría es esconderme contra su pecho y contarle los latidos. Pero sé que estaría de más, así que voy al sofá mientras él vuelve a su sillón favorito. Las siguientes dos horas las pasamos riéndonos de una lamentable actuación de un Raven preadolescente en una película de serie B sobre dramas de instituto en el que le tocó interpretar al matón de la clase. Y aunque eso me entretiene, aunque consigue relajarme un poco, lo cierto es que el ruido no para en el fondo de mi cabeza y sigue

ahí cuando Raven y Leo se marchan a dormir.

Mis ojos se encuentran con los móviles que se han quedado sobre la mesa, pero ocupo mis dedos en jugar con el coletero en mi muñeca para evitar la tentación de lanzarme hacia el mío.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Valentín está mirándome desde su sillón, con los labios apretados y la preocupación más evidente que nunca en el rostro. Me pregunto si ha estado tan pendiente de mí durante las dos horas de película. Me pregunto si su cabeza tampoco deja de dar vueltas a lo mismo una y otra vez.

Considerando lo poco que le gusta no saber, lo nervioso que le pone no tener control sobre todo, estoy segura de que es así. De hecho, estoy convencida de que si él no coge su móvil para estudiar todas las redes a fondo es solo porque sabe que entonces no podría prohibirme hacer lo mismo. O quizá porque en el fondo le asusta lo que pueda encontrar ahí.

—¿Puedes hacerme desaparecer? —Intento dedicarle una sonrisa, aunque es una irónica, muy inquieta—. ¿Puedes volver atrás en el tiempo, a la noche en la que hicimos nuestra audición, y decirme que me vaya a mi casa?

La voz se me rompe, y me siento idiota, pero me apresuro a limpiarme los ojos antes de que se me pueda escapar ninguna lágrima. Escucho a Val tomar aire y, después de un largo minuto, siento cómo se pone en pie, cómo se acerca a mí.

—Aunque pudiera viajar atrás en el tiempo, no lo haría. Nunca te diría que te fueras a tu casa, Dorothy. En realidad, nunca haría nada

que cambiase estos meses.

Quiero decirle que eso habría hecho todo más fácil. Que habrían escogido al chico de la voz bonita que cantó a Adele, o a cualquier otra persona, y él no tendría que preocuparse por nada más. Que habría tenido un compañero de cuarto normal, sin secretos ni juegos, que no haría las cosas tan complicadas como las estoy haciendo yo. Pero no soy capaz,

porque entonces me tiende la mano.

—Pero puedo hacerte desaparecer por unas horas, si es lo que quieres.

Durante un momento, todo lo que puedo ver delante de mí son sus dedos, extendidos hacia mí. Y luego, cuando alzo la vista, sus ojos están fijos en mi rostro. Parece un poco tenso, pero también decidido, como si hubiera pensado mucho en esto.

Trago saliva, pero cojo su mano. Val tira de mí para ponerme en pie y durante un momento pienso que eso es lo que lleva haciendo durante mucho tiempo: recogerme cada vez que caigo y ayudarme a sostenerme sobre mis pies de nuevo.

Por eso dejo que me guíe. Fuera del apartamento, primero, y fuera del edificio, después.

A donde quiera llevarme.

Val

Salimos del apartamento cogidos de la mano, aunque nos soltamos en el recibidor, mientras yo pido un coche a un recepcionista que para entonces ya está acostumbrado a que yo haga esto algunas noches, aunque esta es la primera que voy acompañado. Por suerte, no hace comentarios al respecto, ni siquiera mira dos veces a Dorothy. Supongo que la discreción es parte de su trabajo.

Ella no pregunta a dónde vamos, ni en ese momento ni cuando estamos metidos en el coche y doy la dirección al chófer. Solo parece un poco intrigada, pero sé que confía en mí. O quizá simplemente no le importe a dónde ir, mientras pueda pensar que escapa. Los dos sabemos que no podemos huir del todo, pero supongo que por una noche más queremos fingirlo. Yo quiero fingir que puedo hacer esto. Mantenerla cerca, a salvo, aunque lo que ha ocurrido en la entrevista es solo una prueba de lo precaria que es nuestra situación. Hemos tenido mucha suerte hasta ahora, pero esto

no va a durar mucho más, ¿verdad?

Aunque le haya mentido diciéndole que todo está bien, soy consciente de que no lo está. Que lleva sin estarlo desde el principio. Que nunca debió ocupar el lugar de Theo y que el resto jamás debimos aceptar la locura de dejarla pertenecer a la banda, de mirar a otro lado y ayudarla a jugar a los disfraces.

El coche se detiene tras unos veinte minutos de trayecto y Dorothy observa con curiosidad el barrio residencial en el que nos apeamos, la línea de pequeños hogares unifamiliares y, más específicamente, el de color celeste frente al que nos encontramos. Yo le hago un gesto con el dedo para que no haga ruido mientras saco las llaves del bolsillo. La casa está en calma a excepción del gato blanco que se asoma desde el salón con un maullido que reclama tanta atención como la manera en la que se frota contra mis piernas.

—Ahora no —le digo, aunque paso una mano por su pelaje y me cuesta no seguirle el juego cuando se tira panza arriba para conseguir más caricias.

Dorothy se ríe bajito y yo la miro de reojo—. No le hagas caso o te esclavizará para recibir cariño.

—¿Cómo se llama? —me pregunta, igual de bajito.

— *McCatney*.

Veo cómo aprieta los labios para no volver a reírse y me sigue en completo silencio cuando empiezo a subir las escaleras. Los tablones crujen un poco, pero espero que no lo suficiente para despertar a mi madre. No me pasa desapercibida la manera en la que mi acompañante se entretiene intentando distinguir las fotos que están colgadas en la pared a medida que subimos, pero espero que no vea mucho con la poca luz que hay. Todavía no tengo claro si haberla traído aquí me hace sentir cómodo. Si me hace sentir… invadido, de alguna manera. Pero supongo que no, que en realidad hace ya tiempo que no me importa que Dorothy Gale vea quién soy. Y esto es solo una parte más.

Aun así, no dejo que vea la casa demasiado, no dejo que averigüe cuál de las puertas es mi cuarto, porque a donde quiero llevarla es a otro lado. La chica toma aire cuando alcanzamos la azotea, como si necesitase llenarse los pulmones de él, y mira alrededor, primero a la sucesión de baldosas que cubren la pequeña terraza y luego a las vistas. Desde aquí podemos ver el resto del barrio, tan tranquilo, y allí,

a lo lejos, como algo que no forma parte del mismo mundo, los rascacielos llenos de luz y brillo, tan diferentes a la penumbra y la calma que nos rodea.

Me dejo caer sentado en el bordillo de la azotea y Dorothy, aunque duda, hace lo mismo. Creo que hay una pregunta que quiere hacerme, pero no sabe cómo formularla y yo solo puedo encogerme de hombros.

—Vengo aquí cuando necesito recordar por qué hago todo esto —le digo

—. Al lugar del que salgo, a mi hogar. Visito a mi madre y antes de que amanezca subo aquí y miro todo ese brillo y cómo, cuando la luz del día llega, todo se apaga. Esa ciudad tan cegadora de ahí pasa a ser solo una parte más del mundo y eso me gusta. Que sea… muy normal. Son solo edificios altos y una capa de contaminación. En mi caso, lo que queda cuando me alejo del brillo es desayunar con mi madre, que me diga que se encuentra bien y que me tengo que relajar más, pero saber que en el fondo está orgullosa de mí. Hablar de cualquier cosa con ella, saludar a los vecinos, recordar que hace unos años era solo un niño al que le gustaba bailar. Es mi manera de escapar —concluyo —. De… desaparecer un poco.

Me sirve para recordarme que, cuando todo lo demás se acabe, lo que me importa todavía seguirá aquí.

El silencio cae entre nosotros cuando callo y yo tardo un instante en mirarla porque no tengo claro qué me voy a encontrar, no sé si esto le parecerá una tontería o si considerará que no tiene ningún sentido. Pero Dorothy no parece querer burlarse de mí. De hecho, me está mirando con mucha atención, con los brazos rodeando sus piernas. No puedo evitar fijarme en cómo roza el coletero en su muñeca con la punta de los dedos.

—¿Tienes miedo de olvidar de dónde vienes? —me pregunta.

Vuelvo la vista al frente. Al brillo. A ese mundo en el que he estado viviendo en los últimos meses. De pequeño soñaba con él, pero no estoy seguro de que sea como me imaginaba.

—No. Pero a veces me da miedo no recordar quién soy, cuando tanta gente ahí fuera parece decidir que lo sabe todo sobre mí.

—Pero no lo hacen —entiende ella, y traga saliva—. No saben quiénes somos más allá del brillo. No nos conocen a ninguno. No saben… nada

de verdad. Solo nos ven por la noche.

Asiento, aunque a veces es inevitable que se te olvide. A veces no puedo evitar frustrarme. Es justo como Raven dijo: me asusta demasiado que me vean. Me molesta que a veces, incluso, lleguen a ciertas conclusiones antes que yo. Me molesta que puedan hablar de ese coletero en la muñeca de Dorothy sin tener ni idea de lo que pasó aquella noche, cuando en realidad ni siquiera yo tengo claro qué significó para los dos, cuando entre nosotros no ha vuelto a salir la conversación. O que hablen de Raven y Leo sin comprender que lo que hay entre ellos tiene que ver con encontrar a una persona que te hace ser un poco mejor. Un poco más valiente. Más honesto.

Si todo sale a la luz, nadie será consciente de verdad del dolor de Dorothy. Nadie va a pensar en eso antes de condenarla o santificarla.

Todos esos pensamientos se volatilizan un poco cuando siento cómo se apoya contra mi hombro. La miro de reojo, pero no la aparto. Su cuerpo es cálido y me recuerda a la manera en la que se apoyó en mí en aquella cama.

La manera en la que la rodeé… Podría volver a hacerlo ahora. Podría levantar el brazo y apretarla contra mí. Podría besarla y hacer que el resto de los pensamientos desapareciesen. Podría desnudarla bajo todas esas estrellas encapotadas.

Me gustaría hacerlo y creo que a ella también le gustaría que lo hiciese.

Y al mismo tiempo, no. No quiero otra noche de olvido, de perder el control y no tener claro quiénes somos a la mañana siguiente. No creo que

sea justo para ninguno.

Por eso tan solo dejo que se apoye contra mí, mientras los dos miramos los rascacielos. Por eso lo único que hago es poner mi mano sobre la suya y finjo que no me doy cuenta de cómo ella separa los dedos para poder entrelazarlos con los míos.

—¿Val?

—¿Sí?

—¿Seguirás aquí cuando el brillo se apague?

Cuando todo esto se termine. Cuando ella, de manera inevitable, ya sea por su propia renuncia o porque el mundo la descubra, tenga que dejar el grupo y enfrentarse a las consecuencias de sus actos, aunque ni siquiera sabemos cómo de graves van a ser.

—Seguiré aquí, Dorothy. Te lo prometo.

No sé qué va a pasar con nosotros, con la banda, con estos sentimientos que soy consciente de que empiezan a ir mucho más allá de la atracción, pero esto es lo único que tengo claro: Dorothy Gale ya ha perdido suficiente. Mientras ella no quiera, no me perderá a mí también.

40

Dottie

Creo que Valentín y yo nunca hemos hablado tanto como lo hacemos esta noche. Pese a dormir juntos en la misma habitación y compartir tantas horas de nuestros días, lo cierto es que me doy cuenta de todas las cosas que no sé de él. Conozco sus manías, sé cómo es convivir con él, sé lo que le gusta y lo que no, pero Val no suele hablar mucho de su vida privada. Ni siquiera sabía que le gustaran los animales. Sin embargo, durante las horas que pasamos en esta azotea, mirando al cielo y a la calle y a las luces que parecen querer sustituir a las estrellas, yo pregunto y él responde y, a veces, pregunta de vuelta. Me habla de que lleva toda la vida en ese barrio, de cómo fue crecer hablando español en casa e inglés en la escuela y una mezcla con los vecinos, del padre que murió cuando él era demasiado pequeño como para recordarlo, pero del que se ha hecho ideas por el cariño con el que su madre todavía habla de él.

Por una segunda noche, nos olvidamos del mundo más allá de nosotros.

Seguimos despiertos para cuando llega el amanecer. El cielo clarea y, al hacerlo, como si fuera un hechizo, las luces se van apagando, hasta que solo queda una ciudad normal, como me había adelantado Valentín. Una ciudad que despierta, que se llena de los ruidos de los coches y de la gente que ya

está recorriendo las aceras.

Val está inclinado hacia atrás, mirando al cielo, y yo lo observo un momento bajo esta luz y me parece ver más de él de lo que me ha dejado conocer hasta ahora. Más luces y sombras, más ángulos y

curvas. Val es atractivo, eso lo vi en cuanto lo conocí, pero ahora, sentados en el tejado de su casa, tras compartir esta noche, me lo parece mucho más. O quizá solo me parezca más real que el chico que siempre busca la perfección, el que baila y canta, el que hace todo bien. Más real que el chico que pasó toda una noche acariciándome y besándome, más que el que duerme a pocos pasos de distancia cada noche.

Y me gusta. Me gusta mucho.

Nuestros ojos se encuentran cuando él también me mira y tengo la tentación de inclinarme y besarlo a la luz del día, en este lugar donde nunca imaginé estar con él. Me pregunto si me rechazaría. Me pregunto si me recordaría que lo que hay entre nosotros es solo una noche de la que parece prohibido hablar o si, por el contrario…

—¿Lista para volver?

Su pregunta me devuelve a la tierra.

—No. Pero tenemos que hacerlo.

Me dejo guiar por la casa silenciosa, observando a la luz del día las sombras y reflejos que no pude ver anoche. Los cuadros en las paredes me presentan la historia de una familia grande en otro país y pequeña en este, de todos esos hitos que alguien ha querido recordar: una boda, un nacimiento, unos primeros pasos, un primer día de clase. Valentín era adorable de pequeño y su gran sonrisa me desarma, sobre todo, por lo mucho que se parece a la de la mujer que está con él en la mayoría de las instantáneas. Aunque no es solo la sonrisa: el parecido entre Val y ella es innegable, si bien eso ya lo sabía por la foto que tiene en nuestro cuarto.

—Venga, muévete —me sisea mi compañero desde el pie de la escalera.

Yo me ruborizo un poco, sintiéndome descubierta, y aparto la vista de la

pequeña galería de fotos.

—Perdón.

Me reúno con él en el pequeño vestíbulo justo a tiempo de escuchar una voz que dice algo desde otro lado de la casa, aunque apenas puedo entender más que el nombre de mi compañero porque las

palabras son en español. Él me mira un momento, con lo que parece impaciencia (o quizá un repentino arrepentimiento por haberme traído) y responde igual de alto, sin moverse del sitio. Me sorprende verlo siendo tan normal, gritando de una punta a otra de la casa como lo he hecho yo misma mil veces con tía Em.

Un rostro redondo y sonriente se asoma desde una de las habitaciones. La madre de Valentín va con una bata de un rosa brillante y lleva el pelo rizado recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Es tan guapa como en las fotos, aunque parece un poco más vieja y cansada y se apoya en un bastón para caminar. A pesar de que ella nos reciba en pijama, no puedo evitar preocuparme por mi propia apariencia. Me paso una mano por el pelo, intentando domarlo un poco.

—¡Así que este es Theo! —exclama en inglés, pero con un acento marcado—. ¡Pero qué guapo! ¡Más guapo que en las fotos incluso!

¡Mariana!

Me bloqueo un poco cuando me llama Theo, repentinamente incómoda en la piel de mi hermano, pero todavía más cuando me pone las manos en los brazos y me planta un beso en la mejilla. Aun así, intento sonreír cuando me mira de arriba abajo. Otra mujer aparece por el mismo lugar por el que lo ha hecho la madre de Valentín, un poco más joven y con el cabello de un pelirrojo teñido. Parece divertida y le dice algo en español a Valentín ante lo que él parece querer hacerse muy pequeño.

—Buenos días, señora Ramos —digo yo—. Perdone la molestia…

—Ay, pero ¡llámame Sofía, *muchacho*! Mariana, mira, este es uno de los chicos de la banda de Valentín, ¡y pensaban irse sin decir nada! He oído hablar mucho de ti. Valentín no se calla sobre lo bueno que eres, ¿sabes?

— *¡Mamá!*

—Ay, sí, ¿cómo fue que dijo una vez? —interviene la mujer que se llama Mariana—. *¿Prodigio?*

No sé qué significa *prodigio*, así que puede ser algo bueno o malo, pero Valentín parece muy avergonzado mientras protesta algo nuevo en español.

En realidad, yo también lo estoy un poco y me divido entre las ganas de seguir preguntando qué dice de mí y no querer saberlo.

—Ay, *mijo*, no te pongas así —protesta Sofía, y luego me mira—. Es muy vergonzoso, ¿sabes? ¡En eso sale a su padre, porque a mí no! Bueno, no van a marcharse sin desayunar, ¿no?

—En realidad… —digo, antes de mirar a Valentín en una petición silenciosa de ayuda.

—Tenemos que volver al apartamento —me apoya él.

—Ay, no, no. No tan temprano. —Sofía me coge del brazo y tira con suavidad de mí—. Mariana, ayúdame a poner la mesa.

Al parecer Valentín sabe cuándo hay una batalla perdida que no merece la pena luchar, porque lo oigo suspirar y seguirnos. Sofía me sienta a la mesa de la cocina y entre ella y Mariana despliegan ante mí un número de platos que podría alimentar a todo un ejército. También hay una cantidad ingente de café y una animada conversación. Al parecer, Mariana es una vecina del barrio, amiga desde que los padres de Valentín llegaron a él, y cuida de la madre de Val desde que él no puede estar a diario con ella.

Sofía tiene mil preguntas sobre la banda, sobre mí y también sobre su hijo, con quien se mete todo el tiempo. Me dice que siente que tengamos que aguantarlo, que sabe que puede ser muy irritante (ella utiliza concretamente las palabras « *metido*» y « *cansón*») y yo no puedo evitar reírme, sobre todo cuando veo que Val a veces protesta y se le marca el acento cuando habla con ella. Supongo que verlo abochornado compensa lo tarde que se ha hecho para cuando el coche que hemos pedido viene a buscarnos.

—Perdónalas —me dice Val mientras las casas se convierten en edificios a medida que nos adentramos en el corazón de la ciudad—. A veces pueden resultar un poco… chismosas.

—Son geniales. Y me alegro de que tu madre tenga a alguien que le haga compañía.

Valentín me mira y, a pesar de que debe de sentirse avergonzado, su comisura se vuelve hacia arriba de esa manera que tanto me gusta. No dice nada, aunque sé que está feliz de que aprecie a su familia.

Después de las pequeñas casas del barrio de Val, el edificio de apartamentos de Emerald resulta todavía más imponente cuando llegamos y salimos del coche. Es casi… monstruoso. Lo suficiente como para que durante un momento me pregunte si realmente quiero volver ahí.

—¿Todo bien?

Valentín me mira, enmarcado por las altas puertas de cristal, y yo tengo que asentir y seguirlo. Supongo que no está todo bien, pero va a estarlo.

Tiene que estarlo. Para todos.

Las puertas del ascensor se abren y dos personas salen antes de que nosotros lleguemos a entrar. Las reconocemos. Niko parece sorprendido de vernos, aunque ni siquiera sé si eso es bueno o malo, por la cara que pone.

Su mánager va justo a su lado y alza las cejas, igual de asombrada.

—Qué sorpresa veros, chicos —nos dice—. ¿Despejándoos, quizá?

Creo que los dos nos quedamos un segundo pillados, pero al final, como siempre, Val es el primero en reaccionar de la manera más elegante posible:

—Hemos salido a desayunar —responde.

—Ya veo. ¿Con tu hermana, quizá, Theodore?

—¿Perdón?

Elanna se encoge de hombros.

—A lo mejor necesitaba apoyo ante la inesperada fama, después de la entrevista de ayer. Hay mucha gente hablando de ella, ¿no? —Sus ojos están sobre mí y siento el mismo malestar que cuando me quedé a solas con

ella después de la grabación—. Bueno, de los dos. La gente puede ser muy imaginativa, ¿verdad?

Me quedo muy quieta, sin entender. Todos los miedos que tenía anoche vuelven de golpe, con más fuerza que nunca.

—¿Qué…?

Pero Elanna no responde. Nos hace un gesto de despedida y antes de que pueda darme cuenta ya se está alejando con Niko. El cantante mira un instante hacia atrás, por encima de su hombro y, aunque me sonríe, sé que no imagino el vistazo que me lanza de arriba abajo.

El estómago se me contrae de manera desagradable. La expresión de Val se tensa.

El ascensor nunca me había parecido tan lento. Ninguno de los dos decimos nada, pero está claro que ambos nos ponemos en lo peor. Para cuando irrumpimos en el apartamento, tres pares de ojos se vuelven hacia nosotros. Leo está pálido, Raven parece aliviado.

La sonrisa de Linda no está por ninguna parte cuando se levanta del sofá, al tiempo que yo me acerco. Ni siquiera me da tiempo a preguntar antes de que ella me encare y me muestre la pantalla de su móvil.

—¿Gale? —Y todas mis alarmas saltan, porque ella siempre me llama Theo—. Creo que tienes muchas cosas que explicarme.

Gale rima con Fake @ba_uwu_m • 10h

He estado todo el día rayada después de ver la grabación de la audición de «Gale» y su hermana y he llegado a una conclusión que no os va a gustar: el verdadero Gale, el del vídeo, no es el mismo que está ahora en WIZARD

Abro hilo

1 12 43 524

1 24 3 56

Gale rima con Fake @ba_uwu_m • 10h

La foto con la que abro el hilo es una captura del Gale del vídeo. Seguro que podéis ver las diferencias con el «actual», y no hablo del pelo, que podría ser un cambio de estilo. Miradle la cara, por ejemplo

1 42 6 46

1 15 9 124

1 18 2 32

Gale rima con Fake @ba_uwu_m • 10h

Aunque solo hay unos meses de diferencia, Gale está ahora mucho más delgado. Lo suficiente, de hecho, como para que a mí me recuerde más a su hermana. Os habéis fijado en la forma de la cara?

Si pudiéramos quitarle el maquillaje, estoy segura de que sería incluso más obvio **Gale rima con Fake** @ba_uwu_m • 10h

Hay gente diciéndome que no le convence, pero creo que esto lo hará: los tatuajes. Dorothy y su hermano llevan el 2 en la muñeca izquierda, pero el Gale de la audición, hacia el final, se arremanga el jersey y… Veis la captura que adjunto? Tiene el rayo de Bowie en el antebrazo!!!

Gale rima con Fake @ba_uwu_m • 10h

Ha sido una odisea encontrar una foto en la que se le vea el brazo a «Gale», pero os dejo una en la que:

1. Está claro que no tiene ese tatuaje

2. Se ve que su cuerpo es diferente

Quizá no os hayáis dado cuenta porque siempre lleva ropa ancha para esconder que es UNA CHICA **Gale rima con Fake** @ba_uwu_m • 10h

Y la voz: solo tenéis que comparar las voces de los dos (no hay dos voces iguales) para daros cuenta de que hay cosas que las prácticas de canto no consiguen.

Por no hablar de la cara que se le quedó en el programa cuando le pusieron el vídeo. Sabía que la

1 2 10 56

1 26 1 156

0 1 0 32

descubriríamos!

Gale rima con Fake @ba_uwu_m • 10h

No sé por qué estáis defendiendo a alguien que nos ha MENTIDO, pero silencio esto, que ya estoy harta de discutir con sus fans. Espero que la echen del grupo y la demanden. Los únicos que me dan pena son Raven, Leo y Val, que seguro son tan víctimas como nosotras **WIZARD Fan Club** @wizardfanclub • 8h

En respuesta a @ba_uwu_m No crees que te has venido un poco arriba? Nadie puede hacerse pasar por otra persona durante tanto tiempo. Los tatuajes se pueden borrar y la gente pierde peso por muchas razones. A veces las teorías conspiranoicas se os van un poco de las manos

41

Dottie

Linda escucha mi historia de principio a fin sin decir una palabra, con los labios apretados y los ojos fijos en mí. No hay mucho más que

pueda hacer, aparte de esperar que lo entienda, tras leer el hilo y ver todas las respuestas, tanto de gente que dice que esa persona está mal de la cabeza como de gente que considera que todo tiene sentido.

—¿Sabes siquiera las consecuencias que podría tener que algo así saliera a la luz? Es un delito. Podrías… Esto no va a acabar solo con el grupo: va a acabar con tu vida.

Yo me encojo sobre mí misma, sentada en el sofá. Siempre me quejo de que Valentín dice lo que piensa sin ningún tacto, pero es obvio que aún no había visto a Linda molesta por algo. O preocupada de verdad. Nuestra mánager se pasa las manos por el pelo y se lo arremete tras las orejas nerviosamente.

—Y con mi trabajo, también —susurra, un poco más bajo—. Con el de todos, si se sabe que eran conscientes de esta mentira en todo momento.

Sus ojos caen sobre los chicos. Podrían haberse ido, pero se han quedado conmigo y yo no sé cómo agradecerles todo su apoyo, así que, al menos, merecen que los deje fuera de esto:

—Ellos no tienen nada que ver en esto —murmuro—. Toda la culpa es mía. No sabían…

—Sí que lo sabía —me corta Val, antes de que pueda terminar la frase.

Doy un respingo y lo miro con reproche, pero Val solo está prestando atención a Linda desde su sillón preferido, con una expresión que casi parece desafiante.

—Y yo también —susurra Leo, sentado a mi lado y con la vista en sus propios zapatos.

—Todos lo sabíamos —remata Raven desde el suelo—. No desde el principio, pero sí desde hace meses.

—Esto es un desastre —concluye Linda—. Tengo que avisar al señor Emerald. Tengo…

—Solo es un hilo —apunta Raven—. Nadie se cree estas cosas de verdad, ya lo has visto: los artículos que se han hecho eco solo hablan de

«la alocada teoría de una fan», y si no le damos más importancia quedará solo en eso, como tantas otras. La mentira se puede seguir

sosteniendo: desde Emerald incluso podríais hacer un vídeo falso con Theo y Dorothy si quisierais. He visto cómo la industria encubre cosas peores…

—Sinceramente, Raven, no creo que el señor Emerald opine como tú —

replica Linda—. Sí, él tiene el dinero y los contactos suficientes como para hacer casi cualquier cosa y tapar lo que le dé la gana, pero no tengo tan claro que vaya a querer ayudar a alguien que lo ha engañado.

—No puedes decírselo a Emerald —masculla Val, con los dientes apretados—. La denunciará. Sería poner la vida de Dorothy en sus manos.

—No puedo ocultarle esta información al CEO de la compañía, Valentín.

—No puedo seguir haciendo esto.

Las palabras escapan de mis labios casi sin mi permiso pero, en cuanto las pronuncio, sé que es cierto, aunque «esto» es un montón de cosas.

«Esto» es escucharles discutir sobre mí, sobre mi futuro, sobre las cosas que podrían pasarme. «Esto» es seguir manteniendo una decisión que tomé en

un momento desesperado, en mis ansias de aferrarme a Theo y a la única oportunidad que jamás le habían dado.

Pero no puedo más. No puedo seguir haciéndome pasar por él. No puedo dejar que sigan llamándome Theo o que piensen que soy él, porque nunca hemos sido la misma persona. No puedo sustituirlo, nunca he podido. Y sé que a él ni siquiera le gustaría que me perdiera a mí misma en el camino de encontrarlo a él.

—No puedo seguir con esta mentira. —Trago saliva y me doy cuenta de que todos me están prestando atención—. Pero sí quiero seguir con el grupo. Quiero seguir haciendo música. Quiero… Quiero quedarme con vosotros, aunque no sé si eso es posible.

El silencio se extiende más de lo que a mí me gustaría, pero es solo porque los chicos están mirando a Linda. Nuestra mánager se revuelve incómoda en su sitio, pero acaba suspirando y su expresión agónica se suaviza un poco.

—¿Tienes algún plan?

No creo ni que pueda llamarse plan, en realidad.

—Quiero hablar con Emerald. ¿Podrías conseguirme una reunión?

—No sé si eso es una buena idea…

—No, yo tampoco. —Me encojo de hombros—. Pero él es el que mueve los hilos, ¿no? Has dicho que él puede hacer prácticamente cualquier cosa, así que si consigo que me respalde, podría salvar el grupo. A todos. Y todo lo que significa para nosotros. ¿No merece la pena intentarlo?

Podría dejar de fingir. Podríamos hacer pasar mi mentira como algo que estaba orquestado con anterioridad, como una campaña, como un experimento social o… no sé. El mundo del espectáculo siempre ha jugado con las apariencias, ¿no? Seguro que Emerald sabe hacer trucos con humo y espejos para crear todas las ilusiones que quiera.

—A los hombres como Emerald no se les conmueve con una historia lacrimógena, Gale —me dice Raven.

—Puede. Pero quizá no necesite conmoverlo, solo convencerlo de que puede seguir ganando mucho dinero si esto sigue adelante. Tenemos los números, ¿no?

—Y un escándalo así podría quitárnoslos —murmura Val. Es obvio que no disfruta al decírmelo, pero no sería él si no me lo recordara.

—Está bien. —Linda alza la voz y chasquea los dedos para que le prestemos atención—. Si quieres hablar tú misma con Emerald, podemos conseguir esa reunión, pero no será hoy y el problema en las redes está pasando *ahora*. Necesitamos parar la conversación de la gente: no hay nada más peligroso que los fans que se toman muy en serio una hipótesis y se ponen a investigar.

—A lo mejor solo hay que redirigir la atención de la gente a otro lugar.

Leo ha estado callado hasta ahora, con la vista fija en sus anillos y en cómo sus dedos juegan con ellos. Es obvio que está ansioso y, aun así, su voz irrumpe con fuerza y consigue que nos giremos todos hacia él.

—Si tienes alguna idea, Leo… —dice nuestra mánager.

—Podríamos confirmar alguna teoría que los fans lleven haciendo incluso más tiempo.

Hay un silencio incómodo, porque creo que todos los del grupo sabemos a qué se está refiriendo. Y, por si quedaba alguna duda, la manera en la que levanta la mirada hacia Raven lo confirma. El actor entreabre los labios, tan sorprendido como todos los demás.

—No. Estoy segura de que podemos encontrar otra cosa —digo, alarmada. No quiero que hagan algo así por nadie más que por ellos. No me parece justo.

—No hay ninguna necesidad de hacer algo así —secunda Val.

—¿Alguien me puede decir qué está pasando aquí? —pregunta Linda.

Veo cómo Raven toma aire. Después, se pone en pie y se acerca al sofá para tomar asiento junto a Leo, a quien le ofrece la mano como tantas otras veces. La sonrisa que le dedica su novio es un poco temblorosa, pero sus

dedos se entrelazan y justo después Raven se gira hacia Linda:

—Leo y yo estamos saliendo —anuncia.

Linda traga saliva. En realidad, no parece tan sorprendida como cabría esperar, pero sí nerviosa. La vemos empezar a pasear de un lado al otro del salón y la voz le sale más aguda de lo normal cuando pregunta:

—¿Alguien más tiene algún otro secreto que quiera compartir?

Todos nos callamos, aunque creo que Raven solo lo hace porque Leo le da un suave tirón en la mano cuando lo ve abrir la boca.

—Bien, porque creo que he llegado al máximo de noticias que puedo gestionar hoy —continúa nuestra mánager, tras frotarse los ojos. Parece un poco desquiciada—. Y no, no es una buena idea redirigir la atención a vosotros. Esa ni siquiera es una noticia que todo el mundo va a querer escuchar, ni siquiera muchas de vuestras fans, porque…

—¿Porque somos dos chicos? —la corta Leo, para sorpresa de todos—.

Pues estoy cansado. —Sus ojos caen sobre mí—. Ni siquiera es solo por ti, Dottie. A lo mejor yo tampoco puedo seguir haciendo esto. La gente lleva hablando mucho tiempo, ¿no? Desde el principio. En mi

caso, antes incluso del grupo. Y… Y a lo mejor he decidido que, si van a hablar, quiero que al menos hablen de la verdad. A lo mejor me he cansado de tener miedo y no quiero…, no quiero seguir escondiéndome toda la vida. No quiero sentir que cometo un error si cojo de la mano a la persona que quiero, ni vivir sintiéndome insuficiente para los estándares de otros. Quiero…, quiero poder estar orgulloso de quien soy.

Quien es obvio que está orgulloso es Raven, por la manera en la que lo mira. A Leo le cuesta un poco respirar cuando acaba de hablar y es evidente que esto le aterra, pero consigue sonreír cuando su novio se inclina para dejar un beso en sus nudillos antes de girarse hacia Linda.

Nuestra mánager aprieta los labios, pero se sienta de nuevo en uno de los sillones y los mira con gravedad.

—Escucha, Leo, lo entiendo. Pero ¿entiendes tú lo que puede pasar

después? Porque si queréis seguir adelante con algo así, tenéis que hacerlo: ni siquiera se trata solo de los comentarios de la gente, que ya serán lo suficientemente duros en algunos casos. Me gustaría deciros lo contrario, pero se os van a cerrar algunas puertas, tanto a vosotros por separado como al grupo. También habrá gente encantada, por supuesto, pero habrá quienes decidan que representáis todo lo que odian. Dejaréis de ser la inofensiva banda de chicos que gusta a todas las chicas para ser algo que puede molestar. Y no se contrata tanto a lo que se cree que puede molestar.

—A lo mejor no queremos oportunidades en sitios que nos odiarían si nos conociesen un poco más —resuelve Raven, y todos tenemos que estar de acuerdo con él.

Linda aprieta los labios. Durante unos segundos muy largos da un par de vueltas más al salón, mientras nosotros la miramos en tensión. La verdad es que dependemos de esta mujer. Y creo que todos nos sentimos un poco culpables, también, porque ella creyó en nosotros y nosotros no hemos confiado lo suficiente en ella hasta ahora.

Al final, su taconeo se detiene cuando se gira hacia nosotros y respira hondo.

—Una decisión como esta puede significar que, incluso sin el…

problema de Gale, Emerald decida darle todo su apoyo a los Flying. Eso significaría que podrían dejaros morir incluso antes de que vuestro primer disco esté fuera. Así que tengo que preguntarlo: ¿estáis todos

de acuerdo?

Val se tensa cuando los ojos de Linda caen sobre él. Sé lo difícil que es esto para él. Sé que está pensando en su madre. Sé que la quiere con locura, que haría cualquier cosa por ella.

—Quiero que este grupo salga adelante. Necesito que lo haga —admite

—. Pero tampoco quiero que para conseguirlo alguien tenga que sacrificar su identidad.

Sé que no se refiere solo a Raven y Leo. Sé que también habla de mí, de la persona a la que he renunciado a ser durante meses.

Linda cruza los brazos sobre el pecho. Todavía necesita unos segundos más para recomponerse. Y aun así, su rostro no lleva la expresión feliz de siempre. Sus hombros parecen un poco tensos. Su mirada nos recorre a todos, como si nos midiera.

—Sois el grupo más complicado que he llevado nunca —concluye—.

Pero nunca he abandonado a uno de mis artistas y no voy a empezar ahora.

—Linda me estudia—. Te conseguiré una cita con Oswald Emerald, así que más te vale tener una buena defensa preparada. —Se gira hacia la pareja sentada en el sofá—. Y vosotros pensad cómo queréis hacerlo, pero si queréis que sirva para darle tiempo a Dorothy, tiene que ser rápido. Y tenéis que estar muy seguros; después ya no habrá vuelta atrás.

42

Leo

—¿Estás seguro de esto?

Raven lo pregunta en cuanto entramos en el cuarto y yo me siento en nuestra cama. Nuestra, porque llevamos semanas durmiendo juntos, aunque eso también signifique estar más apretados. Tengo claro que no es algo que quiera que se termine. Me gustan las noches con él, tanto como me gustan los días. Hay muchas cosas de Raven, de la vida que estoy viviendo con él, que no pensé nunca que podría llegar a querer o necesitar o merecer, pero sí que lo hago. Dejar de esconderme quizá sea solo una más.

—Sí, creo…, creo que sí. Pero si tú no lo estás, lo entiendo. Me parece bien. No quiero… ponerte en un compromiso.

—No lo haces. —Raven toma asiento a mi lado y extiende la mano para que tome la suya si lo necesito. Y lo hago, por muy seguro que crea estar de esto—. Pero yo estoy acostumbrado a los comentarios, y tú…

—Por muy acostumbrado que estés a los comentarios, a ti esto también te va a afectar, lo sabes, ¿verdad? Una cosa es jugar a la ambigüedad y no dar explicaciones, como has hecho durante toda tu carrera, y otra cosa es salir públicamente con un chico, con tu compañero de banda…

Raven se encoge de hombros, con esa sonrisa burlona que me he

acostumbrado a besar tirando de su boca. Es como si retara a toda la industria audiovisual con ese gesto.

—Ya te lo dije, ¿no? Al menos este escándalo merece la pena.

—Has oído a Linda. Podría afectar a tu carrera…

—A lo mejor llevo demasiado tiempo anteponiendo mi carrera a todo lo demás, Leo —responde él, y después baja la vista a nuestras manos y se fija en la manera en la que pasa los dedos por mis anillos—. A lo mejor, de hecho, ni siquiera me importa tanto esa carrera. No tanto como tú, o tanto como… Dios, no se lo digas a Val porque se pondrá insoportable, pero tampoco me importa tanto como el grupo. La actuación fue algo que heredé de mis padres, fue lo que me tocaba hacer. Creo… Creo que este grupo es la primera decisión de verdad que he tomado en mi vida, y salir contigo, la segunda. Al menos son las únicas decisiones que he tomado alguna vez de las que me siento orgulloso. Son decisiones por las que me apetece luchar.

Al principio ni siquiera sé qué decir: solo puedo mirar a este chico a mi lado, a lo inesperadamente tranquilo que está, y sentir que cualquier miedo a su lado no parece tan grande ni tan terrible. Creo que se sorprende cuando me estiro hacia él y mi boca roza la suya, aunque se aparta tras unos segundos para poder mirarme a los ojos, su frente contra la mía.

—Ya sé que me has dicho que estás seguro, pero repítemelo.

Tomo aire. Soy consciente de que teme que lo vaya a pasar mal. Y ni siquiera puedo prometerle que no vaya a hacerlo: no creo que vaya a

ser tan sencillo.

—Estoy cansado de ir siempre de puntillas, Raven. De mirar mil veces los vídeos que subo por si alguien puede descubrir en ellos que soy trans, como si fuera algo malo en vez de algo de lo que sentirme orgulloso. De tener que vigilar cada vez que estamos fuera de casa que no te toco más de lo que dos amigos harían. Estoy cansado de que importen más los demás que yo y lo que quiero. Y lo que quiero es cogerte de la mano o que puedas darme un beso si te apetece.

—Ahora mismo me apetece muchísimo, la verdad.

Se me escapa una risa nerviosa, llena de todos esos nudos que tengo en la boca del estómago pero también de todas las seguridades. Se corta con sus labios sobre los míos, impulsivos, rápidos y dulces a la vez, mientras yo alzo los brazos y lo rodeo con ellos.

Es probable que estemos a punto de cometer una locura, pero enamorarme de Raven Harris ya era una locura desde el principio. Y no ha habido ni un día, por ahora, en el que no haya merecido la pena.

Dottie

Recuperar mi teléfono después de la noche sin él significa enfrentarme a una tromba de notificaciones que intento limpiar de la pantalla de bloqueo.

Las redes sociales no me importan, esos son mensajes que no necesito ver, pero me preocupan más los mensajes de una Tonya que amenaza con venir a buscarme si no respondo en 24 horas. También me ha dejado varias llamadas perdidas, tanto ella como…

—Oh, mierda.

Val alza la vista de su propio móvil, alarmado.

—¿Qué pasa?

Me paso las manos por la cara. Estoy demasiado cansada para esto. La noche en vela ha sido mala idea, pero después de confesarle todo a Linda estoy sin energía.

—Mi tía me ha llamado.

Estoy a punto de añadir que eso es una mala noticia, porque mi tía

apenas coge el móvil una vez al día, cuando mi teléfono empieza a sonar. De pronto me arrepiento un poco de haber quitado la canción de Theo como tono de llamada en cuanto llegué aquí, porque solo él podría haber evitado que me aterrase descolgar en este momento.

Val me mira desde su sitio. Yo sé que se me ha ido todo rastro de color de

la cara.

—Deberías cogerlo —murmura, antes de ponerse en pie—. Y deberías decírselo.

Trago saliva, pero acepto la llamada. Mi compañero de cuarto hace el ademán de marcharse, para dejarme intimidad, pero yo me echo hacia delante y lo agarro de la manga. Hay un silencio en el que nos miramos, en el que está claro que sabe que le estoy suplicando que se quede aquí y en el que él parece dispuesto a protestar.

—¿Hola? ¿Dorothy?

Me acerco el auricular a la oreja. Val titubea pero vuelve a sentarse con un suspiro. Yo me dejo caer en el sofá con otro. No debería sentirme tan cómoda con él al lado, ¿verdad? Pero después de la noche que hemos pasado…

—Tía Em. Justo acabo de ver tus llamadas, he estado…

—¿Qué está pasando, Dorothy? Ruth Thompson me llamó anoche diciendo que os había visto a ti y a Theo en la televisión. Le dije que tenía que haber visto mal, que había un error, y entonces me enseñó los vídeos y… ¿Qué has hecho, Dorothy? ¿Qué significa todo esto? ¿En qué momento…?

Su voz se ahoga y se corta, pero sé que no es ningún problema de la línea. Me levanto de nuevo, sin pensar, y empiezo a pasear por el salón, inquieta. No sé qué decir. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, aunque sé que debería contarle la verdad. Sé que esta es mi última oportunidad de ser sincera, incluso si he roto la poca confianza que podía quedarles en mí. Mi mente se adelanta en la conversación, al momento al que me ordene que vuelva a casa. Al que me diga que no puedo quedarme aquí…

—Di algo, Dorothy, por Dios…

—Lo siento —susurro.

Me detengo al lado de la isla de la cocina, mirando por el gran ventanal

que me deja esa vista privilegiada del paseo y el río y la Nueva York que nunca podía ver desde el pequeño apartamento que compartíamos Theo y yo.

—¿Qué sientes?

Me hago diminuta, tan pequeña como si volviera a tener ocho años y Theo y yo estuviéramos delante de ella y del tío Henry, disculpándonos por la travesura del día. Cada vez que pedíamos perdón ella nos preguntaba por qué lo hacíamos, solo para asegurarse de que sabíamos en qué nos habíamos equivocado.

—Siento no haber dicho nada. Me llamaron intentando contactar con Theo y…

La confesión sale de mis labios con mucha más dificultad de la que lo ha hecho cuando le estaba contando todo a Linda, supongo que porque sé que mi tía me conoce, que puede ver a través de mis palabras. Que puede verme ahí, escondida entre las respiraciones que casi son jadeos, en los silencios en los que me trago las lágrimas. Ella puede saber lo mucho que me cuesta decirlo todo, lo mucho que echo de menos a mi hermano. Lo desesperada que estaba.

Ella me vio cuando lo convirtieron en cenizas y nos lo dieron dentro de la urna que me negué a mirar, que me negué a tocar. ¿Cómo iba a hacerlo, cuando eso significaba darme cuenta de que aquello era todo lo que quedaba de mi hermano?

—Nunca debí dejarte sola. Nunca debí dejar que pasaras por eso en esa ciudad tan grande, tan lejos de tu verdadera familia. —Su culpa es corrosiva, la clase de culpa que te hace daño a ti y consigue que te arrepientas de haber sido sincera—. Vuelve a casa, Dorothy. No tienes por qué seguir ahí. No tienes por qué hacer esto.

Tomo aire, pero miro por encima de mi hombro. Desde aquí solo puedo ver la cabeza de Val, pero supongo que me llega con saber que se ha quedado. Con saber que sigue aquí, casi tan cerca como estaba en la azotea

de su casa mientras mirábamos las luces que intentaban competir con las estrellas.

—No tengo que hacerlo —acepto—. Pero a lo mejor quiero. A lo mejor

me gusta esto. Puede que no fuera la mejor de las ideas, pero ahora necesito llegar hasta el final. Ya no estoy tan triste. Aún… lo echo mucho de menos.

Pero no creo que esté haciendo esto solo por él. Ya no.

Unos ojos oscuros encuentran los míos sobre el respaldo del sillón.

—Creo que estoy viviendo justo lo que siempre he soñado. Con las personas adecuadas.

—¿Lo saben? ¿Que no eres Theo?

—Sí. Y creo que me quieren aquí. Tal y como soy.

Y yo, contra todo pronóstico, los quiero a ellos.

—Sabes que esto no puede durar para siempre.

Asiento, aunque ella no me pueda ver. Igual que no puede sentir el nudo en mi pecho. La forma en la que mis dedos se crispan sobre la encimera.

Las ganas que tengo de decirle que no intente convencerme, que no va a poder sacarme de aquí. No cuando estamos a medio camino. No cuando puede haber una oportunidad de sacar esto adelante. No cuando Raven y Leo van a arriesgarse, un poco por mí, pero sobre todo por ellos mismos.

—Quizá. Pero que dure lo que tenga que durar.

Y yo haré todo lo posible para estirar este sueño un poco más.

43

Raven

Reventar Internet es sorprendentemente fácil: solo necesitas dos personas famosas haciendo algo que todo el mundo sospecha, pero de lo que nadie tiene confirmación. Así que les sacas una foto y la pones al alcance de todo el mundo y… ya está. Es cuestión de sentarse a esperar. La prensa del corazón no existiría si la gente no tuviera una necesidad patológica de meterse en la vida de los demás. Pero como la tiene, supongo que vamos a aprovecharnos de ello.

Por eso, dos días después de nuestra conversación, estamos casi de madrugada en Central Park, caminando por esas rutas que se suelen

vaciar en cuanto cae la noche excepto por el corredor de turno, gente que está paseando a sus perros y algunas parejas acarameladas. Supongo que nosotros pertenecemos a ese último grupo. Las hojas secas crujen bajo nuestros pies y sobre nosotros el cielo está encapotado, pero parece que Leo esté tan nervioso que le sobre la chaqueta que se ha puesto.

—Aún no es tarde para arrepentirse —le susurro.

Leo traga saliva. A la luz de las farolas, parece más pálido que nunca.

—No voy a arrepentirme, Raven, deja de insistir o voy a pensar que el que tiene miedo eres tú.

Se me escapa una carcajada, aunque en el fondo puede que lo tenga. Al

menos un poco, aunque no es tanto por mí como por él. Aun así, ha sido su decisión y una parte de mí también está emocionada por la novedad, por una vida en la que no tengo que disimular que no me paso todo el tiempo pensando en besar al chico que está a mi lado. Por eso le rodeo los hombros con un brazo y me inclino un poco hacia su oído, mientras seguimos avanzando.

—¿Te has dado cuenta de que, técnicamente, esta es nuestra primera cita?

Leo se pone recto y hace un mohín antes de girar la cara hacia mí. Me queda tan cerca que es inevitable que le dé un beso. Él mira alrededor, desconfiado, como si esperase encontrar una cámara entre los arbustos y árboles que bordean el camino a nuestra derecha. A la izquierda, al menos, solo está el lago.

—No sé si se le puede llamar cita a esto…

—¿Por qué no? Somos una pareja, estamos solos en un día y lugar acordado y estamos haciendo algo que se supone que debería ser romántico, como pasear por el parque de noche. Estoy seguro de que esa es la definición de cita.

—Te olvidas de la parte en la que alguien nos va a fotografiar para vender la exclusiva que expondrá nuestra relación al mundo entero.

—Eso es el recuerdo de la cita.

Leo resopla, como si me diera por perdido, pero sé que le ha hecho

gracia y eso ayuda. También lo hace que acerque mi cara a la suya, que presione mis labios contra su comisura. En realidad, puede que yo también esté un poco nervioso, aunque he hecho esto antes. Lo de las fotos pactadas para desvelar una relación, lo de fingir que me han pillado para estar en el centro de atención. Hoy, sin embargo, parece distinto, quizá porque es la primera vez que es verdad. Creo que en este momento entiendo un poco a qué se refería Val con la diferencia entre dejar que la gente imagine y dejarles ver lo que hay.

Aun así, también quiero pensar en esto como algo nuestro. Por eso,

cuando nos acercamos a una de las farolas y me sitúo frente a él, le susurro:

—Solo estamos nosotros, ¿vale?

Alzo la mano y le acaricio el labio inferior con el pulgar, con suavidad, y Leo me mira antes de asentir. Después llega el beso, dulce, cálido pese al frío de octubre.

Y aunque es solo nuestro, a la mañana siguiente el resto del mundo lo hace suyo.

Gozip Magazine! @gozipmgz • 2h

¡PILLADOS! Raven Harris tiene una nueva conquista: su compañero de banda y uno de nuestros tiktokers favoritos, Leo Stewart. ¿Todavía no has visto cómo los ha pillado en su cita romántica uno de nuestros fotógrafos? Lee todos los detalles de su romance en gozipmagazine.com

3 7 3 433

7 1 9 546

WIZARD Stan Account @WizardOzMyHeart • 47 min Que Leo y Raven QUÉ. Por favor, wizzies, confirmen que la foto no es un montaje, mi estabilidad mental depende de esto

Oh My WIZARD! @missleoncio • 2h

QUE LEO Y RAVEN SON PAREJA. Y SON MONÍSIMOS. Leoven nation rise!!! Para que alguien me dijera hace dos días que dejara de shippearlos, que estaba proyectando y estaba todo en mi cabeza

10 3 1 656

6 12 12 441

8 10 7 345

7 16 32 331

Mi @ ya existía antes que la banda @desdewizardconamor • 1h Lo siento, pero es que estoy seguro de que es una estrategia de marketing. No veis que ahora ser gay es lo que vende? Luego que si están oprimidos y no sé qué, pero no veo a nadie aplaudiendo a las parejas hetero que hayan salido hoy también en la prensa rosa
Disappointed but not surprised @delicadaporcelana • 28 min En respuesta a @desdewizardconamor Yo era superfan, pero es que parece que siempre lo tienen que convertir todo en LGBT para ser políticamente correctos. Por qué no nos dejan disfrutar de las cosas que nos gustan sin meter la política de por medio?

Judith @garland_of_flowers • 7 min

En respuesta a @delicadaporcelana @desdewizardconamor Lo políticamente correcto no funciona como tú crees, pero ya lo siento, eh? Que jopé, ya estamos los gays estropeándolo todo como siempre y restregándoos nuestra agenda por la cara (Estoy siendo sarcástica, sí)

44

Leo

Cuando nos despertamos, las fotos están ya en todas partes. Lo sé porque quienes me despiertan, de hecho, son mis padres, para preguntarme si estoy bien. Por supuesto, eso no es lo más tranquilizador del mundo: mis padres me quieren, pero la mayor parte del tiempo están demasiado ocupados para contactar conmigo, así que el hecho de que mi madre parezca tan angustiada al otro lado de la

línea hace que sea consciente de la dimensión de la noticia. Mi padre suena furioso y habla de tomar acciones legales contra quien haga falta mientras suelta un montón de términos jurídicos que no entiendo. Al menos supongo que si Dottie necesita buenos abogados sé dónde puedo encontrar dos que ofrecerle.

Mis padres no son los únicos que llaman. El teléfono de Raven suena minutos después, cuando nosotros apenas hemos podido entrar a Internet a ver las noticias, y su cara de disgusto lo dice todo. Su relación con su familia no es como la mía, que solo es distante porque tengo unos padres adictos al trabajo. Pese a ello, sé que mis padres me quieren y la realidad es que nunca me han pedido que finja ser algo que no soy. No creo que seamos una familia perfecta, pero siempre han estado en lo importante. En los cumpleaños. En los problemas en el instituto porque no participaba lo

suficiente en clase y porque otros alumnos encontraban muy divertido el miedo que me daba relacionarme. En el día en el que pronuncié por primera vez, con nueve años, que quería llamarme Leo y, años más tarde, cuando necesité hormonas para poder verme mejor en el espejo. Mis padres no siempre llaman, a menudo no saben cómo dar cariño o buenos abrazos.

Pero nunca he tenido ninguna duda de que siempre me apoyarán en lo que me haga falta.

Los padres de Raven, en cambio… Bueno, consideran que su hijo es su mejor creación, pero quizá de manera demasiado literal. Al fin y al cabo, ellos diseñaron a Raven Harris, el actor. Ellos, que han dirigido toda su vida a hacer de su hijo un icono, no estarán contentos con esto. Por eso él no les coge la llamada.

Al mirarlo, preocupado, Raven se encoge de hombros.

—No necesito escuchar lo que me van a decir.

Abro la boca, pero él me interrumpe con un beso y tan solo se acomoda conmigo en la cama para continuar viendo las fotos. Lo permito solo porque sé que igual que él respeta que yo no quiera enfrentar los comentarios, hay cosas con las que solo él puede decidir cómo lidiar.

Aunque esperaba solo una imagen borrosa y mal tomada, me encuentro que en Internet hay en realidad todo un reportaje. Raven califica las fotos de

«obra de arte» y se pone una de fondo de pantalla, aunque a mí me da tanta vergüenza que accede a quitarla a cambio de sacarnos un selfi en ese mismo momento para sustituirla. Creo que en parte intenta relajarnos a ambos.

Intenta no pensar en su familia y que yo no piense en los titulares, algunos un poco desagradables. Después, abandona el móvil. Lo suelta lejos de nosotros, me quita el mío y me besa. Muchas veces, en muchos sitios. Hasta que me olvido de que estamos siendo objeto de conversación en casas y en la calle, en programas matinales, en foros, en todas partes.

Linda viene a vernos a media mañana y solo salimos del cuarto entonces, todavía en pijama. El hecho de que Val no haya venido a sacarnos de la

habitación también me da una pista del alcance de la noticia, como que Dottie se esté mordiendo las uñas en el sofá y nos mire con expresión culpable. Pero esto no es culpa suya. Su situación, en realidad, solo nos ha dado el empujón que quizá necesitábamos. Al menos, en mi caso.

Nuestra mánager comparte con nosotros los impactos más importantes y nos dice que su teléfono lleva toda la mañana echando humo con las llamadas de los periodistas. Nos pregunta si estamos preparados para confirmarlo. Si *queremos* confirmarlo. Nos recuerda que no es demasiado tarde, que puede quedarse en una filtración como otras tantas, en un rumor del que la gente hable un par de días y del que se teorice sobre si es real o un montaje. Pero no queremos eso. Retroceder ahora sería volver a esconderse.

—Lo confirmaremos —susurro—. Y sé exactamente cómo.

Raven me mira con una pregunta en los ojos, pero yo no digo nada.

Cuando Linda se marcha, diciéndonos que nos preparemos y que mañana se hará el comunicado, yo tan solo tomo a mi novio de la mano y me lo llevo a las cabinas de ensayo. Parece confuso cuando lo siento frente al teclado y todavía más cuando respiro hondo y pongo el móvil a grabar.

Raven me mira con una sonrisa tan divertida como confusa.

—¿Vamos a grabar un *vlog* para decir que estamos juntos?

—No. —Tomo aire y me fijo en mis dedos mientras toco las primeras

teclas, porque así es más fácil—. ¿Te acuerdas de que un día entraste aquí y me preguntaste por una canción que todavía no estaba acabada?

— *¿Coward?*

—Sí. Creo que está lista. Y me gustaría que la escucharas, porque es para ti.

Creo que es la primera vez que veo a Raven avergonzado, casi abrumado.

Aun así, se queda muy quieto y escucha. Siento que se olvida del móvil y puede que yo también lo haga. Puede que decida olvidarme de todo mientras canto la canción que llevo mucho tiempo queriendo cantarle. Una

sobre monstruos bajo la cama, sobre el terror de perder a alguien, sobre querer gritar y no saber cómo, sobre querer mostrarte y temer a la luz. Y

sobre alguien que te hace más valiente. Alguien con quien el miedo no se marcha del todo, pero que ayuda a lidiar con él. Sobre manos que se encuentran cuando más lo necesitan, sobre secretos que quieren dejar de serlo. Una canción sobre nosotros, sobre estos meses, sobre este sueño.

Cuando la última nota se queda vibrando en el aire, yo me atrevo a alzar la mirada. No me espero las lágrimas. Solo una se ha descolgado de sus párpados, aunque hay muchas más empañando su mirada. Raven no dice nada. No me da tiempo a que yo hable, tampoco. Sus manos llegan a mi rostro y me besan e incluso a mí se me olvida que estaba grabando.

A la mañana siguiente, ese vídeo subido a mi TikTok, esa canción que es para nosotros, es nuestra confirmación. Mi declaración de lo que siento por Raven pero también sobre quién soy, porque el único texto que utilizo en la publicación es una bandera arcoíris y una bandera trans. Sin explicaciones, porque no se las debo a nadie. Sin pedir perdón por nada. Sin más silencios en los que esconderme.

Y aunque me muero de miedo, también me siento más valiente que nunca.

Dottie

Los días siguientes a que Leo y Raven anuncien su relación son un caos. No todo es malo, sin embargo; la canción de Leo se hace viral y hay muchas personas que comienzan a utilizarla para salir del armario o para declararse a la persona que les gusta o para las dos cosas a la vez, y resulta obvio que Leo está emocionado con ello, que nunca pensó que una canción suya pudiera significar tanto para alguien. Los rumores sobre que Gale ha sido sustituido por su hermana pasan a un segundo plano y son solo unas pocas personas las que siguen con esa discusión, de la misma manera que hoy en día todavía hay gente que no tiene claro que Avril Lavigne sea la verdadera; todo pasa al mismo nivel de bulo ridículo, supongo que porque en realidad suena absurdo que una chica sustituya a su hermano mellizo en una *boyband*.

Aun así, en todo ese tiempo no salimos del apartamento. Hay periodistas instalados en la puerta del edificio que esperan cazarnos y un montón de peticiones para participar en programas para mis compañeros. Todo el mundo quiere hablar de Leo y Raven, pero Linda tiene claro que no vamos a entrar en eso. No, al menos, hasta que la tormenta escampe un poco.

Y en realidad no sabemos cuándo va a ocurrir eso, porque todo depende

de mi reunión con Oswald Emerald.

Linda me informa de que ha conseguido cita con él dos días después de que Leo y Raven confirmen su relación. En cuanto lo hace, el apartamento se llena de un nerviosismo palpable. Aunque vaya a ser yo la que se presente en ese despacho, todos nos estamos jugando mucho. No duermo durante las dos noches siguientes y sé que no soy la única. Valentín y yo terminamos ensayando en ambas ocasiones hasta la madrugada, solo porque así es más sencillo. Porque hablar de posibilidades tampoco serviría de nada y hacernos compañía y ocupar la mente en el trabajo, en lo que sí que está en nuestras manos, es algo que podemos hacer. Sé que Val está frustrado, que odia saber que no hay nada que esté a su alcance para que las cosas salgan bien, pero en realidad está haciendo más de lo que se imagina, porque no me deja sola en ningún momento. Siempre parece estar ahí cuando lo necesito, igual que lo está Tonya al otro lado del teléfono. Ella lleva días muy preocupada. Ella, por supuesto, opina que sencillamente debería desaparecer y nada más, pero las dos sabemos que esa no es la solución.

El día de la reunión, los chicos me esperan en la puerta. Yo intento sonreírles, pero sé que no me sale bien. Sobre todo cuando Leo se apresura a abrazarme.

—Todo va a ir bien —susurra en mi oído.

—Y no pongas esa cara, que no te vas a la guerra —bromea Raven, antes de unirse al abrazo.

Val es el único que se queda al margen. Él, de hecho, ni siquiera me está mirando a mí, sino que tiene los ojos fijos en Linda.

—Me gustaría acompañaros.

—La cita es con Gale.

Él frunce el ceño y abre la boca, dispuesto a discutir con nuestra mánager, pero yo me separo de Leo y Raven para acercarme a él y extiendo mi mano hacia la suya para rozarla apenas. Él deja caer su mirada sobre mí

en el mismo momento en el que lo hago. Al menos este es un acercamiento que nos hemos permitido en los últimos días, después de que me llevase a su casa.

—Confía en mí.

Val resopla, frustrado.

—Confío en ti. En quien no confío es en él.

A eso no hay mucho que pueda decir. No puedo prever la respuesta de Emerald y no quiero mentirle diciendo que tengo una buena corazonada o que lo convenceré seguro, porque no es así. Lo único que puedo hacer, en realidad, es aprovechar estos minutos, por si son los últimos de una vida que he aprendido a atesorar.

Por eso me echo hacia delante y lo abrazo. Mis brazos rodean su cuerpo y escondo la cara contra ese pecho en el que una noche encontré un refugio.

Puedo sentir su sorpresa. Su tensión. Y solo dos segundos después, la fuerza con la que me rodea los hombros. Su boca, apretándose solo un instante contra mi pelo. Siento su suspiro en mi oído y finjo que eso no es suficiente para que yo me estremezca.

—Gracias —susurro—. Por todo.

No quería que sonara tanto a despedida, pero podría serlo. Si esto sale mal, podrían impedirme incluso que vuelva aquí a recoger mis cosas. Si esto sale mal…

No quiero pensarlo. Y sin embargo, como sé que existe la posibilidad de que no regrese al apartamento, deslizo el coletero fuera de mi muñeca cuando nos separamos y lo dejo sobre su palma, con cuidado.

Val hace una mueca, pero respira hondo y cierra la mano. Sus ojos están fijos en los míos cuando dice:

—Te lo guardaré hasta que vuelvas.

Noto que el fino hilo que me impide echarme a llorar está a punto de romperse, así que todo lo que puedo hacer es esbozar una sonrisa temblorosa y dar un paso atrás para contemplarlos a los tres. A esos chicos

maravillosos a los que nunca imaginé que llegaría a querer tanto, pero sin los que nada de esto tendría ningún sentido. Pensé que la música era mi sueño, pero quizá no. Quizá el sueño sea poder hacerla con ellos, igual que mi sueño antes era poder hacer música con Theo.

Quiero hacer todo lo que esté en mi mano para no perder mi sueño esta vez.

El edificio de Emerald me parece incluso más gigantesco de lo que me lo pareció el primer día, cuando vine a firmar el contrato. Me siento diminuta en él, y es todavía peor una vez dentro del ascensor panorámico. Aunque nunca he tenido vértigo, siento que el estómago se me baja a los pies en cuanto empezamos a subir.

Linda debe de ver lo pálida que estoy, porque apoya su mano en mi hombro y su expresión se vuelve cautelosa.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

No. Ni un poco. Pero sé que es lo que debo hacer, así que asiento y me trago las náuseas justo antes de que las puertas se abran y aparezcamos en un amplio vestíbulo en la última planta, donde solo hay una mesa en la que se sienta un chico tan guapo que podría ser una de las estrellas de la compañía. Su corbata es verde, como el logo de la compañía que hay en la pared, justo detrás de él. Me deslumbra con una sonrisa que brilla más que los halógenos del techo y pronuncia mi apellido de tal manera que no parece que me perteneciera.

Creo que nunca me han llamado «señorita Gale», pero «señor Gale»

habría hecho que Theo mirase alrededor y preguntase «¿Quién? ¿Yo?»

antes de desternillarse de la risa.

—El señor Emerald les está esperando. ¿Quieren que los acompañe?

—Creo que ya sé el camino —dice Linda—. Gracias.

Ella guía la marcha por un pasillo que parece alargarse eternamente. Está decorado con fotos, aunque no sé qué dice de él que Oswald Emerald

aparezca en todas, en compañía de gente muy diferente, todos ellas estrellas y no solo de la música. Veo actores y actrices, presentadores de televisión e incluso me parece reconocer a un senador.

—Las colecciona —dice Linda, cuando se da cuenta de mi interés—. Su despacho está lleno también. Hay gente que apuesta cuánto va a tardar en empezar a colgarlas en el vestíbulo.

Sé que habla de las fotografías y no de las estrellas, pero quizá no haya tanta diferencia. Está claro que las imágenes son una muestra de ego y, al mismo tiempo, de poder. Una forma de decir que él solo se codea con los grandes y avisar de que podría tener a toda esa gente a su favor.

Pero si algo nos ha enseñado Raven en estos meses es que el mundo del entretenimiento se construye sobre las ilusiones. Y supongo que el Oswald Emerald que se ve en estas paredes no es más que otra ilusión muy bien fabricada.

La pregunta es si este mago puede usar esa magia para ayudarme. O si querrá hacerlo.

Linda abre la puerta tras un par de toques suaves y me hace pasar delante de ella. El despacho de Oswald Emerald es un cuarto demasiado grande en el que las paredes están cubiertas con esos marcos de fotos. El CEO de la compañía está tras un escritorio minimalista en el que solo hay un ordenador y un teléfono que cuelga en ese preciso instante, aunque no hay nada de simple en las estanterías que tiene detrás, llenas de discos y libros y revistas, con premios que probablemente sean tan comunes para él que ha acabado convirtiéndolos en decoraciones y sujetalibros.

El señor Emerald se levanta en cuanto nos ve entrar y nos sonríe.

—Linda, querida.

—Gracias por recibirnos, señor Emerald —responde ella, mientras se adelanta para estrechar su mano.

—Sabes que siempre estoy disponible para el mayor talento de la compañía.

No parece un halago vacío. Aun así, hay algo extraño en que diga eso de Linda, cuando su propia hija trabaja en un puesto parecido.

—Y Gale, ¿verdad? —continúa el hombre, tras volverse hacia mí. Intento ser lo todo lo firme que puedo a la hora de estrecharle la mano —. Al parecer, quieres hablar conmigo.

Directo al grano, por supuesto. El tiempo es oro para la gente poderosa y yo todavía no soy lo suficientemente importante como para que se pare a fotografiarse conmigo, aunque al menos nos hace un gesto a mí y a Linda para que tomemos asiento.

Miro a mi mánager, pero ella sólo asiente de manera sutil, en un intento de darme ánimos.

—No sé si… se ha enterado de lo que ha estado pasando estos días en redes sociales, señor.

—Ah, sí. Lo de la parejita. —Y no tengo ni la menor idea de si lo dice con diversión o con desprecio, con respeto o con burla. Podría ser cualquiera de ellas—. He visto que vuestro grupo sabe dar de qué hablar. Y

que Leo Stewart ha vuelto a hacerse viral, aunque no creo que fuera su intención. —Sus ojos caen sobre Linda—. Se ha llevado con mucho acierto, para ser un tema tan… complejo. Deberíais incluir la canción de ese chico en el disco, ¿no crees? Deberíais aprovechar el tirón.

No me gusta cómo habla de la canción de Leo como si solo fuera un producto, algo con lo que alimentar a su empresa en lugar de algo tan importante para mi amigo. De pronto recuerdo las palabras de Elanna el día que fui a grabar con los Flying: para esta gente todo son recursos, ¿no? No les importa que Leo le haya enseñado su corazón al mundo, solo les interesa si pueden comerse ese corazón. Miro a Linda, pero ella se mantiene estoica y no deja ver nada en su expresión.

—En realidad, no se refiere a Leo y Raven, señor —dice.

—Me refiero a lo que se ha dicho de…, de los hermanos Gale.

Oswald Emerald me mira con una expresión desinteresada.

—Ah, sí, creo que alguien me mandó algo… ¿Qué era? ¿Algo sobre que tenías una hermana que también era cantante? Espero que esto no sea para pedir un hueco para ella, chico: en este momento…

—No se trata de eso —le interrumpo, tensa—. La chica se llama Dorothy Gale. Y varias personas creen que en realidad yo soy ella.

Emerald esboza una sonrisa divertida y sacude la cabeza, como si no fuera lo más loco que hubiera escuchado en su vida. Supongo que no lo es.

Supongo que ha debido de ver y leer todo tipo de cosas sobre sus artistas.

—La gente es muy imaginativa. No tienes de qué preocuparte.

—Es todo cierto.

Hay un silencio en el que incluso Linda parece contener la respiración.

Yo no me atrevo a mirar la reacción del hombre ante mí, así que fijo la mirada en un punto vacío de la mesa y continúo:

—Mi nombre es Dorothy Gale. Mi hermano Theodore quería ser cantante y llegar a lo más alto, pero murió poco antes de las audiciones para el grupo, así que yo… me hice pasar por él para cumplir su sueño. Nunca pensé que me elegirían para la banda, pero lo hicieron, y durante estos meses, he estado trabajando para la empresa, porque Theo era justo lo que querían y…, y yo podía dárselo.

Cuando me atrevo a alzar la vista me encuentro con los ojos de Oswald Emerald fijos en mí, y creo que hasta ahora nunca me había prestado atención de verdad. No el día en el que lo conocimos tras tocar en el festival. Y, desde luego, no cuando he entrado por esa puerta.

La sonrisa, significase lo que significase, ha desaparecido de su boca.

—Engañé a mis compañeros —confieso—. Y engañé a Linda.

Hay unos segundos más de silencio en los que puedo escuchar el viento golpeando la ventana. Me pregunto si esto es un nuevo huracán y yo vuelvo a estar en el centro. Me pregunto si ese viento va a arrebatármelo todo una vez más.

Al final, Oswald Emerald se echa hacia atrás en su asiento y se pasa la

mano por la barbilla. Sus ojos tardan en apartarse de mí para estudiar a Linda. Ella cuadra los hombros y yo tengo que envidiar la clase que desprende en este momento, cuando todo parece a punto de estallar.

—¿Es cierto? —Linda asiente. No sé si está molesto o impresionado, si lo lamenta o no comprende nada en absoluto. Una vez más, su tono podría decir cualquiera de esas cosas o ninguna—. Y supongo que consideras que todo esto va a salir a la luz pronto, ¿verdad? Por eso estáis aquí.

Linda se humedece los labios.

—Es… difícil saberlo, señor. Ahora ha quedado como una curiosidad, como una teoría alocada más de Internet, pero en cualquier momento puede resurgir la conversación, o alguien que conociera al chico presentarse en un programa para hacer declaraciones…

—Escuche, señor Emerald, sé que lo he hecho mal, pero WIZARD…

Él alza la mano y me enseña su dedo índice para que me calle, aunque sigue con los ojos fijos en Linda. Y lo cierto es que yo estoy tan sorprendida que hago justo eso, quedándome muy quieta en mi asiento.

—¿Cuándo estará el disco listo?

—Es… cuestión de unos meses —dice Linda, tras un titubeo—. Quedan por definir un par de canciones, grabar *Coward* si quiere que aparezca, y luego pasarlo por posproducción. Habrá que sacar algunas fotos, grabar…

Y encargarse de la campaña de publicidad, claro…

—Bien. Que siga adelante, entonces, pero espero recuperar hasta el último centavo que he gastado en estos chicos. No queremos que la gente se pregunte qué ha pasado con ellos si desa parecen de la noche a la mañana, cuando ya se está hablando de un disco, cuando han dado esa preciosa historia de amor y diversidad en redes sociales. Lo que menos necesitamos ahora es que nos acusen de homofobia por

cancelar el contrato, aunque sea por otra cosa.

Siento que me hierve la sangre en las venas en cuanto lo escucho. Estoy a punto de protestar. Estoy a punto de decir que, de hecho, sí parece que hay

homofobia en esas palabras. Pero Oswald Emerald me acalla cuando sentencia:

—Harán una pequeña gira y después se acabó. Vete pensando qué historia vamos a inventarnos para la separación del grupo.

Las palabras me caen como un jarronazo de agua fría. No le cuesta nada tomar la decisión, no se para a pensar en absoluto en mi historia o en las vidas de los demás miembros de ese grupo que trabaja para él. De hecho, da la orden como si yo ni siquiera estuviera delante ya.

No. Esto no se suponía que fuera a ser así.

—No puede estar hablando en serio. —Mis palabras parecen tropezarse unas con otras, pero consigo pronunciarlas todas en orden —. Esos chicos han trabajado muchísimo para esto. Todos lo hemos hecho. Se merecen otra oportunidad. Ellos…

Oswald Emerald se gira hacia mí con las cejas alzadas y la expresión indiferente.

—No he sido yo quien les ha saboteado la posibilidad de ser algo más grande.

El golpe me duele como si hubiera sido físico. Lo suficiente como para que las lágrimas que no me permití derramar delante de mis amigos me escuezan ahora en los ojos. Lo suficiente para quedarme muy quieta, bajo la mirada indiferente de Emerald, y sentir que me tiemblan los labios. Estos últimos días una voz en mi cabeza no ha dejado de repetir eso mismo: «Es culpa tuya. Es culpa tuya, Dorothy», pero hasta ahora nadie lo había dicho en voz alta.

Y que finalmente haya sido Oswald Emerald quien lo haya verbalizado no lo hace mejor.

—En realidad —continúa, y se vuelve a echar hacia atrás en su asiento

—, tienes mucha suerte de que no vaya a demandarte, jovencita, pero no voy a perder mi tiempo con un escándalo así. Prefiero pagar un poco más para callar a quien lo sepa y controlar a los periodistas

curiosos que puedan

surgir a tener que enfrentarme a la prensa hablando de que a una de las multinacionales más grandes de este país la ha engañado una niña. Así que, si quieres al menos las migajas, firmarás el contrato de confidencialidad que te pongamos delante y no hablarás de esto jamás, igual que espero que lo hagan tus compañeros. ¿Querías una oportunidad? Pues aquí la tienes: unos meses más en la banda, con disco y todo. ¿No has dicho que era el sueño de tu hermano?

Bajo la vista. Aunque aprieto los dientes, una lágrima se me escapa y me deja un surco ardiente en la mejilla. Claro que era lo que quería, pero no así.

No a este precio. No quería llevarme por delante el sueño de nadie. No quería romper la familia que hemos creado de esta manera.

—Lo hemos dado *todo* —digo. Y me cuesta no romper en un sollozo, pero lo último que necesito es deshacerme aquí, delante de él, y terminar de demostrarle lo hondo que han calado sus acusaciones—. Hemos hecho de cada canción un éxito, incluso de las que no han salido de la compañía. Val, Leo y Raven tienen muchísimo talento.

—¿Y crees que son los únicos? —Oswald Emerald se apoya en su mesa y baja la voz, como si me estuviera contando un secreto—. Ahí fuera hay cientos como ellos. Miles. Los hay más desesperados que tú, incluso, niña.

Pero lo más importante es que los hay mucho menos problemáticos. Sin secretos ni romances que lo puedan estropear todo. Hay gente que pagaría muchísimo dinero por tener la oportunidad que os hemos dado y que sabría aprovecharla mejor.

Que ellos serían mucho más agradecidos con la empresa, quiere decir.

Mucho más obedientes. Mucho más manejables. Dispuestos a cualquier cosa por la fama. Me limpio la cara, incómoda, porque siempre había supuesto que yo sería una de esas. Que Theo y yo estábamos preparados para pagar el precio que fuera necesario por llegar a lo más alto. Pero ahora sé que no. Sé que Theo soñaba con el estrellato, pero hay cosas que no hubiera sacrificado.

Hay cosas que yo no quiero sacrificar, ni por todo el éxito que me hubiera podido ofrecer Emerald. El éxito que, de todas formas, sé que me acaba de quitar de las manos.

—Está cometiendo un grave error.

—No, no lo creo. Pero si lo que te preocupa son sus carreras, si podemos sacar algo de WIZARD después, lo haremos. El tiktoker tiene números y talento. Y Raven Harris seguro que acabará protagonizando la próxima película gay para adolescentes, después de todo este numerito. Si tiene suerte, incluso puede que no le encasillen demasiado.

Es asqueroso oír cómo habla de ellos. O cómo no habla en absoluto, porque ni siquiera menciona a Valentín. Supongo que porque él no tiene los seguidores de Raven o Leo, pero todos sabemos que él ha actuado muchas veces como pegamento de la banda. Él podría llegar tan lejos como le pidiese Emerald, si tan solo le dejaran…

No es justo. Nada de esto es justo.

—¿Qué creías que pasaría? —me pregunta él, al ver mi expresión—.

¿Que te ofrecería un trato? ¿Que te diría que la compañía no puede vivir sin tu banda? Si no estáis vosotros, otros llegarán. Como los Flying Monkeys, por ejemplo. Porque da igual uno que otro, niña. Cuando una moda se acaba, ya tenemos la siguiente preparada. ¿O te olvidas de que os hemos fabricado nosotros? No sois tan especiales como piensas. Vuestros éxitos ya son nuestros, vuestro primer disco será nuestro, vuestros primeros conciertos también lo serán. Y después, pasaremos al siguiente.

—¡Nadie nos ha fabricado! ¡No somos máquinas ni algo artificial!

Somos personas, somos…

—Sois lo que os hemos dejado ser.

Su calma me hace sentir todavía más furiosa, porque sé que parezco desesperada en comparación. Sé que parezco una niña, como él me ha llamado. Una mocosa sin control sobre sus emociones, al borde del llanto, de una pataleta. Así me ve Oswald Emerald, ¿no?

Aun así, me pongo en pie y golpeo la mesa con las manos al hacerlo.

—¡Somos más reales de lo que usted será nunca!

No sé qué espero que pase. A lo mejor solo quiero que desa parezca.

Demostrar, con esas palabras, que no es más que otro de los Oswald

Emerald que cuelgan de las paredes, con esa sonrisa artificial, siempre en la misma pose, siempre desde el mismo ángulo.

—Suficiente, Dorothy.

El tono de Linda es tan suave como siempre, tan comprensivo como siempre, y eso solo me hace sentir muy avergonzada. Muy pequeña. Sobre todo cuando se levanta y me toma de la mano. Cuando me aleja de la mesa, con un suspiro, hacia la puerta.

—Linda.

Durante un segundo parece que no vaya a detenerse, pero finalmente lo hace, porque el hombre que la llama es, después de todo, su jefe.

—¿Sí, señor Emerald?

—Ya hablaremos sobre tu futuro cuando acabes con este trabajo.

La mujer frunce un poco los labios, pero es un gesto tan sutil que creo que me lo habría perdido si no hubiera estado mirando en su dirección. Bajo la vista casi de inmediato, consciente de que eso también es culpa mía.

—Gracias por recibirnos esta tarde, señor.

Eso es todo. Linda no titubea cuando tiene que avanzar. Sus pasos son decididos mientras me guía, con una mano en la espalda, de vuelta hacia el vestíbulo donde espera el sonriente secretario. Yo solo miro al suelo, intentando mantenerlo todo a raya, así que apenas si soy consciente de la figura junto a la que pasamos. Me parece ver por el rabillo del ojo unos zapatos negros y brillantes.

—Linda. Y *Theodore*. ¿Haciendo control de daños?

La voz de Elanna Emerald hace que me tense, pero no me detengo. No hasta que estamos delante de las puertas del ascensor. Cojo aire, muy hondo, y levanto la vista. Mi reflejo se ve distorsionado sobre el metal.

Puedo ver el de Linda también. Y el de Elanna, por detrás, con la ropa tan negra como las notas musicales en los pentagramas de Leo.

—No hoy, Elanna —le avisa mi mánager.

—Vamos, no es culpa mía que tengáis ese caos montado en redes sociales. Y tampoco es para tanto, ¿no? Tú siempre tienes todo bajo control.

Las puertas se abren. Entro de manera automática, sin pensar, acercándome al cristal que nos separa de una caída insalvable. Me agarro a la barandilla como si realmente fuese a caer si no me aferro a algo.

—Supongo que esta vez no. Y que ya has ganado, felicidades.

Las puertas se cierran detrás de nosotras y yo cierro los ojos.

Y caemos, tan abajo como es posible.

46

Val

El mundo perdió parte de su sonido el día en el que a mi madre le diagnosticaron ELA. Lo descubrimos casi por casualidad, después de una caída que hizo que se diera un golpe en la cabeza. Al final, el golpe no era lo importante, sino la caída y, más específicamente, por qué se había caído.

Cuando los médicos nos dieron la noticia, a principios de año, fue como escucharlo con los auriculares puestos. El resto de los ruidos se cancelaron y a partir de ese momento solo existió el diagnóstico, repetido una y otra vez en mi cabeza. Mi madre, que adoraba moverse, que bailaba todos los días en casa, que me ayudaba a veces a practicar mis propios números, terminaría por ver sus movimientos limitados en un plazo de tiempo que era difícil de determinar y, en algún momento, esas limitaciones se extenderían al resto de su cuerpo hasta que finalmente…

Hoy tengo un sentimiento parecido al de aquel día. No es lo mismo, porque nada va a impactarme jamás tanto como lo hizo aquella situación, nada va a ser nunca igual de complicado de encajar, pero tengo esa sensación de estar escuchando de manera aislada mientras Dorothy habla. Y

habla. Y habla. Nos dice cada palabra que le ha dicho Emerald, con la voz rota, pero yo la escucho como si ella estuviera en otra habitación o como si

yo estuviera en otro cuerpo.

—Lo siento —concluye—. Lo he arruinado todo. Pensé que…

Realmente pensé que podía arreglarlo, pero solo lo he estropeado

todavía más, ¿verdad?

Me alegro de que Leo la estreche entre sus brazos, porque yo no puedo moverme. Tengo la cabeza embotada y no soy capaz de decidirme por una cosa que sentir. Tristeza. Rabia. Desesperanza. A lo mejor no tengo por qué decidirme por ninguna de esas cosas. A lo mejor puedo sentirlas todas a la vez.

—No es culpa tuya que ese tipo sea un capullo —le dice Raven, sentado a su otro lado en el sofá. Él no la abraza, solo pone una mano en su espalda, y Dorothy parece hacerse pequeña bajo ella.

—Además, todavía tendremos nuestro disco, ¿verdad? —dice Leo, con una sonrisa pequeña—. Tampoco teníamos seguridades de que fuéramos a llegar a mucho más, si lo pensáis, así que ni siquiera es una diferencia tan grande…

Todos sabemos que eso es mentira. Es cierto, no teníamos seguridades de ser nada que durase más allá de un disco, pero teníamos los resultados.

Tenemos los resultados. La gente nos quiere, quiere nuestras canciones y quiere lo que han visto en nosotros durante todos estos meses.

Dorothy sacude la cabeza. Su mirada me encuentra entonces y yo tenso la mandíbula.

—Val… Lo siento muchísimo… Emerald ha dicho que pagará por la confidencialidad. Y lo que ganemos estos meses… ¿Crees que será suficiente para…?

Para mi madre. Pero no lo dice, por respeto, aunque soy consciente de cómo Raven entrecierra los ojos y me mira.

—¿Entonces sí que era por la pasta?

—No, nada ha sido solo por la pasta —le corrijo, aunque tengo la voz ronca.

Leo nos mira, completamente perdido, y yo tomo aire y aparto la vista al techo porque no quiero ver sus caras cuando lo diga. Tampoco quiero ver la expresión de Linda, que se ha quedado callada hasta este momento, pero ahora me lanza un vistazo lleno de lástima. La cuestión es que mi madre no quiere la lástima de nadie y yo tampoco.

—Mi madre está enferma. Bastante enferma. Del tipo de enfermedad

que implica muchos gastos médicos. Un sueldo de actor en musicales no es suficiente para todos los cuidados que necesita. —Me encojo de hombros

—. El que ofrecía Emerald, con un buen seguro médico incluido, sí.

—Estoy segura de que…

—No voy a aceptar ningún soborno para mantener la boca cerrada, Dorothy, así que ni lo sugieras.

—¡Pero tu madre…!

—Su madre tendrá todo el dinero que necesita de lo que ganemos en los meses que quedan y, si necesita más, se lo daré yo mismo.

La voz de Raven nunca había sonado tan seria y yo no puedo evitar volverme hacia él con incredulidad. No soy el único que lo mira, aunque sí creo que soy el único que parece tan sorprendido. Él frunce el ceño, como si estuviera ofendido por mi reacción.

—¿A qué viene esa cara? He ganado más dinero en mi vida del que voy a ser capaz de gastar, Ramos. Si me lo hubieras dicho antes, lo habría ofrecido antes.

—No necesito…

—Dios, da las gracias y deja que seamos los demás los que te ayudemos por una vez. Además, le estoy ofreciendo el dinero a tu madre, no a ti, así que solo ella tiene derecho a rechazarlo. Y puedo ser muy persuasivo.

¿Quién le va a decir que no a esta cara bonita?

Me quedo callado, por la impresión y por el agradecimiento, que hace que sienta un nudo en la garganta. Leo esboza una sonrisa y se inclina sobre Raven para darle un beso en la mejilla, que él aprovecha para convertir en

uno en la boca cuando gira la cabeza. Y eso, en realidad, solo lo hace todo un poco peor. Que Raven esté dispuesto a hacer eso por mí. Que Leo le bese. La expresión de alivio de Dorothy, que sin embargo no llega a vencer la tristeza que hay escrita en el resto de su cara. Que Linda apriete mi hombro y me susurre que también puedo contar con ella si necesito algo.

Todo eso hace la situación peor porque por primera vez es muy evidente en qué nos hemos convertido en estos meses. En el grupo cohesionado que yo quería al principio, sí, pero también en mucho más.

Esta gente es una familia para mí. Y no soporto que nadie toque a mi familia, pero Oswald Emerald parece dispuesto a acabar con ella.

—Venga —dice Linda, tras un suspiro—. Os quedan todavía meses de trabajo. Quizá ahora lo que deberíais hacer sería centraros en ello. Al menos, por el tiempo que quede, podemos esforzarnos para que WIZARD sea algo memorable, ¿no creéis?

No. Me parece que eso es conformarse, y no deberíamos tener que hacerlo. Es…, es injusto. Es cruel, porque ese hombre ha hablado de nosotros como si solo fuéramos marionetas que deberían estar agradecidas de estar sujetas a sus hilos y no hay nada que podamos hacer para revolvernos. Nos atan nuestros contratos y la protección de Dorothy, a la que por lo menos le han ofrecido olvidar el asunto a cambio de mantenerse callada. Estamos desprovistos de herramientas para plantarle cara a una industria que nos exprimirá para sacar de nosotros todo lo que pueda y después nos tirará a la basura.

Nos merecíamos mucho más que ser solo memorables. Nos merecíamos ser inmortales o, como mínimo, vivir mucho tiempo más. Cantar mucho tiempo más. Crear mucho tiempo más.

Pero supongo que no todo el mundo tiene lo que se merece.

Dottie

ToTó

Ya he escuchado tu audio.

Siento que la reunión con Emerald haya ido así, pero no es culpa tuya
Dottie

Sabes que sí, Tonya

ToTó

Estoy segura de que nadie lo ha pensado.

Los chicos te adoran

Dottie

He arruinado sus oportunidades.

Y después de todo lo que se han esforzado

por llegar aquí

ToTó

Tú también te has esforzado muchísimo…

Pero sé que no te voy a convencer.

Hoy solo lo vas a ver todo muy oscuro, pero mañana te prometo que será un poco mejor.

Vais a sacar ese disco y va a ser una pasada…

De verdad

Me quedo mirando los mensajes de Tonya, que van apareciendo uno tras otro en mi pantalla, pero lo cierto es que tiene razón en una cosa: ahora no soy capaz de ver nada brillante en el horizonte. En este momento, de hecho,

solo quiero flagelarme por todos mis errores. Supongo que, si nadie está dispuesto a odiarme por esto, estoy dispuesta a hacerlo yo misma. Así que me quedo aquí, sentada en el suelo de la cabina de ensayo, con la vista fija en la pantalla apagada de mi teléfono. La guitarra de Theo está a mi lado y durante un momento me digo que él nunca habría causado tantos problemas. Él, incluso con su caos, habría hecho lo que fuera para mantener este sueño vivo todo el tiempo que estuviera en sus manos.

Quizá la prueba de que éramos muy diferentes está en que yo ya estoy demasiado cansada para buscar soluciones.

Tomo la guitarra entre los brazos y la apoyo en mi regazo, antes de deslizar los dedos por sus cuerdas. Valentín me encuentra así, más tarde, con una melodía sin letra en las manos y la vista perdida en la pared de enfrente.

—¿Puedo? —pregunta desde la puerta, con un gesto de su cabeza en dirección al sitio vacío junto a mí.

Asiento mientras acallo las últimas notas y dejo el instrumento sobre mis piernas, en un intento de detenerme y no levantarme para correr a abrazarme a él, que es lo que realmente querría. Me lo pone muy

complicado cuando se sienta y extiende la mano hacia mí. Su coletero plateado está ahí y verlo me da ganas de llorar de inmediato. Creo que pretende que lo recupere, pero en su lugar solo puedo levantar la mirada hacia él y apretar los dientes.

—Lo siento —digo, muy rápido. Y eso es todo lo que necesito para empezar a soltar palabras sin control, como si un muro hubiera estado agrietándose en el silencio y de pronto se hubiera roto—: Siento haber echado a perder tu oportunidad, aunque era lo único que querías y la necesitabas mucho más que yo. Y siento haberte robado el coletero. Siento habérmelo quedado, a pesar de que me dije un millón de veces que tenía que devolvértelo. Y siento haberlo llevado puesto, incluso cuando sabía que hablaban de nosotros. No quería… Deberías estar enfadado. Deberías

odiarme y ni siquiera podría quejarme porque…

—Dorothy.

Callo. El corazón me late tan acelerado en el pecho como si hubiera estado corriendo.

—No te odio —suspira—. Nunca lo he hecho.

Hay un breve silencio en el que sus palabras intentan hacerse un sitio en mi pecho.

—Estoy segura de que no pensaste eso cuando descubriste la verdad sobre mí.

—Esa noche estaba furioso, pero tampoco te odié entonces, aunque quise hacerlo. De hecho, lo que más me enfadó fue ser consciente de cuánto quería perdonarte, porque no quería que te marcharas. Nunca…, nunca he querido que te marcharas.

Quizá debería haberlo hecho. Debería haberme echado en ese momento o haberle dicho a Linda la verdad. Las cosas habrían sido muy distintas entonces, ¿no? Pero Val ni siquiera parece arrepentirse de haberme ayudado a proteger mis secretos, como los demás. En realidad, Val no parece arrepentido de nada de lo que hace nunca. Ni siquiera después de aquella noche…

Creo que los dos contenemos la respiración cuando toma mi mano.

Ambos seguimos, también, la manera en la que desliza su coletero hasta mi muñeca. ¿Es normal que lo haya echado en falta todo el día?

¿Es normal que tenerlo de vuelta me haga sentir reconfortada, cuando ni siquiera es mío?

—Y no lo robaste —susurra Val, mientras pasa su pulgar por la goma —.

No es robar si yo te dejo que te lo lleves. Podría habértelo reclamado de vuelta mil veces. Pero supongo que… me gustaba ver que lo llevabas. Me gustaba lo que eso podía significar.

Siento un nudo en la garganta, pero me obligo a echarlo hacia abajo cuando enfrento su mirada.

—¿Y qué podía significar?

—Que a lo mejor pensabas en aquella noche tanto como yo.

Valentín siempre es brutalmente honesto, pero ninguna de sus verdades había caído nunca sobre mí con tanta fuerza. Nunca me había hecho estremecer, ni él ni nadie, como cuando su pulgar roza la base de mi palma.

No creo que sea consciente del efecto que causa en mí. No creo que sea consciente de lo que lleva causando meses, cuando levanta la comisura del labio o cuando se queda cerca o cuando me presta atención.

Y, de pronto, sé que no lo aguanto más. No soporto fingir que en algún momento he podido olvidar esa noche, esa boca, esos dedos o mi nombre en sus labios como si fuera una canción. Creo que, de hecho, los dos estamos cansados de fingir. Que nos hemos dado cuenta de que todo lo que estamos acostumbrados a compartir tiene una fecha de caducidad y a lo mejor ya hemos perdido demasiado tiempo.

No sé quién busca al otro primero. Creo que son mis dedos los que se enganchan a su camiseta, pero él ya ha cerrado los ojos cuando le hago inclinarse hacia mí. Su mano enmarca mi rostro y su beso se siente igual que el día del concierto de Ozma, igual de liberador, capaz de dejar mi mente en blanco pese a que hay mil cosas en ella. La culpa. La tristeza. La sensación de haberlo estropeado todo. Lo mucho que estoy echándolo de menos todo incluso cuando queda un tiempo hasta que se acabe.

Me muevo hacia él. Val me está esperando para abrazarme la cintura cuando yo rodeo su cuello con los brazos y enredo mis dedos en su pelo justo como lo hice aquella noche. Soy consciente de que este es

un beso un poco desesperado, pero creo que a ninguno de los dos nos importa. Quizá es justo lo que necesitamos, aunque una parte de mí se pregunta si esto es lo que hay entre nosotros: solo una manera de sentirnos bien, cuando el resto del mundo parece estar terriblemente mal.

Cuando nos separamos solo un poco, a mí me arden la piel y los ojos.

Nuestras respiraciones están echadas a perder y sé que no soy la única que

necesita más, pero Valentín sostiene mi rostro antes de que pueda ir a por otro beso; su pulgar acaricia mi boca y mi mejilla.

—Esto no va a solucionar nada —susurra, casi como una advertencia —.

Puede que a la larga solo lo haga todo un poco peor.

Estoy segura de que tiene razón. Es justo lo que ya me avisó Tonya cuando le conté que nos habíamos acostado la primera vez, ¿no? Si seguimos acercándonos, si seguimos permitiendo que esto pase, cuando todo acabe y el grupo se disuelva dolerá más. Pero lo cierto es que lo único que puedo pensar en este momento es:

—No me importa.

Y a él tampoco, porque solo asiente un segundo antes de volver a inclinarse sobre mí y dejarse llevar en otro beso.

OUTRO

The hurricane found me,

but I'm still alive

47

Raven

Creo que todos sabíamos que esto no iba a ser para siempre. Yo, por ejemplo, era consciente de que las bandas de chicos tienen una fecha de caducidad a bastante corto plazo. La industria los quiere cuando son jóvenes, pero luego se olvida de ellos y nunca los considera para nada más que para exprimirlos comercialmente. Muchas veces uno quiere seguir su camino al cabo de cierto tiempo, porque compartir la atención no es tan fácil como parece. En ese sentido, la fama es un

poco como una droga, algo de lo que siempre quieres más: más atención, más halagos, más premios, más fans… Pero la fama es también muy voluble y cuando crees que estás en la cima del mundo, un tropiezo puede cortarte las alas y hacer que te estrelles contra las rocas.

Nosotros ni siquiera vamos a morir por la fama o por un error que haga que nos cancelen, aunque yo lo preferiría a desaparecer de la noche a la mañana por culpa de Emerald. Al principio, de hecho, saber que eso es lo que va a pasar con nosotros nos tiene completamente desmotivados: Leo tiene un gran bloqueo con el que es incapaz de trabajar y Gale apenas se atreve a mirarnos a la cara. El único que parece seguir como siempre es Val, que no deja de darlo todo en cada ensayo y cada grabación.

—Si van a quitarnos de en medio, al menos que sean conscientes de lo

que van a perder —me dijo cuando le pregunté cómo era capaz de seguir así.

Val es un claro ejemplo de la gente que dice esa estupidez de que es mejor morir de pie que de rodillas, pero supongo que consigue convencernos. Entre su actitud y la de Linda, que opina que todavía debemos aprovechar cada pequeña oportunidad que encontremos, seguimos adelante. Yo supongo que lo hago porque no quiero que acabe. El resultado de morir de pie o de rodillas es el mismo, sigues estando muerto, pero al final decido que al menos quiero que me recuerden cuando estaba vivo.

Quiero que en unos años alguien mire atrás y vea que me lo pasaba bien con esto, incluso si tengo que volver a la actuación cuando todo acabe.

Así que nos ponemos en marcha. Y a partir de ese momento, todo pasa demasiado rápido. La primera entrevista en la que aparecemos todos después del revuelo que montamos Leo y yo es tensa, pero nos la preparamos bien y sobrevivimos. Leo incluso se atreve a hablar de su transición, de la suerte que ha tenido con unos padres que lo apoyaron y protegieron desde que era pequeño, de que eligió no decir que era trans en cuanto empezó a hacerse famoso en las redes porque siempre es más fácil así, de que se alegra de que haberlo dicho pueda ayudar a otros.

Después, por supuesto, vienen a por mí:

—¿Y cómo se han tomado Christopher y Marian Harris la noticia de tu

noviazgo, Raven?

Mal. Como si su hijo estuviera tirando su vida por la borda pese a que nunca se había sentido más al mando de ella. Pero como tenemos suficientes problemas como para tener que enfrentar también una campaña de cancelación contra mis propios padres, solo sonrío y me encojo de hombros:

—Mis padres me adoran. Pero ¿quién no?

Leo coge mi mano, pero no lo hace por el espectáculo ni para acompañar todas las risas que mi comentario provoca. Lo hace porque sabe la verdad.

Y mientras él lo haga, mientras él me vea y me conozca, como me conocen Val y Gale, que se apresuran a seguirme la broma, puedo seguir siendo un personaje delante del resto de las cámaras.

Después de eso, todo ocurre bastante rápido. Las entrevistas, después de la primera, pasan a ser mucho más fáciles, las grabaciones se llevan gran parte de nuestro tiempo, los entrenamientos se hacen todavía más intensos, las actuaciones las vivimos con muchas más ganas. Y en cada una de esas ocasiones, solo me reafirmo en que he estado tomando las decisiones correctas, porque ningún papel que haya interpretado en mi vida se puede igualar a lo que siento con el grupo. Nada nunca va a equipararse a la emoción de tener en la mano nuestro primer disco y ver a mi chico y a Gale echarse a llorar, igual que no puedo imaginarme nada más alucinante que el primer concierto delante de nuestro público de verdad, a modo de presentación del disco.

No creo que vaya a poder olvidar la sala adornada con mil lucecitas en las paredes, la sensación de estar juntos en el escenario, de cantar tanto tiempo que acabo con la voz ronca, empapado en sudor, pero con la adrenalina por las nubes. Y sé que no soy el único que atesora ese momento, mientras parece que los aplausos y los gritos van a hacer que se derrumbe el techo sobre nuestras cabezas. Sé que Val lo hace, con su media sonrisa y esa reverencia que parece salida de una de sus actuaciones en el teatro; que Leo lo hace, con los ojos brillantes por algo más que las luces; que Gale lo hace, con esa respiración que le llena el pecho mientras se abraza a su guitarra.

Todos queremos más de esto, ¿verdad? De los autógrafos que firmamos luego, a la salida, a la gente que nos espera en la puerta, o de la fiesta que Linda nos ha preparado en otra sala de la ciudad, en la

que parece reunirse todo el que es alguien en el mundo de la música. Es una de esas fiestas en las que te ponen una copa de vino en la mano (incluso aunque seguimos sin tener la edad legal para beber, a excepción de Val, que ha cumplido los

veintiuno durante las vacaciones de Navidad) y te presentan a tanta gente que ni siquiera recuerdas sus nombres después de hablar con ellos. Leo no lo hace, desde luego, porque aunque se pinta su mejor sonrisa en la cara nada más empieza la fiesta, lo primero que dice en cuanto podemos escaparnos un poco de Linda es:

—Demasiada gente por hoy.

—Y demasiadas emociones —murmura Gale, antes de llevarse su copa a los labios. Sus ojos están puestos en ese gran cartel con la portada de nuestro álbum que hay en una de las paredes. Después le da la espalda a su propia imagen y una parte de mí sabe que no se siente cómoda con cómo se ve ahí, pese a que ahora ya ni siquiera tiene que fingir con Linda.

—Aunque sea nuestra fiesta no creo que nadie nos eche de menos si vamos a respirar fuera cinco minutos y luego volvemos —señala Val.

A Leo no tienen que decírselo dos veces. Probablemente huiría de aquí si no creyera que es de mala educación. Sus dedos rozan los míos, pero yo enseño mi copa vacía.

—Voy al baño y a pedir otra, ahora os busco.

Un beso más tarde estoy paseando por la sala con las manos en los bolsillos. Me quedo en los bordes de la habitación y aprovecho para sintonizar algunas de las conversaciones que están teniendo los pequeños grupos de gente. No hay muchas sobre nosotros, aunque estén en nuestra fiesta, pero supongo que eso está bien; si es como en el mundo del cine, la mayoría de los que se encuentran aquí probablemente adorarían vernos caer.

—¿Te has enterado del contrato que le han ofrecido a…?

—¿Sabes que está intentando negociar para participar en el descanso de la Super Bowl…?

—Ha firmado para ser la protagonista de una comedia romántica, creo que se piensa que es Jennifer López.

—Déjalo ya, Eli.

Paro en seco al escuchar la voz de Linda, siempre tan inconfundible.

Miro alrededor, intentando buscarla, porque la he escuchado pronunciar ese nombre antes. «Eli» es Elanna Emerald, ¿no? Pero que yo sepa esa mujer no estaba invitada a este evento. No en vano, es la mánager de los que han sido nuestros principales competidores, aunque técnicamente supongo que han ganado la guerra.

—Estoy segura de que no hace falta que te recuerde que tienes un pie en la calle de todas formas.

Necesito un momento más para darme cuenta de que las voces vienen de detrás de mí, de una sala en cuya entrada hay un gran cartel de «PROHIBIDO

EL PASO» al que es obvio que nuestra mánager y su acompañante no han hecho caso. La puerta está entreabierta, lo justo para que yo pueda apoyarme contra la pared, de forma disimulada, y escuchar de qué están hablando. Esa última frase ha sonado un poco a amenaza.

—Y yo te recuerdo que eso no ha sido solo cosa mía —protesta Linda.

No parece tan feliz como siempre. De hecho, suena un poco amargada —.

Gracias por la ayuda.

Escucho un gruñido venir de la habitación. Yo frunzo el ceño, porque no entiendo nada.

—¡Sabes que yo no pretendía esto! Mi idea era poner nervioso al chico, darle a probar un poco de lo malo de la exposición, captar a la hermana para mi bando. No podía saber que *él* era la hermana. Apenas vi el vídeo dos veces antes de dárselo al periodista.

Las palabras tienen tan poco sentido como si las hubieran pronunciado en otro idioma, pero cuando las entiendo solo siento una oleada de rabia que está a punto de sacarme de mi escondite y descubrirme para pedir explicaciones. No lo hago por muy poco, solo porque creo que puedo ganar más escuchando. No creo que los demás vayan a estar contentos cuando les cuente esto. De hecho, me ofende que Linda parezca tan calmada. ¿Cuánto hace que tiene esa información y por qué no nos la ha contado?

Me pego un poco más al marco de la puerta para intentar escuchar por

encima de la gente que pasa justo en ese momento por mi lado.

—… tu grupo ha ganado esto —está diciendo nuestra mánager—. ¿Por qué no lo disfrutas y listo?

—Porque solo han ganado por eliminación del contrincante y son mejores que eso. Si hubiera sido una batalla justa sería la primera en regodearme y lo sabes. Pero tus chicos no han tenido apenas tiempo de demostrar nada y no lo van a tener, porque mi padre los va a dejar morir antes de empezar. Y matará tu carrera también, si puede. Después de esto, te dará a los que nadie quiere o simplemente te echará. Y si puede mover hilos para que nadie te vuelva a contratar…

—Siempre he tenido ofertas.

—Nunca te habían echado de ningún lado hasta ahora. Y nadie quiere hacerse enemigo de Oswald Emerald.

Hay un silencio tan largo que durante un momento me planteo que se hayan esfumado. Pero cuando estoy a punto de perder la paciencia y asomarme, escucho el repiqueteo de unos tacones acercándose. Me tenso, pensando que vienen hacia mí, pero se detienen antes de llegar a la puerta.

—Yo sí querría seguir trabajando contigo, Belinda —dice Elanna.

La canción que está sonando en la sala sube de volumen en ese momento, así que no puedo escuchar la contestación de Linda. Me aparto de la pared en la que me he apoyado, con una sonrisa dirigida hacia el camarero al que le robo una copa de vino. Incluso si quisiera escuchar más, la puerta se cierra, como si alguien se hubiera dado cuenta del descuido y quisiera intimidad.

En mi cabeza, esas dos están liadas.

Y traman algo.

Val

—¿Elanna Emerald pretendía contratarme?

Resoplo cuando Dorothy se queda con eso de todo lo que nos ha contado Raven.

—Eres consciente de que eso significa que intentaba hundirnos y eso era una estrategia para ello, ¿verdad? —le digo—. Dudo que ella

estuviera pensando en el talento de Dorothy Gale. Probablemente pensó que eso te desestabilizaría como miembro de la competencia. O que incluso podía hacer que te fueras con ella.

Y eso me enfada, claro. Eso es juego sucio, con todas las letras. Y de alguna manera, es culpa suya que ahora estemos en esta situación. Aunque sé que eso no es del todo cierto: fue ese vídeo del casting de Dorothy y su hermano lo que precipitó todo, sí, pero a la larga podría haber sido cualquier otra cosa. Y seguir eternamente fingiendo tampoco era una opción lógica ni justa para Dorothy.

Leo parece inquieto mientras mira por encima de su hombro, como si temiera que alguien fuera a oírnos. Pero estamos lo suficientemente alejados del resto de la gente, junto a uno de los pequeños balcones desde los que se ve ese brillo que en estos meses cada vez se me ha hecho menos atractivo, después de comprobar cómo es la gente que controla las luces.

—Pero ¿cómo se le ocurrió buscar algo sobre Dorothy…?

—Probablemente fuera culpa mía —murmura ella—. El día que fui a hacer la colaboración hablamos. Elanna estaba convencida de que no éramos mucho más que un producto y puede que yo le respondiera, y también mencionó que yo había salido de la nada y… No sé. Fue tenso.

Quizá pretendía darme una lección.

—Ahora ya da igual, ¿no? —interviene Raven—. Si os lo cuento es porque no sonaba a que ella estuviera satisfecha. Sonaba a que intentaba convencer a Linda de algo.

—Pero ¿de qué? —pregunta su novio.

Esperaba tener una noche tranquila y feliz, disfrutar de nuestro primer y único disco, ya que es el primer paso hacia el final. Ahora, sin embargo,

solo quiero ir a pedirle explicaciones a Elanna Emerald, porque me frustra no saber qué trama. También quiero encarar a nuestra mánager, aunque no quiero desconfiar de ella: se ha jugado su puesto por defendernos. Mi mirada se aparta de mis amigos para buscar entre la gente, pero al principio solo veo un montón de desconocidos.

Y entonces la encuentro. Elanna Emerald se mueve hasta la salida entre la gente y yo doy un paso hacia delante.

Dorothy tiene que ser consciente de lo que quiero hacer. Tiene que saber que estoy furioso e inquieto, que no me gusta no entender qué está ocurriendo. Debe de verlo todo en mi cara porque hace ya tiempo que no hay demasiados misterios entre nosotros, porque hemos aprendido a reconocernos demasiado bien. Si acaso, el único misterio que queda es qué es exactamente esta relación en la que algunas noches ella se mete en mi cama o yo en la suya, en la que colecciona mis coleteros en su muñeca, en la que nos besamos cuando nadie nos ve y no hablamos de lo que pasa tras las puertas cerradas, aunque estoy seguro de que Leo y Raven lo saben.

Ninguno ha hablado de sentimientos, como si al hacerlo fueran a convertirlo todo en demasiado real. Ninguno ha hablado de relación, porque hacerlo quizá implicaría hablar también de un futuro que no tenemos claro y centrarse en el presente es lo único que nos mantiene cuerdos, en vez de ahogarnos en la incertidumbre de lo que ocurrirá en cuanto demos el último concierto que se ha pactado para nosotros y ahí se acabe todo.

Por todo eso me detengo cuando siento su mano en mi brazo, porque ella es la única persona capaz de devolverme el control cuando creo que voy a perderlo.

—No merece la pena.

Me giro hacia ella con los puños apretados, pero ella baja sus dedos hasta rozar mis nudillos en una caricia cuidadosa y disimulada que me hace respirar hondo. Sus ojos claros me mantienen anclado a este momento.

—Trame lo que trame Elanna Emerald, ya no es nuestro problema —

continúa Dorothy. Tiene la mirada fija en mí, pero creo que habla para todos

—. Nuestro problema ahora es la gira que empieza en un mes. Nos han dado solo seis conciertos y quiero aprovecharlos al máximo. ¿Y vosotros?

Ahí sí, aparta la mirada hacia los demás. Leo asiente, con los dedos entrelazados a los de Raven. Su novio no parece tan convencido, aunque probablemente sea solo una cuestión de que siente mucha curiosidad. Y yo, aunque no quiero hacerlo, sé que Dorothy tiene razón. Que, como hacemos cuando nos besamos sin querer pensar en nada más, quizá lo mejor sea tan solo centrarse en lo que estamos viviendo.

No queda mucho. Pero, al menos, lo que queda ya no nos lo pueden quitar.

48

Leo

No sé cuándo aprendí a odiar los espejos, pero debió de ser en algún momento de mi preadolescencia, cuando empecé a no encontrarme en ellos.

Por un lado, era por cómo mi reflejo no se correspondía con la persona que quería ver; por otro, creo que era porque no me gustaban mis propios ojos sobre mí. Nunca me ha gustado sentirme observado, y a veces, cuando me miraba en el espejo, era demasiado consciente de que esa persona al otro lado me estaba juzgando y pensando en todos mis errores.

Hoy, sin embargo, el chico del espejo parece amable. No creo que esté pensando en mis defectos. Parece nervioso, sí, pero no me odia, porque es consciente de que estoy haciéndolo todo lo mejor que puedo y eso ya es bastante.

Estoy disfrutando, estoy viviendo, y eso ya es mucho más de lo que ese muchacho pensó que llegaría a conseguir jamás.

—¿Estás listo?

Aparto la mirada del muchacho de ojos verdes para mirar al otro chico que aparece en el cristal, justo detrás de él. Raven entra en el camerino, maquillado y vestido para brillar con la ropa que nos han diseñado para la gira. Observo su reflejo inclinándose sobre el chico del cristal y veo cómo

este sonríe cuando le planta un beso en la mejilla. El cosquilleo de sus labios se mantiene en mi piel y después Raven observa esa imagen que creamos juntos. Es una imagen a la que nos hemos acostumbrado, aunque hace meses habría sido impensable. Es una imagen, también, que más gente ha estado viendo: en fotos, en vídeos, en entrevistas, en redes sociales.

Después de aquel primer beso filtrado, la gente siguió mirando. Las cámaras siguen buscando, pero solo les dejamos ver lo que queremos. En estos meses hemos estado rodeados de gente, siendo observados por más ojos que nunca, y no puedo fingir que no los note y que no me importen, que a veces no me bloqueen. Pero cuando eso pasa

Raven siempre me recuerda que todo esto no es de nadie más. Que estamos solos, aunque parezca haber mucha gente y mucho ruido a nuestro alrededor. Si cerramos los ojos, si nos tapamos los oídos, somos solo los dos. Y eso, la mayoría del tiempo, es suficiente.

—Estoy listo.

Los chicos del espejo se besan. Y después se ponen en marcha.

En todo este tiempo ya me he acostumbrado a los conciertos. A la gente gritando. A quienes están detrás del escenario corriendo y hablando, trabajando para que todo vaya bien. Aun así, nunca, ni una sola vez, he conseguido evitar la ansiedad en la boca del estómago antes de salir, sin importar cuánta gente hubiera al otro lado para escucharnos. Hoy, mientras recorro los pasillos hasta el escenario de la mano de mi novio, la siento también ahí, amenazante, tan susurrante y afilada como siempre. Pero no me hace daño, porque ya no me controla. Porque ya nos conocemos, como conozco al chico del espejo que ya no me desprecia.

Val y Dorothy están preparados en sus puestos. Nos ven llegar, y esta es una imagen a la que también estamos acostumbrados. La de mirarnos y ser conscientes de que queremos salir ahí fuera y regalarle a la gente que vaya a escucharnos lo mejor que tengamos. Esta vez, sin embargo, parece un momento todavía más solemne que todos los anteriores.

Este es nuestro primer concierto de verdad. Con este, abrimos la gira.

Con este, también, empieza el final, aunque no sé si alguien más está pensando en ello. Hemos estado trabajando día y noche para este momento, con ensayos hasta la madrugada y noches de desvelo porque siempre se podía mejorar un poco más, solo un poco más. Ahí fuera no hay tanta gente como en otros escenarios en los que hemos tocado, pero todas las personas que aguardan a que el espectáculo comience han pagado para vernos a nosotros, solo a nosotros. Nos esperan. Nos quieren.

La mano de Raven me aprieta con un poco más de fuerza. Es la primera vez que me parece que es él quien necesita que yo le sostenga y lo hago.

Dottie tiene los ojos brillantes mientras se agarra a su guitarra. Es ella quien dice:

—¿Por nosotros?

Creo que todos recordamos el día que brindamos juntos tras nuestra primera actuación en un gran escenario, con esas cinco copas que se han convertido en un ritual porque siempre hay una persona que no está, pero sin la que ninguno de nosotros habríamos llegado aquí hoy tampoco. Un día Dottie me dijo que a veces incluso le parecía que escuchaba a su hermano reírse cuando lo hacemos y, a veces, aunque yo no lo conocí, también me lo imagino yo.

Hoy no tenemos nada con lo que brindar, pero Dottie extiende una de sus manos hacia delante y yo me apresuro a poner la mía sobre la suya.

—Por nosotros.

Raven pone su mano sobre la mía.

—Por nosotros.

Val coge aire. Nos mira a todos y asiente antes de poner su mano sobre la de mi pareja.

—Y por arrasar el mundo.

Nos sostenemos entre nosotros, solo dos segundos.

Y después, salimos ahí fuera. La música sube, las luces cambian, el

público grita.

Hay mil ojos sobre mí, pero está bien, porque quiero que me vean, que nos vean a todos. Y que nunca se olviden de nosotros.

49

Dottie

No sé si hay un momento en el que empiezas a pertenecer a un lugar, un momento en el que todo encaja y ya formas parte de ese sitio o de ese grupo de gente. Pero sí que creo que hay un instante en el que te das cuenta de que te sientes bien donde estás. En el que alzas la vista y miras alrededor y piensas que ojalá el viaje durase para siempre, mientras ves a los tres chicos con los que parece que hayas compartido media vida dormir dentro de una furgoneta amarilla, en una carretera que podría llevaros hasta el fin del mundo. Una mañana en la que paras de reír porque te duele la barriga y las mejillas y no recuerdas la última vez que te lo habías pasado tan bien. Una noche en la que te

detienes a coger aire solo un segundo y miras hacia las gradas y encuentras tantas caras que te marean, pero están coreando tu canción favorita del mundo, se la saben tan bien como tú, y están ahí porque quieren escucharla, porque ya lo han hecho mil veces pero no se cansan de ella. Una madrugada en la que te despiertas y te das cuenta de que te has quedado dormida entre unos brazos que te hacen sentir segura pese a que al principio no pensabas que fueras a confiar en ellos, y decides quedarte justo donde estás, porque estás demasiado cómoda y quieres permanecer a su lado.

Esos son los pequeños instantes que te salvan. Esos instantes son los que atesoro mientras cantamos en cinco ciudades en cinco puntos diferentes del país, mientras hacemos entrevistas para medios estatales o nacionales.

Mientras los días se van cayendo del calendario y la cuenta atrás se convierte en una obsesión: un día quedan seis conciertos y, tras lo que parece un parpadeo, estamos a unas horas de empezar el último, esta vez de vuelta en Nueva York.

Porque mañana WIZARD dejará de existir, aunque nadie parece querer mencionarlo esta tarde. Nadie habla de los planes de futuro con ilusión, supongo que porque nadie quiere volver a lo que era antes. A los musicales o a la actuación o a encerrarse en su cuarto a componer. Todos nos habíamos acostumbrado a la presencia de los demás.

Hacíamos un buen equipo.

Todavía lo hacemos, supongo, cuando nos sentamos en el borde del escenario, ante todo ese espacio vacío. Las puertas se abrirán en breve y nosotros tendremos que ir a prepararnos al camerino, pero supongo que queremos alargar este momento de calma y nervios un poco más. Raven y Leo están cogidos de la mano, con las cabezas muy juntas. Val está justo a mi lado y por un momento, nuestros ojos se encuentran y yo intento sonreír.

Me alegra, sin embargo, no tener que decir nada, porque no sabría cómo romper el silencio tenso que parece habernos acompañado durante todo el día. A nuestras espaldas escuchamos el taconeo de los pasos de Linda.

—El último —dice, y así pronuncia lo que ninguno de nosotros ha mencionado en voz alta todavía—. ¿Cómo os sentís?

Nadie responde durante unos buenos diez segundos. Evitamos las miradas de los demás como si quemasen.

—Esto es una mierda —masculla Raven—. Seis conciertos y los hemos llenado todos. ¿De verdad Emerald no cree que seamos rentables?

—¿No ha cambiado de opinión? —le apoya Leo, casi suplicante.

Linda titubea y se arrodilla en el escenario, justo entre nosotros. Le pone

una mano en el hombro a Leo y suspira, como si fuera a la que más le doliese tener que admitirlo:

—Lo siento, chicos.

Nadie ha vuelto a mencionar la conversación de Linda con Elanna que Raven escuchó, pero me siento tentada a hacerlo. Quiero preguntarle qué va a ser de ella, si está metida en un lío. Quiero que nos diga si hay algo que no nos ha contado. Si hay algún gran plan para salvarnos. Aunque ya sé la respuesta, así que decido no alargar el sufrimiento y hago ademán de levantarme.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha, ¿no? Esta noche tiene que ser todo perfecto.

No me espero que Linda pose su mano también en mi hombro, para evitar que me ponga en pie. O que me lo apriete en un intento de pedirme calma.

—Espera. Quiero… Quería deciros lo orgullosa que me siento de vosotros. —Linda calla en un intento de contener la emoción que no le sale bien. Yo misma noto que se me hace un nudo en la garganta y estoy a punto de suplicarle que, si quiere despedirse, lo haga después del concierto—. Y

lo bien que lo habéis hecho hasta ahora. Os dije que no todo el mundo debutaba. Y hay gente que lo hace y luego no soporta la presión. Este es un mundo… complicado. No vale solo con trabajar todos los días, pero vosotros tenéis madera de estrellas.

—Es una pena que Emerald no piense como tú —murmura Val.

Estoy a punto de alcanzar sus dedos y engancharlos con los míos, como hago a veces cuando nos quedamos solos, pero finalmente solo deslizo los dedos sobre los coleteros que he ido coleccionando en mi muñeca.

—Puede que no, pero la gente sí lo sabe: que habéis dado lo mejor de

vosotros mismos en cada oportunidad que habéis tenido. Y estarán con vosotros esta noche, para despediros. Así que… no penséis en Emerald.

Pensad en si hay algo que queráis decirles. Si es el último concierto, que sea

inolvidable para todos. No… os quedéis con las ganas de mostrarles quiénes sois, más allá de las redes o las cámaras o la idea que tienen de vosotros.

Eso último Linda lo dice mirándome a mí. Algo se revuelve en mi pecho.

Algo más que nervios.

—Siempre y cuando no rompamos ningún contrato de confidencialidad que pueda acabar en una catástrofe mediática seguida de una demanda, quieres decir.

Estoy esperando el «Sí, claro» de su voz cantarina, pero en lugar de eso dice:

—Bueno, hay cosas más importantes que los contratos de confidencialidad. Y yo creo que llevas el suficiente tiempo escondida como para merecer brillar por una noche. —Linda titubea—. No conocí a tu hermano, Dorothy, pero te conozco a ti. Y siento que es una lástima que el resto del mundo no tenga la oportunidad de hacerlo también.

Creo que todos la miramos con el mismo grado de sorpresa, pero no sé si a los demás les late el corazón tan rápido como me empieza a latir a mí.

Solo aparto la vista de nuestra mánager para hacer un barrido rápido a esos asientos vacíos, a ese suelo vacío. A mis compañeros, que se miran entre ellos antes de fijarse en mí con mucha atención. Ninguno de ellos le lleva la contraria a Linda. De pronto la mano de Leo está sobre mi hombro y siento la presencia de Val, cuando se mueve casi de manera imperceptible hacia mí.

—¡En cinco minutos se abren las puertas, chicos!

Todos nos giramos para ver a uno de los encargados de seguridad, que nos hace un gesto desde detrás del backstage , antes de desaparecer. Pese a la advertencia, sin embargo, nadie se mueve, y me cuesta un

momento comprender que están esperando por mí.

—No sé si es una buena idea —balbuceo.

Raven resopla, desde el otro lado de Leo, y me mira con las cejas

enarcadas, casi como si me preguntara si de verdad considero que ahora es el momento de pararse a pensar, cuando es evidente cuántas veces antes no lo he hecho. Los dedos de Val rozan el interior de mi muñeca, con tanta suavidad que tengo que mirar hacia abajo para asegurarme de que no me lo estoy imaginando.

—¿Quieres hacerlo?

Ambos sabemos que no debería, pero eso no es lo que me está preguntando. Supongo que no hemos dejado de tener malas ideas juntos, aunque eso no nos ha detenido desde hace meses. Supongo que ahora simplemente nos dejamos llevar por lo que deseamos. No por lo que es lógico, sino por lo que se siente correcto. Como olvidarnos del mundo de vez en cuando. Como robarle sus coleteros y ponérmelos en la muñeca.

Como apretar su mano ahora.

Es una mala idea, estoy segura.

Y aun así, digo:

—Sí. —Aparto los ojos de los suyos y recorro las caras de mis amigos.

De Linda, que está expectante—. Sí, quiero hacerlo. Quiero mostrarles quién soy en realidad.

Val

—Pasa.

No sé qué me espero cuando abro la puerta del camerino en el que se ha encerrado Dorothy, pero no a ella vestida solo con su camisa de cuadros azul y blanca. No la lleva como siempre, sin embargo, como algo grande que se pone encima de sudaderas y ropa ancha, sino que por primera vez está ceñida con un cinturón rojo que contrasta con el resto de su ropa y hace juego con sus labios pintados del mismo color. Sus ojos también están levemente pintados, aunque siempre se ha negado a que la maquillen demasiado, supongo que por miedo a que eso la hiciera ver más femenina a

ojos de la gente.

Creo que es obvio lo estúpidamente quieto que me quedo, porque ella me mira a través del espejo en el que se está observando con las mejillas encendiéndose del mismo color que sus accesorios.

—¿Qué…? ¿Qué opinas? Me siento un poco extraña, después de tanto tiempo, y…

—Opino que esta es una parte más de ti. Y a mí me gustan todas.

No suelo avergonzarme de decir las cosas que pienso, pero en este momento no puedo evitar hacerlo un poco, sobre todo cuando ella se queda sin palabras. Aun así, me acerco, con las manos escondidas en los bolsillos para evitar la tentación de extenderlas hacia ella y probar la piel descubierta de sus piernas, que no puedo evitar mirar un segundo. Nuestros ojos vuelven a encontrarse sobre el espejo.

—Necesitaba… verme, antes de… No sabía cuál iba a ser mi aspecto y no quería entrar en pánico en medio del concierto. Hace mucho que no soy esta persona.

—No has dejado de serlo nunca, Dorothy, aunque el resto del mundo no lo viera.

Dorothy toma aire, pero no me lleva la contraria, porque sabe que es cierto. Sabe que, después de todo, nunca ha sido su hermano. Y lo cierto es que, aunque una parte de mí está aterrorizada por lo que vaya a pasar después, por las consecuencias que pueda tener ir abiertamente contra Emerald, la parte impulsiva que ha despertado por culpa de ella hace que me guste que por fin la gente vaya a saberlo. Que por fin vayan a verla con la misma claridad con la que la vemos los demás. Sin máscaras. Sin disfraces.

Mi compañera le da la espalda a su reflejo para enfrentarme, con esa barbilla alzada, con esos ojos azules que nunca han dejado de estar llenos de cosas pero que yo he aprendido a descifrar poco a poco. No puedo evitar estudiar su rostro, contar las diferencias y descubrir que por supuesto no son

tantas, aunque sus labios rojos me incitan a darle un beso.

—¿Crees que es una locura? —me pregunta.

—¿Quieres la verdad?

—Nunca me has mentido, ¿no?

—Sí, lo creo. Pero cuando nos conocimos te dije que creía en hacer todo lo que estuviera en tu mano para que las cosas salgan adelante, y no he cambiado de opinión. Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestra mano para llegar hasta aquí y tú…, tú mereces al menos esto, Dorothy. Un concierto. O, al menos, una canción. Has hecho mucho para que la gente recuerde a tu hermano, pero es hora de que también te recuerden a ti. Lo que venga después… lo afrontaremos todos juntos. Haremos lo que esté en nuestra mano otra vez. Hay alguien que me ha enseñado que improvisar puede estar bien en algo más que en el baile, supongo.

Hace meses no imaginé que pudiera hablar así de algo imprevisible, que pudiera acceder a algo en lo que no tengo ningún tipo de control en vez de atender a los cientos de escenarios catastróficos de mi cabeza. Pero lo cierto es que lo mejor que me ha pasado en estos meses han sido cosas que nunca habría buscado, cosas que antes ni siquiera se me habrían pasado por la cabeza.

Tampoco creo que nada hubiera podido prepararme para Dorothy Gale y su manera de poner todo mi mundo al revés.

Ella, de hecho, no me responde. La veo tragar saliva y después…

Después, sus manos están en mi cuello y hace que me incline hacia ella. El pintalabios le da un sabor un poco distinto a su boca y yo la beso como si pretendiera borrárselo. La siento suspirar, la siento buscarme con más ganas, con esa desesperación a la que nos hemos acostumbrado. Sé que no tenemos mucho tiempo, pero aun así dejo que tire de mí, quizá porque sé que ambos necesitamos esta calma. La apoyo contra el tocador. Mis dedos prueban ese trozo de piel bajo la camisa que llevan queriendo alcanzar desde que la he visto.

—¿Puedo decirte yo también una verdad? —me pregunta con la voz entrecortada, cuando mi boca toca su cuello—. ¿Una locura?

—Hace mucho que no me mientes, ¿no?

—Te quiero.

Las palabras caen entre nosotros como un golpe y su efecto es inmediato.

Me vuelvo a quedar demasiado quieto, demasiado sorprendido. Es inevitable que me separe, que la observe, con la boca seca y el

corazón estallándome en el pecho en un ritmo demasiado fuerte, de los que te sacan a la pista de baile en cuanto los escuchas. Dorothy tiene la respiración acelerada, los ojos muy abiertos y llenos de todas sus emociones y la boca entreabierta, con el labial ligeramente corrido por los besos. Está incluso más bonita así.

Soy consciente de que no puedo quedarme callado ahora. No quiero hacerlo.

Pero entonces un par de toques en la puerta nos ponen en tensión. Tengo que soltarla y retroceder un paso. El momento se rompe.

—Es hora de empezar a prepararse, así que dejad lo que estéis haciendo ahí dentro, que luego nos decís a Leo y a mí —dice Raven al otro lado de la puerta.

Quiero maldecir, pero solo puedo respirar hondo y mirar a Dorothy. Ella ha bajado la vista y carraspea, alisándose su improvisado vestido con las manos.

—¿Podemos hablar luego? —le pregunto—. ¿Después del concierto?

Dorothy asiente nerviosa, aunque no se atreve a mirarme de nuevo.

Supongo que está avergonzada, pero yo no voy a dejar que se quede con la duda de si está todo bien, por eso vuelvo a coger su rostro y le doy un nuevo beso, rápido. Está muy roja cuando me separo de ella, pero tiene una sonrisa pequeña tirando de sus labios, porque tiene que saberlo, ¿no? Tiene que ser consciente de todo lo que me pasa por dentro. Yo he aprendido a diferenciar lo que esconde tras esos ojos de tormenta y ella ha aprendido a

descifrar mis silencios.

Nos alejamos sin más palabras.

Arrasaremos el mundo una última vez, le mostraremos por fin a todos quién es, y después le confesaré que lo más inesperado de todo lo que nos ha pasado no ha sido su disfraz, ni estar llenando escenarios, ni ver nuestras caras en todos lados. Lo más inesperado ha sido enamorarme de ella.

He aprendido que los nervios por un concierto nunca se van antes de salir al escenario. Para mí, no desaparecen hasta que suenan las primeras notas de la primera canción, hasta que la primera línea sale de mis labios. E incluso entonces, en realidad, creo que ese nudo en el estómago solo se deshace para transformarse, para convertirse en un cosquilleo de euforia que, en mi caso, se me concentra en las puntas de los dedos y se derrite sobre mi lengua con cada nueva canción. Para cuando acabamos la actuación, para cuando todas las luces se encienden y desaparecemos del escenario, solo suele quedar un zumbido dentro de mi cabeza y unas ganas de reír (o puede que sean de llorar, no lo sé) que se me aferran a las costillas hasta que tengo oportunidad de dejarlas salir.

En el último concierto, sin embargo, no sucede así. El nudo se queda conmigo desde que salimos al escenario, conmigo todavía en el disfraz de Theo, y durante todas las canciones del disco. Hoy, si se transforma en algo es en un montón de miedos cuya voz intento ahogar cantando más alto que de costumbre, tocando más fuerte que de costumbre, abriéndome el pecho todavía más que de costumbre, con la esperanza de que encuentren una salida y me dejen en paz. Hoy me siento más extraña que nunca en la ropa

que me han hecho para la gira, mientras veo los carteles del público de las primeras filas con mi nombre escrito en ellos (Gale) y, al mismo tiempo, dirigidos a una persona completamente desconocida para mí. Hoy más que nunca tengo la sensación de que todo pasa demasiado rápido y que los momentos se me escapan de las manos antes de que pueda cogerlos: Raven besando a Leo delante de todo el mundo al final de *Coward*, Leo poniéndose de todos los colores cuando un par de chicos del público levantan un cartel que pone «Cásate conmigo» enmarcado por un montón de fotos de su cara, Val regalándome su comisura alzada al pasar por mi lado mientras canta sus líneas de *Everything Changes*. Eso ya es casi al final, en un intento de darme ánimos, pero yo entro en pánico y me doy cuenta de que el tiempo se acaba y no sé a dónde se me ha ido el concierto.

Por lo general, nuestro primer single es con el que cerramos, porque es movido, es la clase de canción con la que esperas que todo el mundo se vaya a casa de buen humor o grite que quiere más, que tienes que hacer un bis.

La canción acaba. Todos abandonamos el escenario hacia el backstage , donde nos espera Linda. Nos miramos, porque podríamos dejarlo aquí, podríamos no hacer caso a las voces que piden otra, pero sabemos que no lo vamos a hacer. Sabemos que hoy les vamos a dar el

capricho, porque hay una canción, la más importante para mí, que todavía no hemos tocado.

—Salimos primero. Te hacemos tiempo —susurra Val.

Asiento, mientras Linda me tiende la ropa y mis compañeros se lanzan de nuevo hacia el escenario y hacen que la gente se vuelva completamente loca. Escucho a nuestro líder hablar con ese encanto que se reserva para su papel como maestro de ceremonias:

—Yo creo que quieren una última canción, chicos…

No hay mucho tiempo, pero en estos meses me he vuelto una experta en cambiarme en un tiempo récord, siempre con el miedo a ser descubierta.

Me saco la ropa tras un improvisado biombo (con cuidado de no enredarme

en el cable del micrófono) y encuentro las mangas de mi camisa a tientas.

—Aquí, querida.

Linda está agachada delante de mí, con unas botas en las manos, y yo deslizo mi pie dentro. Supongo que esta noche, aparte de mánager, le toca ser hada madrina.

—Gracias —susurro, mirándola desde arriba, mientras me ajusto el cinturón—. Por todo.

Ella sacude la cabeza y se pone en pie después de abrocharme los cordones como hacía tía Em cuando era pequeña. Trago saliva cuando me mira. Cuando se saca el pintalabios rojo del bolsillo y me lo tiende junto a un espejito de mano no sé si quiero echarme a reír o solo llorar.

—Me alegro de que cogieras el teléfono aquel día, Dorothy —sonríe, antes de recolocarme el pelo.

—No creo que te alegres tanto de las mentiras —murmuro, tras darme color en los labios.

—Pese a las mentiras ha merecido la pena.

Dudo un instante, pero la abrazo, fuerte, y ella me estrecha entre sus brazos, tras medio segundo de sorpresa inicial. En el escenario, Raven

le lanza una pulla a Val.

Dios, los quiero muchísimo a todos. A los cuatro.

Linda me separa y me mira con atención, de arriba abajo.

—Deslúmbralos, querida.

Parpadeo para aguantarme las lágrimas y respiro hondo, aunque no hay manera de calmar mi corazón acelerado. Doy un par de pasos de prueba en las botas y recojo la guitarra del lugar en la que la había dejado descansando. Un par de notas tentativas llegan desde el escenario y sé que esa es mi señal, pero no me uno todavía. Solo me acerco al borde del backstage, ignorando las miradas de la gente que trabaja detrás del escenario. Ignorando sus voces, igual que ignoro los gritos del público. Val me ve. Yo asiento. Y él habla:

—Habréis notado que hoy ha faltado una canción, ¿verdad?

Normalmente no dejamos *Over the Rainbow* para el final. Pero esta canción es muy importante para nosotros, para todos, y como este es el último concierto, queríamos que fuera… especial. Soy el primero al que no le gusta improvisar, os lo aseguro, pero hoy nos estamos dejando llevar un poco. Y nos gustaría que hicierais lo mismo. Que cerraseis los ojos y disfrutarais durante lo que dure la canción. Y que después escucharais lo que tenemos que contaros. ¿Haríais eso por nosotros?

La afirmación colectiva está llena de dudas, pero no importa. Nada importa, cuando Val se vuelve y nos miramos a través del escenario.

Cuando me dedica un asentimiento de cabeza. No es el único. Raven también se ha vuelto, con las cejas alzadas y una expresión casi sorprendida, como si le costara reconocerme. Leo, al teclado, deja de tocar mientras me mira. A él, le devuelvo el asentimiento antes de que las notas vuelvan a fluir de sus dedos. Un instante antes de que yo misma acaricie las cuerdas de mi guitarra. Me lleno los pulmones de aire y siento la facilidad con la que mis costillas se abren.

«Esta va por nosotros, Theo».

Pensé que la voz me temblaría al empezar a cantar, pero no lo hace. Mis labios conocen las palabras, mis dedos conocen las notas, mi corazón parece conocer el ritmo, porque es a ese al que empieza a latir. Supongo que esta canción es lo más parecido que conozco a volver a casa, a un sitio en el que descansar y ganar fuerzas. Por eso

avanzo, lentamente, con el segundo verso sobre la lengua. La gente ya ha tenido tiempo de reconocer mi voz, así que es normal escuchar los gritos de sorpresa cuando ven que la imagen que se han creado de Gale no encaja del todo con la persona que entra en el escenario. Miles de pares de ojos se detienen sobre mí, sobre el primer plano que deben de mostrar las pantallas a mis espaldas. Durante un momento me pongo en lo peor, pienso que los he perdido, que se levantarán y se marcharán. Pero nadie se mueve, todo el mundo parece contener la

respiración. Y cuando llega el primer estribillo, de alguna manera, hay gente que se une. Menos que en otras canciones, con más dudas, pero lo hacen. Para el segundo, hay un poco más de seguridad, porque todas las personas que están aquí lo conocen, porque claro que lo han escuchado antes.

No dejo que llegue el tercero. Para entonces, aunque el piano y la guitarra siguen sonando, aunque mis manos se niegan a parar de tocar, me trago el resto de la canción y traigo a mi boca otras palabras. Unas que suenan más extrañas. Ahora sí, la voz me tiembla. Todos mis miedos parecen esconderse en ella.

—Theodore Gale escribió esta canción a principios del año pasado y me la mandó en un audio tan solo unas semanas antes de…, de morir.

La palabra sigue siendo tan dura, tan definitiva, como la primera vez que la pronuncié justo al lado del nombre de mi hermano. Aunque tengo la mirada fija en los dedos de mi guitarra, escucho la sorpresa, la incredulidad, cierto horror, pero se silencian cuando vuelvo a abrir los labios:

—Nunca llegó a cantarla delante de nadie. Nunca pudo escucharla en la radio, aunque ese era su sueño. Y yo estaba convencida de que si alguien podía convertirlo en realidad, ese era él. Porque estaba destinado a convertirse en una estrella. Y yo no era la única que lo pensaba.

El aire parece condensarse a mi alrededor, hacerse irrespirable.

—A pesar de lo que pueda parecer, yo no intentaba engañar a nadie.

Cuando…, cuando recibí una llamada que lo convocaba a un casting, lo único que pude pensar era que el mundo le debía eso, al menos. Que yo le debía el intentarlo. Que quizá así alguien más pronunciaría su nombre. Que quizá alguien más lo recordaría, porque solo nuestra familia parecía hacerlo. Porque…, porque me parecía muy injusto que nos hubiera dejado y nadie más estuviera llorándolo. Que nadie más

echase de menos su voz, sus canciones, como lo hacía yo. Estaba triste, estaba dolida, estaba enfadada con el mundo y puede que también un poco con él, porque no se había

quedado para aprovechar la oportunidad más grande de su vida. Así que…

decidí hacerla realidad por él. Me corté el pelo, me puse su ropa y…

Qué tonta he sido, ¿verdad?

—No esperaba que me eligieran, porque él lo habría hecho mucho mejor.

No esperaba… complicar la vida de nadie. No esperaba que esto llegara tan lejos. Cada día me preguntaba si debía parar, si todavía estaba a tiempo.

Pero Theo merecía el lugar que nunca había conseguido en vida. Y aunque él siempre había soñado con que llegáramos a lo más alto juntos, a mí ni siquiera me importaba que la gente se olvidara de mí si él conseguía vivir así un poco más.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, demasiado parecido a un sollozo.

No soy consciente de que estoy llorando hasta que algo cálido me cae sobre las manos heladas. Mis dedos cometen un error y la música se rompe, pero da igual, porque Leo sigue apoyándome en el piano, como si me estuviera abrazando con las notas. Trago saliva. Solo entonces levanto la vista. Solo entonces miro a toda esa gente, ese millar de caras que me observa. Sobre todo veo incredulidad, pero también veo lágrimas, bocas tapadas. Quiero pensar que veo comprensión.

—No voy a excusarme en el dolor: lo hice mal. He hecho daño a personas que no se lo merecen y he tenido muy preocupadas a otras. Así que… lo siento. Pero os juro que quiero hacerlo mejor. Intento hacerlo un poco mejor cada día, por lo que era necesario que confesara la verdad.

Miro a la gente de las primeras filas con la certeza de que deben estar odiándome. Casi todo el mundo ha bajado sus carteles. Algunas personas hablan entre sí, bajito. Veo las cámaras encendidas, también, los móviles que me están enfocando. Y supongo que esta no es una confesión solo para el público que está aquí hoy. Apuesto a que hay gente emitiendo en directo.

Mañana por la mañana, esto estará en boca de todo el mundo.

—Todos en el grupo lo sabíamos. Desde antes incluso de que saliera *Everything Changes*. —La voz de Val arrastra mis ojos de nuevo a los

suyos. Porque no está mirando a los demás mientras habla, sino a mí —. Así que si alguien cree que Dorothy le ha mentido…, supongo que todos lo hemos hecho. Y os pediríamos perdón, pero lo cierto es que no hemos podido deciros la verdad antes. Pero así es como queríamos haber empezado esta gira: sin disfraces ni mentiras.

Sé lo que está haciendo y una parte de mí quiere gritarle, quiere decirle que se está metiendo en un lío, que Oswald Emerald no va a perdonar esto.

Porque si no hemos podido hacerlo antes era por la empresa, y todo el mundo va a saberlo. Otra parte de mí, la que se derrite siempre que nuestros ojos se encuentran, solo quiere darle las gracias, correr hacia él y abrazarlo.

—Sé el miedo que da dejar que alguien te vea tal y como eres. —Me sorprende tanto que Leo le hable a su micrófono que no puedo evitar dar un respingo y girarme hacia él—. Cuando escribí *Coward*, de hecho, me sentía así. Estaba… aterrado de mostrarme al mundo. Pero valió la pena.

Leo esboza la más pequeña y tímida de las sonrisas hacia su novio, que se desliza a su lado justo en ese momento y pasa su brazo por su cintura, compartiendo el taburete con él como hacen tantas veces en la seguridad de nuestro apartamento.

—Y aunque esto no sea lo mismo, supongo que las personas que entendisteis *Coward*, que os sentisteis identificadas con ella, podéis llegar a entender nuestra historia —prosigue Leo, con un leve temblor en la voz—.

La de Dorothy Gale, pero también la de todo el grupo.

Raven le abraza con un poco más de fuerza y, todavía sin soltarlo, habla también:

—Aquí es donde se termina WIZARD. —Hay una pequeña conmoción, un momento de gritos y preguntas y confusión, pero Raven lo ignora y esboza una sonrisa ladeada. Una sonrisa pequeña, que no parece tan real como siempre—. Y llegar hasta aquí ha sido…, bueno, todo un viaje. Pero yo no cambiaría nada, ni siquiera los errores, porque la

verdad es que nunca me había sentido tan vivo.

Las lágrimas que me caen por las mejillas no son de tristeza. No del todo.

Creo que son de alivio, creo que son todo lo que llevo guardando dentro durante los últimos meses. Todas las veces que he querido hablar, pero he necesitado callarme. Todos esos momentos en los que el peso de las mentiras, de los secretos, amenazaban con aplastarme. Pero también son lágrimas de gratitud. Por esos chicos con los que comparto escenario, por su amistad y su apoyo. Porque no han dejado de jugarse sus propias carreras desde que les dije la verdad.

Doy un paso atrás y trato de borrarme las lágrimas con el dorso de la mano, pero eso no las detiene y siguen apareciendo.

—Y hablando de secretos…

Alzo la vista a Val, que abandona su puesto detrás de su pie de micro y se acerca a mí, para mi confusión. Su expresión parece preocupada por mí, cuando me alcanza y él mismo trata de limpiarme las lágrimas con sus dedos, aunque es un gesto tan delicado que a mí solo me dan ganas de llorar con más fuerza. No puedo creerme que esté haciendo esto aquí, delante de todo el mundo. Quiero recordarle que la gente ya tiene suficiente de lo que hablar, pero todo lo que me sale es un sollozo cuando me mira con el mismo cariño con el que lo hace cuando me cuenta secretos a media voz, a media luz.

—Te quiero, Dorothy Gale —murmura, solo para mí, aunque estemos rodeados de gente—. Me hechizaste desde la primera canción.

Y rompiendo sus propias reglas una vez más, delante de miles de personas, de cientos de cámaras, Valentín se inclina sobre mi rostro y me besa.

Creo que el público grita, pero yo no escucho nada.

De nuevo en el ojo del huracán, me reencuentro con el silencio. Pero, esta vez, no me da miedo.

Una foto de WIZARD al día @dailywizardnotbot • 10 h Recién salida del concierto de Nueva York y perdonadme, pero esta se merece ser la foto de hoy

6 14 11 561

8 11 1 341

😌

15 20 10 671

La del hilo de Gale (QUE TENÍA RAZÓN) @ba_uwu_m • 7 min Me acabo de despertar y he visto la noticia (gracias a quienes habéis pensado en mí) y siento decir

«os lo dije», pero… Ah, no, que no lo siento para nada, porque YA LO SABÍA. OS LO DIJE

Y no, no me da pena: sigue habiéndonos engañado

WIZARD Fan Club @wizardfanclub • 9 h

Sé que hay mucha gente lanzándole hate a Dorothy, pero yo creo que no ha tenido que ser nada fácil contar la verdad. Se nota que ha estado pasándolo muy mal, así que demostrémosle amor desde este tuit, porque WIZARD no estaría completo sin ella #WeWantMoreWIZARD

WIZARD Stan Account @WizardOzMyHeart • 52 min A mí me parece muy triste y duro lo que ha hecho Dorothy por su hermano. Y ha pedido perdón y se la veía arrepentida. No sé, a mí me preocupa más que por esto vayamos a perder a uno de los mejores grupos del momento #WeWantMoreWIZARD

Anne WIZARD (sigo llorando por ya-sabéis-qué) @ladycordelia • 2 min Es Dorothy Gale todas mis fantasías de fanficker hechas carne y hueso? Pues sí. Y tiene todo mi amor. Me voy a escribir el mejor giro argumental que habría podido meter en mi fanfic de WIZARD

mafia AU pero que resulta que ha ocurrido ya en la vida real

5 11 11 300

6 23 1 789

5 11 18 237

8 10 7 331

8 4 8 239

Blythe | This is a Leo Stewart stan account @blythewrites • 2 min
En respuesta a @ladycordelia Collab

Diana @lady_di • 1 min

En respuesta a @ladycordelia @blythewrites +1

Anne WIZARD (sigo llorando por ya-sabéis-qué) @ladycordelia • 2 min En respuesta a @blythewrites @lady_di Y por estas cosas me enamoré de vosotros **Fangirl enfurecida** @urprobablywrong • 30 min Sí, sí, lo de Dorothy Gale está muy bien, ya es TT y tiene fama de sobra para ella y para su hermano pero, entonces, Val es hetero? Nos han hecho queerbaiting?

Judith @garland_of_flowers • 45 min

☺

5 5 67 456

En respuesta a @urprobablywrong Vengo a recordarte que la B en LGBT+ es de Bisexual y no de Bocadillo. Pero ya que Val no ha dicho

nada nunca de su sexualidad, a lo mejor no deberíamos sacar conclusiones

51

Dottie

ToTó

No me puedo creer que lo hayas hecho, Dottie.

Dios… Eres una diosa

Dottie

Una diosa metida hasta el cuello en

problemas.

Los abogados de Emerald tirarán mi cadáver

al río Hudson

ToTó

No van a hacer nada de eso…

Antes tendrían que pasar por encima de medio Internet.

Y, al parecer, por encima de tu NOVIO

Dottie

Creo que estás disfrutando demasiado con

esto

Tonya no llega a negarlo en ningún momento, pero en su favor diré que no es la única. Y que ni siquiera puedo quejarme de que se meta conmigo, porque al fin y al cabo ella ha sido quien ha empezado el hashtag

#WeWantMoreWIZARD y, pese a que siempre hay voces disonantes, gente que se siente muy ofendida de forma personal por la mentira…, ha servido para que se vea que también hay gente que me apoya. Que nos apoya, a todos, porque supongo que llegado este punto es muy difícil pensar en nosotros cuatro como algo separado. Y hay gente a la

que quizá no le importe ni mi historia ni yo, pero a la que no le ha sentado demasiado bien que dijéramos que anoche estábamos dando nuestro último concierto como grupo. Al parecer, la consecuencia de esto es que haya muchísimas personas yendo a pedir explicaciones a las redes de Emerald Music, cuando no a la cuenta oficial del propio Oswald Emerald.

Raven encuentra todo este movimiento de lo más entretenido y tiene los ojos pegados al móvil desde la mañana siguiente al concierto, retransmitiéndonos todos los mensajes graciosos que encuentra y, en algunos casos, incluso los mensajes de cuentas oficiales de otros músicos, como Allegra o los miembros de los Flying Monkeys (en conjunto y por separado), que nos escriben tanto públicamente como en privado y nos dicen que en esta guerra están con nosotros si los necesitamos. Está a punto de darme algo cuando vemos que incluso Ozma se posiciona de nuestro lado al publicar una foto que nos sacamos todos con ella antes del concierto en el que fuimos sus teloneros.

Me abruma saber que hay tanta gente hablando de mí en todos lados, en la tele y en las revistas, en foros, redes o podcasts. Todo el mundo parece tener una opinión y yo todavía no sé si quiero saberla, porque no hice nada

de esto pensando en la opinión de nadie. Así que mantengo toda la distancia que puedo con las noticias., aunque no puedo evitar ver algunas donde se dice que «Emerald Music se ha negado a hacer declaraciones» y que «la mánager de WIZARD ha dicho que no está previsto que concedan ninguna entrevista». En realidad, Linda no nos ha preguntado si queremos dar una, pero imaginamos que es la mejor decisión que ha podido tomar. Estamos un poco preocupados por ella porque, al contrario de lo que estamos acostumbrados, no se deja caer por el apartamento, ni ese día ni al siguiente. Ni al otro. Aunque nos escribe y nos asegura que todo está bajo control, también nos explica que no podemos salir, que los periodistas están deseando cazarnos.

Eso sí que es un poco frustrante, porque nos sentimos encerrados otra vez, pero en esta ocasión ni siquiera tenemos una rutina que nos mantenga cuerdos. Prueba de eso es que incluso Val olvida su contención habitual y responde a un hater en un impulso. Lo sé porque Raven levanta la cabeza en el mismo segundo que lo hace.

—¿Acabas de twittear que Gale ya te gustaba cuando creías que era un chico?

Todos nos giramos hacia nuestro líder de golpe. Él cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Qué pasa? ¿Solo vosotros podéis salir del armario a lo grande?

—No, por supuesto. Ya has demostrado que puedes hacer las cosas más a lo grande que nadie —se burla Raven, antes de volverse hacia mí con una sonrisa cómplice.

—Sí, besarme delante de miles de personas fue bastante impresionante.

Solo había visto a Val avergonzado por los comentarios de su madre, pero es bueno saber que ahora tengo ese poder sobre él. Leo nos mira desde el sofá y, aunque es obvio que se lo come la ansiedad, por cómo juega con sus anillos, hasta él acaba sonriendo.

En realidad, todos estamos nerviosos y preocupados, pero supongo que

cada uno intenta enfrentarse a ello de la manera en la que mejor puede. Eso explica que, al día siguiente, después de tomarnos un pequeño descanso después del concierto, acabemos volviendo a esa rutina que nos hace sentir seguros: la de los bailes y las canciones. Nos volcamos en mantenernos ocupados aunque no sepamos qué va a pasar con nosotros, pero creo que todos somos conscientes de que el sueño está condenado a acabarse. Y que enfrentarnos a nuestras realidades, a nuestras vidas antes de encontrarnos, es cuestión de días.

En ese tiempo, Leo escribe *The Waiting*, una canción sobre cuentas atrás, sobre la frustración de esperar, de ver que el mundo se mueve demasiado rápido pese a que intentemos mantenernos muy quietos. Es una buena canción cuando nos la enseña, pero es todavía mejor cuando la cantamos y tocamos todos juntos, cuando hacemos una grabación casera con uno de nuestros móviles. No la subimos porque no queremos que Oswald Emerald pueda estropear esto también, pero crear esto juntos, incluso sabiendo que está a punto de acabarse, nos permite olvidar todo lo demás.

Cuando creo que no lo voy a soportar más, al cuarto día, Linda llama al fin, rompiendo con la rutina de mensajes que había estado teniendo:

—Lo siento, chicos, esto ha sido un poco locura.

—¿Qué es «esto» exactamente? —pregunta Val a la pantalla del móvil

que sostiene en la mano, mientras los demás nos quedamos alrededor.

—Es… largo de explicar. Pero os prometo que lo haré. Un coche va a ir a recogeros en media hora.

Los chicos y yo nos miramos. Nadie necesita abrir la boca para que entendamos qué preguntas se nos están pasando por la cabeza, pero me siento lo suficientemente responsable de todo como para obligarme a pronunciar en voz alta la que más me preocupa.

—¿Recogemos nuestras cosas? —murmuro, bajito.

—No, vais a venir a las oficinas. Emerald quiere veros.

Mi corazón se retuerce en su sitio. Una parte de mí quiere creer que el

hecho de que quieran hablar con nosotros es algo bueno, otra solo quiere pedirle a Oswald Emerald que, por favor, nos deje en paz. Pero nos hemos metido en un buen lío diciendo esas cosas, supongo, y tenemos que afrontarlo. Quiero pensar que ese hombre no será lo suficiente estúpido como para hacerle nada a los demás, pero no tengo claro qué va a ocurrir conmigo.

El viaje hasta el edificio de Emerald Music se me hace eterno, incluso con la mano de Valentín alrededor de la mía. Mi mente no deja de decirme que algo va a salir mal, que vamos a perder, que no somos nadie contra una gran corporación como esta. Me lo repito tantas veces que cuando llegamos, apenas si soy consciente de los periodistas que hay en la puerta o de cómo la seguridad del edificio nos flanquea para que nadie se acerque, incluso si creo que eso solo atrae más miradas.

—¡Chicos!

Linda está en la recepción, sentada en uno de los sofás de la zona de espera, con el móvil en la mano, aunque lo guarda en cuanto nos ve llegar y se apresura a abrazarnos.

—Linda, ¿qué…?

Pero ella ni siquiera me deja terminar la pregunta. Me sonríe con la misma calidez de siempre y nos hace un ademán para que la sigamos.

—Ya vamos un poco tarde.

Y supongo que hacer esperar a Oswald Emerald no es lo más

inteligente en este momento, así que nadie duda en dejar que nos guíe hacia el ascensor. Las vistas de la ciudad siguen siendo igual de impresionantes a medida que subimos, pero a mí se me cae el estómago a los pies, como cada vez que he estado aquí. Los nervios me burbujean en el pecho cuando se abre la puerta y el secretario, el de la corbata verde, nos sonríe desde su puesto y asiente cuando pasamos por su lado.

Me preparo para enfrentar al CEO mirando la galería de fotografías que adornan el interminable pasillo. El hombre de la sonrisa de plástico y la

pose artificial que se repite en cada una de las imágenes se materializa en mi mente y luego en medio del despacho, cuando Linda abre la puerta y nos hace pasar, tras llamar con los nudillos.

—Ah, ya estáis aquí.

El espejismo de Oswald Emerald se disuelve para dejar en su lugar a su hija, sentada detrás de la gran mesa. Durante un momento creo que hemos entrado en el despacho que no es. Miro alrededor, tratando de encontrar al CEO de la empresa, pero no lo consigo. Aunque todo está igual que la única vez que estuve aquí, el ambiente parece completamente diferente sin ese hombre en la sala.

Al menos no soy la única que está confusa.

—Chicos, ha habido un pequeño cambio estos días…

—¿Se ha muerto Oswald Emerald?

—¡Raven! —exclamamos todos.

Nuestro amigo carraspea, aunque creo que en el fondo todos nos hemos hecho esa pregunta, solo que él es el único que ha tenido el valor de hacerla en alto. Por suerte, nadie se la toma a mal, porque Elanna Emerald se echa hacia atrás en su asiento con una sonrisa que parece tan maliciosa como divertida y Linda deja escapar una risita mientras avanza hacia ella. Ambas se miran de una manera que me hace sentir de más por un momento antes de girarse de nuevo hacia nosotros.

—Mi padre está vivo —indica Elanna Emerald—. Pero ya no vais a tener que preocuparos por él.

—¿Por qué? —Es Val quien lo pregunta, por supuesto. Tiene que estar

dándole más vueltas que nadie, conociendo cómo funciona su cabeza —.

¿Cómo? ¿Qué está pasando aquí?

—Oh, bueno, las últimas acciones de mi padre han sido la gota que han colmado el vaso. Hacía tiempo que la empresa no tenía una crisis de medios e imagen tan importante.

—Y con varios de los artistas más importantes de la compañía poniendo

el grito en el cielo… —continúa Linda, mirándose una de las uñas de la manicura, y yo no puedo evitar preguntarme si ha usado su buena relación con Ozma para su beneficio.

—Digamos que había gente que estaba… deseando que hubiera un cambio de aires. La junta de accionistas le ha recomendado una elegante jubilación anticipada para paliar la crisis que supone un jefe dispuesto a pagar sobornos antes que enfrentar una crisis interna. Esa no es la imagen que queremos dar desde Emerald, ¿no?

Raven deja escapar una risa sarcástica. Yo apenas me muevo de mi sitio, sin ser capaz de creerme lo que estoy escuchando.

—La junta de accionistas —repite el actor, suspicaz— de la que supongo que la hija del antiguo CEO formaría parte, claro.

Elanna parpadea con calma, con una cara inocente que no le pega en absoluto. Recuerdo la conversación que Raven dijo que había escuchado.

Entonces, ¿era esto de lo que hablaban? ¿Elanna estaba… intentando robarle el puesto a su padre? Aquel día dijo que ella sí que seguiría trabajando con Linda, y esta, definitivamente, no parece ir a perder su trabajo.

—¿Por eso me animaste a decir la verdad? —le pregunto a nuestra mánager, incrédula—. ¿Esperabas…? ¿Esperabas que el escándalo fuera suficiente para que ella pudiera propiciar un cambio de directiva desde dentro? ¿Lo *planeasteis*?

Linda entrelaza las manos delante de su cuerpo y pone la misma expresión inocente que Elanna. En ella funciona más, está claro.

—Por Dios, Dottie, claro que no. ¿Por qué clase de brujas nos tomas?

Sería convincente si no fuera por la sonrisa que esconde Elanna tras su mano y que ella le recrimina con un leve toquecito en el hombro.

—No me lo puedo creer —murmura Leo. Y tengo que darle la razón.

Val no parece tener quejas, aunque eso es previsible de alguien que decidió robar información confidencial solo para saber a qué clase de

personas podía enfrentarse como artista. Aun así, su expresión es precavida cuando entorna los ojos y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Y esto donde nos deja a nosotros?

—Bueno, en media hora tendremos una rueda de prensa para anunciar la nueva dirección y nuestros… innegables valores como empresa: Emerald debe ser un ejemplo de transparencia y cuidar tanto a sus artistas como a sus seguidores y escuchar sus legítimas quejas… —responde la nueva jefa.

Parece que eso vaya a ser todo, pero Linda se aclara la garganta a su lado y ella deja los ojos en blanco—. Y eso implica que no podemos darle la espalda a una jovencita lo suficientemente valiente para contar su verdad a miles de personas. Una chica que claramente es una víctima del trauma y de una industria que ofrece muy pocas oportunidades.

Sus ojos se clavan en mí igual que lo hicieron aquella vez que estuvimos a solas, después de grabar con los Flying. Por supuesto, eso es lo que dirán; será otra narrativa que les conviene, como la del chico salido de la nada que lo consigue todo. Algo que pueden fabricar, una de esas ilusiones que se crean desde lo alto de esta torre. La industria del entretenimiento se alimenta de sueños, y darme la espalda echaría a perder demasiados. Eso no lo dice, por supuesto, pero no me cuesta leerlo entre líneas.

—Entonces, ¿no va a haber represalias? ¿Para nadie?

Me gustaría no sonar tan falta de aliento. Elanna se echa hacia atrás, muy cómoda en su nuevo asiento. Creo que está disfrutando demasiado.

—Estoy segura de que… todos podemos beneficiarnos de la situación.

WIZARD tiene una campaña de publicidad impagable con todo lo que se está diciendo de vosotros en redes. Y hay muchas más cosas que podemos hacer.

Claramente mi padre no se dio cuenta de todas las posibilidades que ofrecía la situación.

Aunque es evidente que lo que van a hacer con nosotros y nuestra historia real es otra estrategia, algunos trucos mágicos de marketing y comunicación, me siento tan aliviada que noto cómo el peso se cae de mis

hombros. Miro a los demás, cuyas expresiones van de la incredulidad de Leo a la diversión de Raven, que tiene dibujada en la cara la sonrisa más grande que le había visto hasta el momento. Val parece entre sorprendido y aliviado. Linda me sonríe y a mí no se me pasa por alto la forma en la que su mano cae en el hombro de Elanna y lo aprieta. Vuelven a mirarse entre ellas, y me parece una mirada tan obvia que me dan ganas de apartar la vista y seguir mirando a la vez.

—Aunque vais a tener que compartir a vuestra mánager.

Linda se echa a reír bajito y, aunque no esperaba que pudiera parecer más joven de lo que es, de pronto se ha convertido en una adolescente.

—¿Contigo? —pregunta Raven, y Leo le da un codazo para que se calle.

—Con los Flying —responde Elanna, dejando los ojos en blanco—.

Ahora no puedo encargarme de ellos, por razones obvias.

—Pero ya no tenemos que… competir, ¿verdad? —pregunta nuestro teclista, incómodo.

—¡Por supuesto que no! —exclama Linda, y parece divertida por la idea

—. Ahora sois compañeros. Nadie sigue a prueba.

—Lo cual no significa que no os sigamos vigilando de cerca. O que no tengáis trabajo por delante. Espero que hayáis estado aprovechando el tiempo estos días libres, porque ya tengo a alguien cerrando el resto de vuestra gira.

—Ya hemos acabado la gira.

Me siento estúpida un segundo después de hacer el comentario, solo por cómo me mira la nueva jefa de Emerald.

—¿Y perder el impacto que ha tenido esta noticia? No lo creo. Después de esto, hay demasiada gente que estará deseando ver a WIZARD en concierto, esta vez sin… ¿Cómo era? ¿«Sin disfraces ni mentiras»? Os aseguro que las entradas volarán. Tanto aquí como en el extranjero. No vamos a perder todo ese dinero.

La cabeza me da vueltas. No me puedo creer que hayamos pasado de

estar al borde del precipicio a hablar de una gira internacional. A Raven se le escapa una carcajada y Leo le sigue con una risa nerviosa. No me espero la mano de Val alcanzando la mía. Su comisura está ahí, alzada, su expresión de hambre de más (más luces, más canciones, más música) ocupando todo su rostro.

—¿Nada más?

Es Linda quien lo dice, aunque lo hace mirando a Elanna. La CEO frunce el ceño cuando nos fijamos en ella otra vez.

—Nada más, Belinda.

Nuestra mánager aparta la mano de ese hombro en el que seguía apoyada y se cruza de brazos. Su jefa resopla, pero apoya la cara en una mano y se queda callada.

—Elanna quería pedirte perdón, Dorothy, querida. Se siente un poco…

culpable.

Parpadeo, sorprendida, pero creo que me doy cuenta de a qué se refiere unos segundos antes de que lo diga la propia Elanna:

—Puede que le diera un vídeo tuyo a un periodista.

Estoy tentada de decirle que ya lo sabía. Estoy tentada incluso de fingir un enfado, aunque al final ni siquiera tengo fuerzas para nada de eso. Fue un movimiento sucio, aunque no esperase descubrir ningún secreto importante, pero lo cierto es que ha salido bien. Quizá si no fuera por eso yo no habría reunido el coraje para confesar. A lo mejor seguiría haciéndome pasar por Theo, aferrándome a su disfraz para continuar con la música.

Y, por otro lado, no creo que sea nadie para recriminarle a otra persona el uso de trucos sucios, engaños o sinceridad. Ella al menos no cometió ningún delito.

—Estamos en paz —le digo, con una sonrisa pequeña.

—Vale, pero entonces, ¿vosotras dos estáis…?

—¡Raven! —volvemos a exclamar todos.

—¡No puedo ser el único que sienta curiosidad!

Elanna y Linda deciden ignorarnos y lo cierto es que envidio un poco cómo no se les mueve ni un músculo de la cara ante las insinuaciones.

—Espero que no me hagáis arrepentirme de esta decisión —nos advierte nuestra nueva jefa.

Nosotros nos miramos. No sabemos muchas cosas. No sabemos cómo nos va a ir en una industria tan complicada. No sabemos si nuestra próxima canción será un éxito o no.

Pero al menos hay una cosa que podemos asegurar.

—Vamos a dar lo mejor de nosotros —dice Val en nombre de todos.

Y arrasaremos el mundo a nuestro paso.

BIS

Dottie

Las cajas con sus cosas, con aquellas con las que he decidido quedarme, están amontonadas en el salón. Del armario abierto cuelgan unas cuantas perchas que seguro que la siguiente persona que viva aquí agradecerá. El colchón está desnudo, igual que la pared, y yo me quedo observando esas manchas donde estaban colgadas las fotos y los carteles, donde el azul oscuro es más fuerte porque el sol no ha llegado a comerse la pintura.

No sé por qué miro en ese hueco tan pequeño que hay entre la estructura de la cama y la pared. Supongo que para asegurarme de que no queda nada de verdad, de que no dejo ninguna pista de que un día Theo estuvo en esta habitación, que la hizo suya con sus mil tonterías colgadas o su caos de ropa esparcida por todo el cuarto.

Pero si no lo hubiera hecho, si no hubiera mirado, nunca habría encontrado la fotografía.

La alcanzo con la punta de los dedos y me siento una última vez sobre el colchón para examinarla. Una capa de polvo la cubre. Creo que

debe de llevar mucho tiempo ahí, oculta, esperando a que alguien la encontrase.

Más tiempo del que lleva Theo sin pisar este cuarto, porque lo cierto es que ni siquiera yo recuerdo haberla visto colgada. Puede que se cayera en algún punto de los primeros meses en los que vivimos aquí y ni siquiera él se diera cuenta de que faltaba. Puede que viera el hueco y tan solo se encogiera de hombros y colgara otra cosa en su sitio. La idea me hace sonreír, porque eso suena a él.

Escucho la puerta de la entrada abrirse y cerrarse y unas llaves tintinear

sobre la mesa del comedor-salón-cocina. Leo y Raven se marcharon hace ya un par de horas porque los padres de Leo están en la ciudad y han quedado con ellos (algo por lo que Raven lleva toda la semana en pánico) y Tonya se ha despedido hace media hora porque tenía turno de noche en el trabajo, así que sé que tiene que ser Val, que ha bajado a tirar la última bolsa de la basura.

—Entonces, ¿ya está todo?

Lanza un vistazo alrededor, al cuarto desnudo, y luego se acerca a mí para sentarse a mi lado. No intento esconder la fotografía, sino que me apoyo en su hombro y se la enseño. Los niños que aparecen en ella no nos devuelven la mirada porque están demasiado ocupados prestándose atención entre ellos. Durante un momento, incluso yo tengo problemas para saber quién es quién, porque ambos llevamos el pelo muy corto y la misma sonrisa traviesa. A ambos nos brillan los ojos, pero reconozco el cuello del vestido que a tía Em le gustaba que me pusiese los domingos y la camisa de manga corta que Theo odiaba con toda su alma porque las veces que se la ponía siempre había alguien que le decía que parecía un «pequeño caballero». Ya en aquella época él solía decir que no quería ser un caballero, que quería ser una estrella del rock.

—Tenéis cara de estar tramando algo.

Sonrío, porque es cierto. Aunque esa es la cara con la que salíamos en la mayoría de las fotos. La gente siempre pensaba que estábamos a punto de cometer alguna travesura y en la mayoría de las ocasiones estaban en lo cierto, aunque las ideas más locas siempre venían de la misma persona: mi hermano. De hecho, sale con la boca abierta como si estuviera contándome su nuevo plan.

—Probablemente estaba convenciéndome de algo de lo que luego él

mismo se olvidaría por distraerse con otra cosa —digo.

Mi novio deja escapar un resoplido divertido y yo me enderezo, apartando la vista de la pequeña Dorothy y el pequeño Theo para mirarlo a

él.

—A veces todavía tengo la sensación de que va a aparecer en cualquier momento, ¿sabes? Que me voy a despertar y todo habrá sido un sueño y…

—Siento un nudo atravesado en la garganta—. Y no sé si alguna vez voy a poder dejar de hacerlo.

Supongo que por eso mantuve este piso alquilado, aunque ya no viviese aquí. Por primera vez no tenía que preocuparme del dinero, así que me lo quedé, porque no sabía cuándo o cómo se iba a acabar el sueño. Y una parte de mí, aunque suene tonta, pensaba que tal vez en algún momento yo entraría por esa puerta y él estaría aquí tirado en el suelo, con los cascos puestos y un cuaderno en el regazo, mirándome fatal porque me había llevado su guitarra. Por eso dejé su cuarto tal cual estaba.

Quería que Theo lo encontrase todo tal cual estaba cuando volviese.

Me convencí de que si dejaba de esperarlo, lo olvidaría, y no quería hacerlo.

Me convencí de que si no lo esperaba, ambos perderíamos nuestro hogar, porque siempre lo habíamos encontrado al lado del otro.

Una lágrima cae sobre la fotografía y yo me apresuro a limpiarla, con cuidado. Otra cae sobre mi mejilla y es Val quien pasa un dedo por mi piel para secarla. Pero después de esas dos, no hay más. Respiro hondo y me digo que todo está bien. Dejar de esperar a una persona no significa que vaya a desaparecer por completo de tu vida. Pasar página, decidir recoger sus cosas y dejar el piso que alquilamos cuando llegamos a Nueva York no significa que yo vaya a dejar de pensar en él.

Miro una vez más alrededor. Los mellizos que se contemplan en la fotografía todavía no sabían nada de lo que les esperaba. No conocían nada del mundo más allá de su pequeño pueblo en Kansas. Creían que los sueños siempre se hacen realidad cuando los sueñas con la suficiente fuerza. Creían que eran ellos contra el mundo. Creían que

eran imparables, inmortales, que serían dos estrellas que brillarían para siempre. Pensaban que la música era

sencilla y que podrían llegar a cualquier lado si se cogían de la mano con fuerza y si cantaban con el suficiente corazón.

—Ya está todo —respondo, antes de guardar la foto en mi bolsillo.

Mañana, el camión de la mudanza se llevará las cajas a mi nuevo apartamento, más cerca de donde vivimos ahora. Con vistas al río y la certeza de que podré escaparme allí siempre que quiera. Aunque vamos a seguir compartiendo piso la mayor parte del tiempo, también quería tener mi espacio. Un lugar en el que dejar de esperar. Un lugar donde encontrarme de nuevo, después de estar tan perdida.

Val me está mirando y yo a veces todavía no sé qué hacer cuando veo esa expresión en su rostro, la del orgullo y la ternura, la de alguien que ve crecer una flor en medio de la tormenta y parece admirado por el milagro, pero me besa antes de que pueda decir nada. Un beso suave, lento, apenas una presión dulce que dice mucho sin decir nada. Su boca cae sobre mis párpados después, sobre mi frente, con esa comprensión que compartimos que no necesita más palabras.

Después, se pone en pie y me tiende la mano.

—Entonces, ¿volvemos a casa?

«Casa» suena diferente cuando lo dice él. Suena a este apartamento la primera noche, mientras Theo y yo mirábamos la alfombra del salón llena de chocolate y nos comíamos lo que habíamos podido salvar de nuestra tarta, entre risas y deseos para el futuro que ni siquiera pudimos pedirle a las velas porque no teníamos. Pero también suena a mis turnos en el restaurante, cuando Tonya y yo intercambiábamos ánimos entre servir mesa y mesa y hacíamos planes para los días libres en los descansos. «Casa»

suena a los días de Navidad que están por venir en la granja de mis tíos, incluso si siempre va a quedar una silla vacía y un plato de más durante la cena.

Volver a casa suena a acomodarme entre los silencios y las melodías de Leo, a admirar su valentía para enfrentarse al miedo. Volver a casa suena a

reírme de los chistes de Raven y ver cómo se burla de todo y todos y, al mismo tiempo, darme cuenta de que sabe perfectamente lo que

hace cuando sube una foto a redes o se acerca a alguien en una fiesta. Volver a casa significa saber que Linda siempre va a estar ahí cuando la necesitemos y retarnos con los Flying por ver quién tiene las mejores cifras en nuestro próximo lanzamiento. Volver a casa suena a dejar mis dedos sobre los de Val, como hago ahora; a coleccionar sus coleteros en mi muñeca hasta que se los haya robado todos y a dejarnos llevar como si todo fuera como bailar.

«Casa» era una melodía que siempre sonó a Theo, a su guitarra, a su voz.

Y sé que él sigue cantando de fondo, que nunca va a dejar de hacerlo, que será siempre un eco o una nota sostenida.

Pero ya no cantamos los dos solos.

—Sí. Volvamos a casa.

AGRADECIMIENTOS

En 2021 nos hicieron una entrevista en la que nos preguntaban qué era para nosotras el hogar. Y aunque puede ser una pregunta muy difícil, siempre tuvimos claro que el hogar no es para nosotras un sitio en concreto, sino ese lugar entre personas que te hacen sentir a salvo. Por eso hay sitios lejos de tu casa física que se sienten como un refugio. Nosotras hemos encontrado el hogar en nuestra familia, la

cual no siempre tiene por qué ser de sangre.

Pero, sobre todo, hemos encontrado un hogar en las historias.

Y la de Dorothy no es una excepción. En ella hemos encontrado un lugar en el que hablar de la pérdida, del duelo, de perderse a una misma y de volverse a encontrar. Queríamos hablar del dolor de dejar marchar, pero también del dolor de aferrarnos con demasiada fuerza. Durante meses, vivimos con Dottie, con Val, con Leo, con Raven y con todos los demás.

Pero también con nosotras mismas, aprendiendo a conocernos un poco mejor. Y con todas esas personas absolutamente maravillosas que nos acompañan en cada aventura literaria. Así que gracias, Mer, Esther, Loy y Myriam, por ser nuestro hogar. Gracias también a Cherry y a Raquel, por poner esta casa bonita al leerla y recomendarla. Gracias a Pandrea por ayudarnos a pintarla y llenarla de fotos con sus ilustraciones. Gracias a Hache y a Kai por responder a todas nuestras dudas y aseguraros de que estas paredes sean un espacio seguro para todo el mundo. Por último, pero no menos importante, gracias al equipo de Molino por hacernos sentir como en casa. No nos imaginamos mejor lugar desde el que lanzar esta historia al

mundo, con la inestimable ayuda de Marta y el resto de los equipos de Penguin que hacen cada publicación posible.

Y gracias a ti, que nos lees, por llegar hasta aquí. Esperamos que siempre encuentres un hogar en el que nunca tengas que disculparte por ser quien eres.

Lista de canciones

SEREMOS EL HURACÁN

Theo solía decir que algún día

nos convertiríamos en un huracán.

DOTTIE

Music Travel Love – *Over the Rainbow*

One Direction – *Night Changes*

Taylor Swift – *Bigger Than The Whole Sky*

Taylor Swift – *The Man*

BTS – *Dynamite*

One Direction – *They Don't Know About Us*

4*TOWN – *Nobody Like U*

Backstreet Boys – *Everybody (Backstreet's Back)* Jonas Brothers – *Sucker*

Jimmy Eat World – *Hear You Me*

Kristin Chenoweth – *Popular*

Alvaro Belchi y Alex Duato – *I'll Make a Man out of You* One Direction – *Don't Forget Where You Belong* Taylor Swift – *Question…?*

Idina Menzel – *Defying Gravity*

BTS – *Permission to Dance*

Miley Cyrus – *Party In The U. S. A.*

Emma Stone, Callie Hernandez y Sonoya Mizuno – *Someone In The Crowd* MX, Ty Dolla $ign – *The Other Side*

Taylor Swift – *Paris*

BTS – *Blood Sweat & Tears*

Taylor Swift – *Dorothea*

Thirty Seconds To Mars – *Hurricane*

Ziv Zaifman, Hugh Jackman, Michelle Williams – *A Million Dreams* The Cranberries – *Zombie*

Richard Gere – Razzle Dazzle

Conan Gray – *People Watching*

Brae Cruz – *Memories*

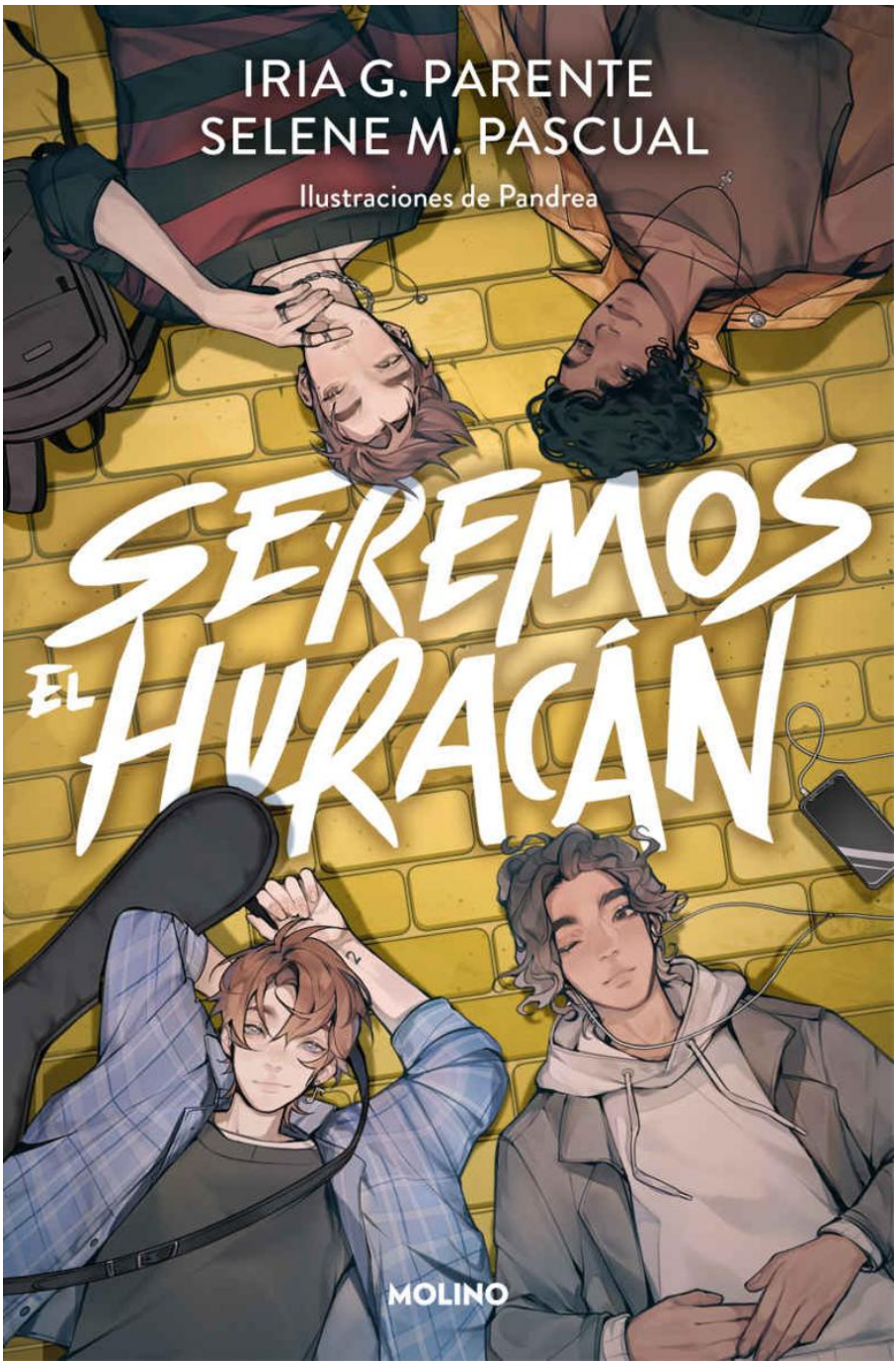
Brae Cruz – *Lovely*

Taylor Swift – *You're On Your Own, Kid*

Brae Cruz y Dylan Geick – *Go the Distance*

Taylor Swift – *Long Live*

Me First and the Gimme Gimmes – *Over the Rainbow*



Dorothy Gale ha perdido su hogar o, al menos, eso siente ella. Quizá un inesperado grupo de música, junto a tres desconocidos, pueda darle un nuevo lugar al que pertenecer.

Aunque el precio sea vivir una vida que no es la suya.

Dorothy Gale está perdida o, al menos, se siente así desde que su hermano Theo murió y con él, el sueño de dedicarse juntos a la música. Justo ahora, cuando es demasiado tarde, Dottie recibe una llamada que debió ser para Theo: su gemelo ha sido elegido para formar parte de WIZARD, la próxima *boyband* de Emerald Music. Pero Theo ya no está. Y si Dottie ocupara su lugar y si se hiciera pasar por él, ¿no sería otra manera de mantener vivo su recuerdo un poco más?

La idea parece buena hasta que conoce a sus compañeros de grupo, con los que tendrá que convivir a todas horas: Raven, el actor con fama de cabeza hueca y un instinto único para el *show business*; Leo, la estrella de TikTok

que parece estar siempre a la espera de algo terrible, y Val, el chico sin corazón que no piensa en nada más que en llegar a lo más alto, cueste lo que cueste. Juntos planean arrasar el mundo de la música como un huracán, pero...

¿Es posible vivir una mentira delante de millones de personas sin olvidarte de quién eres en realidad?

Lo que se ha dicho de Seremos el Huracán:

«Una vez más, Iria y Selene demuestran que saben perfectamente qué teclas tocar para que sus lectores se ahoguen en un mar de emociones».

Cherry Chic, autora de la bilogía *Rose Lake*.

«Seremos el huracán es uno de esos libros que te hará sentir como en casa (y se está mejor en casa que en ningún sitio)».

Raquel Brune, autora de *Los guardianes de almas*.

Selene M. Pascual e **Iria G. Parente** son dos autoras de literatura juvenil con casi una veintena de títulos publicados en los que se mezclan la fantasía, la ciencia ficción o el romance contemporáneo. Entre sus obras se encuentran *Anne sin filtros, Rojo y oro* o *Alma y los siete monstruos*, todos ellos libros muy distintos y de diferentes géneros, pero con un núcleo común: la importancia de las emociones y unos personajes muy reales.

Penguin Random House Grupo Editorial

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Iria Gil Parente y Selene Molares Pascual

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2023, Pandrea, por las ilustraciones

Diseño de portada: Compañía

Ilustración de portada: © Pandrea

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los

lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-3446-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: editorialmolino

Twitter: @EdMolino

Instagram: @editorialmolino

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Seremos el huracán

Intro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Verse 1

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Pre-Chorus

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Chorus

Capítulo 21

Capítulo 22

Verse 2

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Outro

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Bis

Agradecimientos

Lista de canciones

Sobre este libro

Sobre Iria Gil Parente y Selene Molares Pascual

Créditos

Document Outline

- Seremos el huracán
- Intro
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
- Verse 1
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
  - Capítulo 15
- Pre-Chorus
  - Capítulo 16
  - Capítulo 17
  - Capítulo 18
  - Capítulo 19
  - Capítulo 20
- Chorus
  - Capítulo 21
  - Capítulo 22
- Verse 2
  - Capítulo 23
  - Capítulo 24
  - Capítulo 25
  - Capítulo 26
  - Capítulo 27
  - Capítulo 28
  - Capítulo 29
  - Capítulo 30
  - Capítulo 31
  - Capítulo 32
  - Capítulo 33
  - Capítulo 34

- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46

- Outro
  - Capítulo 47
  - Capítulo 48
  - Capítulo 49
  - Capítulo 50
  - Capítulo 51
- Bis
- Agradecimientos
- Lista de canciones
- Sobre este libro
- Sobre Iria Gil Parente y Selene Molares Pascual
- Créditos